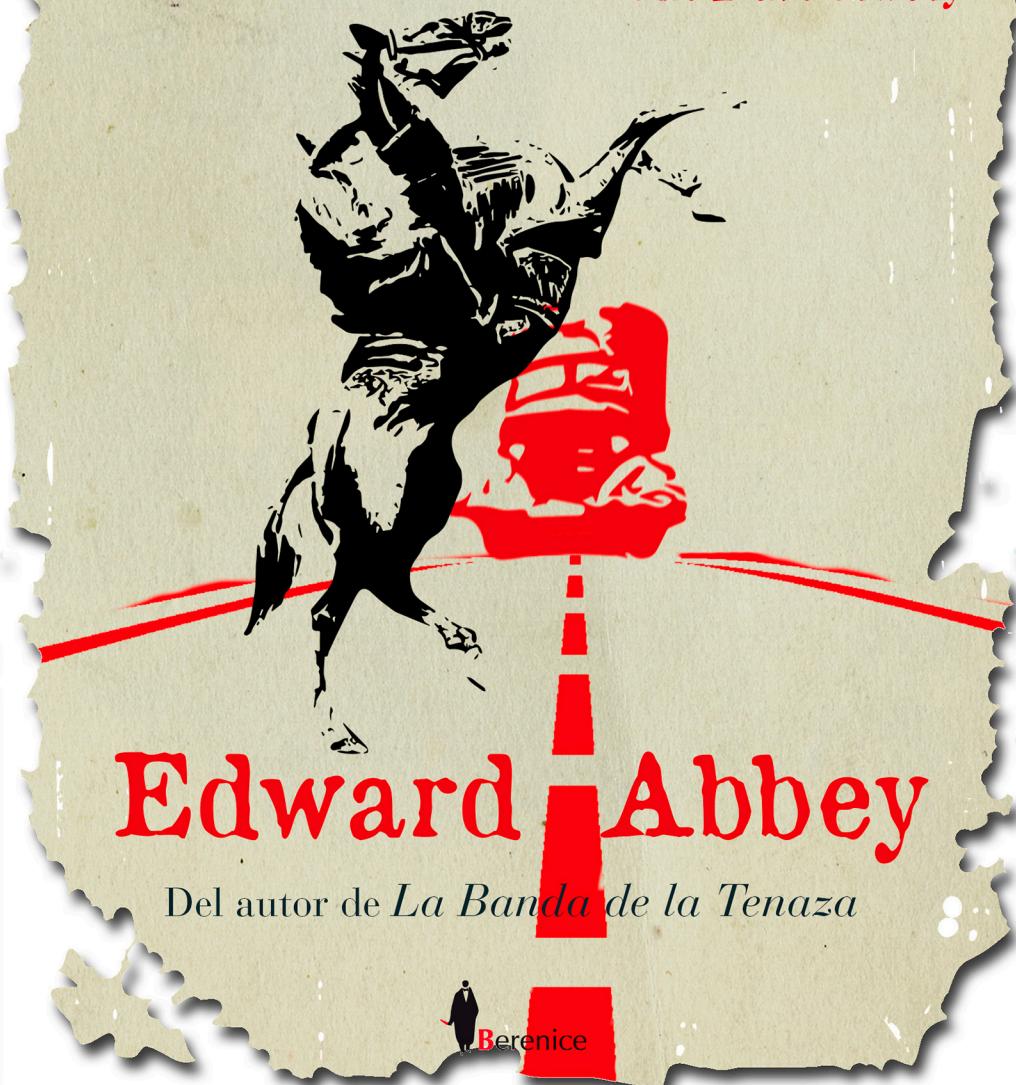


“Un cowboy de nuestro tiempo. Un tipo profundamente quijotesco...”, Julián Marías

EL VAQUERO INDOMABLE

The Brave Cowboy



Nuevo México, alrededor de 1955... Jack Burns es un tipo solitario que rechaza la civilización moderna. Rebelde, indocumentado, hace vida de vaquero, ya al raso ya a lomos de una tozuda yegua por el nuevo Oeste, una hermosa tierra asfixiada por grandes urbes, promociones inmobiliarias, pistas de aterrizaje, autopistas y suburbios.

Aunque no siempre fue así, desde hace tiempo Burns ha decidido vivir según sus propias normas, tan arcaicas como subversivas para este nuevo orden regido por la polución y la burocracia.

Ahora galopa hacia la ciudad para sacar de un apuro a su viejo amigo Paul Bondi, un profesor de filosofía y escritor, antiguo camarada de correrías libertarias, que se encuentra encarcelado por desobediencia civil e insumisión.

Edward Abbey

EL VAQUERO INDOMABLE

Una Vieja Historia en un Tiempo Nuevo

Traducción de Juan Bonilla

A los forajidos,
a todos ellos,
a los buenos y a los malos,
a los feos y a los guapos,
a los muertos y a los vivos.

Es sólo un relato. Nada de esto sucedió realmente. ¿Cómo podría?

¿Cómo podría haber gente así? El prisionero es probablemente profesor. El sheriff perdió las siguientes elecciones. El camionero murió de un enfisema. Y en cuanto al vaquero, ese personaje, nadie sabe dónde está. O, para ser sinceros, nadie supo si alguna vez estuvo.

LA BALADA DEL VAQUERO INDOMABLE

Vengan a sentarse
que les voy a contar
la historia de un vaquero
y su destino fatal.

Llegado desde el este
se apellidaba Burns.
Nada más él decía
ni a hombre ni a animal.

En un rancho de Magdalene
tenía su jornal:
un dólar cada día,
carne, frijol y pan.

Vida dura y muy sucia,
la muerte en un canal
con los riñones rotos,
con un picor mortal.
De sol a sol trabajas:
no te enriquecerás.

*Vivos y muertos todos los vaqueros valientes son,
cabalgan contra el viento y bajo las estrellas van,
una canción antigua les mantiene vivo el corazón.*

Burns era alto y delgado,
y solitario y no
tenía más que un socio
que se llamaba Bone.

Unidos cabalgaron,
y pelearon juntos.

Fueron a la ciudad
donde bebían mucho
y entonces no era raro
que se burlaran
disparo tras disparo.

*Vivos y muertos los vaqueros buenos danzan
en la lucha en el polvo y en la sangre
con un poco de áspero whisky guardan la esperanza.*

Un día del otoño
llega orden de ir al tajo:
son veinticinco tipos
contra cinco mil piezas de ganado.

Amarillo era el cielo
y el sol rojo de sed,
cuando fueron al sur
a la ciudad de Mordred.

Iba a ser divertido
por lo que pude ver:
viento que aullaba alto,
diablos de polvo al bies
y cinco mil cornudos
que echaron a correr.

*Vivos y muertos los vaqueros tontos
de arena, cactus, líos se alimentan,
y se gastan la paga con una chica pronto.*

El ganado empezó a quedarse suelto
y un trueno nos ahoga.
Cualquier hombre estaría más seguro
con su cuello en la soga.

Tuvimos que cogerlos,
pero tiraban como condenados,

y seguían corriendo:
perdimos lo ganado.

El joven Bone se pierde
en el polvo que mata:
metió a su yegua en algún agujero,
se le quebró una pata.

Se arrastró como pudo
y vio lo que allí había:
10.000 ojos sangrientos
buscando una porfía,
eran 20.000 patas
que encima le venían,

El intentó correr,
se arrastró por el suelo.
Nada de lo que hiciera
iba a librarle de ir al cielo.

Le hubiera gustado rezar
pero no recordaba nada
de lo que su Mamá
de niño le enseñara.
Seguro que entendió
que su carrera acababa.

*Muertos y revividos todos los vaqueros de excepción
sabe Dios cómo logran salvarse del Infierno
aunque entreguen sus almas sin una confesión.*

Entonces Burns fue al punto
y oye de aquel chaval la queja
Galopó como un loco,
como el mejor ranger de Tejas.

Jaló del chico mientras
su caballo danzaba.

Los temblores del suelo le decían
que la bestia se acercaba.

Trataron de ponerse a salvo
pero era tarde para seguir vivos.

Estaban rodeados
por el odio, que era un bramido.

El caballo entró en pánico
y eso fue lo que decidió el destino.

El grito del caballo:
un sonido de duelo.

Loco el ganado les pasó por cima
los pateó en el suelo.

*Vivos y muertos muchos vaqueros parias
no tienen ocasión de morirse en la cama
ni siquiera de entonar sus plegarias.*

Cuando el ganado se detuvo
y el polvo cayó al barro
encontramos sus cuerpos
mezclados con el fango.

El muchacho tenía hogar
en Blair, Texas, y allí mandamos
lo que quedó de él. En cuanto a Burns
aquí yace enterrado.

*Vivos y muertos todos los vaqueros valientes son,
cabalgan contra el viento y bajo las estrellas van,
una canción antigua les mantiene vivo el corazón,
y siguen vivos en una canción.*

UN PRÓLOGO

En el oeste hay un valle al que los fantasmas van a gemir y a llorar, pálidos fantasmas que se mueren de nostalgia y amargura. Se puede oír cómo castañetean, cómo charlan entre las hojas secas de los viejos álamos muertos de la ribera del río —susurran y aúllan y silban con el viento a través de los conos negros de los cinco volcanes del oeste—, puedes oírlos bajo los rojos acantilados de las Montañas Sangre al otro lado del valle, sollozando por su pasado con las palomas salvajes y los sinsontes —y puedes ver a alguno, tocarlo, en los silencios y el espacio y el terror mudo del desierto si cabalgas sobre el río, porque en esta tierra árida es el río de la vida.

El río Bravo baja de las montañas de Colorado y las montañas de Santa Fe y fluye por el valle pasando entre los muertos volcanes del oeste y la pared de montañas del este. El río deja atrás los campos de maíz y las aldeas de barro de los indios, deja atrás los matorrales de sauce rojo y las cañas de roble y la maleza, atraviesa la franja de la ciudad del hombre blanco y pasa por debajo del puente de cuatro carriles de su carretera nacional, más allá de la ciudad y del puente y una vez dejados atrás otras aldeas de barro y más campos de maíz; el río avanza más allá de la Montaña de los Ladrones rumbo al sur y desaparece al fin incrustándose en la mortecina niebla violeta de la distancia, de la historia, de México y del golfo.

Pero el río está embrujado, la ciudad está embrujada, el valle y las montañas y el desierto silencioso están embrujados —turbados, aturdidos por los fantasmas, los espíritus, las vagabundas almas en pena.

Los puedes oír río abajo, murmurando y crepitando en las hojas de los viejos álamos; si vas por allí, tienes que oírlos. O fuera de la meseta del valle, alrededor de los negros cráteres de los volcanes, los fantasmas gimen y lloran

con el viento. O arriba, en la cima de los rojos acantilados, entre los pináculos, en esas hondas simas de espacio bajo el borde de la montaña, donde el aire es fresco y va aromado con el dulzor del enebro y el relámpago, donde el sinsonte y el reyezuelo de cañón y la paloma salvaje se unen a los fantasmas en su inútil lamento. Y más allá del desierto, desde el río y el valle, más allá de los volcanes, girando y silbando sobre el seco y rocoso descampado, rompiendo frágiles lanzas de yuca con la violencia de su odio...

En ese valle de espíritus y niebla y quejidos desconocidos, una mañana de octubre de no hace mucho, el vaquero cabalgaba...

Primera parte

EL VAQUERO

*...cabalgando por el desierto hacia el Oeste,
viniendo de sabe Dios dónde...*

Estaba sentado sobre sus talones a la fría luz del amanecer, tratando de prender fuego a un manojo de ramitas y hierba seca triturada. Junto a él, su fuente de calor: un depauperado enebro torcido y arrugado, encogido en su lecho de lava y arena. Un enebro depauperado que ya no vivía de agua y de tierra sino de memoria y esperanza. Y estaba casi solo. Hacia el norte, a través de la ondulada meseta de lava, había un amplio número de enebros dispersos, quizás dos o tres por cada acre, pero allí, donde el hombre se había puesto en cuclillas ante el fuego, sólo había uno, y al sur y al oeste de los cinco volcanes no había ninguno, no había nada orgánico salvo unos rudimentarios matojos de hierba y la resistente y espinosa yuca.

El hombre consagrado a la tarea de convertir la yesca en una hoguera no parecía interesado en el quemado páramo que lo rodeaba. De vez en cuando dirigía una mirada al sudeste, a la ciudad que se encontraba a varios kilómetros de distancia, arrojada al otro lado del río como una larga sombra gris, o vigilaba a la yegua castaña que cojeaba entre las rocas más allá del descampado, las patas delanteras enlazadas, los cascos de hierro rascando en la piedra. Pero la mayor parte del tiempo el hombre permanecía concentrado en el pequeño fuego que había logrado hacer y cuando echaba un vistazo alrededor, sus manos seguían con la tarea de romper y añadir trocitos de madera.

Después de un rato, cuando el fuego por fin había cobrado fuerza suficiente para calentar una sartén pequeña y se había acumulado en el suelo un residuo de brasa, cogió una cantimplora de la rama del árbol, llenó de agua un pequeño cazo, negro de humo, y lo colocó sin taparlo en medio del lecho de fuego. Lo estuvo observando durante varios minutos, esperando que apareciera el primer glóbulo de aire calentado en el fondo del cazo. Mientras

esperaba rompió en trocitos un palo seco y los colocó con cuidado sobre las brasas.

Una mañana fría, incluso al sol. Las superficies expuestas al sol se irían calentando pero el aire seguiría siendo frío y cortante, como si la luz del sol pasase directamente desde la fuente al objeto sin calentar al intermediario.

Apareció la burbuja. El hombre alargó la mano hasta el enebro y alcanzó una vieja y arrugada alforja de caballería que colocó junto a sus pies, desabrochó su única correa y sacó del interior una negra sartén, muy baqueteada y antigua, un tubo cilíndrico con la etiqueta *Kit de Parches para Tubos*, una lata de carne de cerdo con frijoles, un abrelatas y una losa de carne de cordero salado envuelta en un graso ejemplar del *Diario de Duke City*.

Al otro lado del descampado la yegua miraba al río, moviendo el hocico de goma blanda, sacudiendo las orejas. Había una mortecina fragancia de tamarindo en el aire, y cierta tensión, cierta electricidad en el doloroso silencio.

El hombre se limpió la nariz en la manga, olfateó un momento, desenvolvió el cordero, abrió la hoja de su navaja e introdujo unos cuantos cortes de la carne en la sartén que había puesto directamente sobre el fuego. Un bultito, al fondo de la sartén, revirtió su curvatura con un ping repentino, saltó como una cuerda de violín, lo que hizo moverse a uno de los trozos de carne. El hombre limpió la hoja de su navaja en los pantalones antes de cerrarla y metérsela en el bolsillo mientras la carne chisporroteaba y se cubría de humo. Abrió la lata de frijoles y los echó sobre la carne. El pegajoso revuelto se repartió alrededor de las tiras de carne chisporroteando contra el metal caliente.

El agua seguía cociéndose a fuego lento en el cazo, su superficie empezaba a vaporizarse. El hombre quitó la tapa del kit de parches y, a ojo, vació cierta cantidad de granos marrones en el agua. Instantáneamente el aroma del café caliente envolvió el aire y una sonrisa involuntaria se dibujó en la hambrienta y enjuta cara del hombre.

En cinco minutos todo estaba a punto, o lo suficientemente a punto, y casi simultáneamente: el café hervido densamente distribuido por todo el cazo de

agua, el cordero frito, los frijoles calientes y ahumados. El hombre empezó a comer utilizando los dedos para la carne, sacando los granos de los frijoles de la sartén con una cuchara de madera y dando cortos sorbos de café hirviendo directamente del cazo.

Cuando terminó, se recostó, en cuclillas, contra el tronco del enebro agazapado, se limpió la boca con el dorso de la mano y lanzó un suspiro de satisfacción. Después de un rato, tiró de la cuerda amarilla que colgaba del bolsillo de su camisa y sacó una blanca bolsita de tabaco. Metió la mano en el bolsillo, hurgó con el pulgar y el índice hasta dar con un librillo de papel de trigo para liar. Cogió uno de aquellos papeles —fino, marrón, sin goma— y lo colocó delicadamente entre su pulgar y el dedo corazón de manera que formase un canal. Abrió la bolsita con la otra mano y derramó un poco del árido y pulverizado tabaco sobre el papel. Utilizando una mano y los dientes tiró de la cuerda de la bolsa para cerrarla y la devolvió al bolsillo de la camisa. Después con los pulgares y los índices enrolló el papel sobre el tabaco distribuido pertinente, mojó el borde del papel con la lengua, selló el cilindro y acható uno de sus extremos. Sin gastar una mirada más en el resultado se puso el cigarrillo entre los labios, encendió una cerilla contra la suela de su bota y lo encendió. Liberó, degustándola, recreándola, la primera bocanada de humo, estiró las largas piernas flacas, relajado, y echó un vistazo a la ciudad más allá del río.

Miró por debajo del ala de su sombrero negro, la cabeza inclinada hacia atrás apoyada en el árbol, el sombrero calado casi hasta los ojos. La postura de cabeza y sombrero, la mirada entornada hacia abajo, más allá de las aletas de la nariz, el cigarrillo sobresaliendo en ángulo agudo de entre sus labios, le daba a su forma de mirar un toque desdeñoso, inconscientemente arrogante.

Era un hombre joven, no tenía más de treinta. El cuello largo, flaco, con una prominente nuez y las venas marcadas; su nariz, que sobresalía bajo el sombrero gacho, era fina, roja, aquilina y asimétrica, como el pico roto de un halcón. Tenía una boca pequeña con los labios finos y secos, y una barbilla puntiaguda como una pala, y su piel, erizada por una semana en la que se había dejado crecer el negro bigote, tenía la textura de la cholla y el color de la culata de una escopeta. Cada línea, cada fibra, cada músculo y cada hueso de

su cuerpo permanecía en reposo, con la inconsciente tranquilidad segura de un perro dormido. Sus manos, grandes y de largos dedos como los de un flautista o como las palas de una carretilla industrial, cubiertas de piel dura, encuerada, marrón, colgaban como un par de herramientas exánimes sobre su regazo, sobre sus ingles, sobre sus genitales. De vez en cuando una bocanada de humo azul emergía bajo el ala del sombrero desde una boca y una garganta aparentemente inmóviles. Pero a pesar de la apariencia de total somnolencia que sugería la relajación de su cuerpo había indicios de cierta actividad interna, discernible en dos puntos: sus ojos. Hundido en la gruta de oscuridad formada por el sombrero inclinado y la alta cordillera de la nariz, los ojos, como instrumentos diales de la mente y las emociones, reflejaban ideas, perplejidad, un mínimo rastro, delgado como un pelo, de angustia.

Escupió lo que quedaba del cigarro.

Unas millas más allá, al otro lado del río, la ciudad tendida esperaba, se agitaba débilmente en silencio —tímidos jirones de humo y polvo, ráfagas de luz reflectante procedente de objetos móviles, sombras correteando— sin despertar aún del todo y demasiado lejos como para que pudiera oírse. A la primera luz de la mañana la ciudad, a ojos del hombre apoyado contra el enebro, al oeste, parecía un desafectado parche de sombra azul grisácea, de bordes mal definidos, las extremidades del sur y el este invisibles, todo mezclado con las inmensas alas de la sombra de las Montañas Sangre.

Desde esa distancia y esa altura apenas podía distinguirse el río, encrespado más allá y por debajo del borde del piso de lava. Aquí y allá podía apreciar diversas láminas de agua opaca, pero poco más, salvo la franja irregular de la vegetación que crecía en la ribera y los antiguos cauces del río y algunas islas.

El silencio era intenso, ardiente, infinito. Podía oír el silencio, o lo que parecía su música, el canto de la sangre a través de sus oídos.

Del sudeste, en dirección a la gigantesca base militar contigua a La Fábrica, le alcanzó el rugido de motor de un reactor. El sonido creció, se abrió paso como una cuña de hierro a través del cielo, cavando el aire con su vibración transparente. Luego empezó a apagarse, se desvaneció y murió, y el vasto

silencio volvió a envolverlo todo sellando su cúpula perfecta sobre el desierto, el río y el valle.

El joven se apartó del enebro, flexionó las articulaciones de sus largas piernas y se levantó. Medía más de metro ochenta, y dos terceras partes de esa estatura se debían a sus piernas como fusibles. Apagó las cenizas del fuego con su bota, echándoles encima un poco de arena, enterró la lata de frijoles bajo una roca y diseminó los granos de café. Limpió la sartén y la madera con un puñado de arena y las guardó en la alforja. Enrolló su ligero saco de dormir, estilo momia, hasta convertirlo en un paquete apretado que ató y puso sobre la alforja, en el suelo. Luego miró hacia la yegua.

La yegua lo estaba mirando, a unos cincuenta metros en la rocosa planicie, las orejas alerta, la cola negra tratando de deshacerse de un tábano, sacudiendo su negra melena hirsuta y mirándolo. Tres años, musculada y con buen trasero, delgadas corvas y un abrigo de pelo castaño brillante. Tenía los ojos muy separados y un cuello rígido y arqueado. Su nombre era Whisky.

—Whisky —la llamó—, ven aquí, chica —Las orejas de la yegua retrocedieron—. Chica, ven —la llamó, y cogió las bridas y el bocado de una rama del enebro. La yegua lo observó sospechosa, sin moverse. De una de las alforjas de su silla sacó una pequeña manzana marchita y la alzó en el aire, ofreciéndosela al caballo.

—Vamos, ven aquí —la llamó suavemente—, tengo algo para ti —La yegua movió la cabeza, mirándolo, barriendo con la cola una mosca de sus ancas y pateando la arena, sin avanzar un paso hacia él.

El hombre se encogió de hombros y de manera cansina se dirigió a ella, mordisqueando la manzana mientras avanzaba. Cuando había avanzado unas cuantas yardas acercándose a la yegua volvió a tentarla, llamándola dulcemente, mostrándole el corazón de la manzana.

—Whisky, aquí muchacha, ven aquí.

Esta vez sí respondió, trotando torpemente hacia él, las patas delanteras cojeaban.

El hombre sonrió y fue a reunirse con ella y darle de comer el corazón de la manzana, ofreciéndoselo en la palma de su mano, apoyando su pecho en la cabeza del caballo y susurrando en su oído:

—Buena chica, has cogido la idea.

Le frotó la cara y la frente y le acaricio el cuello nervioso y duro.

—Buena chica, Whisky. No eres nada tonta, pequeña.

Mientras murmuraba en sus oídos empezó a colocarle lenta y sigilosamente lasbridas, pero la yegua se resistió, meneando la cabeza violentamente arriba y abajo para tratar de zafarse. Con un movimiento rápido él hundió los pulgares en sus mejillas para forzarla a que abriera la boca e insertárselo, deslizando la cabezada sobre sus orejas y fijándole el collar.

—Así, chica, así —le dijo cuando la yegua giró de nuevo las orejas hacia atrás. Le acarició el cuello dándole golpecitos con el puño en el poderoso hombro. Después de un rato se agachó a desanudarle el nudo mormón que le enlazaba las patas. La yegua tembló un momento mientras le retiraban la correa, pero no opuso resistencia.

—Buena chica —murmuró él, levantándose. La correa de las piernas en una mano, pasó las riendas a lo largo del cuello de la yegua, y con suavidad y rapidez montó a horcajadas sobre su lomo desnudo.

Durante un instante la yegua permaneció rígida, como perpleja; a continuación, antes de que pudieran ponerle el acicate, dio un salto hacia delante como si algo le hubiese picado, y se detuvo repentinamente, arqueando su lomo con compulsiva violencia, y se separó de la tierra con otro salto, golpeando al caer en el suelo con las piernas descompasadas, produciendo un crujido de huesos. El hombre montado contenía el aliento sin perder la sonrisa, sacudía la cabeza que se le inclinó hacia delante. Con una mano la agarró de las crines tirando fuerte de sus pelos que se le enredaron entre los dedos y la muñeca.

—Vamos, puta —le gritó, y azotó a la yegua con el cinturón con el que la había maniatado.

La yegua saltó de nuevo hacia delante, se resistió una, dos veces, luego empezó a correr. Sin dejar de reírse y lanzar maldiciones, el hombre le había agarrado el cuello con el cinturón de cuero, y la mantuvo dando vueltas en círculos cada vez más cerrados hasta que la yegua se cansó, y él la llevó al galope hasta su campamento, donde la detuvo y descabalgó. Cogió su cabeza entre los brazos y con voz dulce le sopló algo inaudible en una oreja temblorosa mientras que el polvo que la carrera había levantado se iba depositando en cualquier otra parte del suelo.

Una vez que la hubo calmado, colocó una almohadilla sobre su lomo y le puso la silla de montar, un viejo trasto de doble aparejo que servía para todo. Cogió el anillo de la cincha y lo pasó por debajo hasta el otro lado de la yegua y luego enrolló el látigo dándole media docena de vueltas. La yegua contenía la respiración: él la desinfló con un par de golpes en el punto exacto del vientre, apretó más el látigo y lo aseguró pinzándolo con la lengüeta del anillo. Después de eso, el hombre cogió las alforjas y las abrochó, ató el saco de dormir tras la montura y colgó de ella su cantimplora del Gobierno, casi vacía. Todavía tenía que hacer sitio a otras cosas, una guitarra y un rifle que yacían en el suelo, a la sombra del enebro. Puso el rifle, una carabina de calibre treinta y dos, en el estuche correspondiente que estaba en el lado derecho de la silla, la guitarra se la colgó a la espalda pasándose el cordón de cuero por el pecho.

Ahora sí que ya estaba todo: la yegua esperaba impaciente bajo su firme carga de metal y cuero, aguardando que el hombre se le montase, aguardando la leve presión de su largo cuerpo en el lomo. Tendría que esperar, porque no parecía ahora que el hombre tuviera la más mínima prisa por completar los preparativos. En lugar de montarla se quedó mirando al este, a la ciudad, dejado caer cómodamente sobre su cadera y su pelvis, los dedos hundidos en los bolsillos de sus vaqueros, el sombrero negro inclinado sobre los ojos.

El sol había escalado una hora en el cielo, más de diez pies por encima de las crestas violáceas de las montañas. Las sombras se iban encogiendo y la primera emanación miásica de olas de calor empezó a perfilar los bordes de las rocas y la maleza. Entre el hombre y el río giraba un derviche de arena y aire, como un tornado translúcido que bailaba por la llanura con la gracia

alígera y radiante de una luz de faro en movimiento. En la base del derviche iban rebotando los matojos que empezaban a girar y a girar como figuras de una danza.

La yegua manoseaba la arena, meneando la cabeza de manera nerviosa, y el aparato de cuero sobre su lomo crepitaba y crujía —el más satisfactorio y tranquilizador de los sonidos, esa agitación del cuero gastado, familiar, deteriorado—. El hombre lo escuchó, se volvió, cogió las riendas, puso una mano en el pomo de la montura, un pie en el estribo y se aupó a la silla. La yegua aún miraba al este, al río; él le dio un toque con las espuelas y la yegua avanzó, poniéndose al trote casi al instante. Se fue desviando un poco, dirigiéndose en su marcha a paso ligero, no hacia el centro de la ciudad, sino al extremo norte de su alargado tronco.

Montado y armado cabalgó hacia la ciudad, el parpadeo centelleante del sol en el estuche del rifle, la hebilla de plata, las espuelas, levantando a cada paso de su caballo una ligera cortina de polvo ígneo, un resplandor en la suave piel de las patas del animal, en sus muslos, en sus músculos en movimiento. El propio hombre, cubierto de ropas gastadas y llenas de polvo, apenas reflejaba, en el resplandor de la mañana, la luz del sol, había en su figura algo brumoso y oscuro, algo sombrío, borroso, pasado.

La vista al frente, con aparente indiferencia por las vastas extensiones de desierto que lo rodeaban, el cielo cantando sobre su cabeza. Los cinco volcanes se alineaban al sur como viejas tumbas, girando lentamente en su cambiante horizonte. Cabalgando entre la hediondilla, encinas, mesquite, asustó a una bandada de codornices que levantó el vuelo desde el suelo del desierto, chillando y aleteando, se alejó a una prudente distancia y luego al unísono volvió a posarse en el suelo. Cuando él las alcanzaba volvían a escalar el aire, daban una vuelta y se posaban en la maleza, todavía delante de su camino. Él no les hacía caso, estaba pensando en alguna otra cosa, sus ojos a la sombra de su sombrero bien calado, la mirada fija en la vaga silueta de la ciudad.

En su camino tenía que pasar por un arroyo que era sólo un lecho arenoso. Lo siguió durante más de una milla hasta que se desvió demasiado rumbo al

sur. Bajo los bancos del arroyo, en la fina arena amontonada, podía percibir los delicados jeroglíficos que allí habían impreso los ratones de campo, las lagartijas, las ardillas, las liebres, las codornices y los buitres, pero a la luz del día sólo unas cuantas lagartijas osaban interponerse, rápidas, elásticas, insignificantes, en el camino del hombre y el caballo.

Cuando el arroyo se hacía profundo, el hombre se salía y volvía al piso de lava parcheado de dispersos matojos, hasta llegar a una alambrada, unos cables tensados sobre estacas de acero hincadas en la arena y la roca, con refuerzos, entre estaca y estaca, de varas de alambre. El hombre buscó una puerta pero apenas podía ver la propia alambrada que se extendía al norte y al sur hasta desaparecer en sendos puntos del horizonte después de trazar una nítida línea de exactitud geométrica trazada con mecánica, rara precisión sobre la faz de la tierra curvada. Desmontó, cogió de una de sus alforjas unos alicates, y se dirigió, a través de la maleza amontonada, hacia la alambrada. Cortó el cable —el acero tenso resistió un rato los mordiscos de su alicate, luego gimió y cayó en espiral hacia el suelo, tocando la tierra sólo con las puntas agudas— y volvió hacia donde había quedado su yegua. Montó y siguió adelante por el hueco que había abierto, seguido sólo por unos cuantos matojos convulsos.

Cabalgó hacia el borde del lecho de vieja lava y el destello del río que se encontraba más allá, y en sus riberas, los sauces, los álamos de hojas de un amarillo suave. El jinete se relajó en su silla, echándose hacia atrás en su asiento, colocando una pierna sobre el cuello de la yegua. Luego de un rato también echó atrás el sombrero, descolgó su guitarra y ensayó un par de acordes. La yegua contestó girando las orejas y apretando el paso. Después de unos cuantos acordes de prueba más, tensó una de las cuerdas, y empezó a cantar en voz muy baja, sin otro público que él mismo y su yegua.

Me hice a la idea... de cambiar de destino...
dejé a los míos... por eso soy feliz...

Su cara, venteada y seca por el sol, se relajó un poco con la música, haciéndose más humana, casi amable.

Dejé a mi amor, que me concedió su mano,
y puse rumbo al sur... del Río Grande...

Los cascós de hierro de la yegua hacían crujir la negra roca. El viento susurraba a través de las frágiles hojas de la hediondilla. Más allá del río y diez millas al este de la ciudad las Montañas Sangre empezaban a revelarse con más detalle mientras el sol ascendía, la muralla de sombra azul disolviéndose en el aire, exponiendo las fisuras de los rojos acantilados, los cañones y las gargantas y los abismos de mil pies, las torres que se elevaban sobre la pared principal, las estribaciones secas y estériles como viejos huesos, y más arriba y tras esas ruinas desmoronadas, la barrera última de granito, la gran cresta horizontal que se elevaba una milla por encima hacia el cielo azul helado, centelleando con una nueva capa de nieve. Las montañas se cernían sobre el valle como una presencia psíquica, fuente y espejo de influencias nerviosas, emociones, sutiles e inapresables aspiraciones; ningún hombre podía ignorar esa presencia; en un sótano donde jugaran al poker, en las bóvedas del Banco Nacional, en las cámaras secretas de La Fábrica, en el cuarto de atrás del despacho del corredor de fincas mientras idea una intrincada estafa, en el corazón de un coito, las emanaciones de la montaña y el cielo imprimían algo análogo a su naturaleza sobre la evolución y la forma de cualquier alma.

Fue en el año... ochenta y tres...
cuando A. J. Stinton... me contrató...

El joven cabalgaba, dejado caer en su silla, cantando para sí mismo y para su yegua, pero la mirada seguía puesta en la franja norte de la ciudad en la que

las casas se volvían de barro y se secaban entre álamos y acequias al pie de un desierto que lo rodeaba todo.

Durante media milla cruzó un campo de ovejas: un tenderete de hule negro, un remolque que reposaba sobre dos ruedas pinchadas, un cepillo de corral, un camión de capó plano con el motor desmontado, un tanque de agua cuyo molinillo de viento tenía las aspas inmóviles, un montón centelleante de latas de hojalata: ningún hombre, ninguna oveja a la vista. Desde aquel punto vio, al norte, cómo se arrastraba por la vaga línea de la carretera una nube de polvo que avanzaba, a juzgar por la distancia a la que se encontraba, con agonizante ímpetu. La nube de polvo la levantaba un momentáneo objeto negro, tembloroso en la luz resplandeciente, aparentemente móvil, que de repente desaparecía y volvía a aparecer, silencioso, perseverante y afanoso: un camión o un coche que a cuarenta millas por hora iba dando botes en una carretera que era como una tabla de lavar. La distancia y el silencio, la grotesca desproporción entre el pequeño y agitado objeto y el espacio lleno de silencio que lo contenía, le daba a su movilidad un aire patético y absurdo.

Caballo y jinete llegaron a otro obstáculo, un segundo apeadero —un negro abismo tras el borde congelado del lecho de lava, una confusa masa de roca cayendo en picado noventa pies sobre la llanura—. El hombre dirigió a la yegua hacia el norte y siguió el filo del acantilado hasta alcanzar el punto donde fuera posible iniciar el descenso. Desmontó y se colocó delante de la yegua, conduciéndola lenta y cautelosamente, pisando fuerte entre las rocas negras, saltando de aquí allá en la cara de la pendiente.

Por encima de él, fluyendo a través de la oscuridad de hierro quemado de la meseta, el cielo se volvía de un azul oscuro y líquido, vivo, ardiente, profundo: el océano sin fondo de la atmósfera. El joven se detuvo y echó un vistazo arriba y abajo, rascándose la mandíbula. Después siguió adelante. La yegua lo seguía a regañadientes, los ojos sin parar de moverse, las rodillas temblonas, antes de pisar y deslizarse de un saliente al siguiente. La roca negra era escarpada, caliente, un corundo complicado: parecía no sólo ajena, también impermeable a cualquier tipo de vida. En el lado sur de casi todas las rocas crecía un musgo amarillo, amarronado, verdoso, como parches de pintura sucia embadurnando la piedra. El caballo y el hombre pasaron delante de otras

señales y estigmas de vida: el petroglifo de un guajolote cincelado en la piedra, un par de latas de hojalata agujereadas por balas de calibre diverso, las conchas de bronce de unos cartuchos, una lata de sardinas vacía disolviéndose en herrumbre. Estaban acercándose a la civilización.

Tardaron diez minutos en completar el descenso. Ya en el fondo, entre dispersos cúmulos de lava, el hombre volvió a sentarse en su silla y recorrió la última milla de arena y herbajos hacia el río. Atravesó las sendas marcadas por jeeps y motocicletas, por un camino tachonado de latas de hojalata, botellas rotas y kleenex desperdigados por el viento, hasta alcanzar la ribera alta más occidental del río. Ahí volvió a detenerse y se lió un cigarrillo.

Frente a él la arena se deslizaba cincuenta pies hacia las lentes aguas, marrones de limo, del río Bravo. En ese punto el lecho del río tenía una anchura que podía alcanzar las cien yardas, un cuarto de esa distancia era agua que fluía y el resto sólo barro, tierra y arenas movedizas secándose al sol. Veinticinco yardas de anchura, dos o tres pies de profundidad, excepto donde el corazón de la corriente había ahondado un poco más, el río más grande de Nuevo México avanzaba cauteloso, ondulándose y gorgoteando al pasar por los sauces, los álamos, la caña brava y la totora, rumbo a la desolación de Texas y su entrega al mar abierto ochocientas millas más allá.

Le dio una calada a su cigarrillo y empujó a Whisky ribera abajo.

«Va», le dijo cuando ella trató de resistirse, «dale pequeña puta». La yegua cedió dejando caer todo su peso en los cuartos traseros, medio deslizándose, medio arrastrándose por la profunda arena blanca hacia el agua, levantando polvo y con una suave pero poderosa andanada de pedos de espanto. Se puso a salpicar en los remolinos de agua, después sacudió violentamente las riendas para acercar la cabeza al agua y beber. El jinete la dejó a su aire mientras el agua le cubría las botas. Tocó la cubierta caliente de su cantimplora, la sacó de la montura y la sumergió en el agua donde la tuvo un rato hasta que se enfrió.

Echó una bocanada de humo y vio cómo desfiló sobre la corriente de agua, y luego se disolvía en el aire. Desde allí no podía ver apenas nada de la ciudad, el núcleo urbano se encontraba dos o tres kilómetros más al sur, más allá de los árboles, las acequias y los suburbios. En la orilla opuesta había una barrera de

sauces, y más allá un bosque de álamos de hojas doradas: salvo eso, no veía nada más. Pero ya no estaba en la zona del silencio: aunque la ciudad no se viera, podía oírse, un zumbido rugiente y continuo, las vibraciones mezcladas de diez mil coches, camiones, tractores, aviones, locomotoras, la queja zumbante de cincuenta mil radios, televisores, teléfonos, el murmullo de cientos de miles de voces humanas, un masivo murmullo de fricción, negocios y agitación mecánica. El jinete chupó tranquilamente su cigarrillo aguardando a que su yegua se llenase el vientre.

Cuando la yegua pareció satisfecha el hombre tiró la colilla de su cigarro al río y lo cruzaron. La corriente era más fuerte de lo que a primera vista podía parecer. Cuando iban por la mitad la yegua perdió pie y él se apresuró a sacar el rifle del estuche y mantenerlo en alto para que no se mojara. La yegua empezó a nadar hacia la ribera oeste, él la maldijo y la alcanzó para corregirle el rumbo y vadear el río gracias a un banco de arena en el fondo por el que llegaron a una isleta de barro con sauces de doce pies.

Se detuvieron allí, donde él se dedicó a sacar todo el agua de sus botas, de sus alforjas y de la caja de la guitarra. La yegua lo esperaba impacientemente, zumbando con su largo rabo a las moscas que pululaban por allí, entre barrotes de luz y sombra. El hombre acabó enseguida, aplastó un mosquito que se le había posado en el cuello, volvió a montarse en la yegua y se dirigieron a los sauces.

El cenagal estaba ante ellos, el lodo licuado tenía la consistencia de un engrudo caliente, un depósito insondable con delgadas hendiduras que antaño había formado parte de las tierras vegetales y de labranza de Colorado y que con el tiempo pasaría a ser propiedad del golfo de México. No había ninguna senda por allí, a menos que volvieran a la ribera oeste y se dirigieran cinco millas al sur hasta el puente de la carretera. Así que no quedaba otra que caminar por encima del fango o hundirse en él.

A través del fangal, la yegua se hundía hasta los espolones, avanzaba a embestidas, cada uno de sus pasos le hacía jadear por el limo y las fétidas bolsas de aire. El jinete la apremiaba con sus espuelas, tranquilizándola, con palabras cariñosas para impedir que entrara en pánico, y a la vez examinaba la

superficie cremosa que tenía por delante en busca de alguna señal de zona de arenas movedizas.

Pero no había ninguna. Llegaron a la ribera este al fin, mojados y cubiertos de lodo. El hombre desmontó, se quitó un poco de lodo de las botas y orinó sobre la hierba y el musgo crecido al fresco abrigo de los álamos. Volvió a montar después de un minuto de descanso y se dirigió al este a través de los árboles hasta llegar a una acequia. Volvió a parar allí y se lavó un poco la cara sucia y cubierta de polvo y se mojó el pelo y con los dedos se peinó hacia atrás. Podía escuchar, más allá de la acequia, cómo silbaba una alondra en el campo de alfalfa, y el chirrido constante de la cigarra. El sol estaba alto, acercándose al mediodía, y quemaba.

Sin montarse, condujo a la yegua por un estrecho puente de madera a través de la acequia y a través de la puerta de alambres de la valla del otro lado. Después de haber cerrado y fijado la puerta, volvió a subir a su silla y se dirigió por el silencioso camino polvoriento que se abría bajo una nave de álamos que se inclinaban a lo largo de la carretera con las hojas quemadas, muriendo lentamente, doradas y cargadas de polvo. Al otro lado de la carretera había vallas guardando pastos y campos de alfalfa, y maíz ya cortado y apilado. Los postes de las cercas estaban prácticamente ocultos por junglas de girasoles que se elevaban a diez pies de altura, las cabezas marrones caídas por el peso de las semillas. El hombre podía oler el tamarindo y la tierra arada y el humo de la quema de cedros. Cuando avanzaba, una bandada de cuervos se asustó agitando las hojas de un álamo, graznando ansiosa: una bruma de fino polvo se filtró entre las hojas temblorosas.

Pasó junto a un hombre con botas de goma y un gran sombrero de paja, llevaba una pala en las manos y contemplaba el hilo de agua que corría a través de la pequeña acequia tras la carretera. El jinete saludó moviendo pesadamente la cabeza y el hombre de la pala le devolvió el saludo levantando cautelosamente una mano.

Empezaron a aparecer los perros, y los niños, mientras él adelantaba casas de adobe con muros muy corroídos y ventanas escondidas. Los flacos perros ladraban rodeando a la yegua, pisándole los talones, y ella arremetió contra

ellos a coces antes de ponerse al trote. El jinete tiró de las riendas para frenarla.

—Tranquila, chica, tranquila —le dijo con voz apacible.

Los oscuros hijos de los granjeros corrían tras ellos en el polvo, observándolos, riéndose, gritándoles.

—Eh, charro, ¿dónde va? ¿Dónde va, señor vaquero?

Las mujeres salieron a las puertas abiertas en los muros de adobe, se apoyaban desganadamente y se rascaban los sobacos mirándole cabalgar con ojos marrones y animales, curiosas, evaluándolo, nada hostiles. El jinete les dedicó una sonrisa, tocándose el sombrero cortésmente cuando pasaba ante cada una —un poco de polvo se deslizaba del ala del sombrero a su muñeca— y algo en su adusta sonrisa hacía que las mujeres se la devolvieran inquietas, tímidamente. Hubo una tentativa silenciosa de compartir opiniones, quizás porque el hombre a caballo no era un extraño, o era algo más que un extraño, un personaje salido de los cuentos que contaba un abuelo en la infancia, un hombre que a pesar de haber sido completamente olvidado volvía ahora cabalgando a la vista de todos por el fino polvo marrón de la calle.

Las mujeres buscaron con los dedos los medallones que colgaban entre sus pechos y miraron al hombre.

Los niños lo siguieron más allá del pueblo, gritándole, corriendo tras el caballo, haciéndole preguntas:

—¿Dónde va, don charro? ¿Eh, dónde va?

—¿Quién sabe? — respondió —, ¿a quién le importa?

El chico mayor, descarado y sucio, con un cigarrillo apagado colgado de su labio inferior, y dos velas de moco gris pendiendo de su nariz, no parecía muy amable:

—Eh, tú, huesudo, ¿de dónde vienes? Eh, tú, ¿cómo te llamas? ¿Barbudo?

Algunos chicos se carcajearon sin dejar de correr.

—¿Cómo te llamas, huesudo? —dijo el chico mayor de nuevo, riendo con los demás.

—Barbudo, viejo jodido y reculón, ¿a que sí?

El jinete volvió la vista atrás.

—Cuida tus modales, mocoso. Quítense.

—Malas cachas.

El jinete detuvo su caballo.

—Ven aquí —le dijo tranquilamente, desenrollando su cuerda de la silla y sacudiéndola en el aire para que formara un bucle. El chico dio un paso atrás, asustado.

—Venga —dijo el jinete—, pronto.

Le dio al bucle un giro de prueba alzándolo sobre su cabeza y le dijo a los otros chicos:

—Podemos usar aquel árbol de allí —Y señaló el álamo más cercano.

El chico del cigarrillo se volvió y corrió por la carretera hacia el pueblo, llamando a su padre. Después de un instante de duda, todos los demás hicieron lo mismo y le siguieron. El jinete se echó a reír tras ellos y luego puso de nuevo a su yegua rumbo a la ciudad.

Pasó entre filas de altos álamos dorados que se alzaban como antorchas junto a la carretera, pasó por más campos de maíz y alfalfa y girasoles muertos, hacia otra acequia ya en los suburbios de las afueras de la ciudad. La carretera se convertía en calle, con superficie de grava y limpios carriles de desague a cada lado, y las casas estaban limpias y nuevas, hechas de cemento o ladrillo o eran bloques de hormigón liso con un acabado de estuco; cada una de las casas estaba separada por una valla de las casas vecinas. No parecía que hubiera niños en esa zona, muy pocos perros, nada de pollos ni gansos ni cuervos. Las mujeres se quedaban en el interior de las casas y miraban con cara de suspicacia a la extraña criatura que iba a caballo —el jinete, de vez en cuando, recibía los destellos de esas aisladas amas de casa, rostros sin cuerpo

transpirando en los marcos de las ventanas como plantas de maceta, desamparadas, sin agua y sin abono.

Llegó por fin al mundo de los surtidores, los supermercados, las tiendas, los parquímetros y a la primera calle pavimentada. Whisky se detuvo ante el duro asfalto, meneó la cabeza y trató de volver atrás luchando contra las riendas.

Desde los automóviles que circulaban, los conductores se quedaban boquiabiertos ante el hombre y su caballo.

El jinete trató de abrirse paso en el tráfico impulsando a la yegua bruscamente hacia delante mientras los tenderos y los motoristas lo observaban. Ella resopló sacudiendo la cabeza y por fin se abalanzó sobre el pavimento, los cascos de hierro deslizándose ruidosamente sobre la dura superficie. A medio camino trató de darse la vuelta y regresar. Grandes vehículos que brillaban como juguetes se le acercaban pitando, con potentes bocinas desafiantes, blancas caras observándolos detrás de los cristales. La yegua se revolvió haciendo un círculo completo, mientras el hombre trataba, con las espuelas, de dominarla, tiró de ella soltando un poco las riendas, hablándole sosegada pero premiosamente. Ella intentó regresar otra vez, los ojos angustiados mirando a todas partes, el hocico hinchado, deslizándose casi hasta caer y finalmente recobrando la compostura y alcanzando el otro lado de la carretera para sentirse a salvo.

Mientras los coches rugían tras ellos, el jinete se quitó el sombrero, se echó hacia atrás el pelo negro, se secó la frente con el dorso de una mano. Acarició el cuello sudado de la yegua y depositó unas cuantas palabras sosegadas en sus tirantes orejas. Cuando pudo recuperarse, recobrando la confianza en sus propias fuerzas, gracias al tacto de la tierra áspera bajo sus cascos, continuaron por el camino polvoriento que llevaba al este entre campos de heno y huertos.

Un cuarto de milla más allá llegarían a la autopista, la importante autopista Norte-Sur que unía Duke City con Santa Fe y el norte —cuatro carriles de liso asfalto que se estremecían bajo la continua batería de los coches, los camiones y los tractores con remolque—. El jinete se detuvo para salvar ese obstáculo, el pavimento resbaladizo y el denso muro móvil hecho de acero y caucho duro.

No había ninguna posibilidad de burlar esa barricada; aunque cabalgara años no encontraría el final. La pista de asfalto y cemento era tan continua y sin fin como el círculo de las paredes de una celda. A pesar de ello se sentó y esperó a que se abriera un hueco en el flujo de tráfico lo suficientemente grande como para que permitir que pasase un animal de cuatro patas.

Mientras esperaba se dio cuenta de que algo extraño se extendía en el piso, cerca del centro de la carretera: un trozo de piel de animal, el peludo abrigo amarillo de un perro o un coyote. Diseminada alrededor de la piel estaba la sangre seca y los jugos glandulares de esa criatura que había tratado de cruzar la Ruta 85 sin las precauciones suficientes. Las grandes ruedas y los neumáticos de goma pasaban por encima del cadáver con golpes regulares apenas perceptibles, el débil reconocimiento mecánico de una existencia que no había sido destinada a fusionarse con la grava y el alquitrán.

Siguió montado en su silla a la espera hasta que se le presentara la oportunidad de cruzar, unas cien yardas de espacio libre entre dos camiones que se acercaban de un lado y el otro. Apremió a la yegua y sucedió otra vez lo mismo. Whisky retrocedía al contacto con el pavimento, no obedecía sus órdenes y daba vueltas mordiendo el bocado, resbalando, relinchando, ante la vista desconocida y despiadada de la autopista. Sin embargo una vez más se las arregló para alcanzar el otro lado, azotándola, engatusando, hasta que la yegua se lanzó hacia delante en la dirección correcta gracias a que él, con lenguaje violento, consiguió imponerse y cruzar el asfalto antes de que llegaran los camiones, poniéndose en lugar seguro. Los hombres al volante de los camiones lo miraron pasmados mientras vibraba en el aire el chillido de los frenos.

Descansaron de nuevo, el hombre y su caballo, saboreando y atesorando la dulce sensación de vida. Después de un rato siguieron, todavía hacia el este, por una calle sin pavimentar tras el nuevo y gran cementerio que se extendía allí como un modélico proyecto de urbanización, y pasaron por un nuevo y gran proyecto de urbanización que se extendía allí como un modélico cementerio, a través de las carreteras de Atkison, Topeka y Santa Fe, a través de una arboleda de álamos y de más acequias, entre más campos de alfalfa y maíz y patatas, entre las casas de adobe fundido de los granjeros mexicanos y

más allá de los fragmentarios y desintegrados bordes de la ciudad. Entre el hombre a caballo y la gran pared dentada de las montañas había ahora sólo un manojo de dispersas casas de barro y diez millas de desierto abierto. Hacia la última y más remota casa, una pequeña construcción de adobe con vigas que sobresalían, paredes sin enyesar y una puerta de madera pintada de azul, guió ahora a la yegua. Al oler el grano y el verde heno, el animal tiraba ahora enérgicamente de las riendas hacia delante. El jinete se sacudió un poco del polvo de su camisa, se cepilló el sombrero, se limpió la cara con el húmedo pañuelo rojo, comprobó que llevaba abrochados los botones de la bragueta de sus vaqueros, y luego dejó ir a la yegua, que trotó la última media milla levantando una nube de polvo iluminada por el sol.

Jerry Bondi estaba amasando pan cuando escuchó al caballo, el sonido de sus cascos amortiguado primero por el polvo, la distancia, luego acercándose paulatinamente hasta llegar, por un sendero de albaricoques, a la casa. Por un instante ella se sobresaltó, incapaz de pensar, pero después el nombre y la imagen de la cara familiar entrevista a través de su cerebro le hizo lanzar un pequeño gemido de placer. Se asomó al espejo que había encima del fregadero y vio un parche de harina en su nariz, otro en su pelo. Fue a quitárselos cuando se dio cuenta de que sus manos estaban cubiertas de una pasta pegajosa y húmeda. Gimió presa del pánico, oyendo el trote del caballo acercándose a la casa hasta el patio trasero, que se paraba de repente, oyendo un tintineo de pies sonando contra el suelo. Vertió el agua de la tetera en una palangana y empezó a lavarse las manos. Podía oír cómo el hombre le decía algo al caballo afuera, después sus pasos acercándose, el sonajero musical de espuelas en el porche de atrás.

Llamaron a la puerta.

—Jerry —dijo el hombre.

—Entra —gritó ella, secándose apresuradamente las manos con un trapo. En las palmas y los dedos tenía aún pegotes de masa.

La puerta se abrió y el alto jinete se quedó allí, con las manos colgando y una tímida sonrisa blanca en su cara oscura.

—Hola —dijo.

Jerry fue hacia él sonriendo, con los brazos abiertos.

—Bienvenido, Jack, qué alegría verte, y se abalanzó hacia él y se colgó de su cuello dejando pequeñas manchas de masa húmeda en la parte de atrás de su camisa.

—Te estaba esperando —dijo ella—, tenía el presentimiento —Echó un poco la cabeza hacia abajo, se puso de puntillas y lo besó en una comisura de la boca. Luego dio un paso atrás para verlo. Él seguía sonriéndole, sin decir nada. Ella dijo:

—Estás igual, o casi. Se te ve bastante bien. Quizá un poco flaco, pero fuerte como un macho cabrío salvaje.

—Tienes harina en la nariz —dijo él.

—Gracias —dijo ella—. Necesitas un afeitado. La última vez que te vimos, ¿hace un año ya de eso?, necesitabas también un afeitado. ¿Por qué siempre parece que necesitas un afeitado?

—Me afeito bastante a menudo —Se llevó una mano al mentón, sonriéndole—. Nunca aprendí de verdad cómo hay que afeitarse.

Ella siguió sonriéndole indefensa, fascinada por la iluminación helada que emanaba de aquella cara curtida, las pequeñas grietas de alegría cercándole la boca y los ojos.

—Bueno, estoy muy contenta de que hayas venido —dijo ella después de una breve pausa—. Sólo Dios sabe lo contenta que estoy de verte.

Ella recordó a Paul, su marido, y su sonrisa empezó a marchitarse con el pensamiento.

—Bueno, siéntate. Te traeré algo de comer. Da la impresión de que no has comido en unas cuantas semanas. ¿Qué te parece algo de jamón y huevos?

—Suena francamente bien, Jerry.

—De acuerdo. Ahora siéntate —Y le indicó un butacón en la esquina de la cocina—. Sólo deja que ponga este pan y luego te preparo algo.

Ella volvió a amasar el pan sobre un campo de blanca harina sobre la mesa de la cocina. Él se colocó tras ella, asomándose por encima de sus hombros, y colocó sus manos sobre las de la mujer y las dejó allí.

—Déjame terminarlo —dijo él, sonriendo tras ella.

—Ya está casi terminado. Ya tengo las manos manchadas.

—Déjame hacerlo —dijo él de nuevo—. Soy un experto en esto.

—Bueno, vale —dijo ella, y fue al fregadero y se lavó las manos para quitarse la masa. Él seguía detrás de ella, esperando para lavarse también las manos.

—Tengo un caballo nuevo —dijo—. Una yegua pequeña, mezcla de Appaloosa y caballo de rancho. Es un bichito realmente bonito, deberías salir a echarle un vistazo.

—Fantástico, lo haré —dijo ella, empezó a secarse las manos mientras llenaba la palangana con agua fría de un cubo y se subía las mangas.

—Jack —dijo.

—¿Sí? —Él se había mojado las manos y empezaba a enjabonarse.

—¿Qué haces aquí?

Lentamente se pasaba la pastilla de jabón sobre la palma y el dorso de las manos. Miró a través de la ventana que se encontraba encima del fregadero. Por fin dijo:

—He leído algo sobre Paul en los periódicos. Vi su foto y leí lo que venía debajo y decía que va a estar dos años en prisión por negarse a inscribirse en la caja de reclutamiento [\(1\)](#) ¿Es verdad?

—Así es —Ella estaba tras él en el fregadero, mirándose las manos—. Dos años —dijo.

—Vaya, eso es mucho tiempo —Se enjuagó la espuma de jabón y buscó una toalla para secarse—. Un puto montón de tiempo —dijo; suavemente cogió de

los dedos inmóviles de Jerry el trapo—. Vine a la ciudad sólo para ver si podía hacer algo.

Ella levantó la cabeza y lo miró, con los ojos muy abiertos.

—Ya está en la cárcel —dijo ella—, no hay nada que puedas hacer. No hay nada que nadie pueda hacer —Lo miró fijamente con una tenue e irracional esperanza flotando en su mente, en sus ojos—. ¿Qué podrías hacer? —dijo.

—No lo sé. Aún no he pensado en nada —Terminó de secarse las manos y se dirigió al amasijo de masa y colocó sus dedos limpios sobre él—. Algo se me ocurrirá —dijo—. Salte fuera y échale un vistazo a Whisky, la potrilla más bonita y más fuerte y más remilgada que hayas visto en tu vida.

Empezó a amasar el pan con experta familiaridad, volvió a mirar a Jerry:

—Vamos, ve —le dijo—, ¿no querrás herir sus sentimientos?

Jerry se había quedado mirando el suelo y quitándose trocitos de masa seca de los dedos.

—Por supuesto —dijo ella—, quiero decir, no.

Levantó la cabeza y le sonrió con una tristeza anhelante quizá inconsciente.

—¿Dónde está ese animal...?

Se dirigió a la puerta de la cocina, la abrió y miró fuera, donde la yegua estaba atada a uno de los pilares del porche. La yegua dio un paso atrás, las orejas rígidas.

—Bien, Jack, lo admito: es una preciosidad. Pero, ¿cómo le has puesto de nombre?

—Ya te lo he dicho: Whisky.

—¿Whisky? —dijo Jerry, disgustada—. Bonito nombre para un caballo.

—Bueno, joder, ella bebe —Burns roció más harina sobre la masa de pan—. Estaba borracha cuando la compré. Así me engatusó, porque se comporta muy decentemente cuando está cuerda.

—La voy a desensillar.

—Mejor no, todavía es un poco maleducada, y en cualquier caso no le gustan las mujeres —Él empujaba y le daba forma a la compacta masa del pan—. Me ocuparé de ella en un momento —Buscó un poco de manteca de cerdo o mantequilla—. Eh, ¿dónde hay algo para engrasar un poco esta masa?

Jerry cerró la puerta y fue a la alacena de dónde sacó una lata de manteca.

—Aquí tienes —dijo, quitándole la tapa—, servirá —Burns metió los dedos en la lata y después manchó la bola de masa.

—Ahora ponlo en aquella escudilla.

Lo hizo, ella lo cubrió con un trapo limpio y después puso la escudilla en un estante situado encima del fogón, sintiendo la mirada oscura de él siguiéndola a través del calor de la cocina.

—Me he perdido algo —dijo él.

—¿Qué?

Sonrió de nuevo.

—La vida de hogar, supongo —Levantó una mano hacia su sombrero—. Maldita sea, hace tanto que no estoy en una casa que hasta me he olvidado de quitarme el sombrero.

—Tienes masa en todas las manos.

Se quitó el sombrero y lo colgó en un clavo de la puerta. Se miró las manos.

—Sí, llevas razón.

Ella fue al fregadero y echó un poco de agua en la palangana.

—Lávate las manos, luego harías bien en ir fuera y ocuparte de esa yegua tuya.

—¿Crees que se habrá puesto celosa?

—Lávate las manos —Jerry sintió que se ruborizaba. Incapaz de mirarlo, le dijo—: ¿Qué te apetece comer?

—Dijiste que tenías por ahí un poco de jamón y huevos —dijo Burns dulcemente, distribuyendo jabón por sus manos—. Estoy seguro de que puedo con algo de jamón y huevos, a decir verdad tengo más hambre que un viejo oso pardo en abril. Mi vientre está a punto de pegarse a mi columna vertebral.

—Bueno, habrá que hacer algo para ponerle arreglo —dijo ella de forma demasiado formal. Abrió la compuerta del fogón y metió un poco de papel y leña—. ¿Qué has estado haciendo, por cierto, este último año?

—Temía que me lo preguntaras —Él se secó las manos con un paño que colgaba sobre el fregadero—. No puedo mentirte, qué más quisiera yo, porque es verdaderamente vergonzoso.

Ella miró la sonrisa astuta que se dibujó en sus labios y vaticinó:

—No me vas a decir que otra vez has estado pastoreando ovejas —Encendió una cerilla en el fogón y prendió fuego al papel.

—Has dado en el blanco completamente, Jerry. Sí señor, he estado haciendo de niñera de las más humildes criaturas del Señor. Eso me ayuda...

Ella cerró la puerta del fogón y abrió la hornilla.

—A este paso acabarás de granjero, Jack.

—Llevas razón: cuando un hombre cae en el pastoreo de ovejas ya puede seguir cuesta abajo del todo —Él se dirigió a la puerta y cuando la abrió Jerry Bondi la alcanzó y puso una de sus manos sobre su hombro. Él volvió la cabeza hacia ella.

—Jack... —Trató de sonreírle, pero no pudo encontrar nada que decir. Él esperó—. Mejor ocúpate de tu caballo —dijo finalmente. Podían oír a la yegua fuera, pateando, tratando de quitarse todo el peso que llevaba.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo él, apretándole la muñeca—. No te preocunes por Paul, se me ocurrirá algo. Te aseguro que no he hecho cincuenta millas para tomar el aire.

—Estoy segura de eso —dijo ella—. Ahora tendré que preocuparme también por ti.

—Nada de eso —le sonrió—. Nada puede hacerme daño, soy como el agua: si me evapo ruelvo en la próxima tormenta —Y salió fuera—. Me valdrá con seis huevos.

—Pon el caballo en el corral, con las cabras.

—Ya sé —dijo él, desanudando las riendas del poste—, está bien, ni a Whisky ni a mí se nos caen los anillos.

—Hay un fardo de alfalfa en el cobertizo. Que se sirva.

—Gracias Jerry —Burns frotó el cuello de la yegua—. Di gracias a la señora, Whisky —La yegua sacudió la cabeza y luego la echó atrás, lanzando un bufido—: Tranquila, chica, tranquila. Maldita sea —se lamentó Burns—, es todavía una tonta miedica —Acunó la cabeza de la yegua en sus brazos y pellizcó su hocico—. Ahora estás tranquila, pequeñita, nada va a asustarte. Ah, me va a romper el corazón —dijo él dirigiéndose a Jerry—, es una testaruda de primera categoría. Raya en la locura.

—Ah, entonces tiene un buen maestro —dijo Jerry.

Burns sonrió.

—Debe ser eso.

Dio un tirón de las riendas.

—Vamos, cabezona.

La yegua lo siguió hasta el corral donde dos cabras esperaban con los hocicos blancos asomados entre los bebederos. La luz de sol deslumbraba, un resplandor blanco en la arena y la madera; Jerry entrecerró los ojos mirando al hombre y al caballo y sus negras sombras rígidas. Un par de pinzones sobrevolaron el patio chillando. Ella escuchó una explosión, tenue, amortiguada, como el estallido de una carga de dinamita en el subsuelo. Burns se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. También lo he oído —Se miraron el uno al otro.

—Me parece que venía del sur —dijo ella —. Hacia la ciudad —Se cubrió los ojos con una mano para darse sombra, mirando hacia el humo y el polvo de la ciudad invisible. Vio algo negro, con un poco de humo flotando lentamente a través de la cúpula del cielo, bajando, bajando hasta desaparecer tras el horizonte.

—¿Lo has visto? —gritó ella.

—Vi algo —dijo él tranquilo—. ¿No era un avión?

—No lo sé. Sí, supongo que eso era. O parte de uno quizá.

Siguieron con la vista pegada a la zona sur del cielo, donde nada se movía ahora, nada ardía ni brillaba, el arco de humo negro permanecía impreso en el aire calmo como algo olvidado.

—Debe haber sido un reactor —dijo Jerry—. Detonan de vez en cuando, no sé cómo.

El vaquero se quedó fijo mirando el trazo de humo, rascándose la mandíbula.

—Sí —dijo—. Bueno... —Miró a Jerry.

—Hay un cubo fuera para que refresques al caballo —dijo ella—. Cuelga de un clavo la cuba de comida.

—Vale, gracias —Se dirigió al corral, dirigiendo a la yegua sin dejar de mirar al sur hacia el hilo de humo que pendía allí.

Jerry cogió lo que quedaba de jamón de la nevera del porche, regresó a la cocina y empezó a preparar la comida. Cuando Burns volvió diez minutos más tarde, cargado con las alforjas, el rifle y la guitarra, ella había puesto en la mesa de la cocina el pan casero horneado, una jarra de leche de cabra, mantequilla, una ensalada de lechuga, tomates y pepinos en un cuenco de

madera y un plato en el que se amontonaban cuatro lonchas de jamón frito. Burns dejó todo su equipo en el suelo y miró gozoso la comida.

—¡Pero mira todo eso, lo hiciste!

—Siéntate —dijo Jerry—. Los huevos estarán en un minuto.

—La hostia, ¿cómo has podido preparar todo esto tan rápido? —Cogió una silla y se sentó—. ¿Eres algo así como un brujo? —volvió a levantarse otra vez—. Para una comida como esta tengo que peinarme y lavarme la cara.

—¿Prefieres los huevos muy hechos?

—¿Qué? —Llenó la palangana y se echó agua en la cara y en el pelo y tanteó buscando el jabón—. No, sólo soleados por favor.

—La ensalada y el pan sobraron del almuerzo —dijo Jerry—. Espero que no te importe.

Él trató de dar algún tipo de respuesta bajo el agua.

—Espero que te guste la leche de cabra, tenemos toda la que queramos —En cuanto los huevos empezaron a chisporrotear, ella los sacó de la sartén y los echó en el plato del jamón—. Ya está listo.

—Estupendo —dijo Burns que se revolvía en el fregadero buscando algo con los ojos cegados de jabón—. ¿Jerry...? —Ella puso un trapo en sus manos—. Gracias.

—¿Qué me dices de Abigail y Psyque?

—No creas que he tenido el placer —Con una punta del trapo excavó en sus oídos para sacarse el barro.

—Son las cabras. La de la barba con las ubres grandes es Abigail, y Psyche es su hija —Ella removió un poco la ensalada con una cuchara y un tenedor de madera—. Vamos, se te va a enfriar.

Burns se echó hacia atrás sus largos pelos negros con los dedos y se sentó.

—Dime, ¿dónde está Seth? Me di cuenta de que faltaba alguien por aquí — Empezó a cortar una de las lonchas de jamón—. No se le ha visto.

Jerry llenó su vaso con leche de la jarra de arcilla.

—Está en el colegio.

—¿Qué es esa cosa?

—Leche.

—Una buena bebida para mormones —Burns hacía una pausa entre bocados de jamón y huevos para beber algo de leche—. Huele como uno que trató de patearme —Se limpiaba el cerco blanco que quedaba en su labio superior y vuelve a su plato—. Así que el coleguita va ya al colegio: una auténtica vergüenza.

—Tiene ya seis años —Ella se sentó en el otro lado de la mesa—. Come algo de ensalada, Jack.

Vagas emociones, ideas sin forma estaban acumulándose en su mente: no podía suprimir del todo la imprudente noción de que este extraño amigo vagabundo, algo así como un caballero errante, podría tener el poder, mediante magia, valor o ingenio, de traerle de vuelta, de alguna manera, al hombre al que ella había consagrado su amor. Trató de atender a lo que estaba diciendo:

—... pensé que vosotros dos os apañaríais para enseñarle vosotros mismos, criarlo en condiciones para que las autoridades no pudiesen plantarle en su cabeza de chiquillo sus viejas supersticiones.

Burns rebañó el plato con un trozo del oscuro pan, se comió el pan y se tomó otro largo buche de leche de cabra que pintó una señal blanca en su barba. Él la miró:

—Bueno, por supuesto supongo que ahora no te puedes ocupar de eso, con los problemas de Paul y teniendo tú que trabajar.

Ella no respondió. Él apartó su plato y se echó hacia delante en la mesa, mirándola fijamente.

—Una comida muy completa, estoy orgulloso de ti.

Ella no dijo nada.

—¿No tendrás un palillo de dientes?

Ella movió lentamente su cabeza, agachando la mirada, después de un momento él sacó una cerilla del bolsillo de su camisa y el cuchillo de sus pantalones y empezó a fabricarse su propio palillo de dientes.

Estaba haciéndose un lío con sus propios pensamientos: este tipo, Burns, cuya mera presencia física era tan tranquilizadora, y de cuyo amor y lealtad ella jamás habría dudado, arrojaba sobre ella, por alguna razón, una sombra de incomodidad: en sus sombríos ojos, en su sonrisa detenida en los rasgos de la cara, en la firme virilidad de su cuerpo le daba la impresión de percibir una oportunidad. Una oportunidad en cada una de sus palabras, en cada uno de sus movimientos.

—¿Estará en casa muy pronto, supongo? —quiso saber Burns.

Ella levantó la vista para mirarlo:

—¿Quién?

—Seth —Él la observó perplejo y luego frunció el ceño y desvió la vista hacia otro lado.

—Tienes leche en la boca —dijo ella. Él se limpió la boca con el dorso de una mano—. Sí, estará aquí en una hora.

«Esto es ridículo», se dijo ella. «Soy una mujer adulta, madre de un niño de seis años, esposa de Paul Bondi. No puedo permitirme fantasear con nadie, ni siquiera con el centauro de mirada brumosa que está al otro lado de la mesa.» Y en cuanto formuló ese pensamiento otra verdad iluminó su mente con la certeza del relámpago.

—¿Te apetece un poco más de leche? —dijo ella.

—No, gracias.

—¿Te apetece un poco de café?

—No te molestes. Lo tomaremos más tarde.

—No es molestia para nada.

—No, gracias, Jerry —Apoyó los mentones en sus puños observándola con ojos graves, casi melancólicos. Ella, repentinamente, se sintió enojada con él. ¿Se había propuesto jugar a algo con su desazón?

—Señora Bondi —dijo él. Ella lo miró sobresaltada—. Señora Bondi, he venido aquí para verla a usted, a Paul y a Seth y para ver si puedo seros de utilidad. Tengo algo de dinero y un rifle. Si hay algo que yo pueda hacer, lo haré. Para eso he venido. Cuando termine me volveré a ir, como antes.

Ella agradeció su lenta y cuidada declaración. Quería darle las gracias pero dijo, mintiendo a medias:

—No tenías ni que decirlo, Jack, ya lo sabía.

Se miraron en silencio unos momentos, ambos francamente turbados.

—Y por lo que más quieras —dijo ella—, no me llames señora Bondi. Me haces sentir totalmente como si fuera un ama de casa respetable.

Él le sonrió:

—¿Y no lo eres?

—No lo sé. Sí, lo soy. Pero no quiero sentirme como si lo fuera —Ella se levantó y empezó a recoger los platos sucios—. No has probado la ensalada —le reprochó ella. Él iba a decir algo pero ella lo interrumpió:

—No te culpo, estaba un poco pasada.

—Déjame ayudarte con esos platos.

—De ninguna de las maneras. No voy a dejar que te pongas a lavar platos en tu primer día aquí —Ella los metió en el fregadero y los enjuagó con agua caliente de la tetera que estaba sobre una hornilla—. De todas formas no los voy a lavar ahora.

—Esa es muy buena idea —Burns sacó del bolsillo de su camisa los materiales necesarios y empezó a liarse un cigarrillo. Mientras sus dedos se ocupaban de eso, se dirigió a la habitación contigua y echó un vistazo a las pinturas que colgaban de las paredes —eran obra de Jerry—, enormes lienzos imprudentemente manchados de color, gruesas pinceladas de óleo diseminado con espátula: no representaban ni ideas ni cosas sino sensaciones nerviosas. Burns encendió su cigarrillo mientras contemplaba la obra: se sentía desconcertado pero agradablemente agitado y sintió ganas de tocar, apretar, hundir los dedos en la pintura refulgente.

Dejó los cuadros y se dirigió hacia los libros que abarrotaban las estanterías colocadas en la pared oriental. Había allí más libros de los que cualquier hombre debe tener, y mucho menos leer, y ganaban por goleada los de filosofía pura y dura: de los *Fragmentos* de Heráclito al *Tractatus* de Wittgenstein. Burns se sintió ante la presencia del marido ausente: podía oír, a través de las redes de la memoria, el tono, el timbre peculiar de esa voz ansiosa, con su precisa articulación afectada de sílabas y fraseo. Regresó a la cocina.

—Hay una cosa más que necesito —le dijo a Jerry, que estaba colocando más leña en el fogón.

—¿De qué se trata?

—Necesito un baño. Huelo como un carnero que no se hubiera mojado, ni con agua de lluvia, en cinco años.

Jerry le sonrió.

—Tenía la esperanza de que te lo pensaras. Pero es una gran empresa tomar un baño aquí. Tendrás que cargar con unos diez cubos de agua para llenar la bañera, y tendrás que echar más leña para calentarla. ¿Te apetece hacer todo eso?

—¿Me frotarás la espalda?

—No —Ella cerró la compuerta del fogón y se enderezó—. Ahí está la bañera, ahí el cubo. El hacha está fuera.

—De acuerdo —dijo. Cogió el cubo.

—Supongo que primero hay que llenar la bañera. ¿No te importa que gotee en el piso de la cocina?

Ella estaba en el vano de la puerta de la habitación contigua, observándole. Él le sonrió.

—¿En qué estás pensando, Jerry?

—No es cosa tuya. Llena la bañera —Ella se cepilló la parte de atrás de su cabello cobrizo con una mano—. Veré si puedo encontrarte unos calzoncillos limpios de Paul, porque supongo que tú no tienes.

—No, ni uno. Te lo agradezco infinitamente —Abrió la puerta de la cocina y salió fuera.

—Puede que tengas que darle fuerte a esa bomba —dijo ella tras él—, el pozo se está agotando.

Burns se estaba secando con una inmensa toalla verde cuando alguien empezó a manosear el pomo de la puerta de la cocina.

—¿Quién está por ahí?

No hubo respuesta: se colocó la toalla sobre la cintura y abrió la puerta.

—Entra, Seth.

Un chico pequeño con el cabello rojo y cara perpleja entró en la cocina. Puso cuidadosamente la lata de estaño de su almuerzo en la mesa de la cocina y se volvió a mirar a Burns.

—¿Cómo va eso, Seth? —Burns se quitó la toalla y siguió frotándose las piernas y los brazos—. ¿Dónde has estado metido todo el día?

El chico era tímido. Miró a Burns con sus dulces ojos azules, inteligentes pero inseguros. Por fin dijo:

—He estado en el colegio.

Burns empezó a ponerse los calzoncillos de Paul. El elástico le quedaba un poco flojo en la cintura.

—¿Has visto mi yegua, Seth?

Jerry llamó desde la habitación vecina:

—¿Eres tú, Seth?

—Sí —le dijo el chico a Burns—. ¿Puedo montarla, Jack?

—Bueno, no lo sé, no creas que es fácil de manejar. ¿Se te dan bien los broncos? —Él se puso una camisa blanca limpia de Paul Bondi. El chico no respondió a la pregunta—. Te daré una vuelta mañana por la tarde. Ella ha hecho un largo viaje hoy.

—¿De qué están hablando ustedes dos? —dijo Jerry desde la habitación de al lado—. ¿Puedo entrar?

—Un minuto —dijo Burns metiéndose en sus polvorientos y desgastados vaqueros: sus piernas eran unas diez pulgadas más largas que cualquiera de los pantalones de Paul—. Entra —dijo.

El chico dijo:

—No me da miedo.

Jerry abrió la puerta del salón y entró en la cocina. Acarició el pelo del chico, se agachó y le dio un beso en la boca.

—¿Cómo te ha ido hoy, Seth? ¿Te has divertido?

—Esa es la pregunta más cojo... chachi para hacérsela a un colega que acaba de salir del colegio —dijo Burns. Se puso un par de calcetines limpios de Bondi.

—No —dijo el chico.

Burns sonrió mientras le quitaba las espuelas a sus botas.

—¿Qué te dije? —Colgó las espuelas de un clavo en la pared y se sentó a ponerse las botas. El chico no dejaba de mirar las espuelas—. Son muy grandes para ti, Seth. Tienes que crecer unas cuantas pulgadas, luego te las podrás

poner —Luego empezó a murmurar tratando de deslizar el pie en una bota—: Siempre es difícil con calcetines limpios.

—Tienes unos pies horriblemente grandes, Jack —dijo Jerry.

—Ya sé. Si pudiera echar raíces como un álamo no necesitaría estos pies tan grandes.

—¿Dónde vas? —dijo el chico.

—¿Yo? —Burns miró a Jerry—. ¿Dónde tenéis ese viejo cacharro Dodge vuestro?

—Ahí abajo, en la carretera, a media milla, sin gasolina.

—¿Estás segura que no tiene gasolina?

—No lo sé. De todos modos no arranca.

—Bueno, déjanos a Seth y a mí echar un vistazo a ver qué se puede hacer. ¿Quieres venir, Seth?

El chico asintió.

—Asegúrate de que tú y él estaréis aquí a la hora de la cena —dijo Jerry—. No me gustaría oír que se meten en líos.

—Estaremos de vuelta sobrados de tiempo —Burns se levantó y buscó algo alrededor: encontró su sombrero, lo cepilló con una mano y se lo puso—. ¿Por qué no te vienes también? Sólo voy a comprar algo para la yegua, puede que unas cuantas chucherías.

Jerry movió la cabeza:

—Ya os podéis ir, yo tengo mucho que hacer.

—Lo haré por ti.

—Tengo que escribir una carta.

—Oh —Burns hizo una pausa—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Jerry se ruborizó débilmente, se pasó una mano sobre los ojos.

—Supongo que no —Miró a Burns que cogía su bolsa de tabaco y la ponía en el bolsillo de su camisa blanca. El chico también lo estaba mirando—. Sí —dijo ella—, tráeme un tarrito de helado. Dos tarros. Tres tarros.

—¿De qué sabor?

—Oh... de fresa, de chocolate, de cualquier cosa, me da igual. Haremos una fiesta cuando volváis. Y tráete una botella de vino. Un buen vino rojo seco. ¿Vale? ¿O prefieres ginebra?

—Traeré los dos... ya decidiremos luego —Burns se dirigió a la puerta de la cocina—. Vamos, Seth. Por cierto... —miró a Jerry—. Dijiste que el coche estaba a media milla ahí abajo en la carretera. Pero en qué dirección.

—Hacia la ciudad. Al sur.

—Gracias, *madam* —Él le sonrió—. Estaremos de vuelta en media hora. Vamos, Seth.

Él y el chico se fueron y la puerta se cerró. Jerry observó tristemente la bañera llena del agua sucia y gris que Burns había dejado tras sí.

La puerta de la cocina se abrió de nuevo y Burns entró, avergonzado.

—Maldita sea, Jerry, tengo la cabeza en otra parte, y me olvidé de vaciar esa bañera.

—También podrías encontrarle alguna utilidad a estas llaves del coche —dijo ella.

Encontraron el coche donde Jerry lo había dejado, un destaladado y trasnochado automóvil abandonado en una cuneta. Burns se metió dentro, y trató de arrancarlo observando los niveles de combustible. La aguja permaneció fija en la señal de vacío. Piso a fondo el acelerador pero no sucedió nada: el coche no respondía.

—Está muerto —dijo el chico sentándose a su lado.

—Fijo —Burns salió y levantó el capó. Primero le echó un vistazo a la batería y descubrió que el cable de conexión se había soltado, el perno y la tuerca que

lo fijaban habían desaparecido. Buscó dentro del coche, en el compartimento del copiloto y bajo el asiento del conductor, hasta dar con lo que estaba buscando. Más tarde, cuando trató de arrancar el coche, la aguja de los niveles de combustible señaló que en el tanque quedaba un cuarto del depósito.

Primero fueron al colmado. Burns compró dos pacas de alfalfa y medio celemín de salvado y cebada para la yegua, y algo de suplemento para las cabras. Cargó la comida en el coche y volvió a entrar en la tienda y compró un cuarto de libra de clavos para herraduras de caballo y dos limas muy gruesas; una vez fuera, ya sentado en el coche, colocó cada lima dentro de una de sus botas y luego cubrió con sus pantalones las botas.

—¿Por qué haces eso? —dijo el chico.

Burns lo miró:

—Si vas a la cárcel, ¿cómo te escaparías?

El chico agachó la mirada fijándola en las botas. Sonrió y dijo:

—Pero no son difíciles de conseguir en la cárcel, ¿verdad?

Burns se echó a reír y encendió el motor.

—No tengo nada que enseñarte, lo admito. Sea como fuere, esto es un secreto —Miró al chico—. ¿Entiendes? No se lo vas a decir a nadie, ni siquiera a Jerry, ¿vale?

El chico asintió, sus ojos expectantes de emoción:

—No lo diré, Jack.

—Choca esa mano —Las chocaron—. Bueno, ahora vamos a por el helado y el vino.

Fue una fiesta tranquila. El niño, Seth, Burns y Jerry Bondi se sentaron en la mesa de la cocina y se comieron el helado industrial con la solemne devoción de quienes comulgan. Unos cuantos rayos de sol se colaban en la habitación por la ventana oeste. Fuera, en el tamarisco, junto a la bomba de agua, una langosta agonizante lanzaba su canto fúnebre en la larga tarde.

—¿Más vino? —Jerry inclinó la botella hacia el vaso vacío del vaquero.

—Quiero más —dijo Seth. Su cabello rojo le caía sobre los ojos, su boca y su nariz estaban moteadas de helado. Cuando abría la boca se le podían ver las manchas moradas en los dientes.

—Ya has tenido bastante —dijo ella, a la que empezó a derramársele el vino en el vaso de Burns.

—Bastante —dijo él—. No más —Él retiró la botella, cogió el vaso y se bebió todo lo que había en él—. Es hora de partir —añadió, y lanzó un leve eructo.

—Te digo que no puedes verle hoy.

—¿Qué?

—No te van a dejar.

—¿No me van a dejar?

El chico los miraba con ojos serios. Todavía estaba sorbiendo helado del fondo con una cuchara grande.

—No lo podrás ver hasta el próximo miércoles —dijo ella—. El miércoles es el día de visita. Si está todavía allí.

—No estará allí el próximo miércoles.

—Bueno, probablemente no: su estancia en la cárcel del condado, supuestamente, es temporal. Ellos, sean quienes sean ellos, lo mandarán a una prisión federal tan pronto como puedan —Jerry miraba fijamente la mesa de la cocina y apretaba tan fuerte el vaso que tenía en la mano que su brazo empezó a temblar—. O donde quiera que lleven a los prisioneros políticos.

—Hay un montón de colegas en la cárcel últimamente —dijo cautelosamente Burns.

—Siempre hay.

—Más de lo normal, quizás.

—No lo sé. Supongo que sí —Ella sorbió un poco de vino y se calmó un poco—. Sea como sea, no te van a dejar verlo hoy.

—Bueno, seguro que puedo verlo hoy.

Ella levantó la vista hacia él. «Loco de remate», pensó ella, «¿crees que no estaría yo allí cada minuto si eso fuese posible? ¿Quién eres tú en cualquier caso?: Él es mi hombre». Se mordió el labio inferior, temiendo venirse abajo y empezar a llorar. «Maldita sea», pensó. Lo vio deslizarse hacia delante en la silla y ponerse en pie. «Demasiado alto para mi humilde techo. Dios santo, estoy borracha», pensó, y por poco se echa a reír.

—Siempre hay una forma u otra —dijo Burns. Cuidadosamente se calzó el sombrero negro—. En fin, podéis estar seguros de que odio abandonar esta fiesta tan entretenida...

—Voy contigo.

—Yo voy también —dijo el chico.

Él se rió de ellos.

—No, nada de eso, ninguno de vosotros, no señor —Buscó con la mirada algo en la cocina—. ¿No tendrás una sierra?

—Si tú puedes arreglártelas para verlo hoy entonces yo también puedo —dijo ella.

—Lo dudo. Lo dudo mucho. ¿Tienes una buena sierra?

—No veo por qué no puedo ir contigo.

—Yo sí puedo. ¿Qué me dices de una lima?

—¿De qué me estás hablando? —Ella lo miró fijamente—. Jack, ¿cómo esperas verle?

—¿Yo? —La observó con un gesto estúpido, rascándose la erizada barbilla—. Maldita sea, me olvidé de afeitarme.

—Jack, ten cuidado. Si te metes en líos te quedarás allí, y no podré sacarte.

—Así es —dijo él—. Seguro —parpadeó, luego se dirigió lentamente a la esquina de la cocina donde estaba apilado todo su equipo: el rifle, las alforjas, el saco de dormir, la ropa sucia. Rebuscó en una de las alforjas y luego se volvió hacia ella con una delgada bandolera llena de cartuchos.

—Ten esto —dijo él entregándosela. Ella la cogió y comprobó el inesperado peso de aquello. Dijo:

—¿Qué demonios se supone que hago yo con esto? No quiero dispararle a nadie. No creo que quiera, al menos.

—Mira —dijo, y desabrochó un bolsillo largo en el interior de la correa, y sacó un taco de billetes verdes—. En caso de que algo salga mal, quiero que uses este dinero.

—¿Que use? ¿En qué? —Fascinada, estaba pellizcando las esquinas de los billetes. Parecía que todos eran de diez y de veinte—. Jack, ¿tú...? —Y dejó que la pregunta se evaporara. Su impaciente curiosidad le hizo sonreír:

—No... Me avergüenza decir que he trabajado duro para conseguir cada uno de esos; eso que ves son mis ganancias de seis meses con un rebaño de ovejas.

—Pero, ¿quéquieres que haga con esto? —dijo ella.

—Ya pensarás en algo si tienes hambre suficiente.

Ella se quedó contemplando el dinero un largo rato, él volvió a su equipo y discretamente cerró el bolsillo.

—No me des mucho tiempo —dijo él—. No hay ahí tanto como parece. Tú me lo guardas y vas usándolo conforme lo necesites.

Ella levantó la vista hacia él:

—Es muy amable de tu parte, Jack, pero no creo que lo vayamos a necesitar. Espero encontrar trabajo.

—Eso está bien, pero de todas maneras me lo guardas. Temo perderlo en cualquier desvarío si lo llevo siempre encima.

—Lo podrías meter en el banco.

—¿Bancos? No confío en ellos, panda de ladrones —Se volvió hacia la puerta—. Dejaré tu coche aquí.

La mujer y el niño lo contemplaron, él les sonrió.

—Volveré en un rato —Luego se dirigió al chico—: Seth, si no estoy de vuelta por la mañana dale a mi yegua media paca de alfalfa y alguna golosina. ¿Lo harás por mí?

El chico asintió, chupando su cuchara llena de helado.

—Espera un momento —dijo Jerry. Corrió al interior de la habitación de al lado y regreso con un sobre cerrado en la mano—. Mira —le dijo—, si ves a Paul, y sólo Dios sabe lo que habrás planeado, da igual, si lo ves, dale esta carta, ¿vale?

—Lo haré seguro —dijo él, y se metió la carta dentro de la camisa—. Bueno —Volvieron a mirarse—. Me parece que me tengo que ir ya...

Jerry le sonrió insegura. Le dijo:

—Ten mucho cuidado, Jack.

—Tendré cuidado —Levantó la mano levemente, como medio saludo, y se fue cerrando la puerta. Jerry oyó sus pasos cruzando el porche trasero, desvaneciéndose poco a poco por el barro duro del patio y perdiéndose por el carril de la carretera. Se quedó quieta, oyéndolo, la pesada bandolera en las manos, y cuando ya no se oía nada fue hasta la ventana. Ya debía haber alcanzado la carretera. Lo vio avanzando en el polvo a través de los centelleos hirvientes del sol: sombrero negro, camisa blanca, rostro ensombrecido, oscuras piernas moviéndose continuamente como un par de pinzas. «Luce mejor a caballo», pensó ella, dejando la bandolera en el alféizar, los dedos acariciando las conchas de bronce de los cartuchos de calibre 32.

El chico la vio, no dijo nada, un secreto en sus ojos. Cuando Burns se perdió de su vista, ella fue a la alacena y metió la bandolera en lo más profundo del estante de arriba. Luego se dirigió al estante que estaba encima del fogón para ver cuánto se había inflado el pan.

3. Joplin, Mo.

Art Hinton, camionero, sacó su tráiler de la 66 y lo metió en el montón de gravilla del asador Benson. No tenía hambre, pero necesitaba café para mantener convenientemente abiertos los párpados. Ya era la última hora de la tarde y el sol se había convertido en un difuminado disco del color de la mantequilla que flotaba a través de un cielo vaporoso hacia las verdes colinas húmedas de Missouri. Había llegado de St. Louis ese día y todavía le quedaba mucho camino por recorrer.

Cuando salió de la cabina oyó una coral de grillos, ranas, sapos, cigarras y moscas de cosecha cantando, chillando, gritándole al mundo con la elemental e inexpugnable monotonía de las olas. Los escuchó, arrojando la colilla de un cigarrillo al suelo más allá de la gravilla del parking y se dirigió al interior del restaurante de ladrillo rojo cromoplateado por neones. Lo único que buscaba era paz, orden y el alivio de unas voces humanas. Tras él esperaba su camión con el motor en punto muerto, uno entre seis monstruos diesel similares aparcados en el borde más lejano de la gravilla. El tráiler de Hinton, como la mayoría de los otros, estaba pintado y rotulado con pintura brillante. Se podía leer la siguiente inscripción en grandes letras rojas sobre un fondo de centelleante aluminio:

¡OTRO CARGAMENTO DE ACCESORIOS DE BAÑO ACME!
¡AMÉRICA CONSTRUYE EL FUTURO!

Dentro del establecimiento las cosas no eran tan malas. El aire era fresco, acondicionado para consumo y reconsumo humano por motores eléctricos

que no paraban de bombar amonio a través de las bobinas de tuberías de cobre. La luz, suave e indirecta, y hasta la algo bulliciosa música del jukebox era amortiguada y disminuida por las paredes tapizadas de corcho, el inmenso cúmulo de humo de cigarrillos, los gases aromáticos que procedían de la cocina, el murmullo de las conversaciones, la penumbra general. Hinton se sentó en un taburete de rojo cuero simulado ante la barra, hincó los codos y estudió el menú. A su lado había otros camioneros, algunos de ellos estaban hablando, otros sólo comiendo; tras él, en las mesas y en los reservados se encontraban los vendedores de seguros, con sus impolitos trajes, turistas de clase baja con sus familias y agradables jóvenes que probablemente trabajaban para el CSI o el FBI o la SSC o el AEC o la CIA o el CCI.

Cuando vino la camarera, una bonita muchacha que lucía limpia en su almidonado uniforme, pidió café solo, tarta de helado de coco y un vaso de leche. Una costumbre suya, café y leche juntos: lo segundo le parecía el complemento perfecto para conjurar la erosión devastadora de lo primero. La tarta se le sirvió enseguida. Se la comió lentamente, bebiéndose la leche para acompañarla, dejando el café para el final. Sin verdadero interés escuchó las conversaciones que lo rodeaban:

«Veinte centavos por milla es ridículo, se lo dije, absolutamente ridículo.» «¿Qué van a hacer con él?» «Lo de siempre.» «Mierda, todo depende, si vas de St. Louis a L. A. es mucha tela, vale, pero de St. Louis a, un poner, Tulsa, eso hay que pagarlo.» «Tal vez sí.» «No mucho, pero la cosa tiene que estar bien cubierta.» «Robbie, no tires la comida al suelo, por favor Robbie.» «Déjale solo, Martha. La gente como él me intriga, ya sabes, de verdad que me intriga. Déjale solo, Martha, ¿qué cojones pasa ahora? ¿Cómo esperan tirar p'adelante hablando así?» «Bueno, no me importa, insisto en que es ridículo. Puede que tengas razón.»

Él suspiró, se terminó la tarta y empezó a sorber el café. Un buen café, caliente, negro, enriquecido con el auténtico sabor del grano, pero su disfrute era más modesto, casi superficial: tenía el paladar tan abrasado y corroído por los tanques de cerveza de los comedores de carretera, amarga y salobre, por cubas de whisky barato, podrido por toneladas de endulzadas y ligeras comidas mediocres, que había olvidado los deleites del apetito, los placeres de

la sed. Olvidados, aunque debía haberlos conocido; observó tras la barra su imagen hundida en el espejo, sorbiendo café, mirándole fijamente por encima de los vasos, de las sopas Heinz, de las servilletas, de los botes de mantequilla. Un melancólico rostro en escorzo, de mediana edad, tallado por el tiempo y la endogamia, mirándolo de hito en hito, reflejando sus rasgos naturales, su estado de ánimo, sus pensamientos.

Cansancio y aburrimiento, por un camino sinuoso bajo laureles y pinos hacia casa, la oscura cabaña en la ladera de la montaña, con su techo de tejas y la amplia terraza donde en ese momento, probablemente, su padre y su hermano pequeño estaban sentados, fumando, sin hablar, mirando las luces que se van encendiendo allá abajo, en el valle de Shenandoah.

El párpado inferior de su ojo izquierdo tembló, y se sacudió de nuevo cuando él lo tocó. Le dedicó una mueca nerviosa a su propia imagen en el espejo, dejó una moneda para la camarera, cogió la cuenta y se encaminó a la caja que estaba amparada por una pequeña fortaleza de vidrio, latas, cigarrillos, dulces, puros y paquetes de bolsillo de kleenex. Entregó a la mujer el pedazo de papel sin mirarlo, ni al papel ni a ella.

—Cuarenta centavos, por favor.

Le dio a la mujer un billete de un dólar.

—¿Tiene dexadrina?

—Sí, señor —Ella se agachó bajo el mostrador, abrió un cajón, volvió a erguirse y puso una pequeña caja de metal sobre el vidrio, entre ellos.

—Eso serían cuarenta más cincuenta, noventa centavos todo. Noventa de un dólar —Abrió la caja registradora y le entregó la vuelta—. ¿Ha estado por aquí antes, camionero?

Ahora sí la miró, recogiendo el cambio de la almohadilla de caucho sobre el vidrio.

—Sí —dijo—, unas cuantas veces —Estaba seguro de que nunca había visto a aquella mujer antes. No era atractiva—. Me llevaré también una chocolatina —Y volvió a poner la moneda de diez centavos en la almohadilla.

—Creí que te había visto antes por aquí —dijo ella, abriendo la puerta del armario de cristal—, ¿de qué sabor?

—Da igual, no importa, todas saben a lo mismo.

—Nunca olvido una cara —dijo ella. Le entregó una chocolatina Hersey, y después se cobró y le devolvió un níquel.

—¿Adonde te diriges ahora?

—Duke City.

—¿Duke City, Nuevo México? —La mujer le sonrió. Era baja, de piel oscura, de unos cuarenta años. Tenía un grano rojo en el mentón.

—Sí —dijo él. Cogió el dulce y el níquel y miró hacia la puerta.

—Dicen que Duke City es una ciudad bonita.

—Supongo. Lo mismo que cualquier otra —Empezó a caminar.

—Vuelve por aquí.

—Seguro —Abrió la puerta y salió.

El cielo se había aclarado un poco y el sol parecía estar mucho más bajo ahora, brillando como una moneda de oro en el borde del mundo: el restaurante, los camiones y coches aparcados, las hayas, los campos en barbecho al otro lado de la zona de parking, la autovía de cemento, las losas y los bloques de Joplin hacia el este, el camionero Hinton, todo, todo lo visible estaba teñido y emborroneado e hipnotizado por la aplastante radiación del color de la nueva miel. Hinton caminó a ciegas hacia su camión, quitándole el envoltorio a su chocolatina, mientras la cigarra en el campo y las ranas en las pantanosas charcas cantaban sus hosannas al cielo.

Segunda parte

EL PRISIONERO

Había un prisionero que soñaba con la Libertad...

4

«...

¡Jack-son!

¡Sí!

¡Que no habrás visto mi mula gris!

¡Va a ser que no!

¡Ha visto alguno mi mula gris! Seis pies de alto y da brincos como un loco. Le gustan las galletas de pan de jengibre y los hierbajos, tiene una muesca en una oreja y una estrella en el culo. O sea que le digo al que la haya visto que no se haga el tonto, y tan seguro como que estoy vivo le digo a ustedes que al que la haya visto le regalo un tarro de miel de pura abeja.

Greene, ¿es que no te callas nunca?

Nunca.

Deberías.

¡Nunca!

Timothy, ¿tienes los aparejos para hacerme un cigarrillo?

Tengo media bolsa de Bull Dirham y no tengo un puto papel.

Yo tengo papel.

Es un trato, hijo. Guarda esa lumbre, Hoskins, nos suben dos chicas calientes. Chico, tranquilo y aprende cómo se enrolla, guarda ese tabaco mientras consigo carbón.

Gracias, Timothy.

¿Cuánto te han metido, chaval?

Treinta días pelados.

¿Vagabundeo, prostitución o estafa?

Me salté un semáforo en rojo con los ojos cerrados. Conducción temeraria lo llamó el juez.

Una perfecta conducción temeraria. Ahora dinos la verdad, chaval.

Enseñé un cuchillo en un Monkey Ward's [\(2\)](#)

Ajá. Lo intentaste. ¿Un buen cuchillo?

Siete noventa y cinco más impuestos.

Bueno, bueno, hijo. Eres listo como un pollo.

¿La colilla, Timothy?

Que me registren. Ya te he dicho. Hoskins la tiene. El reverendo Hoskins en su Máquina Voladora, esperando que Peter abriera la puerta, como un cerdo se emborrachó y en el suelo acabó.

Déjalo ya, Greene.

Nunca.

Te lo estoy diciendo.

Nunca.

...»

Paul Bondi escuchaba y sonreía, sus manos enlazadas tras la cabeza, su cuerpo tendido en toda la extensión de su litera de acero. Una manta gris de la Armada, una colchoneta y una litera de acero para una noche. Estaba tendido

observando los rayos de sol en el techo de acero, oyendo a los otros pero sumergido en sus propios pensamientos:

«Estos tipos tienen algo», pensó, «que a mí me falta. El impulso vital, además de sus piojos y sus picores nauseabundos y las órbitas de los ojos rojas. Ellos...».

Alguien tiró de la cadena, la poderosa explosión de agua envió una ola de reverberaciones a través de las paredes de acero sobre el suelo de hormigón, todo el sistema de cañerías se tensó y vibró con la ferocidad de las detonaciones de una ametralladora. Bondi pudo sentir y escuchar el estrépito y el clamor indignado del acero y las vibraciones de éste se transmitieron, en sinuosas ondas, a su cerebro, a sus vértebras, a los huesos de sus piernas.

«Esa cañería», pensó, «como un cerco, excesivo y vigoroso. Una succión suficientemente fuerte como para ahogar a un hombre. ¿Por qué? Debía de haber una razón. Una razón para cada cosa en la cárcel del condado. La cárcel del condado es una institución absolutamente racional, ¿no es así? ¿Qué otra cosa podría ocupar su lugar?».

«...

Qué locura, tío!

Locura es lo suyo. Mira ese viejo gato, relamiéndose, con la barriga llena de frijoles...

Y lleno de garrapatas.

Eso es, lleno de garrapatas, el viejo Hoskins, ese es, viejo hijo-de-puta con los güevos negros. ¡Hoskins!

¿Eh?

Cuenta lo del tío que mascaba cables eléctricos para darles una carga a las chicas.

Paso, colega. Húndete en el infierno, eso es lo que te digo.

Reverendo Hoskins va ahora a pronunciar una oración por todos nosotros, pobres pecadores como somos nosotros.

¿Y mi colilla, Timothy?

Toma y guárdala, amigo, o pásala, como prefieras.

Gracias, Timothy. Te puedes comer la avena de mi desayuno por la mañana.

Guárdatela, amigo, te lo ruego.

Carácter o depravación, qué más da. Bajo el aspecto de la eternidad, por decirlo así. Ahora estás hablando como un viejo filósofo calvo, tovarish. Mira qué cosa. Tenlo en observación. La serenidad es para los dioses... no para los mortales. Es mejor ser un partisano y un colérico en esta tierra; ya te llenarás lo suficiente de objetividad bastante cuando estés muerto.

...»

De nuevo la explosión del agua de la cisterna y la angustiosa presión sobre las tuberías; calando con sus vibraciones los huesos y la médula, apenas amortiguada por la delicadeza, la gracia, el arte de los sentidos y la concordia humana. Cuarenta hombres encerrados, detenidos, apresados en una jaula de acero y hormigón. Cuarenta vientres hinchados con gases, con los intestinos llenos de residuos de la digestión de unos frijoles. Largas conversaciones que se perdían en el rugido estremecedor y el traqueteo de las cañerías.

Sic transit gloria mundi, pensó.

«...

¿Te parece que mañana nos darán permiso?

¿Quién sabe, cuate?

Deberían. Tienen gente durmiendo en el suelo abajo. Odio pensar que va a ser como entrar el sábado noche.

¿Quién dijo que el sábado noche es la noche más solitaria? Tienen cárceles peores. ¿Incluso si has estado en una de Juárez? Va, Jackson, dame lumbre, tío, lumbre.

Oh, voy camino del río, voy a saltar, no puedo flotar ni puedo nadar, soy el hombre perfecto... para ahogarse. Porque mi chica me ha dejado, sí me ha dejado hundirme. Así que voy camino del río, voy a saltar y a hundirme. Y hundirme. Y hundirme.

Cierra esa boca. Se te oye en Texas.

Vete a volar cometas a la luna, saco de pedos.

¡Chinga madre! ¡Cabró!

¡Cállate Greene!

Nunca.

Te he dicho que te calles.

Nunca.

¿Quién tiene un cerillo?

No tengo cerillos. Nadie tiene cerillos. ¿Para qué quieres un cerillo, tío?

Dame un cerillo antes de que te escupa en un ojo.

Fijo, fijo. No te vuelvas loco.

Que no me vuelva loco, dice, el tío dice que no me vuelva loco. ¿Cuándo me van a sacar de aquí? ¿Por qué no me da un permiso el juez? No soy un mal tío, sólo es que tengo mal vino.

Seguro que te dan un permiso, en cuanto te vacíen ese cráneo mestizo tuyo que tienes.

Ah, chinga tu...

¿Greene?

¡Nunca!

¿Dónde has puesto el librito que te di?

No lo tengo aquí, tío. Me lo quitaron todo, tío. Se lo di a ese gato zalamero de la Celda Número Tres. Eso es así, tío.

Pues quiero que me lo devuelvas.

Despídete, amigo, dile adiós, cuate, y no llores.

Maldita sea, Greene.

¡Nunca!

Greene.

¡Nunca!

...»

«La rebeldía siempre estaba bien (se dijo Bondi para sí: el último atisbo de sol se había desvanecido en el techo de acero) y era muy dulce, el tónico ideal para el deleite del alma. Pura rebeldía desnuda —rebeldía por el bien de la rebeldía— suave y preciosa como a libertad misma. El acto de la libertad. Timothy Greene y su perpetuo y atronador Nunca. Pero, ¿había un borde ciego en ella? Debía ser atemperada, sin duda, por las buenas formas. Es más, debía ser esclavizada. Siempre desafiante, un hombre debe volverse loco, debería destruir su propio poder de elección. Y el poder de elección, esa es la cuestión por la que estoy aquí.»

«...

Como sea, ¿por qué te trajeron aquí, reverendo?

¿A mí, hijo? Mi cuerpo está aquí pero mi espíritu sigue libre como un pájaro azul.

Vale, ¿por qué trajeron tu cuerpo aquí?

Bueno, mira, el juez lo consideró asalto. Le di a un tipo y se fue al suelo. No le di muy fuerte pero se cayó como un tronco. A lo mejor es que de pie no estaba cómodo.

¿Por qué le atizaste, reverendo?

Bueno, mira, verás cómo fue: un colega y yo estábamos trabajando juntos en una barbería. Él era el barbero, y yo el limpiabotas. Un día tuvimos una discusión sobre quién había dejado el jabón dónde. Una discusión.

Hoskins, no tienes puntería suficiente como para no mear fuera del tiesto.

¿Y qué pasó entonces, reverendo?

Bueno, mira, estábamos teniendo esa discusión sobre quién había dejado el jabón dónde cuando llega el jefe, el dueño.

¿Qué jabón, reverendo?

El jabón que usábamos para lavarnos las manos y todo eso. En el retrete. Los dos usábamos la misma pastilla de Jabón. Yo no me acuerdo qué clase de jabón era, exactamente. Blanco, eso es todo, y no muy grande. Más bien pequeño.

¿Y qué pasó entonces cuando el jefe entró, reverendo?

Pues que me maten si no me dijo que cogiera el sombrero y la chaqueta y me largase. Como lo cuento. No quería ni saber sobre qué estábamos discutiendo. Le dije lo del jabón y él se hizo el longui. Como lo cuento. Se hizo el longui.

¿Y qué hiciste entonces reverendo?

Nada. Cogí mi sombrero y mi chaqueta aunque no tenía chaqueta y empecé a irme y el jefe debió pensar que no me estaba yendo lo suficientemente deprisa así que va y trata de patearme, eso es, trata de patearme porque cree el hombre que no me estoy yendo lo suficientemente rápido, debió volverse majara.

¿Y fue entonces cuando tú te volviste majara, reverendo?

Oh, yo no me volví majara. Nunca me vuelvo majara, puedo darle una paliza a un tío pero sin volverme majara. No es bueno para un hombre volverse majara. Un hombre no debe ser un perro, aunque a veces huele como un perro. Eso es lo que yo pienso sobre eso, sí señor, majara nunca.

Vale, pero entonces, ¿por qué le atizaste, reverendo?

Oh, no le aticé, al que le aticé fue al otro.

Al otro colega. ¿Qué colega?

El barbero. El colega al que le aticé. No señor, no me vuelvo majara nunca. Eso no es correcto. No señor.

Bueno, a cuál le atizaste entonces, reverendo, ¿al barbero o al jefe?

Bueno, mira, el jefe era barbero también. Sí, él pelaba y afeitaba tanto como el otro colega. Sólo que también era propietario. Era el propietario de todo lo que había. Sí señor. Sólo que no era mi propietario. No señor.

Me estás liando, reverendo.

Sí señor, esa es la manera en que yo me siento: un poco confundido. Yo no estaba majara, no señor, pero le aticé y se fue al suelo. No le aticé fuerte pero se fue al suelo igual. Como un leño muerto. Directo al suelo.

¿Le mataste, reverendo?

No señor, no lo creo. Él está bien. Al menos lo parecía cuando fue al juzgado. Ni una marca tenía, sólo en el ojo izquierdo. No señor. Parecía bien. Debería haberle atizado más fuerte.

Bueno, reverendo, todavía no tengo idea de a qué hombre fue al que le pegaste.

Bueno, mira, no recuerdo mucho pero estoy seguro que le aticé a uno, sí señor, le pégue y lo que le pego. Tirado en el suelo. No me volví majara pero le aticé. No muy fuerte pero fue al suelo. Como un leño. Y aquí estamos.

Me hubiera gustado ver esa pelea, reverendo.

...»

Una implosión acuática y el sonajero de las estranguladas tuberías: las barras de acero tararearon, vibraron las paredes, la resonancia atravesando los huesos de cuarenta hombres vivos. De nuevo, desde una celda diferente, otro rugido de agua: la instalación de cañerías volvió a sacudirse y gemir y silbar con la intensidad y la locura de un desastre inminente.

Mientras, Bondi discutía consigo mismo: «Oh, ¿esa triste y vieja paradoja? ¿La propia elección del anarco-libertario de ir a la cárcel? Una simple convicción sería de ayuda en eso. Mis emociones se convierten en ideas, mis ideas en emociones. Pero aquí estoy, víctima de ambas. Debería estar en casa bebiendo leche de las malditas cabras. Ocupándome de mis asuntos».

Vio cómo, en la litera de acero que tenía a tres pies por encima de su cabeza, se evaporaba una bocanada de humedad. Suspiró y se frotó los ojos.

¡Agua!

Con telegráfica rapidez la palabra pasó de un extremo al otro de la sala de celdas. ¡Agua! Apagad las luces, disolved los humos, ocultad vuestras armas, esconded vuestras palabras y pensamientos.

¡Agua, agua, agua!

Las cinco celdas ocupaban casi la mitad del edificio. Habían sido separadas por un estrecho corredor de la rectangular caja de acero que había sido denominada como «el corral», donde los prisioneros pasaban las horas de luz y comían. El corredor tenía una entrada, o salida, una puerta de acero, pesada y poderosa como la puerta de una caja de caudales, que permitía pasar de la zona de celdas a la antesala adyacente y al resto del edificio. Esa puerta estaba ahora abierta, habían chillado sus goznes sin cojinetes, raspando, al deslizarse, el suelo de hormigón.

Los cuarenta hombres repartidos en las cinco celdas permanecieron, cautelosamente, en silencio.

La puerta se abrió del todo, y un hombre se detuvo bajo el dintel. Un hombre grande, arrastrando los pies como un oso amaestrado, y con el uniforme caqui y el arnés de cuero de los representantes del Condado de Bernal. La funda de la pistola estaba vacía, en la mano izquierda llevaba una porra. Lentamente recorrió el corredor, parándose más o menos un minuto frente a cada una de las celdas, inspeccionando cuidadosamente a cada uno de los hombres para seguir adelante luego.

Nadie parecía mirarlo: todos los ojos se volvieron hacia el suelo ante la presión de su roja mirada. Sólo cuando pasaba a la siguiente celda alguno de los hombres se atrevía a mirar a los otros con caras avergonzadas y medio aterrorizadas.

Nadie dijo una palabra, nadie murmuró. El único sonido era el de las pisadas arrastradas de aquel hombre grande y uniformado: cuando se detenía a examinar a los reclusos de una celda el silencio era total.

Ese oso, ese enorme hombre oscuro, llegó a la celda donde estaba tirado Bondi. Miró torvamente a los siete prisioneros que estaban agazapados en sus literas, estudiando a cada uno por separado, y luego dirigió los ojos hacia Bondi. Bondi, que nunca lo había visto antes, le devolvió la mirada.

Vio dos ojos rojos, pequeños y atentos, sin profundidad, como si fuesen de estaño, hundidos en un mar de ondulaciones y protegidos por salientes de hueso y de cuero y por unas andrajosas cejas negras. Él vio esos ojos, peligrosos, animales e implacables, llenos de poder y de odio, y no pudo ver nada más. Y mientras miraba y esperaba llegó a darse cuenta de que crecía entre ellos un reto, la silenciosa lucha instintiva del reconocimiento y la sumisión. Bondi sintió la garra del miedo en la piel de su cuello, en la punta de los dedos, y una sequedad letal en su boca. Volvió la cabeza, apartó la mirada, y aunque en ese mismo instante fue consciente de su ira, incluso de su cólera, no pudo convencerse de volver a enfrentarse a la mirada sin pestaño de ese hombre. No podía, aunque se odiase a sí mismo por su cobardía. Permaneció tumbado y mudo en su litera, viendo el antebrazo negro de Timothy Greene apoyado rígido en la pared de enfrente. Y después de que el guardia se fuera, permaneció fijo y tenso en la misma posición mirando el mismo objeto,

esperando con la cara encendida y el estómago revuelto al enemigo que le liberase de la violencia implícita de aquella mirada.

Gutiérrez, el guarda, recorrió todo el corredor, grande y silencioso y malvado, apretó el paso hacia la puerta de salida y se fue. Tras él, la fortificada puerta se fue cerrando lentamente, haciendo rechinar su gris hierro metalizado en la fricción contra el suelo, áspera y fría cuando finalmente se cerró.

Un instante de silencio y los hombres recobraron su humanidad, perdieron la rigidez y se miraron los unos a los otros y hablaron, gritaron y se rieron tontamente, volvieron a encender los cigarrillos y hablaron.

«...

Ese está detrás de alguien.

No es mentira eso. El Oso estaba buscando a alguien. Alguien se ha metido en un buen lío.

Por eso ha venido.

No es mentira eso. Ha venido a cogerlo. Sí señor.

Me alegra de no ser yo. ¡Hermano!

Tú lo has dicho, prenda. Tú lo has dicho.

...»

Bondi permaneció inmóvil en su litera, sin decir nada en voz alta, ocupado en desentrañar su propia alma, examinando con minuciosidad y esterilizada lógica el suave resplandor de las venas azules de las entrañas de su espíritu. Mientras la oscuridad lo cubría todo, envolviéndolo con el pestífero aire de una celda en la que se unían el peso del humo, del sudor, de los vapores humanos. El sol se había puesto, su luz se había esfumado. A través del sucio cristal esmerilado de la ventana, más allá de la rejilla de barrotes, podía verse

el resplandor mudo del neón nocturno, el centelleo de las luces de los coches, los rectángulos amarillos de las ventanas iluminadas, todas las múltiples refracciones de la gran noche americana.

Y entonces desde muy abajo, desde algún punto hundido en el corazón de la laberíntica prisión, llegó la voz de un hombre: cantaba. Por lejos que estuviera, amortiguado por barreras de acero y ladrillo y hormigón, el leve sonido de un hombre cantando, un borracho incauto cantando algo con la calidad de un gemido indio y la intoxicación del viento, la música que sólo un lobo haría si pudiera cantar como un hombre.

«Estoy soñando», pensó Bondi, incorporándose de repente, «oyendo esa vieja y añorada canción, esa voz familiar, estoy soñando como un niño la noche antes de Navidad, como un ángel el día antes de la Resurrección». Se sentó, erguido, en su litera de acero, aguzando el oído, exprimiendo sus sentidos para que oyesen y sintiesen. «Estoy soñando, estoy soñando, estoy soñando», pensó.

El sonido de un hombre que canta.

Burns no fue muy lejos. Se detuvo en el primer bar que encontró, una pequeña cantina al borde de una carretera sin pavimentar y al lado de los límites oficiales de Duke City.

Se paró en la puerta: a su alrededor el brillo y el oro y el azul de la luz, el cielo, el blanco calor purificador, las marchitas hojas de los álamos, el polvo, la fragancia del tamarindo a lo largo de las acequias. Entró y dentro encontró la frescura crepuscular, la oscuridad, el olor a cerveza, el olor a vino, el olor a mexicanos y a perro y a parados. El propio acto de entrar en el bar se parecía a entrar en una gruta, se dejaba atrás la realidad o quizás sólo el mundo imaginario, tendido al polvo y al sol.

El vaquero ni siquiera esperó a que sus ojos se habituaran a la oscuridad pero siguió a su olfato y a su intuición que lo llevaron hasta la barra del bar. Se inclinó allí, apoyando una de sus botas en el raíl posa-pies, y esperó.

Después de unos momentos, algunas partes de un hombre se materializaron ante él y llegaron a hacerse visibles en el delgado resplandor que había tras la barra. Un hombre pequeño, calvo y gordo y marrón como un frijol, con ojos truculentos y un bigotillo hirsuto. No dijo nada, Burns tampoco dijo nada. El hombre esperó un instante más y entonces dijo:

—¿Qué va a ser?

Burns se echó hacia delante en la barra y miró detenidamente una imagen grande que había pintada sobre el espejo y la hilera de botellas de whisky: «El Sueño del Cowboy».

—Una pinta de cerveza —dijo sin mirar al cantinero. El desnudo de la imagen le miraba montando a horcajadas un caballo nuboso; sus miembros eran apetecibles, su carne una invitación, pero la vaga sonrisa dibujada en su cara sugería distancia, desinterés, los peligros del tedio.

El cantinero colocó una jarra de cerveza de barril ante Burns y cogió su moneda. Burns bebió ansiosamente, sediento, luego bajó la jarra, se secó la boca y miró alrededor.

Tres hombres estaban sentados en una mesa hablando apaciblemente en español, sorbiendo sus botellas de cerveza, masticando piñones. Observaban a Burns con taciturna curiosidad, con ojos llanos, incomunicativos, con la opacidad del caucho duro, sus caras redondas y gruesas del color de la tercia tierra que los alimentaba. Lo miraron un rato y él les devolvió la mirada, hasta que ellos parecieron perder todo interés y volvieron a mirarse los unos a los otros y siguieron con su sibilante cháchara en susurros.

Cerca del jukebox, solo, sentado ante una mesa, había un hombre joven con los ojos cerrados, un oscuro sombrero de ala ancha, camisa ajustada, un brazo normal y la otra manga vacía, en su única mano una botella de whisky, por la mitad. La manga vacía se la había subido hasta casi el hombro donde la recogía con una pinza de cobre.

No había nadie más en el bar.

Tranquilamente, Jack Burns terminó su cerveza con garbo y afectación, una vez satisfecho el aguijón afilado de su sed y contagiado de la tarde —casi noche ya, con el sol ocultándose tras los cinco volcanes del oeste—. Terminó su cerveza y pidió otra. Tuvo que repetir su petición: el cantinero no era hombre para atender a la primera. Burns pidió de nuevo su segunda cerveza y después de un respetable intervalo de tiempo, se la sirvió. Pero ese lapso de tiempo era para preocuparse: sostuvo la jarra con las manos, acarició su fría superficie húmeda, la giró y la levantó y la ponderó, la llevó de nuevo sobre la barra y volvió a levantarla, jugando distraídamente durante unos minutos antes de darle el primer sorbo.

Pasó el tiempo: segundos, minutos, media hora con la facilidad y la uniformidad del tiempo en los sueños y en las viejas catedrales. Los rayos de sol que se colaban por la ventana de la puerta variaban de forma sostenida su ángulo de declinación, cambiando la posición del pequeño paralelogramo de luz que pegaba en el desnudo pintado tras la barra del bar, subiendo desde sus muslos al vientre y las caderas. Las moscas revoloteaban sobre el cuerpo de la mujer siguiendo el foco de luz y de calor.

El joven de un solo brazo seguía sentado en estado comatoso, sus ojos aún estaban cerrados y su cuerpo quieto. Pero la botella que estaba por la mitad ahora estaba vacía.

Burns empezó con su tercera cerveza. Ya se había olvidado del vino y el helado que cuajaron en su estómago.

Los tres hombres de la mesa se habían ido y habían sido reemplazados por una docena de tipos de diverso gremio y calibre: trabajadores de vuelta a casa, granjeros embarrados, hombres del ferrocarril.

Burns estaba ahora sentado en una mesa, cerca de la barra, esperando paciente como una serpiente al sol. Entre cerveza y cerveza había comido cacahuetes y piñones, se los echaba en la palma de la mano y de ahí a la boca, dejando caer las pequeñas bolsitas de celofán bajo la mesa, junto a sus pies. Lió un cigarrillo, se lo fumó y pidió otra cerveza. Le trajeron la cerveza, una jarra grande desbordada quedó plantada en los anillos de humedad de la mesa. Sopló sobre la superficie de espuma y luego enterró la nariz en la jarra y bebió, lenta e intensamente; un ligero esmalte amarillo empezó a opacar la intensidad y ocultar la profundidad de sus ojos. Tranquilamente, sin perder las buenas formas, el vaquero se estaba emborrachando.

De vez en cuando había música, cuando alguien metía un níquel en el jukebox: los discos, con sus estriaciones concéntricas, pinchados por una despuntada aguja de hierro, producían algo parecido a un efecto musical; voces mexicanas en una especie de coro de zorros, guitarras, trompetas potentes que arrojaban un semitono demasiado agudo, el ronroneo rítmico de la máquina. Nadie escuchaba la música, a nadie le importaba, borracho o sobrio: el ruido no tenía por cometido entretenir a nadie sino sostener cierta

atmósfera psicológica, la impregnación del espacio, la dispersión de los indecorosos silencios. Así un hombre sin nada que decir e incapaz de pensar podía aún imaginarse a sí mismo en el vértice de una acción, aunque fuera insignificante.

El joven de un solo brazo seguía sin moverse pero se había desplomado sobre su silla como si se hubiera muerto. Bajo el ancho sombrero su cara parecía tensa, pero los ojos seguían sin abrirse. La botella de whisky estaba vacía, los dedos de su única mano apretados alrededor de su cuello.

Cuando la luz y las moscas pasaron por encima del pecho y alcanzaron el cuello y los hombros de la mujer desnuda en la pintura, el joven abrió los ojos y miró a Jack Burns. Burns sintió el peso de aquella mirada y colocó su jarra en la mesa, tranquilamente. Cuando volvió su cabeza hacia el hombre de un solo brazo, éste invirtió el modo en que tenía agarrada la botella, se la llevó tras la oreja y la lanzó, dando vueltas, a la cabeza del vaquero. Burns la esquivó y la botella se hizo añicos contra la pared de adobe situada tras él.

Al principio nadie se movió. Y nadie dijo nada. El jukebox siguió haciendo rodar una canción hacia el olvido y luego se produjo un breve lapso de silencio. Nadie se levantó, el vaquero siguió sentado en su sitio, relajado y un poco borracho, mirando sin otra cosa que educada curiosidad al tipo que le había lanzado la botella.

Cuando el jukebox dejó de aullar y la estancia quedó en silencio, Burns dijo:

—¿Por qué me has tirado la botella a mí, cuate⁷? No te había visto en mi vida.

Se metió unos cacahuetes en la boca y tiró la bolsita al suelo y esperó la respuesta. El hombre de un solo brazo lo observaba hosamente sin decir una palabra.

—¿Qué me dices? —dijo Burns, un poco más alto que antes.

El hombre de un solo brazo siguió sin responder ni moverse. Burns echó una ojeada alrededor de la estancia, los hombres mudos, las caras y las manos

alerta. Masticó sus cacahuetes, le dio un sorbo a su cerveza y esperó, sin ansiedad perceptible, que algo tangible sucediera de nuevo.

Esta vez lo que lanzó el hombre de un solo brazo fue su vaso. A Burns le dio tiempo a echar la cabeza a un lado y el vaso le pegó en el hombro y luego se deslizó y rodó por el suelo de madera.

—Vale, mira aquí, amigo —dijo Burns—. ¿Estás seguro de que no te equivocas de hombre? No nos han presentado apropiadamente —Se sentó más formalmente en su silla.

El joven de un solo brazo se levantó, sin decir nada, y se dirigió al vaquero. Sus ojos estaban medio abiertos ahora, un par de ranuras amarillas, y sus labios se movían y temblaban aunque no pronunciaban una sola palabra. Se acercó a Burns y se quedó de pie a su lado. Se quitó el sombrero y empezó a moverlo delante de la cara de Burns. El vaquero se echó hacia atrás, las patas delanteras de su silla se despegaron del suelo y la espalda del vaquero dio contra el suelo.

El hombre de un solo brazo se quedó mirándolo, una mueca enferma en la cara, los ojos resplandeciendo de burla y triunfo, su único puño cerrado. Empezó a hablar:

—Qué-es-lo-que-pasa, vaquero, ¿tienes miedo de pelear? ¿Le tienes miedo a un hombre con un solo brazo?

Burns se apoyó en los codos y miró al hombre. Su cara se había transformado en fría, sin expresión; su mirada era ahora apática y repentinamente sobria. Pero dijo:

—No quiero pegarme contigo, cuate. Soy un tipo tranquilo, no me gustan las peleas.

Empezó a levantarse y el joven de un solo brazo le pegó una patada en las piernas, y el vaquero se fue al suelo de nuevo.

El hombre de un solo brazo, sonriendo y mirando abajo, le dijo:

—¿No puedes levantarte, vaquero? ¿Qué-pasa-contigo? Como un niño pequeño.

Rápidamente Burns se dio la vuelta sobre sí mismo, y cuando el giro se completó se puso en pie, erguido y listo; el joven de un solo brazo, que también se había movido para atraparle, se detuvo sorprendido:

—Vale pues —dijo Burns—, ¿qué me estabas diciendo?

El joven de un solo brazo vacilaba, ahora ya no sonreía. Entonces dijo:

—No te temo, vaquero. Me importan cuatro cojones lo grande que seas y cuántos brazos tengas.

Burns dijo:

—Colega, harías bien en dejar de poner como excusa que tienes un brazo solo. Si no estás contento con él lo que deberías hacer es cortártelo.

El joven de un solo brazo farfulló buscando una respuesta:

—Deberías meterte en tus propios asuntos. Yo perdí mi brazo en Okinawa, ¿qué hiciste tú? Soy más hombre que tú de aquí a México.

Burns sonrió, aunque sus ojos permanecieron vigilantes y fijos:

—Quizá lo seas —dijo—, es cosa difícil de decidir. Quizá lo seas. ¿Por qué no nos tomamos algo y lo hablamos?

—Chinga —dijo el otro—, tienes miedo, eres un hijo de puta.

Sigiloso como un gato Burns avanzó y le pegó un trompazo en la boca al tipo, arrojándolo contra la barra. Un vaso descargado rodó haciendo medio círculo, cayó de la barra y volvió a rodar, sin romperse.

—Nunca llames a un hombre así —dijo Burns—, trata de no llamarle eso nunca a un hombre. No importa por qué, no lo hagas nunca. Fíjate si será malo —Habló con rapidez y sosiego, la respiración agitada—. Podría matarte por habérmelo llamado, colega. Así de malo es. No lo vuelvas a hacer.

El cantinero corrió al teléfono.

El hombre de un solo brazo se hundió al pie de la barra, aturrido, incapaz de recobrar el equilibrio, sin articular palabra, sorprendido y cabreado. En las mesas de alrededor se levantaron unos cuantos hombres y empezaron a hablar de forma arisca, mirando al vaquero sin simpatía alguna. Él los miró, esperando el ataque del hombre de un solo brazo.

—Vale, colegas, tranquilos —les dijo—. Si este cabrón quiere pelear estando así de mal por Dios que pelearé con él. Me pondré una mano en la espalda —Y deslizó su mano izquierda atrás, hasta dejarla bajo el cinturón en la parte baja de su espalda, donde la mantuvo—. Pero que nadie se meta o tendrá que usar las dos manos.

El cantinero colgó.

El tipo de un solo brazo rugió como un niño al que sacan de sus casillas, bajó la cabeza y se fue hacia el vaquero con su brazo arando el aire, lanzando cabezazos y patadas y golpes lejanos con su único y violento puño. Fue una pelea lamentable: dos hombres con un brazo cada uno brindaron un pobre espectáculo con sus aleteos salvajes y perdidos, sus torpes estocadas y sus borrachos tambaleos. Y el vaquero se estaba llevando la peor parte: sin experiencia en la lucha a un solo brazo, casi siempre daba con la cara en el suelo cada vez que lanzaba un ataque y parecía incapaz de defenderse de manera correcta. Recibió diversos porrazos en la cara y en el pecho. Pero siguió combatiendo, y dado que era el más alto de los dos y tenía mayor alcance, empezó después de un rato a dar al menos tanto como le estaban dando.

Siguió la pelea con los dos hombres moviéndose por toda la cantina, pegándose con los puños ensangrentados, cayéndose al suelo o sobre las sillas y las escupideras, tirando mesas, derramando vasos, rompiendo botellas. Los espectadores lo tuvieron difícil para no verse involucrados, especialmente cuando los combatientes empezaron a lanzarse cosas: botellas de cerveza, vasos, mesas, un disco de acero de levantamiento de peso. El cantinero, como un árbitro de partido de jockey, extendió sus brazos e interpuso su cuerpo para salvar de la destrucción su preciosa mercancía, pero no tuvo demasiado

éxito: whisky escocés, bourbon, botellas de tokay y moscatel de sus estantes quedaron convertidos en oscuros charcos en el suelo.

La pelea se extendió: Burns, derribado, trató de ponerse en pie, olvidándose de que se suponía que sólo debía utilizar un brazo y utilizó ambas manos para levantarse. Hubo gritos de protesta, y un tipo bajito y patizambo de tez marrón y arrugado como una alforja vieja, se fue hasta él y le pegó una patada en las costillas. Segundos después estaba gateando bajo una mesa buscando, con la nariz ensangrentada, un diente perdido: sus tres hijos crecidos ocuparon su lugar.

Finalmente, demasiado tarde, llegó la policía: un sargento y dos oficiales, tres hombres con cinturones de cuero y revólveres del 38, botas, placas y porras de cuero. El cantinero señaló a Jack Burns o lo que se veía de él: un par de botas de altos tacones, los brazos colgando a los lados, el sombrero negro milagrosamente colocado con la inclinación adecuada sobre la cabeza, la cabeza ensangrentada, todo ello enredado en un amasijo de cuerpos humanos.

Los oficiales lo sacaron de allí, golpeando cabezas indiscriminadamente en su empeño. Burns arremetió contra uno de ellos, golpeó al otro en el vientre y recibió un culatazo en la cabeza y le pusieron las esposas. Todavía consciente trató de seguir peleando hasta que desde atrás se le acercó el sargento, con la porra en la mano y, con experimentada destreza, lo agarró por la base del cráneo, bloqueándole el nervio central del cerebelo.

Blando e inerte como un saco de trapos viejos, las largas piernas arrastrando, lo sacaron del bar y a través del polvo dorado de la carretera lo llevaron al coche, un Ford nuevo reluciente con sirena, luces rojas y placa del Condado de Bernal. El sol estaba ocultándose por el oeste a esa hora: un globo de fuego cantando entre los dos conos de volcanes extinguidos. Una inmensa ola de luz se extendía sobre el desierto, flotando sobre los álamos y las casuchas de adobe y los rojos sauces de las acequias, vertiéndose a través de la meseta y mezclándose con el hierro y el granito de los riscos de la montaña que estaban a diez millas de distancia. Los hombres cerraron los ojos al enfrentarse a aquel resplandor mientras metían a Burns en el asiento trasero

del coche. El sombrero del vaquero se voló y cayó blandamente en el polvo harinoso de la carretera. Uno de los oficiales lo recogió y se lo puso al vaquero sobre la cara. Uno de los hombres preguntó:

—¿Se estará quietecito ahora?

Le respondió el sargento:

—Va a estar quietecito bastante tiempo.

El oficial de ingresos, un hombre grande ante una máquina de escribir cuyas teclas golpeaba con dos dedos que eran como salchichas polacas, miró por encima del alto escritorio a la andrajosa figura que se acobardaba ante él.

—¿Qué es esto? —le gritó—. ¿Qué mierda de jodido nombre es este?

—Konowalski —repitió el hombre pequeño, un espantapájaros, ropas grises cubriendo los palillos de que estaba hecho, flacidez ruinosa en los rasgos de la cara, marcada por el hambre, desolada por la desesperanza.

—John Konowalski —repitió, como si no estuviera seguro de su propio nombre. Lo dijo tímidamente, esperando que le riñeran.

—Deletrea, por el amor de Dios.

La cara gris pareció perderse en Babia, tragó saliva, la mirada vacilante.

—Deletrea.

—K —dijo el hombre— o-no-o.

—K-o-n-o —El oficial de ingresos fruncía el ceño ante la máquina de escribir, pronunciando cada letra en susurros cuando le daba a la tecla adecuada. Se volvió hacia el oficial que se encontraba tras los harapos—. Joe, la próxima vez que me caces a uno que tenga un nombre así, límítate a llevártelo fuera del condado, no me lo traigas aquí —El oficial le sonrió. El de ingresos volvió a dirigirse a Konowalski—: Vale, deletrea.

—K-o-n-o-w-a-l-s-k-i...

—Por Dios bendito, vaya nombre. Con un nombre así deberían meterte en la cárcel. Deberías haber demandado a tu viejo.

—Es mi nombre —dijo el hombre pequeño.

—Te lo puedes quedar, colega —El oficial de ingresos mecanografió unas cuantas palabras más. Luego ladró—: Dirección.

El hombre pequeño tragó saliva con dificultad, abrió la boca. Sus ojos eran como un par de testículos legañosos y enrojecidos: no miraban a ninguna parte. Tragó saliva de nuevo.

—¿Cuál es tu dirección?

—No tengo ninguna.

—¿No tienes ninguna? ¿Dónde cojones vives?

—¿Cómo puedo vivir en algún sitio si no puedo encontrar trabajo?

—Sólo responde a lo que pregunto, colega —El oficial de ingreso martilleaba en la vibrante máquina de escribir con sus dos gordos dedos índice—. ¿Ocupación?

—¿Ocupación?

—Eso es, ¿a qué te dedicas?

—No tengo trabajo —El pequeño hombre arrastró los pies, se encogió de hombros bajo su harapienta chaqueta—. No he podido encontrar nada.

—Vale, ¿en qué trabajabas cuando tenías trabajo, si es que has trabajado en algo?

—Jornalero.

—Vale, eso es todo lo que quería saber —El oficial de ingresos volvió a aporrear la máquina. Escribió unos cuantos renglones y luego reparó en el viejo y el oficial que todavía se encontraba frente al escritorio.

—Ya puedes llevártelo, Joe.

—¿Dónde lo meto?

—En alguna de las salas.

—Están todas llenas.

—Vaya... —El oficial de ingresos tecleó otra palabra en el impreso que había en su máquina de escribir, y luego volvió a mirar al oficial—. Métele en el calabozo un rato. Encontraremos un sitio para él más tarde.

El oficial le plantó una mano en el hombro al hombrecito y le dijo:

—Vamos.

—Un momento —dijo el hombrecito, impacientando al oficial—. ¿Por qué me encierran?

El oficial de ingresos frunció el ceño ante el papel que estaba en su máquina de escribir, los dedos sobre las teclas:

—Vagancia —dijo sin mirarlo. Y empezó a escribir de nuevo.

—Yo no he hecho nada —dijo el viejo.

—Sin dirección, sin trabajo, sin dinero. Eso es vagancia. Enciérralo, Joe —El oficial de ingresos mecanografió otra palabra, sus labios pronunciaban en susurro cada sílaba, luego sacó la hoja del rodillo de la máquina y la colocó en una carpeta del escritorio. Cansinamente giró la cabeza hacia los dos oficiales que esperaban en el banco, con el largo cuerpo desmoronado de Jack Burns entre ellos.

—Vale, chicos, ¿qué tenéis ahí?

—Un momento —dijo todavía el viejo, mientras el oficial se lo llevaba—. No he hecho nada. Sólo estaba caminando por la ciudad. ¿No tener dinero ni trabajo es un delito?

—Es vagancia —le dijo el oficial de ingresos—. Si no me crees se lo puedes preguntar y discutirlo con el juez mañana por la mañana. Le gusta discutir. Por el amor de Dios, Joe, saca a esa piltrafa de mi vista.

El oficial llamado Joe abrió una blanca puerta de acero situada en el más lejano extremo de la oficina y metió al hombrecito en una habitación sin ventanas llenas de cuerpos enfermos bajo una luz amarilla. A través de la puerta abierta emergió un poderoso hedor a vómito, orina, podredumbre animal.

—Dentro —dijo el oficial, y luego cerró la puerta. Amortiguada por la pared de metal, aún pudo oírse al viejo hablando, protestando—: No puedo respirar —parecía decir—, no puedo respirar aquí.

—Bien —dijo el oficial de ingreso—, ¿qué tenemos aquí? —Estaba mirando abajo, al cuerpo inerte y sucio de sangre de Burns, al que a duras penas los dos oficiales mantenían erguido—. ¿Puede hablar?

—Está bien —dijo uno de los oficiales—. Le dio por hacer el gamberro un rato y el sargento tuvo que ponerlo en su sitio. Pero se recuperará en un minuto.

El oficial de ingresos colocó un nuevo impreso en la máquina, le dio al rodillo, y luego a la barra para avanzar cinco espacios.

—¿Borracho? —preguntó.

—Sí —dijo el primer oficial—. Borrachera y desorden público: empezó una pelea en el Bar de Miera y se resistió a la autoridad.

El oficial de ingresos mecanografió la información o una parte de ella:

—¿Dónde me has dicho que ha sido?

—En el Bar de Miera, en la Carretera de North Highland.

—¿Cuándo?

—De cinco y media a seis esta tarde.

El oficial de ingresos martilleó en su máquina, luego preguntó:

—¿Cómo se llama?

Los oficiales se miraron uno al otro. El primero dijo:

—Quién sabe. Nadie en el bar le conocía.

—Bueno, ¿y no le habéis registrado?

—Claro que sí —El oficial se había quitado la gorra y la tenía entre las manos, la levantó y esparció el contenido por el escritorio: unos pocos dólares en billetes, algunas monedas, cerillas, una bolsa de Bull Dirham, una navaja, la oreja negra, seca y encogida de un toro.

El oficial de ingresos examinó desdeñosamente las propiedades del vaquero.

—¿Esto es todo? ¿Ninguna identificación?

—No —dijo el oficial—. Esto es todo lo que llevaba encima.

—¿Cartilla militar?

—No.

—¿Permiso de conducir? ¿Tarjeta sanitaria? ¿Tarjeta de seguro? ¿Ninguna identificación?

—Nada. Toda esta mierda es lo que llevaba.

El oficial de ingresos parecía estar verdaderamente irritado.

—¡Cielo santo, debe tener algo encima que nos diga quién es! Un hombre no puede andar por ahí suelto sin absolutamente nada que lo identifique —Le echó un vistazo a Burns, que seguía inconsciente, era un vistazo de disgusto y exasperación—. ¿Tampoco llevaba cartera?

—No llevaba nada encima —dijo el oficial.

—¿Y dónde guardaba el dinero?

—En un bolsillo.

El oficial de ingreso apretó los puños y se mordió el labio inferior con fuerza:

—¡Jesús! —dijo, mirando la cabeza hundida de Burns—. Sin tarjetas, sin papeles, ¿quién diablos se piensa que es? —Volvió a su máquina de escribir,

sus dos gordos dedos se pusieron en acción, pero no tenía nada que escribir—. Maldita sea —dijo—. Despertadlo, despertad a ese hijo-de-puta.

Los dos oficiales le dieron unas cachetadas en las mejillas, pero no hubo respuesta.

—Echadle agua.

Uno de los oficiales llenó una papelera en el depósito de agua y echó el agua fría a la cara de Burns, que se agitó levemente, gimió y luego volvió a la oscuridad. El oficial de ingresos gruñó, se levantó de su asiento, detrás del escritorio, abrió una taquilla construida en la pared de la oficina. Tanteó un momento buscando algo, murmurando para sí mismo, hasta que encontró un pequeño frasco y se lo entregó por encima del escritorio a uno de los oficiales.

—Ponle esto bajo la nariz —El oficial colocó el frasco pequeño bajo la nariz del vaquero. No sucedió nada.

—Es preferible que le quites el tapón primero —dijo el de ingresos pacientemente. El oficial obedeció—. Ahora colócaselo bajo la nariz balanceándolo un poco —El agudo olor a amoniaco penetró en el aire, los oficiales mantuvieron sus cabezas lejos del frasco.

Burns empezó a luchar débilmente, tratando de apartar la cara del amargo y pungente mordisco del gas. Gimió un poco y abanicó el aire con las manos esposadas, los ojos todavía cerrados de par en par.

—Trata de que se quede quieto —dijo el oficial de ingresos—, y mantén esa mierda debajo de su nariz hasta que abra los ojos y empiece a hablar —Burns se volvía y meneaba, tratando de librarse de las garras de los oficiales—. Mantenlo quieto —dijo el oficial de ingresos—, que se trague una buena dosis.

El vaquero se retorció, pateó, abrió los ojos y se quedó mirando sin ver al techo. «Dejarme solo —murmuró—, dejarme solo, dejarme solo, mierda puta, dejarme solo.» Trató de deshacerse de las esposas de acero que le maniataban las muñecas, los brazos colgando atrás. «Os digo que me dejéis solo, por Dios, dejarme solo.» El sombrero negro se le había volado de nuevo y cayó boca arriba en el suelo, los tres hombres trataban de pararlo, siguiéndolo por todas

partes, «dejarme solo», balanceándose como figuras de una intensa danza ritual, Burns gritaba incansable, «dejarme solo, la hostia puta».

—Muy bien —dijo el oficial de ingresos—, soltadlo. Traedlo aquí, ya está despierto.

Los oficiales se volvieron y lo liberaron: uno de ellos tenía todavía el frasco pero estaba vacío —una oscura mancha se había extendido por la parte delantera de su camisa—. Burns se quedó de pie, solo en medio de la estancia, combado, tambaleándose, a punto de caer de rodillas, reculó y chocó contra la pared, donde quedó apoyado, manteniéndose más o menos vertical, frotándose los ojos con los puños, hablándose de manera iracunda para sí mismo: «Bastardos, malditos puercos, sucios bastardos podridos, hijos-deputa...».

—Vale, vaquero, ya basta. Despierta de una vez —El oficial de ingresos esperó y Burns siguió musitando amargamente. El oficial de ingresos le espetó—: Te he dicho que ya basta, cállate.

—Serpientes arrastradas —dijo Burns—, perros, ratas, malditos comedores de patata sin respeto, coyotes rastreadores y cobardes...

El oficial de ingresos se dirigió a uno de los oficiales:

—¿Dónde está Gutiérrez? —quiso saber.

—No lo sé —respondió el hombre.

—¿Qué?

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

El oficial llamado Joe habló:

—Está arriba —dijo—, Gutiérrez está arriba.

—Llámale.

El oficial salió de la oficina y dejó atrás el pasillo donde estaban el depósito de agua y la puerta del ascensor y una manguera en espiral colocada en una hornacina de la pared. Se detuvo al pie de las escaleras y gritó:

—Gutiérrez! ¡Eh, gran oso!

—Pestilentes mofetas asquerosas —decía Burns, frotándose los ojos—, cobardes, mierdosos y podridos cabrones...

Oyeron el estrépito de la puerta de acero en algún punto de la planta de arriba, cómo se corrían una cerraduras y luego una voz, un gruñido animal. El oficial volvió a la oficina de ingresos.

—Ya viene —dijo, y miró a Burns, que aún seguía mascullando.

—Basura de cerdo de barranco seco mentiroso de dos cabezas, dos caras, lengua cortada, hatajo de lameculos, hijos de puta de hígados amarillos y barrigas amarillas.

El oficial de ingresos lo ignoró mientras hacía el inventario de las propiedades de Burns, colocando los artículos en un sobre de cáñamo, cerrándolo y depositándolo en un archivador acerado. Luego se limitó a esperar.

—Bastardos —decía Burns—, bastardos del todo...

Algo estaba acercándose por el pasillo, la silueta oscura de un cuerpo de pisada poderosa que llegaba a ellos sobre el suelo de hormigón a través de la luz amarilla del pasillo. El hombre oso, Gutiérrez.

Entró en la oficina:

—¿Qué se manda? —dijo hosicamente, estaba sudando, bajo cada sobaco se extendía una mancha que lentamente iba ganando terreno en el caqui.

—Ayuda a levantarse a ese hombre —dijo el oficial de ingresos señalando a Burns—, ayúdale a hablar de manera correcta.

Gutiérrez le echó una ojeada a la tambaleante e indiferente figura del murmurador vaquero.

—Estaba por irme —dijo—, me voy en cinco minutos. Tengo que comer algo.

—Ya sé —dijo el oficial de ingresos—, esto no va a tardar más que unos minutos. Sólo me hace falta enterarme del nombre del sujeto y ya está.

Gutiérrez se encogió de hombros, luego se arrimó a Burns y colocó una de sus poderosas manos en la nuca.

—De acuerdo, tío, sólo te quedas de pie de forma correcta y responde a lo que te pregunten.

Apartó a Burns de la pared y lo llevó delante del escritorio.

—Quita de encima tus pezuñas sucias —dijo Burns, trató de golpear con el lateral de sus puños esposados a Gutiérrez—, aléjate de mí —Gutiérrez detuvo las manos voladoras, las capturó y las colocó sin miramientos en el estómago de Burns.

—Compórtate —le dijo— o me vas a dar motivos para partirte la crisma — Hundió sus dedos y el pulgar en el cuello de Burns, haciendo crujir los nervios y los vasos sanguíneos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el oficial de ingresos.

—No puedo hablar —dijo Burns—. Este gorila negro me está estrangulando —Luchó contra la presión que el hombre ejercía pero no podía hacer nada; Gutiérrez lo levantaba como si no fuese más que un niño.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar el oficial de ingresos.

—Aparta a este mono de mí y puede que te responda.

—¿Cómo te llamas?

—John W. Burns. Dile a este oso que deje de apretarme el cuello.

—Afloja un poco —le dijo el oficial de ingresos a Gutiérrez. Y a Burns—: ¿Dónde vives?

—En cualquier sitio que me guste.

Gutiérrez presionó de nuevo el cuello de Burns con sus dedos de hierro.

—¿Qué significa eso? —preguntó el oficial de ingresos.

—Imagina lo que quieras.

—Ayúdale a que conteste —dijo el oficial de ingreso. Con una sola mano Gutiérrez empujó la cabeza de Burns hacia delante y hacia abajo hasta hundirle la barbilla en el pecho y las vértebras de su cuello se le señalaron como eslabones bajo la piel inflamada.

—¿Cuál es tu dirección? —dijo el oficial de ingresos.

—No tengo ninguna —musitó Burns roncamente.

—Tienes que tener una dirección.

—No tengo. Voy de aquí allá parando donde me apetezca.

Le costaba respirar y unas lágrimas involuntarias aparecieron en sus ojos:

—Bastardos —gruñó. Gutiérrez le dio un rodillazo en la parte baja de la espalda.

—¿Dónde viven tus amistades? —preguntó el oficial de ingresos.

—Missouri.

—¿Eso es verdad?

—Sí, maldita sea.

—Suéltale el cuello —El oficial de ingresos registró la información en el impreso que estaba en su máquina de escribir mientras Burns levantaba lentamente la cabeza, mirándolo fijamente con maligna intensidad.

—¿Ocupación? —preguntó el oficial de ingresos.

Burns lo miró y dijo:

—Vaquero, pastor, cazador furtivo.

—¿Cuál de ellas?

—Todas ¿Qué más da lo que hago?

El oficial de ingresos mecanografió un poco.

—¿Dónde están tus papeles? —preguntó.

—¿Mis qué?

—Tu identificación, la cartilla militar, la tarjeta de la seguridad social, el permiso de conducir.

—No tengo nada. No los necesito. Ya sé quién soy.

El oficial de ingresos frunció el ceño crispado.

—No creerás que se puede ir por ahí sin identificación alguna —dijo—. La gente como tú debería llevar un collar de perro —Miró fija y seriamente a Burns—: ¿Dónde está tu cartilla militar?

—No tengo ninguna.

—Tienes que tener una.

—Jamás oí nada sobre eso.

El oficial de ingresos suspiró pausadamente, casi cerrando los ojos al hacerlo.

—Tienes que tener una cartilla militar —repitió—, y tienes que llevarla encima siempre. Es un delito federal no hacerlo. ¿Lo entiendes?

Burns sonrió:

—Eso es nuevo para mí.

—¿No oíste hablar nunca de la Ley del Servicio Obligatorio?

—Sí, algo he oído.

—De acuerdo —El oficial de ingresos se pellizcó la nariz—. Ahora vamos por buen camino —Miró severamente al vaquero—. Ahora dime qué hiciste con tu cartilla militar.

—No he tenido nunca.

El oficial de ingresos volvió a fruncir el ceño:

—¿Nunca has tenido? ¿No te registraste para el reclutamiento en 1948?

—Soy un veterano.

—Perfecto, eres un veterano. Todo los somos. Pero tú no te registraste, ¿es eso?

—Jamás oí nada de eso. Estaba fuera de la ciudad.

El oficial de ingresos examinó a Burns un momento, luego se volvió hacia el empleado que estaba sentado en la centralita de radio y teléfono situada tras el escritorio:

—Bill— le dijo—, tú tienes buenos contactos en el FBI. Llámales y diles que parece que hemos pescado a otro insumiso. —Miró a Burns de nuevo—: Colega, parece que vas a meterte en toda clase de líos —Luego agregó alguna información a la hoja de registro, la sacó del rodillo de la máquina de escribir y la colocó dentro de la carpeta. Le dijo a Burns—: ¿Conoces a alguien que pague la fianza por ti?

—No —dijo Burns.

—Vale. ¿Quieres hacer una llamada telefónica antes de que te encierre?

—No.

—Vale —El oficial de ingresos le alcanzó una hoja de papel a Burns—. Aquí tienes tu recibo. Échale un vistazo.

Burns cogió el papel con las manos atadas y lo estudió:

—¿Qué es esto?

—Es un recibo por lo que hemos encontrado en tus bolsillos. Recuperarás tus cosas cuando salgas de aquí —El oficial de ingresos consultó el reloj de la pared, luego miró a Burns y a Gutiérrez y a los tres oficiales.

—Bueno, sáquenlo de mi vista, me quiero ir a casa.

Burns alzó la vista del recibo:

—Quiero que me devuelvan mi tabaco y mis cerillas —dijo—, se pueden quedar el resto.

—Encerradlo —dijo el oficial de ingresos. Gutiérrez soltó a Burns y le dio un empellón arrojándolo a los oficiales.

—Cogedlo —les dijo, y se fue.

—Quiero mi tabaco —repetía Burns—, colegas, ¿es que no sois humanos?

—Sacadlo de aquí —dijo el oficial de ingresos.

—¿Dónde lo metemos?

—No me importa, por Dios santo. ¿Están llenas las celdas?

—Ya te lo dije, esta noche hay gente durmiendo en los suelos de los corrales —dijo el oficial llamado Joe.

Otro de los oficiales dijo:

—Lo echamos en el tanque.

—Que me deis mi tabaco.

—No, a este no —dijo el oficial de ingresos—, está demasiado tenso y puede armar gresca toda la noche si se topa con otros borrachos.

—Bueno, ¿y qué hacemos con él?

El oficial de ingresos suspiró harto, mirando al reloj de pared y luego a su reloj de pulsera.

—Vale pues, ponedlo en el Agujero unas horas, mañana le encontraremos un sitio.

—Ese juez nuevo no está concediendo permisos —dijo uno de los oficiales—, ya me gustaría meterle a unos pocos de estos pájaros en su cocina.

—Tú por eso no te preocupes —dijo el oficial de ingresos—, y ahora quiten de mi vista a este tipo, por favor.

—¿Qué hay de mi tabaco? —Uno de los oficiales le colocó una mano en el hombro—. Maldita sea, quiero mi tabaco y mis cerillas.

—Vamos, vaquero —dijo el oficial—, ya te has divertido bastante por hoy —Cogió a Burns del brazo y amablemente le hizo darse la vuelta, el otro oficial lo agarró del otro brazo y juntos lo sacaron de la oficina y avanzaron por el pasillo.

Cuando cruzaron la puerta Burns giró la cabeza y miró al oficial de ingresos:

—Me acordaré de esto —dijo—. De ti y de ese gorila, de los dos, no voy a olvidarlos —El oficial de ingresos, poniéndose su sombrero y su chaqueta, lo ignoró.

En el pasillo uno de los oficiales le dijo a Burns:

—Mejor ten cuidado con lo que dices, tío. Te puedes meter en líos hablando así.

—Eso es verdad —dijo el otro oficial—. Especialmente con el Oso. No querrás que oiga lo que has dicho porque si lo oye te vuelve a estrangular.

—Eso seguro —dijo el primer oficial—. El teniente está bien, es un buen tipo, pero ese Gutiérrez, eso es comer aparte.

—Un mal tipo —dijo el segundo oficial.

—Sin bromas —dijo el otro—, nada de tonterías con él.

Burns avanzaba entre ellos, mirando recto adelante.

—Ya sé que lleváis razón, chicos —dijo—, por cierto, ¿quién de vosotros me hizo perder el sentido dándome detrás de la cabeza?

—Ese fui yo —dijo el primer oficial, que le presentó bovinamente en su faz india una sonrisa a Burns—. Tenía que hacerlo, vaquero, estabas dando patadas y gañafones como un gato salvaje aterrorizado. Tenía que ponerte fuera de juego para traerte aquí.

—Gracias —dijo Burns.

Siguieron por un segundo corredor hasta pararse ante la puerta de una celda en la pared de acero gris —una pared que era como el casco de un buque de guerra, tachonada con hileras de cabezas remachadas—. Uno de los oficiales abrió la puerta.

—Vale —le dijo a Burns.

Burns vaciló. Más allá de la puerta estaba el cubículo de acero: sólo paredes grises, sin ventana, sin luz, sin muebles salvo una simple litera de acero y una palangana y un agujero que era el retrete, sin asiento.

—¿Qué es eso? —dijo él con voz sorda.

El primer oficial le dijo:

—Tampoco es tan malo. Probablemente no estarás aquí mucho tiempo.

—Bueno, ¿qué hay de algo para cenar?

El oficial le sonrió:

—Me temo que llegas como tres horas tarde para eso, vaquero.

Burns se encogió de hombros.

—Vale —Extendió sus manos con los grilletes puestos hacia ellos—. ¿Podéis quitarme ya estas malditas cosas?

Los oficiales se miraron el uno al otro. Uno de ellos le dijo:

—Mejor métete dentro antes.

—¿Dentro? ¿Cómo vas a sacarme estas cosas si estoy yo dentro y tú estás fuera?

El primer oficial apuntó al panel corredizo que había en la puerta a manera de ventanilla, suficientemente grande como para permitir que pasaran unas manos. Burns lo examinó un instante y luego se metió dentro de la celda. Por fin la pesada puerta se cerró tras él. Oyó cómo encajaba en el agarre y cómo se deslizaba el pestillo y luego el sonido de una llave grande girando en la cerradura. Se quedó quieto en la repentina oscuridad y esperó.

Hubo un chirrido de acero y el panel en la puerta se deslizó.

—Pasa tus manos por aquí —le dijo uno de los oficiales.

Burns colocó las manos en la estrecha abertura. La cadena de acero vibró y resonó al chocar con el borde.

—Aguanta un momento —dijo uno de los hombres que estaban fuera. Burns oyó al primer oficial decir—: «¿No tenías tú la llave, Sam?» —Y el otro murmuraba una respuesta que no pudo entender.

Esperó impasiblemente en la semioscuridad, tratando de respirar lo menos posible aquel aire rancio y muerto. Ahora sentía sobre él la opresión sofocante del confinamiento y tenía que hacer grandes esfuerzos para suprimir sus deseos de ponerse a gritar, de aullar, de lanzarse contra la puerta. Sintió por fin una mano en su mano, el chirrido del metal, cómo se abría una de las esposas, luego la otra.

—Pues ya está, vaquero —dijo uno de los oficiales. Empezó a retirar las manos pero algo afuera impedía que una de ellas le obedeciera: era algo pulido y ligero lo que tocaba.

—Quédatelo, vaquero —oyó que decía el primer oficial. Él metió el arrugado paquete dentro: sabía por el tacto y el peso que podía contener cinco o seis cigarrillos.

—Agradecido de verdad, cuate —dijo, de cara a la puerta—. ¿Qué tal unas cerillas también?

Una mano oscura apareció en la ventanilla de la puerta con una caja de cerillas.

—Gracias —dijo Burns cogiéndola.

—Tómatalo con calma, vaquero —dijo uno de los hombres desde fuera. Burns los oyó alejarse, sus pisadas sonaban rotundas y huecas en el largo corredor vacío, resonaban como ecos en una caverna.

Burns permaneció inmóvil unos minutos en la rancia penumbra de la celda, observando el rectángulo de luz en la puerta. Sintió otra vez el peso absoluto

de aquel ataúd de acero, y el poderoso impulso de enfurecerse, de bramar y aporrear con ambos puños en la puerta. Se contuvo y los espasmos de pánico y cólera pasaron, y entonces se sintió débil, desolado, vacío de propósitos y sentido. A tientas buscó la manera de llegar al tablón de acero y se puso en cuclillas y encendió uno de los cigarrillos.

La primera calada honda le hizo sentirse enfermo, le hizo ser consciente de repente de las palpitaciones en su cabeza y el agudo dolor en su estómago y en sus costillas. Temiendo que iban a entrarle ganas de vomitar, apagó el cigarrillo y lo volvió a meter en el paquete. Esperó mientras su estómago parecía hundirse en sus entrañas, húmedo y pesado como un saco de aguas residuales. Poco a poco una honda depresión se fue apoderando de su mente a través de todos sus miembros, a través de su corazón. Cerró los ojos y dejó que la cabeza se le fuera cayendo, poco a poco, hasta quedar entre sus rodillas, sus manos colgando como cosas muertas sobre el borde de la litera. En esa posición se quedó sentado mucho rato, quizás una hora, en la oscuridad y el silencio de la celda de acero.

Pero cuando pasó esa hora, levantó la cabeza y abrió los ojos y recordó algo: se tocó las botas. Y fue entonces cuando empezó a cantar.

Los hombres se despertaron antes de que amaneciera, bastante antes de que llegara el vigilante. El aire frío entraba por las ventanas a medio abrir y se extendía más allá de la sala de celdas y a través de cada una de las parrillas de hierro donde los hombres se hacinaban como fetos cubiertos por mantas individuales. Un hombre temblaría, gemiría y abriría sus ojos rojos hinchados para contemplar su mundo, la hilera de barrotes y las paredes de acero y la monótona luz filtrándose a través del polvo, de las telarañas y de los secos escupitajos incrustados en cada ventana. El viejo vagabundo que estaba en la celda de al lado empezó a toser, a carraspear, a estornudar —la muerte por pulgadas en una trampa, muertos de frío, de calor, de soledad, la resignación del mundo, un momento de mala suerte en 1932—, y con la explosión de una rotura nasal, se sonó la acumulación de disgustos de la noche en el puño de su camisa. En la celda situada al final de la sala unos cuantos indios medio bárbaros patearon una palanca en la pared y las aguas rugieron, los conductos de hierro de las aguas residuales fueron sacudidos y se estremecieron como una premonición de guerra. Los hombres se quejaron con rabia impotente e inútil, rascándose la picazón del cuero cabelludo y el cuello, se examinaban las nuevas mordeduras, uno a uno se sentaron y se vistieron, o sea, se pusieron los zapatos.

Paul Bondi despertó lentamente, con renuencia extrema y resistencia inefectiva: intentó permanecer en la inconsciencia, envolverse en ella como en una manta que acogiera su gris e incómoda mente —en aquel casco de ideas y desilusiones él había logrado encontrar el silencio del sueño y las aventuras surrealistas de un dios liberado sobre una verde colina de helechos en Arcadia—, pero sus esfuerzos fueron vanos, el idilio que acontecía en su

cerebro murmurado empezó a obscurecerse y apagarse, convirtiéndose en un vapor amarillo: abrió los ojos.

Los cerró otra vez. «Querido Dios», pensó. «Dios de nuestras esperanzas y nuestras agonías: no nos des otro día de esos, duros, terribles, desolados en el pecado y grises en la virtud: el proyecto de tedio de la rutina de un hombre muerto; resulta, mi Señor, que se me revuelve el estómago en todos los nervios de mi cuerpo. Algo tiene que suceder hoy, una aventura, una explosión de fuego, la llegada de nuestro salvador.»

Y luego se acordó. Lo que había pensado se había perdido para siempre en algún sueño ocasional, pero ahora recordaba lo que había precedido a los sueños, aunque luego se mezclaría con ellos. Esa música solemne y desenfrenada, ese canto desenfrenado que le resultaba tan familiar —a sus pensamientos y a sus sentimientos— como la imagen de su propia cara, no había sido un sueño, o no solamente un sueño: formaba parte del mundo gris en el que sus ojos volvían a abrirse. Ese loco había venido, estaba en algún sitio allá abajo.

Bondi se sentó en su litera, sonriendo: le sonreía a Timothy Greene, apoyado contra la pared de enfrente, le sonreía a sus propias conjeturas románticas e improbables. Se calzó los zapatos, se los anudó con sus agarrotados dedos fríos, indiferente, casi inconsciente del acto. Siguió sonriendo, involuntaria, tonta, felizmente, y limpió el cansancio de sus irritados ojos. La alergia que lo había atacado hacía un mes estaba remitiendo ya pero todavía conservaba la sensación bajo cada párpado, una sensación de algo parecido a la fina tierra de esmeril. Resultaba agradable frotárselos hasta enardecerlos, si no fuera por la líquida incomodidad que seguía. Durante algunas semanas su nariz no había sido un instrumento moldeado para la respiración, sino más bien un objeto sólido, un trozo de masilla humedecida, una humedad en la carne tierna por la filtración de un continuo goteo, una carga pesada y encarnada suspendida de sus sufridos ojos.

Pero sonreía, una mueca de felicidad, se abrochó el cinturón y se rascó las esquinas de sus ojos, y pensó: «¿Qué puede querer decir esto, si es que significa algo? ¿Esa aparición en plena noche? ¿Ese lobo merodeando por las

calles de la ciudad, aullando desde una jaula? A juzgar por cómo sonaba, debía estar tan borracho como un indio. Jack, Jack, loco de remate... ¿por qué estás tan contento, tovarish? ¿Quizá es que trae un indulto del gobernador, o noticias de una revolución o una amnistía para todos los prisioneros políticos? ¡O sólo pretende hacerle el favor a un amigo de compartir con él este pequeño infierno gris!».

Sea como fuere, sonreía mientras se deslizaba de la litera de arriba al suelo, fue al retrete que se encontraba en la esquina de la celda, orinó, se sonó la nariz con papel del condado y luego tiró de la cadena para que su ofrenda fluyera hasta el río y hacia Texas. Se inclinó sobre el lavabo y se echó agua fría en la cara y en el pelo, y se secó ambos con más papel higiénico, y se peinó. No había espejo. Se tocó la barbilla y se preguntó cuándo podría afeitarse. La barba le había crecido en la barbilla y los mentones considerablemente en una semana, pero no había nada que pudiera hacer allí. Se sorprendió a sí mismo imaginando con deleite el día en que se le transfiriera a una prisión federal: sería una pequeña aventura, un cambio, quizás una mejora. Buscó el jabón: no quedaba.

—Buenos días, caballeros —dijo Timothy Greene, sonriendo hacia abajo desde su entronizada posición en la litera superior. Su sonrisa se movía compulsiva transformándose en una mueca exagerada—. Harina de avena y salchicha —dijo—, una rebanada de pan y una taza de java oxidada: Oh, de mañana muy temprano yo los tengo, me sacuden y noquean, no se puede caer más bajo... ¿Quién tiene los trastos para un cigarrillo?

No obtuvo respuesta. Los demás hombres en la celda, seis además de Bondi, estaban patéticamente cansados tirados en sus literas mirando a la nada de la ventana, anudándose los zapatos, rascándose los sobacos, escupiendo y tosiendo como perros enfermos. Se movían como perros heridos y aturdidos que llegan de una mala noche a un día hostil. Desplazados: refugiados de unos sueños brumosos.

El júbilo de Bondi empezó a depreciarse con el sonido de las toses. Se dirigió a los barrotes de la celda, colocó sus manos en el frío acero y miró a la ventana que se encontraba en el otro lado del pasadizo. «No es sitio para un hombre

vivo», se dijo a sí mismo. No había nada que ver a través de la ventana. Cansadamente se dirigió hasta la puerta de la celda y miró arriba y abajo a lo largo del gris y vacío corredor hasta la puerta gris situada en su extremo: el túnel hacia la luz del día. Más allá de esa puerta y más allá de una segunda puerta idéntica y más allá de una puerta atrancada y de unas escaleras que había que bajar para llegar a unos pasillos hasta la ceremonial puerta del juzgado, estaba la libertad. «Una libertad condicional», se recordó a sí mismo. Pero con aire y luz y movimiento y planes, la posibilidad de elegir: los elementos esenciales de la libertad humana. Más allá del acero y los ladrillos, del otro lado del muro de nuestros ojos.

Pensó, en ese momento, en su casa: una vez pasado el final del pavimento, en el borde de la ciudad, en el límite del desierto y ante un mar de espacio palpable, la pequeña casa de adobe con la puerta azul y las vigas a la vista y las paredes maltratadas pero hincadas firmemente en la tierra; plateada hediondilla en el patio trasero, los viejos rieles del corral de cabras, la bomba de agua y el pozo, los albaricoques del sendero y el jardín, una parcela de lechugas, rábanos, frijoles y maíz dulce. Un recuerdo claro y casi agónico: Bondi, como cualquier animal enjaulado, sentía el impulso de golpear y encolerizarse, el deseo de torcer los rígidos barrotes de su lecho de hormigón.

«He estado demasiado tiempo aquí», pensó, «demasiado demasiado tiempo. Oh, los días son tan largos».

Para evitar cualquier momentáneo e infantil arranque de desesperación pateó suavemente los barrotes, rió en voz alta y pensó en Jack Burns. Jack Burns en la cárcel del condado: imaginó a un lobo dando vueltas de un lado a otro en una jaula del zoo municipal.

Un estruendo y un gemido de metal: la gran puerta del extremo del corredor se abrió lentamente y seis hombres entraron empujando carritos con escobas, recogedores, mopas y cubos; los chicos de la limpieza. Más allá de la puerta alguien giró una llave en el panel de control de la pared, lo abrió y le dio a la manivela que abría la puerta del corral. Los seis hombres entraron en el corral y una vez allí, en silencio, empezaron a barrer y fregar mientras en la puerta se quedaba, mirándolos, un vigilante uniformado. Primero se barría,

apilando papeles y suciedad en un montón que se echaba a una caja y se sacaba; después llegaban los de la fregona que lavaban el suelo de cemento con agua y desinfectante. El aire en la sala de las celdas se hacía denso y deprimente con el olor del hipoclorito de sodio —la atmósfera de las letrinas, de las carnicerías, de los mortuorios, de las cárceles del condado, de los orfanatos, de los asilos para enfermos, de los reformatorios, de las escuelas públicas—, un olor calculado para descorazonar la libertad del espíritu y ahogar las esperanzas: la venganza que los viejos se toman con los niños.

Los de la limpieza se fueron del corral en fila de a uno, cargando con sus equipos con el aire de esclavos hostigados. El vigilante los observaba y cuando estuvieron fuera del corredor todos y todos en la habitación que estaba más allá de la puerta, le dio a una segunda manivela en la caja de control que estaba fuera de la sala de celdas: las cinco rejillas de acero que servían como puertas de las celdas se deslizaron chirriantes, sonaban como carros en miniatura. Al mismo tiempo se cerró de golpe la pesada puerta y el vigilante observó a los prisioneros a través de la mirilla: mientras aguardaban a que se abrieran las puertas, podían ver sus gordos labios, el bullo de su nariz. El guardia les gritó, a través de una pantalla situada detrás del vidrio:

—Muy bien, buenos días, señores. Es un hermoso día en Duke City.

Nadie se rió. Luego dijo:

—Ahora quiero que se dirijan a aquel corral como caballeros. Si pillo a alguno corriendo o empujando voy a entrar ahí y sacudirle de lo lindo.

Los hombres esperaron.

—Muy bien pues —dijo el guarda—. En marcha.

Los hombres salieron en fila silenciosamente y en orden de sus celdas, los que estaban en la celda más cercana a la puerta salieron los primeros, luego los de la segunda celda y así. El vigilante los observaba y contaba las cabezas de los hombres cuando pasaban por la puerta del corral. Cuando los cuarenta dejaron las celdas y entraron en el corral volvió a girar la manivela y cerró y selló la puerta, dejando las celdas abiertas. Luego la pesada puerta de la sala de las celdas se abrió de nuevo, entraron los de la limpieza cargando con sus

cubos y fregonas y escobas y se dedicaron a limpiar las celdas y el corredor de la sala. El vigilante dejó la puerta abierta, mirando un momento, luego se volvió y desapareció. Inmediatamente los de la limpieza y los prisioneros se agruparon a un lado y otro de los barrotes del corral y comenzó el vivido comercio de tabaco, cigarrillos, cómics, pastillas, dinero y mensajes.

Timothy Green a Fred Blackburn; «Fred, ¿dónde diablos está mi mujer?» «¿Todavía no se ha dejado ver?» «No lo sé Green, no la he visto.» «Pero maldita sea, ella me prometió que hablaría con el juez e intentaría sacarme en diez días.» «No la he visto Green.» «Bueno, que le den, que se hunda en el más negro agujero del infierno. He oído que ella estaba liada con algún prenda de Dallas, Greene.» «¿Qué? ¿Otra vez eso, tío?»

Paul Bondi a Mike Sánchez, fregona: «Mike, sabes qué han hecho con un tipo llamado Burns, está en algún sitio abajo. ¿Quién es?» «Un buen amigo mío, se llama Jack Burns.» «No sé, chaval, no he oído nada acerca de ningún Burns, ¿cómo es?» «Es alto, muy alto, y peludo como esa fregona que llevas, tiene el pelo negro y una nariz larga y torcida y seguramente lleve un viejo Stetson negro y botas.» «No he visto a nadie así, chaval, ¿estás seguro de que lo metieron aquí?» «Puedes jurar que estoy seguro, lo he oído cantar esta noche.» «¿Ah, ese hombre?, pensé que era algún navajo loco.»

Un espalda mojada a Pete Herrera, barrendero de Laguna: «Tengo que salir de aquí Pete.» «Yo también.» «Me está volviendo loco, Pete, no puedo soportarlo más.» «Sé como te sientes.» «Tengo que recolectar seis acres de maíz, Pete.» «Ya, lo entiendo, es chungo.» «Quiero irme a casa.» «Te pondrán fuera en muy pronto, cuate.» «Eso es demasiado, Pete.» «Deberías quedar fuera de la Calle Mayor, espalda mojada, y yo también.»

El vigilante apareció en la puerta:

—Ya basta —gritó—. Dadle a las fregonas. Y vosotros apartaos de los barrotes o tendré que sacar la manguera.

Los hombres se echaron atrás, se quedaron tranquilamente en las mesas de acero atornilladas al suelo del corral o sentados en el suelo o se iban a la esquina más lejana y se agarraban a los barrotes para mirar tristemente por la

ventana al mundo exterior, la intersección de la Calle Cuatro con Fruit Avenue con sus camiones de leche, sus coches de policía, los vagabundos de la madrugada, los chiquillos y los porteros de hotel. La ventana estaba lejos de ser transparente pero estaba lo suficientemente abierta como para permitir esa vista fragmentaria de la ciudad, dos plantas más abajo.

Bondi se sentó en el borde de una mesa y se limpió las uñas con un trozo de cartón arrancado de un vaso de papel. Reconsideró la posibilidad de que hubiera estado soñando despierto por la noche y de que el sonido de Jack Burns cantando una de las canciones de Jack Burns hubiese sido una especie de ilusión, una actualización de la memoria y de deseos de posibilidades más que una percepción directa. Debía prepararse para descubrir que había estado exprimiendo esa esperanza con el harapo de un sueño. ¿Y una esperanza de qué? Recordó la inscripción invisible sobre el arco de la entrada a la Corte de Justicia: *Lasciati ogni speranza voi ch'entrate*. Esa última noción le hizo sonreír melancólicamente.

¡A comer!

¡A comer! La buena noticia se expandió, los hombres formaron una fila, una columna de cabizbajos en un lado de la jaula. En cabeza de la fila, esperando ante la ranura de la pared de acero por donde llegaba la comida, estaba el viejo indio de Sandia que llevaba en la cárcel del condado más tiempo del que nadie pudiera recordar —él decía incluso que había nacido allí—. Mientras los hombres esperaban el último de los de la limpieza desaparecía por el corredor con sus fregonas y cubos, dejando tras de sí el abrillantado hormigón y el agridulce hedor del desinfectante. Entonces llegó el vigilante a la sala de las celdas, permaneció entre el corral y las celdas, y comprobó la comida de las bestias.

La reja que separaba a los presos de las gachas se deslizó hacia el otro lado y Joe Riddle, otro de los de la limpieza, con una cara que era como un mapa de Malas Tierras, los ojos hundidos y parpadeantes, se asomó. El viejo indio dio un paso hacia él y la cara desapareció; un momento después apareció una bandeja de esmalte agrietado cargado de harina de avena, una rebanada de pan y un latón de café. El indio se apoderó del plato y se apresuró a coger un

sitio en una esquina del corral y empezó a devorar sus gachas con la avaricia de una hiena famélica. Otra bandeja fue colocada en la ranura y el segundo hombre de la fila la cogió y se sentó en la mesa más cercana. La andrajosa columna de prisiones avanzó, miraban todos a aquellos que ya se habían sentado y estaban comiendo y murmuraban quejumbrosos:

—Qué mierda.

—¡Hoy no tocaba salchicha!

—Bueno, de todas maneras, ¿qué es lo que ponen?

—La próxima vez nos van a poner un pastel de ternera muy hecha.

—Bastardos, no les importa una mierda si vivimos o nos morimos de hambre.

—Quiero ver al encargado.

-¡Sí!

El vigilante sonrió indulgentemente y no dijo nada. Cinco minutos después el último hombre de la fila, Paul Bondi, recogió su desayuno y buscaba un sitio donde sentarse. El vigilante les gritó a los de la limpieza y la ranura se cerró, y luego dejó la sala de las celdas y un momento mas tarde la gran puerta de acero volvió a chirriar para separarlos del mundo exterior durante unas cuantas horas más.

Bondi se sentó en el suelo en la esquina de la ventana: las mesas y los bancos estaban todos llenos, atestados de hambrientos hombres que tocaban a los de al lado con sus codos, que derramaban gachas en la parte delantera de sus camisas, que tragaban café haciendo rugir sus gargantas. Bondi colocó su bandeja a la luz de la ventana y examinó lo que se le ofrecía: más de lo mismo que había recibido cada mañana desde hacía dos semanas —café tibio y aguado, un charco mocooso y gris de avena fría, una fláccida rebanada de pan, una cuchara—. Sólo la acostumbrada salchicha había faltado a la cita. Se bebió el café antes de que se pusiera más frío y luego se forzó a comerse la avena, lo que exigía un esfuerzo sostenido: aquella cosa tenía el sabor y la consistencia del barro reciente y cuando se ingería se pegaba a la boca del estómago como

la carga de masilla fría de un palustre. Pero se comió cada molécula de aquello, hasta la última gota viscosa: luego se comió la inútil rebanada de pan para completar la ruptura del ayuno de anoche. Colocó su bandeja en la ranura de la puerta y la apiló junto a las demás, y luego regresó a la ventana y miró abajo, a la calle y al resplandor de luz del sol matinal en las hojas de los setos del muro del juzgado.

«La escatología del enjaulado», se recordó a sí mismo, tan pura, tan delirantemente pura: liberación, liberación. El cumplimiento de todos los deseos: la liberación. Extendió las manos y agarró con fuerza los rígidos barrotes, y tiró de ellos tratando de separarlos tensando todos los nudos de sus músculos. Liberación...

Vio dos oficiales armados de anchas espaldas y culos gordos apresurándose hacia un coche del Departamento del Sheriff, en diez segundos desaparecieron dejando tras ellos sólo un nube azul de gases y el olor de la combustión. «Iban detrás de alguien», pensó, «alguien había sido descubierto viviendo con una mujer de la que no era marido, alguien se había metido en una pelea, algún pobre borracho había atacado a otro borracho; en algún lugar se había declarado un fuego». Oyó el sonido de una sirena en la distancia. Las sirenas siempre estaban aullando, los hombres estaban siempre corriendo, en aquella pobre y triste y abandonada ciudad suya: tenue preludio del desastre enterrado bajo las bóvedas del cañón en la colina. Cuando la definitiva reacción en cadena del terror comenzase...

«Ya basta», pensó, y se retiró de la ventana. Tres hombres ocuparon su lugar, indios de ojos hambrientos que miraban la diminuta imagen de movimiento libre en el aire y la luz del exterior —se volvió y empezó a caminar arriba y abajo por el corral, pasando por encima de borrachos postrados, de falsificadores, de ladrones—. Paseaba con las manos en los bolsillos, los hombros alzados, la cabeza alta: un hombre joven, de veinticinco años, con un cuerpo rechoncho, piel blanca, ojos azules inyectados en sangre, y el pelo corto y marrón un poco despintado por el sol. «Ya basta, ya basta», se iba diciendo.

—¡Agua!

Se apagaron los cigarrillos, se escondieron los cómics, las conversaciones se apagaron como el agua del grifo.

—¡Agua, muchachos, agua!

Con un gañido de hierro la puerta de la sala de las celdas empezó a abrirse, pesada, lentamente, como el portón de una gruta. La mayor parte de los hombres se asomaron a ver qué o quién había llegado. Pero no apareció nada. Giraron la manivela y la puerta del corral se abrió. El vigilante permaneció en el umbral con una hoja de papel en la mano.

—La Corte reclama —gritó. Los hombres escucharon atentamente. El vigilante empezó a leer la lista de nombres—: Abeyta —dijo—, Joseph Abeyta —Un tipo pequeño y oscuro se hizo paso entre la multitud, cruzó la puerta del corral y salió por el corredor. El vigilante le indicó que se detuviera y esperase—. Arnold —dijo el vigilante—, Henry Arnold —No hubo respuesta a esa llamada. El vigilante siguió—: Burns —dijo—, John W. Burns —De nuevo no hubo respuesta, excepto la sonrisa de Bondi—. Davila —dijo el vigilante—, Jake Davila —Un hombre fuerte, con aspecto fiero cruzó la puerta—. Buena suerte, Blackie —dijo alguien tras él. El vigilante siguió leyendo en orden alfabético una lista de una treintena de nombres. Sólo un tercio de los reclamados estaban presentes, los otros se distribuían en otras salas. El guarda cerró la puerta del corral, y luego instó a los hombres parados en el corredor a que le siguieran. Todos desaparecieron, y la gran puerta de la sala de celdas volvió a cerrarse.

Bondi se dirigió a la ventana y se asomó al mundo exterior, sonriendo bobamente de nuevo, entrecerrados los doloridos ojos. Se sonó la nariz ruidosamente en un trozo de papel higiénico y luego se sentó a esperar.

Una hora más tarde la señal de agua volvió a recorrer el corral. Algunos hombres se pararon a ver cómo se abría la puerta, esperando alguna noticia o la vuelta de los viejos amigos; Bondi estaba entre ellos.

La puerta se abrió y apareció el vigilante.

—¡Recuento! —gritó.

Como animales entrenados los hombres en el corral se alinearon contra los barrotes de la pared frontal. El vigilante permaneció fuera, en el corredor, e hizo el recuento apuntando con un dedo cada una de las cabezas y murmurando para sí. Después de un segundo de recuento se fue, con gesto sombrío.

Bondi se sentó de nuevo, sonándose la nariz. Su decepción era aguda y no meramente temporal. Era consciente de que había otras tres salas de celdas en la cárcel: las posibilidades eran tres contra uno de que a Burns le tocara su sala, incluso si no se tenían en cuenta ni el Agujero ni el Tanque. Siguió sonándose la llagada, mojada nariz.

Pasaron dos horas: los hombres empezaron a pensar en frijoles: la cena. Bondi se sentó en un taburete ante la mesa más cercana a la ventana, sin dejar de mirar la vida de la calle, pensando en Jack Burns compareciendo ante el juez Alexander Cheroot, tras el barnizado estrado de la justicia. Recordó su propia comparecencia, hacía unas semanas, en un juzgado diferente, más grande, ante el juez del distrito, un hombre flaco con un bigote gris y los suaves ojos desdichados de un aristócrata ulceroso. El prisionero era desdichado también: dos hombres desdichados frente a frente separados por un pantano de ley y necesidad, convención y cortesía y la maleza compleja de la política. La acusación, breve y formal, se realizó un poco después, pero la sentencia del juicio fue decidida en el despacho del juez una tarde de septiembre. Se sentaron en cómodos y viejos sillones tapizados en cuero negro, en una habitación fresca y llena de libros —pesados volúmenes ilegibles de historia legal, estatutos, antecedentes, encuadrados en lino gris oliva con letras doradas en los lomos—. El juez —se llamaba George Willem van Heest— chupaba una negra pipa de brezo con la cánula hacia abajo: Bondi nunca olvidaría la fragancia de la picadura de tabaco Old English, ni el crujiente sonido que hacían los sillones cada vez que ellos cruzaban las piernas o el juez se inclinaba hacia delante para sacar las cenizas de su pipa, ni el sonido de la voz del juez —amable, melodioso y melancólico—, como sus ojos y su rostro, como su anticuado despacho del siglo pasado.

Hablaron sosegada y respetuosamente durante mucho tiempo —casi tres horas— y cada uno había llegado a apreciar al otro al menos tanto como dos

hombres en su situación, y de tan diferentes edades, pasados, porvenires, estatus y metabolismos, podían apreciarse. El juez había sido extremadamente simpático y persuasivo y sabio: tanto que Bondi se sintió un poco avergonzado de sí mismo por colocar a un caballero tan distinguido y generoso en una posición tan difícil. Pero entre ellos no podía haber compromiso alguno y nada debía o podía afectar a la cuestión esencial: el respeto y la obediencia a la ley escrita del Estado. El viejo, obligado por un millar de aros de hábito y tradición y profesionalidad, sostenía que la ley debe ser obedecida con independencia de su significado social o político o moral. El joven, empujado por una vaga pero aparentemente ilimitada fuerza de convicción, no podía estar de acuerdo. Así pues, luego de esas casi tres horas de cómoda y, para ambos, enriquecedora conversación, junto a la oscura atmósfera y el humo que los había envuelto en la penumbra, como padre e hijo, dejando impresiones en sus mentes y la sensación de que ningún lapso de tiempo las borrarían, el juez de la Corte de los Estados Unidos George Willem van Heest decidió que era necesario, en conclusión, condenar al acusado Paul Maynard Bondi, bajo las provisiones de la Ley de Servicio Discrecional Obligatorio de 1948, a una pena de dos a cinco años de prisión, que debía cumplir en cualquier penitenciaría federal en la manera en que los funcionarios adecuados consideren más conveniente. Bondi estrechó la mano del juez y se fue. El procedimiento formal acontecería una semana más tarde; Bondi, acogiéndose al *noto contendere*, fue condenado a dos años; es decir, fue privado de dos años.

En ese punto se produjo un incómodo si bien insignificante fallo en la masiva maquinaria de la ley: el Departamento de Justicia de los Estados Unidos fue incapaz de encontrar inmediato acomodo al prisionero en ninguna de las prisiones federales ubicadas en los estados vecinos. Hasta que se realizasen los necesarios ajustes, el prisionero Bondi tendría que regresar a la Oficina del Sheriff para su encarcelación provisional en la cárcel del Condado de Bernal. El prisionero estrechó las manos de tres amigos de la Universidad, le dio un beso de despedida a su mujer, y custodiado por oficiales del sheriff desapareció en un ascensor de puertas de latón en la planta principal del Palacio de Justicia.

«No hay vuelta atrás», musitó para sí. Recordaba aquel ascensor: el más horrible, sofocante, el más lento ascensor en el que nunca había estado —

como un elevador de carga en una planta de envasados—. Todavía quedaba pasar por otra serie de formalidades: fue registrado, examinado, tuvo que imprimir sus huellas digitales, fue numerado y fotografiado. Y por fin se enfrentó a un largo corredor amarillo, escaleras arriba, a través de un portón de hierro y de una puerta de acero, hasta llegar a otro corredor y a una jaula de acero donde ahora se encontraba, hilvanando recuerdos.

Se levantó y estiró las piernas. «Miserables sueños», pensó, «malditos sean...». A través de la ventana abierta más allá de los barrotes y abajo vio un automóvil deslizándose bajo la luz amarilla de las emergencias. Le seguían unos policías en sus motocicletas pintadas de aluminio. «Esos malditos sueños», pensó. «Rancios y poco rentables, estériles como una solterona castrada. Lo que necesito para llenar estas horas es un plan, un proyecto, un poco de metafísica del condenado.» Se dio cuenta de que la sombra del buzón en la esquina se había contraído en dirección al este sobre la acera, dejando de pintar una losa de hormigón para empezar a pintar la siguiente. «Hora de comer», pensó. «Condena, frijoles, café...»

Dejó descansar los pensamientos y dejó la mente en blanco, mirando distraídamente los fragmentos de vida libre en el aire y frente al sol de allá fuera.

—¡Comida! —gritó alguien—. ¡Comida! —En unos segundos la fila se había formado junto a los barrotes. Los hombres esperaban.

Un vigilante entró y permaneció en el corredor. A una señal suya la ranura para las bandejas se abrió desde fuera y la primera bandeja apareció. El viejo de Laguna la atrapó y se sentó en su oscura esquina. Los demás fueron avanzando rápida, silenciosamente, mientras el vigilante contaba las cabezas.

Bondi, el último en la fila, recogió sus raciones y encontró un asiento en el extremo de una mesa. Junto a él, absorto en el acto de masticar, estaba sentado el reverendo Hoskins. Bondi metió la cuchara en el plato de frijoles y lentamente, sin entusiasmo, empezó a comer. Frijoles pintos sin salsa ni chili ni siquiera sal, una rebanada de pan, un latón de café. Ajeno a la lealtad a la vida y al inmortal espíritu del hombre, comió.

Cuando masticó y tragó la última cucharada de frijoles, se levantó y devolvió la bandeja a través de la ranura. Sacó su propio vasito de papel del bolsillo de su camisa y lo llenó con agua del grifo y dio un lento y pensativo trago. Pensó en Burns, en Jerry, en la última comida decente que había hecho: un filete en las colinas: filete, cerveza, mazorcas de maíz dulce cocidas. Al anochecer, con una luna ambarina asomándose sobre las espaldas de la montaña, otro mundo gigantesco y cercano, con montañas y cráteres y una extraña radiación interior, translúcida y fría como el corazón de un fantasma. Contra el resplandor rojo del oeste, los halcones nocturnos ensayaban círculos, gritando, matando, se arrojaban sobre la tierra a través de invisibles enjambres de insectos, planeaban y se elevaban otra vez, las alas batiendo como las de los murciélagos, cada inmersión se acompañaba del suave sonido de asombro del aire cortado por sus plumas. En algún punto del cañón, un sinsonte cataba: una canción irrisoria que empezaba con una alta nota clara y se deslizaba, a través de una escala microtonal hacia un torpe, tembloroso final. Y el aroma del enebro quemado: ellos tres alrededor del fuego, Jerry, él y un amigo con una armónica. Los filetes crepitaban, la superficie hecha, rozándose por dentro, la cerveza estaba fría, el maíz ahumado y fresco. Carne roja y fuego, luna, montaña, la música de los pájaros y las cigarras y el hombre, la gran ciudad resplandeciendo en el valle, su mujer junto a él. La imagen compuesta era vívidamente dolorosa, Bondi trató de pensar en otra cosa. En algo práctico, como la guerra.

Se sentó en un taburete y ocultó su rostro entre las manos, cerrando los ojos. Una emoción sombría le oscurecía el corazón, ahogando su nostalgia en soledad, impotencia y duda. Así que apenas estaba prestando atención a nada y no se dio cuenta de que la puerta de la sala de celdas se había vuelto a abrir, como también se abrió la puerta del corral, la repentina ráfaga de risas y conversaciones entre los hombres. Bondi no era consciente de nada que no fuese su propia oscuridad, hasta que percibió la ligera presión de una mano en su hombro. No se volvió de inmediato, sacó la cara de entre las manos, miró a la ventana gris más allá de los barrotes y por fin volvió la cabeza, lentamente, y vio, junto a él, al vaquero y miró la sonrisa, la nariz desviada y los ojos de Jack Burns.

7. Tulsa, Okla.

Hinton se detuvo ante la luz roja y se dedicó a mirar el tráfico suburbano que circulaba. El sudor le goteaba por las costillas, el aire era caliente en la cabina cuando el camión no estaba en movimiento, a pesar del refrigerador eléctrico que había instalado en el salpicadero. A su alrededor el tráfico rugía, olor a alquitrán caliente, goma, aceite y metales penetrando el aire y el humo azul de los coches y el negro humo de los camiones de diesel elevándose hacia el cielo. Vio a unas mujeres que cruzaban la calle —domesticadas vacas de media edad, escolares de largas piernas, sucias gordas de las reservas— y no encontró nada que mereciera su atención. Le dio una calada irritada y nerviosa a su cigarrillo dejando que las cenizas cayeran sobre su camiseta.

La luz cambió de rojo a amarillo y de amarillo a verde: Hinton pisó el acelerador, soltó el embrague y condujo su gran camión ruidoso hacia el resplandor y la niebla del atardecer.

Dios mío —dijo Bondi dulcemente. Se levantó mirando a Burns—. De verdad estás aquí —Se acercó a él y le puso una mano en el hombro y le pellizcó un poco en la poca piel que tenía sobre el hueso—. En cuerpo... o lo que quiera que sea esto —Empezó a sonreír—. Estás tan delgado como siempre... y ni un poco más guapo.

Burns, sonriendo, dijo:

—¿Qué te esperabas? ¿Un maldito fantasma?

—No... Sí... No estoy seguro —Bondi se detuvo mirando feliz a su amigo—. No lo sé, pero no he estado nunca tan contento de ver a alguien en mi vida. Da igual como estés.

—Bueno, soy el mismo Burns de siempre —El vaquero volvió al escrutinio—. Se te ve bastante bien, hasta lustroso como si hubieras pasado una temporada en la pradera.

—¿Yo? Sí, supongo —Bondi entrecerró los ojos—. Es una pequeña cárcel muy cómoda. Estoy feliz aquí.

—Nos iremos esta noche —dijo Burns, todavía sonriendo.

—Claro que sí, nos piramos —Bondi vaciló, mirando indefenso el rostro familiar y cercano del vaquero—. Bueno, maldita sea, choca la mano —Se la estrecharon—. Ahora toma asiento. Siéntete en tu casa.

El reverendo Hoskins, que los había estado observando, se corrió en el banco.

—Pónganse cómodos, chicos.

—Gracias, tovarish —dijo Bondi. Le ofreció un asiento a Burns—. Siéntate, Jack.

—He estado sentado demasiado tiempo ya —dijo Burns—, pero supongo que un poco más no va a hacerme daño —Se sentó y Bondi se sentó a su lado.

—Ahora —dijo Bondi—, empieza a hablar. ¿Dónde te has metido todo este último año o así? ¿Qué has estado haciendo? ¿Y cómo es que estás aquí?

Burns se echó a reír y se pellizcó en la parte posterior del cuello:

—Eso es fácil de responder —dijo—. Ningún problema con eso.

—Parece que te metiste en una bronca.

—Supongo que lo hice. Supongo que podemos llamarla así. No lo recuerdo muy bien.

—Estupendo —dijo Bondi de manera irracional, como si el otro le hubiera anunciado algún triunfo personal. No podía apartar los ojos de la cara de Burns—. Santa María, de veras estás aquí.

Burns miró alrededor, a los barrotes.

—No lo dudes —Se echó el sombrero negro hacia detrás—. No señor.

—Bueno, háblame de ti. Todo, qué has estado haciendo, dónde has estado, qué has estado pensando estos días.

El vaquero sonrió amistosamente mirando a Bondi:

—No hay mucho que contar, Paul. Especialmente en cuanto a lo último. Siempre que me meten entre rejas sólo puedo pensar en una cosa.

—¿Escapar?

—Eso es.

—Nunca serás un filósofo —dijo Bondi—. No en este sitio. Sólo un filósofo puede trascender estas rejas y muros sin abandonar su realidad aun abriendo los ojos —Incluso en la sorpresa y el placer de haberse encontrado, Bondi era consciente de la presencia de una tercera parte, el monitor objetivo que en su

cerebro escaneaba y valoraba la apariencia, las palabras y reacciones de su viejo amigo con cierta distancia crítica. Parecía un poco lento, observó el monitor, reblandecido por demasiado viento y sol y compañía de animales, como si no hubiera emergido del sueño del lobo salvaje entre las rocosas y negras sombras. La absorción narcótica del mundo natural.

—Puede que no sea un filósofo —aceptó Burns. Y añadió—: De hecho creo que sólo hay una cosa peor: que tú serás siempre uno.

Bondi se echó a reír.

—Todavía te engaño, tovarish: me gusta esa profecía. Me halaga.

»—¿En qué estaba pensando? —se dijo a sí mismo—, ¿una especie de vidrio sin pulir en su mente? Debería saberlo mejor. Mira esos ojos tuyos: claros y penetrantes como chorros de luz. Ofuscado por la impresión, el diablo afortunado.

—¿Te gusta? —preguntó Burns, se rascó el mentón sonriendo un poco—. Hay que ser muy sabio para que te halaguen los insultos. Me rindo —Y dirigió su sonrisa a Bondi—. ¿Por qué no me cuentas qué estás haciendo aquí?

—Fue un error. Un bobo malentendido —dijo Bondi pellizcándose cuidadosamente la nariz y mirando al suelo—. Ya hablaremos sobre mi caso más tarde. Es un asunto triste. Prefiero que me cuentes tú. Te metiste en bronca, me dijiste. ¿Fue una buena pelea?

—No —dijo Burns—, perdí.

—Eso parece, desde luego. De todas maneras ¿qué te ha traído hasta Duke City? Supuse que te habías ido a Montana o a Wyoming, ¿no ibas a irte a buscar oro a la Yampa?

—Tan lejos, nunca. Nunca fuera de Nuevo México. He estado pastoreando ovejas los últimos seis meses. Y haciendo el tonto antes de eso. Pasando el tiempo.

—¿Has estado pastoreando ovejas? —Bondi lo miró con más incredulidad de la que sentía—. ¿Estabas enfermo o algo así?

—Bueno, supongo que puede decirse así. Estaba harto de estar muerto de hambre. También enamorado de un caballo no muy bueno, una pequeña yegua loca que se llama Whisky —Burns registró los bolsillos de su camisa. Sonrió—. Así que pensé que sería buena idea retirarme por un tiempo de la civilización y un sitio de pastoreo es un buen lugar para eso —Insistió en buscar algo en sus bolsillos—. ¿Tienes cigarrillos, Paul?

—No, no tengo, pero quizás puedo conseguirte el material —Bondi le dio un codazo al reverendo Hoskins y la oscura faz deteriorada de éste se volvió hacia él—. Reverendo, si le pasas a mi amigo los aparejos para un cigarrillo te doy el café de mi cena.

La cara de Hoskins se arrugó en una sonrisa desagradable.

—Todo el café —añadió Bondi.

La sonrisa se ensanchó. El reverendo Hoskins tenía la boca llena de dientes tan corroídos y sucios como tumbas de un viejo cementerio.

—Muy bien, señor Bondi —dijo—, pensé que era usted cristiano pero no me parece nada cristiano el trato que me ofrece.

—Es verdad —admitió Bondi.

—De todas maneras yo no fumo —dijo Hoskins—, no creo en eso, es enfermizo.

—Estabas fumando esta mañana.

—Tuve una reincidencia esta mañana —dijo Hoskins—, pero por la tarde volví a encontrar mi camino —Miró entonces al vaquero—. Me pareces un buen hombre —le dijo, y se desabotonó su grasa chaqueta, y sacó una bolsita de Bull Dirham de un bolsillo interior—. Toma esto, joven, y disfrútalo. Me pareces un hombre honesto.

—Muy agradecido —dijo Burns cogiendo el tabaco—. ¿Tiene un papel? —La bolsa de tabaco estaba prácticamente vacía.

—No señor, no tengo —Hoskins exploró sus innumerables bolsillos—. Sí señor, tengo esto —Y extrajo una arrugada hoja de papel, la faja que envolvía un rollo de papel higiénico—. Tengo esto.

—Se lo agradezco mucho —dijo Burns. Dobló el papel, cortó un rectángulo y empezó a hacerse su cigarrillo.

—¿Así que has venido a la ciudad para despedirte porque me llevan a Leavenworth? —preguntó Bondi, volviéndose al vaquero—. Un montón de problemas para un placer tan pequeño, me parece.

Burns terminó de hacerse el cigarrillo y se lo colocó en la boca.

—No exactamente, Paul —miró a Hooskins—. ¿Y una cerilla, tendría?

Hoskins se agitó pesadamente, su vieja sarga azul murmuró.

—¿Cerilla? Bueno, puede que tenga. Sí, es posible que tenga, no quiero asegurárselo, sólo puede que tenga. Déjeme ver si aquí... —Se registró de nuevo, cada uno de sus bolsillos escondidos—. Puede que sí...

—¿No exactamente?

—No para despedirme —dijo Burns—, sino para sacarte de aquí.

—¿Sacarme de aquí?

—Puede ser —decía Hoskins, todavía buscando cerillas—, puede que sí que tenga.

—Sí —dijo el vaquero—, he pensado que podrías necesitar algo de ayuda. Conozco de un centenar de buenos sitios para esconderse.

Bondi entendió al fin. «Liberación», pensó, y sonrió. Tan fácil como eso. Jack había visto demasiadas películas del oeste. Demasiado Zane Grey.

—Puede que no hayas comprendido del todo por qué estoy aquí —dijo.

—Creo que sí —dijo Burns—. Pero no puedes quedarte aquí —Miró fijamente a Bondi, con visible ansiedad—. ¿Porque tú quieres salir de aquí, verdad?

—Aquí tiene, joven —dijo Hoskins entregándole una cerilla—. Sabía que tenía una en alguna parte.

—Gracias —dijo Burns, que encendió la cerilla contra sus dientes y encendió su cigarrillo—. No puedes quedarte aquí —le dijo a Bondi—, te volverás loco.

Bondi, riéndose para sí, pensó: «Loco de remate, en cueros. Puede, ya puse en funcionamiento mi giroscopio».

—Bueno, no quisiera estar aquí mucho tiempo —dijo, a sabiendas de que la respuesta no iba a gustarle a Burns—. Me trasladarán pronto.

—Espera un momento —Burns vaciló, mirando alrededor: nadie los estaba mirando—. Mira —le dijo, levantándose una pernera del pantalón por encima de su bota—. Mira dentro de la bota.

Bondi echó un vistazo y vio el mango y la hoja de una lima brillando suavemente contra la pálida pantorrilla peluda del vaquero.

—¿Cómo has metido eso aquí?

—Nunca me registraron —Burns se bajó la pernera—. Tengo otra en la otra bota.

—¿Entonces no habías planeado quedarte un rato?

—Nos largamos esta noche.

—La cosa va en serio, ¿eh?

—Tenlo por seguro. Por eso me he traído las limas.

Bondi lo pensó. Todo estaba contra ellos, desde luego, pero por un instante se rindió a la fantasía y la tentación: salir libre, esconderse en las colinas, cabalgar de noche... No podía ocultarse a sí mismo el deleite de la idea de ser un «forajido» —pistolas y novelería.

—Me asombras, viejo —dijo—, y ahora puedo ver que vas más o menos en serio con esta... broma. Pero después de todo, vine aquí por voluntad propia. ¿Qué probaría escapándome a una condena autoimpuesta? —Sonrió con cansancio—. Nosotros los mártires sólo tenemos una elección.

Burns le dio una calada a su cigarrillo y dejó vagar la mirada por el suelo.

—Todo el asunto es una locura —dijo Bondi—. Supón que consigo escapar de este sitio, ¿qué pasa entonces? Sería un forajido de por vida. ¿Qué pasa con mi carrera académica?

—¿Cómo fue que viniste a parar a la cárcel? —preguntó Burns.

Bondi sonrió y se rascó el cuero cabelludo.

—Bien, verás. Tenía que hacer una elección. Era o la prisión o el posgrado

—Entrecerró los ojos: la más ligera excitación parecía agravarle la irritación—. ¿Y qué pasa con mi familia? Tengo una mujer y un hijo. Soy un hombre con responsabilidades. Creo que estás loco, mi viejo camarada, viniéndome con una proposición así a un sitio como este.

Burns miraba el suelo:

—No puedes quedarte en la cárcel dos años —dijo—. Te volverás loco.

—Tú ya estás loco.

—No serás capaz de aguantarlo.

Bondi se echó a reír:

—Ah, el buen caballero, Jack, es dos años, no una vida entera. Si tuviese que quedarme toda la vida tu idea puede que cobrara sentido. Pero seguramente dos años en prisión es mejor opción que una vida entera «en busca y captura».

—No para mí —dijo Burns—. En cualquier caso, no será así.

—Has estado en los campos solitarios con las ovejas demasiado tiempo, mi buen amigo.

Burns le dio otra calada a su cigarrillo agotando las últimas hebras de tabaco.

—No puedes estar dos años en la cárcel —dijo—. Te matará.

—Puede que sea así. Estaba pensando en eso mismo esta mañana.

—Y aunque pudieras resistir esos dos años, ¿qué entonces? ¿Qué pasaría contigo entonces? Te volverías a meter en algún lío. Vives para eso.

—No necesariamente.

—Probablemente. Ya puedo ver cómo rechazas pagar tus impuestos porque no te gusta el modo en que el gobierno gasta tu dinero o algo así —Burns desmenuzó la colilla de su cigarrillo echando las sobras en el bolsillo de su camisa—. Y dentro de dos años, si la gran guerra no ha empezado ya, las cosas pueden ser mucho más duras de lo que son ahora. Para entonces tendrías que estar vistiendo algún uniforme.

Bondi no pudo evitar sonreír:

—Estás tan ansioso por sacarme de la cárcel porque lo que quieras es convertirme en un forajido como tú. Pero yo no soy de esa especie. Tengo un gran respeto por la ley, por el orden y el decoro. Cuando me condenaron a prisión, yo pensé en cumplir con ese mandato de una manera obediente y concienzuda. Creo que es la única forma apropiada y decente de hacerlo. Y ahora vienes tú a la ciudad, consigues arreglártelas para que te enchironen, y empiezas a tentarme con tus nociones románticas, descabelladas, imposibles, decimonónicas. Francamente, Jack, estoy un poco sorprendido.

Fue ahora el vaquero el que volvió a sonreír:

—Mierda, Paul, me he metido en un montón de problemas por tu historia. He venido aquí para rescatarte y por Dios que lo voy a hacer.

—Pero yo no quiero que me rescates.

—Voy a rescatarte tanto siquieres como si no.

Bondi suspiró y colocó un brazo sobre el hombro del vaquero.

—¿Por qué no nos cantas algo? ¿Has escrito alguna canción nueva últimamente?

—Claro que sí —dijo Burns—, compuse una que se titula *Los pies inquietos deben vagar*. Y otra a la que llamo *Canción de la Arboleda*. Pero no tengo aquí

la guitarra —se tiró de los pelos de la barbilla—. Y estoy seguro que no te apetece que cante de cualquier modo. No puedo entender qué pasa contigo.

—¡Conmigo! Eres tú el que se ha vuelto majara. Eres tú el que atropella mi sentido común. ¿Qué pasa con mis principios?

—Ya diste prueba de ellos entrando en la cárcel —dijo Burns—. La idea ahora es pirarnos antes de que esto te vuelva un pirado.

—No me van a volver un pirado. Tengo una voluntad ágil y flexible, y los poderes de un camaleón. Resistiré un año, dos años si eso es necesario, y cuando salga seré un hombre más sabio. Puede que un hombre más triste, y posiblemente también más amargo, pero espero que no.

—No parecías muy animado cuando yo llegué —dijo Burns.

Bondi entrecerró los ojos:

—Bueno, no lo estaba. Es el cardo ruso lo que me está bajando los ánimos ahora. Una de las razones por las que estaba tan entusiasmado de entrar en prisión: ansiaba salir de Nuevo México.

—Ven conmigo —dijo Burns—, nos iremos a la montaña, quizás al Bosque de Shoshone en Wyoming. Sé donde hay una cabaña, una buena cabaña fuerte a prueba de ventarrones, al pie de un glaciar. En invierno está amurallada por la nieve, nadie puede acercarse a menos de veinte millas. Nos proveemos de un buen suministro de carne de venado y alce y troncos de pino y nos quedamos sentados tranquilamente mientras cae la nieve. Yo escribiré mis canciones y tú puedes avanzar en el tratado en el que estés trabajando, sea lo que sea lo que estés escribiendo.

—Una nueva teoría del valor de las cosas —dijo Bondi—, una teoría general del bien y el mal, de la belleza y la fealdad, del progreso y la reacción.

—Y Jerry puede dedicarse a pintar sus cuadros —siguió Burns—. Y a Seth lo educaremos nosotros tres. Aprenderá a leer y a escribir, supongo, y cosas mejores, cómo seguir a los ciervos, cómo pescar a través de capas de hielo, cómo atrapar a un zorro salvaje, cómo fabricar cosas, cosas útiles como arcos y flechas, y raquetas para la nieve, y balas.

—¿Es hijo tuyo o mío? Quiero darle una educación académica clásica.

—Vale —dijo Burns—, puedes mofarte de eso pero estoy seguro que te interesa. Veo esa luz peculiar en tus ojos. Estás dándole vueltas a lo mucho que te gustaría llevar una vida así.

—Hay cierta atracción primitiva en eso, sí —respondió Bondi—, pero, ¿qué pasa con el futuro? ¿Vamos a gastar el resto de nuestras vidas disparándole a animales, curtiendo pieles, escondiéndonos de los guardas y los sheriffs del condado?

—Mira —dijo Burns—, no entiendo por qué tienes que hacerlo tan complicado. Leí en los periódicos que estabas en la cárcel, así que me vine a la ciudad a sacarte. Eso es todo lo que hay.

—Sigue hablando: casi me has convencido ya, estoy medio interesado. Pero no sabes que tengo mujer e hijo y una posición profesional.

El vaquero se frotó las manos.

—¿Cómo puedo seguir hablando si no tengo tabaco para liar un cigarrillo ni una guitarra para tocar, ni siquiera tengo un palo para garabatear en la arena? Éste no es un sitio para humanos.

—Me recuerdo diciendo exactamente eso mismo esta mañana.

—¿Y cuándo se come? Tengo bastante hambre. No cené anoche y no he desayunado apenas esta mañana. ¿Qué hay de la cena?

—Falta una hora, compañero.

—No me parece correcto. Encierran a un hombre sin prácticamente nada y luego lo matan de hambre.

—Es una queja muy legítima.

Burns bajó la voz.

—Nos iremos de aquí, Paul. Este sitio me está poniendo de los nervios. Limaremos el camino esta noche, ¿qué me dices?

—¿Por qué correr tantos riesgos? —dijo Bondi—. ¿Qué tienen contra ti, conducta incívica y borrachera? Probablemente te soltarán mañana.

—No es tan simple como eso. Me están investigando también —dijo Burns, y sonrió como un colegial—. El FBI me está investigando: creen que soy un aprendiz de desertor como tú.

—¿Dónde estabas tú en septiembre del 48?

—Por Dios, te pareces al oficial de ingresos.

—Pero, ¿estabas en el país en esa época?

—Mierda, ni idea. Creo que estaba en el viejo México.

—¿Entonces nunca te registraste?

—No, y aunque lo hubiera sabido a tiempo yo no lo habría hecho, el Gobierno no va a marcarme con un número otra vez. Me basta con tener sensatez suficiente para estar quietecito y no escribirle cartas a mi junta de reclutamiento.

—Pero ahora te han pillado.

—Eso es lo que ellos creen —dijo Burns.

—E irás a la cárcel como yo.

—Ya deberías conocerme mejor, Paul.

Bondi se sonó la nariz en un trozo de papel higiénico y cerró sus ojos acuosos.

—Algunas veces pienso que estamos los dos locos. Como si no supiéramos lo serio que puede resultar eso de tirarle de las plumas de la cola al Águila americana. ¿Cómo te has salido con la tuya durante tanto tiempo? ¿Nunca te escribieron de la junta de reclutamiento acerca del asunto?

—No sabían cómo dar conmigo —respondió Burns—. En casi cuatro años no he tenido una dirección fija de correos, desde que dejé el ejército —Se frotó las rodillas—. Oye, estoy cogiendo frío en las piernas.

—Es el suelo de cemento —dijo Bondi—. Vamos a caminar un rato, si te quedas sentado demasiado tiempo en esta mazmorra puedes dar por hecho que pillas una neuralgia o reumatismo o moho.

Se levantaron y empezaron a pasear a lo largo del pasillo interior —treinta pasos al norte, treinta pasos al sur, arriba y abajo—, a la manera en que suelen hacerlo los animales enjaulados.

—De hecho —dijo Bondi—, yo me estoy cayendo a pedazos: la caspa, que siempre he tenido, ha ido a peor hace poco, en algún sitio he pillado pie de atleta, en cuanto a mi fiebre del heno todavía es crítica, y me roe un dolor sordo en una de mis muelas del juicio. Espero que me envíen a una prisión tranquila, limpia, bien iluminada.

—Tendrás bastante luz en las colinas si te vienes conmigo —insistió Burns—. Este modo de vida no es bueno. Ni siquiera para los filósofos.

Se acercaron a la enrejada mampara de la sala de celdas, se volvieron y siguieron caminando. El corral estaba tranquilo ahora, inactivo, la mayoría de los prisioneros se habían estirado sobre los bancos y las mesas: la siesta vespertina. Las carreras de cucarachas se habían acabado, todo lo que tenía que decirse se había dicho, sólo unos muchachos en la ventana miraban pasar a las chicas, vivificando el aire con sus comentarios y disputas.

—No pisés el pie de un caballero —avisoó Bondi. El espalda mojada de Laguna estaba tendido en su camino, con el sombrero sobre los ojos—. No estoy seguro pero creo que lleva un cuchillo. Es un tipo bastante truculento, un hombre de Pueblo: más amargado aún —Bondi pasó por encima del indio—. Por cierto, Jack, si vas en serio con eso de sacarme de aquí, ¿cómo te fías con otros treinta y ocho hombres aquí? Estoy pensando en el ruido: cualquiera en la sala de celdas sería capaz de oír cómo intentas limar uno de esos barrotes. ¿Qué le impedirá a cualquiera de ellos llamar al vigilante?

—Es un riesgo que tengo que correr —dijo Burns—. Con que el ruido no alcance más allá de esa pared de acero, me contento. No haré mucho ruido de todas formas.

—Otra cosa: ¿Cuánto tiempo puedes tardar en limar uno de estos barrotes?

—Bondi extendió la mano y agarró uno de los barrotes, apretándolo como si por un momento estuviera midiendo su consistencia: el barrote permaneció firme, rígido, inmutable como una abstracción matemática—. Podrías no ser capaz de romper uno en una noche y en ese caso tendrías que asegurarte de que volverían a meterte en la misma celda a la noche siguiente, lo que no es fácil.

—Maldita sea si tengo que pasar otro día en este sitio —murmuró el vaquero. También deslizó los dedos rodeando uno de los barrotes de la pared enrejada—. ¿Son sólidos estos barrotes?

—Te aseguro que no lo sé.

—Si no lo son podemos limar un par de ellos en pocas horas, tres o cuatro horas quizá. Tú uno y yo otro.

—¿Yo? Dios del cielo, no soy un fugitivo.

Burns estudió el patrón de la reja unos momentos: los barrotes verticales estaban separados seis pulgadas y se cruzaban con una serie de barrotes horizontales —lisos, no cilíndricos— que estaban separados entre sí unas dieciocho pulgadas.

—Sabes —dijo—, un hombre podría ser capaz de atravesar cortado uno solo de los barrotes, eso le permitiría abrir un agujero de un pie de ancho, un pie y medio de alto. Yo debería ser capaz de hacerlo, intentarlo de costado, un hombro primero, quizá, lento y con cuidado.

—Tendrías que cortar dos —dijo Bondi—, no podrías pasar al otro lado de otra forma.

—Ya veremos.

Siguieron caminando arriba y abajo por el corral. Nadie les prestaba atención: en una cárcel del condado la privacidad de las conversaciones es muy respetada. Y los vigilantes, los carceleros, estaban en otros sitios: arriba o abajo, fuera, ocultándose del hedor, el tedio, la humedad, la monotonía general de la encarcelación.

—Pero —dijo Bondi—, si consigues pasar a través de la reja todavía tendrás el problema de atravesar una ventana y llegar al suelo.

—La ventana no es problema —dijo Burns—, sólo hay que quitarle la protección. Atamos dos o tres mantas para hacer una soga, nos deslizamos, llegamos al suelo y empezamos a caminar. Nada más que eso.

—¿Qué ventana prefieres?

—Bueno, ¿cuál es la del otro lado? ¿El lado oeste?

—Da a un callejón y a la parte trasera de unos grandes almacenes. Los coches de la policía cogen por ahí para aparcar detrás del Ayuntamiento. No es muy oscuro de noche.

—Ese es el camino que tenemos que coger, no podemos tirar hacia el norte por la calle. Lo mismo en cuanto al este porque caeríamos directamente en brazos del sheriff.

—Supongo que sabes que hay una pena por intento de fuga —dijo Bondi—, no es un juego, el hecho de que estés encerrado a ti no te da el derecho legal de intentes escaparte.

—Bueno, nos largamos por el callejón, luego por la calle que rodea al juzgado, vamos a tu casa, ensillamos y nos vamos a las colinas. Podemos robar unos cuantos caballos de ese establo que había en la Cuarta. ¿Está todavía allí?

—No sé —dijo secamente Bondi—, no he visto un caballo que asome el morro por Duke City desde el asalto al Gran Tren.

—Bueno, en caso de que ya no esté podemos conseguir caballos y sillas en ese rancho que está en el Cañón de las Tijeras. Conozco a dos de los chicos que trabajan allí. Nos echarán una mano.

Bondi colocó una mano sobre el hombro del vaquero:

—Jack, viejo amigo, vamos a dejar de tomarnos el pelo el uno al otro toda la tarde. Tenemos muchas cosas importantes de las que hablar. Quiero oír algunas canciones tuyas, las nuevas y las viejas, alguna de las originales, así que entiéndeme: no me voy a escapar contigo. Me quedaré en la cárcel, en

ésta y en la próxima, hasta que las autoridades se pongan malas de verme, lo que pasará espero en menos de dos años, conseguiré la libertad condicional. Entonces, cuando esté libre de nuevo, nos reuniremos, tú y Jerry y Seth y yo y tu esposa: apuesto lo que quieras a que para entonces tendrás una, y haremos un pequeño viaje de caza y pesca juntos, a cualquier sitio que te guste, a Canadá, a las Rockies, a Sonora, a Baja California. Pasaremos un mes o más en la naturaleza y nos reiremos y cantaremos y olvidaremos esta ridícula pesadilla como si no hubiese sucedido nunca.

Bondi se detuvo entonces, y su amigo se detuvo también. Bondi miró a la lóbrega ventana situada al otro lado de las rejas.

—Desde luego esto es una pesadilla, estoy padeciendo cada uno de sus minutos, me enferma hasta la náusea, pero no puedo escapar. Tengo demasiados compromisos que mantener, demasiados puntos débiles, demasiadas ideas esperanzadas —Hizo una pausa, Burns guardó silencio.

—¿Esperanzadas?

Bondi siguió:

—Bueno, no tanto. No creo que el mundo vaya a mejorar como crees tú que va a empeorar. Veo que la libertad está siendo ahorcada como un perro en cualquier sitio al que miro, veo que mi propio país está llenándose de fealdad y mediocridad y se masifica, la tierra se asfixia bajo los aviones y las superautopistas, la riqueza natural de un millón de años aplastada por bombas atómicas y coches de lata y estudios de televisión y por plumas que ahora tienen punta de bolígrafo. Un paisaje lamentable, sin duda: no puedo culparte por no querer tomar parte de ello. Pero yo no estoy listo para dejarlo, a pesar de todo su horror. Incluso si retirarse fuese posible, lo cual dudo.

—Pero es posible —dijo Burns—. Es posible, conozco lugares del oeste americano en los que el hombre blanco no ha estado nunca.

Bondi sonrió:

—Te refieres a los lavabos de señoritas.

—No —dijo Burns—. Yo he estado en cada uno de ellos. Estaba hablando de unos pocos cañones de Utah, algunos lagos de montaña en Idaho y en Wyoming.

—Puede que sí —dijo Bondi—, puede que sí. Pero no estoy preparado para eso. Resulta más conveniente para mí aguantar durante un tiempo, intentar llevar una vida honesta tratando de meter un poco de filosofía en las cabezas de ingenieros, farmacéuticos, futuros políticos. No creas ni por un momento que me veo a mí mismo como una especie de héroe anarquista. No pretendo luchar contra la Autoridad, al menos no abiertamente. Puedo hacer un poco de expedicionario subterráneo. Cuando ellos nos dicen que nos pongamos firmes y saludemos yo cruzaré los dedos de mi mano izquierda. Cuando instalen los dictáfonos —por cierto, ¿es verdad eso de que el eslogan de *G-Man Hoover* es «dos dictáfonos en cada casa»?— y los aparatos de escuchas telefónicas y el televisor de dos canales, yo instalaré fusibles en la caja de distribución. Cuando me pregunten si soy ahora o si he sido un Intocable, les diré que sólo soy un simple y viejo anarquista jeffersoniano acomodadizo. De esa forma yo podré salir del paso durante una década o así, quizás tiempo suficiente para retirarme con media paga, excavar en las viejas acequias y plantar pepinos y maíz. ¿Te parece razonable?

—Suena bastante bien —dijo Burns, sonriendo—, si no fuera porque no me creo una sola palabra.

Bondi suspiró, se pellizcó la nariz y luego volvió a suspirar.

—Bueno, no importa. Considéralo una hipótesis de trabajo.

—Si eso es realmente lo que quieras ¿por qué demonios has tenido que pasar por la cárcel?

Bondi sonrió tristemente.

—Está bien. Temía que me lo preguntaras. Fue un asunto confuso. Nunca fue mi intención que saliera de esta forma. Yo pensé que, dado que soy veterano y una especie de profesor e incluso un caballero por nacimiento, mi antigua junta de reclutamiento me permitiría librarme del peso de la ley. Y la verdad es que intentaron ayudarme, hicieron todo lo posible por echarme una

mano. Maldita buena gente —no querían hacer ningún otro trato improcedente con el Gobierno, salvo el que yo hiciera—. La complicación vino porque no había manera de que yo quedara registrado salvo como objetor de conciencia. «¿Objeción de conciencia a qué?», les pregunté. «A la guerra», me respondieron. «Pero yo amo la guerra», dije, «mi padre se hizo rico en la última vendiendo carne de perro para la infantería, todos los Bondi amamos la guerra». «Entonces, ¿a qué puedes objetar?», me preguntaron. «Objeto contra la esclavitud», dije, «y el servicio militar obligatorio es una forma de esclavitud». «Pero no hay ninguna previsión en la ley para ese tipo de objeción», me dijeron. «Pero es la ley misma contra lo que objeto», respondí. «Eso es ilegal», me contestaron. «La ley es inconstitucional», repuse. «Entonces lo mejor que puedes hacer es llevar el asunto al Tribunal», me dijeron. «Soy un hombre ocupado», dije. «¿A qué te dedicas?», me preguntaron. «Estoy componiendo una metafísica basada en la teoría de los planos unipolares de la realidad», dije. «¿Te importaría repetir eso?», me dijeron. «Sería una tautología», les dije.

—Y entonces te metieron en la cárcel —dijo Burns—, no puedo culparlos por hacerlo.

—No, no exactamente. Ellos no podían entender qué pasaba conmigo o de qué me estaba quejando: la obediencia es un hábito fundamental de los americanos contemporáneos, así que cualquier forma de desobediencia se acaba considerando como una forma de enfermedad. Así que decidieron que yo era mentalmente incompetente y lo notificaron a mis padres, y mi padre, bendita sea su pobre y maltrecha alma, lo notificó al FBI.

—¡Tu padre!

—Sí, mi viejo, nadie más. Pensó que un pequeño susto me haría bien, me purgaría de lo que consideraba fantasías inmaduras y perniciosas —Bondi se restregó los ojos—. No pisés a los indios, Jack. Mi padre, como sabes, tenía un poderoso sentido del deber, excepto cuando tenía que declarar su sueldo. Pero es un patriota, excesivamente patriota en mi opinión. En todas las cosas, nuestro país es el primero, esa es su tesis. En cuanto a mí...

—¿Hay algo que te importe más?

—Sí —dijo Bondi—. Si tengo que elegir entre mi país y mi amigo, elijo a mi amigo —Sonrió tímidamente—. Tú me conoces, mi sentido de la lealtad se está desvirtuando. Por ejemplo, siento que le debo más lealtad a las cosas concretas más cercanas, como a mi mujer y a mi hijo y a ti y a mí, que a las abstracciones gigantescas como la Democracia o Dios o los Estados Unidos de América. Sé que es raro —una insana inversión de valores—. Pero no puedo hacer nada por remediarlo, así es como lo siento. ¿Sabes a lo que me refiero?

Burns asintió.

—Claro que sí lo sabes, supongo que has sentido eso mismo toda tu vida. A mí me llegó más tarde —continuó Bondi—. Cuando me golpeó esa certeza —debe haber como dos años— compuse una pequeña oración o mandamiento para... bueno, es una forma de decirlo; mantenerlo clavado en mi alma. ¿Te apetece oírla?

—Sí —dijo Burns.

—Pues suena así: «Nunca sacrificaré a un amigo por un ideal. Nunca abandonaré a un amigo por salvar una institución. Nunca traicionaré a un amigo por salvaguardar una ley. Las grandes naciones pueden arruinarse antes de que yo venda a un amigo para preservarlas. Ruego al Dios que me habita que me dé fuerzas para vivir según este designio».

Llegaron a la pared gris y se detuvieron. Bondi puso un dedo en la cabeza de un pestillo que unía una placa de hierro con otra.

—Perdona mi retórica —dijo, a lo que el vaquero no respondió—. Espero que no haya sonado demasiado sentenciosa porque mientras esa afirmación tenga significado tengo la intención de cumplirla. Elimina las contradicciones: no es un sistema ético, es una intuición ética. Una simple emoción, si así loquieres.

—No te lo discuto —dijo Burns—, me gusta, pensaba así antes de todo esto tuyo.

Se quedaron en silencio, mirando la pared opaca de metal que tenían a unas pulgadas. Y se volvieron para recorrer otra vez el largo del corral.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Bondi.

—No, aún no. Todavía siento las piernas entumecidas. Me dejaron toda la noche en una celda que no era mucho mayor que una cabina de teléfonos.

—¿Y qué te parece el nuevo juez A. Cheeroott?

—Es un pequeño mocoso muy listo —dijo Burns—. Me recuerda a una comadreja, te juro que me gustaría pasarle una cintita por las orejas, ponerle un bozal y llevarle a dar un paseo por algún descampado lleno de rocas.

—Es la suciedad, de acuerdo, pero espera a encontrarte con Van Heest. Un viejo zorro aristocrático, un perfecto zorro orgulloso de serlo.

—Nunca lo he visto —dijo Burns—. Ni me quedaré a verlo.

—Por supuesto, lo había olvidado —Bondi estornudó sobre la palma de su mano—. Perdóname. Me hubiera encantado que trajeras tu guitarra.

—¿Cuándo se come?

—Ven a la ventana. Te mostraré algo —Se dirigieron a la esquina de la estancia donde estaba la ventana abierta y echaron un vistazo. No podían ver mucho, la ventana estaba en un punto bajo de la pared, dos pies más allá de las rejas, subida la parte inferior como un ventanal de fábrica: era imposible ver el cielo.

—¿Ves la sombra de ese buzón? —preguntó Bondi—. Cuando llegue al bordillo del otro lado de la Calle Segunda, comeremos.

—Es un reloj bastante bueno, pero tengo hambre ahora. ¿Qué puede hacerse?

—Puedes esperar.

Burns se agarró a los barrotes con ambas manos y miró a la calle.

—No podría aguantar esto, no otra vez. Me volvería loco en una semana.

El estruendo de los coches, los camiones, los autobuses sonaba en la intersección, cogidas del brazo dos muchachas avanzaban riéndose, tras ellas

iban un par de pachuchos, hombros hundidos, pelo grasiento, manos enterradas en lo más profundo de los bolsillos de sus holgados pantalones. Oyeron una larga carcajada,

—Eso es cruel —dijo Burns—, no es humano, mantener a un hombre encerrado como a un estúpido animal. Yo no se lo haría a un animal.

—No es la primera vez que estás en un sitio como éste.

—Lo sé —dijo Burns acercándose a los barrotes: colocó ambos pies contra una de las barras horizontales y apretó con todas sus fuerzas: un temblor muy ligero sacudió todo el enrejado. Burns volvió a colocar sus pies en el suelo y se relajó—: Bastante sólido —dijo—, un buen trabajo —Le sonrió a Bondi—. Sí señor —dijo—. Ya sé lo que es. Ya sé qué me pone enfermo y triste: no puedo imaginarte encerrado aquí o en un sitio como éste. Estaré incómodo, con picazón, inquieto mientras estés encerrado. Y tengo una imaginación terrible para estas cosas.

—Gracias por preocuparte, Jack, me resulta consolador. Pero creo que me las arreglaré —Bondi le dio la espalda a la ventana y contempló el corral, sus muros y su desnudo mobiliario y a los otros treinta y ocho reclusos —más ahora— diseminados como enfermos o moribundos por el suelo, encima de las mesas, sobre otros presidiarios. «Esa estancia gigantesca contenía en sí misma un verdadero y peculiar horror», pensó, «algo que no olvidaré nunca, que nunca perdonaría, que no comprendería nunca». Y era ese viejo y familiar horror común a cualquier institución pública, como el de las amarillentas fotografías que «exponían las condiciones» del hospicio del condado o el sanatorio para enfermedades mentales; la misma atmósfera de inercia y abandono, las mismas posturas y gestos de enfermedad sin paliativos.

—No será así en un penal federal —dijo en voz alta—. Espero que no. Espero que no.

—¿Qué dices? —dijo Burns mirando por la ventana.

—Decía que una prisión federal no puede ser como esto. Allí nos tienen que sacar al patio a hacer ejercicio, tiene que haber más celdas y aire y luz, quizás hasta se pueda jugar al béisbol —Bondi recordó sus días en Spring—. Yo era un

interior bastante bueno —dijo—, jugué en la segunda base en los Bandits de Montclair cuando volví a Nueva Jersey.

—¿Nueva Jersey? ¿Qué dices?

—Quizá me enseñen un oficio —siguió Bondi—. Carpintería, confección de zapatos, soldaduras, tala de árboles, no sé, algo así. Siempre he querido aprender a hacer algo de veras útil con las manos. Quiero decir, aparte de las cosas habituales. Todo el mundo debería ser capaz de hacer algún tipo de trabajo útil con la sola herramienta de sus manos. Incluso los filósofos. Especialmente los filósofos.

—Eso es palabrería —dijo Burns—, lo único que quieres tú de verdad es sentarte sobre tu culo y leer libros gordos escritos por un viejo kartofen gilipollas o unos rusos piojosos.

—No voy a ser un esclavo de mi propia ideología —le respondió Bondi—. ¿Por qué no te trajiste la guitarra?

—Claro, vámonos a algún sitio y nos tomamos una cerveza.

—Hay mejor alcohol en una buena canción.

—¿Por qué cojones te lo estoy poniendo tan fácil? —Burns tosió mientras miraba afuera, sus manos agarraban aun los barrotes—. Estoy demasiado enfadado para cantar. De todas maneras no me gusta cantar cuando estoy enjaulado. ¿Quién querría ser un maldito canario?

—Bueno... no lo sé —dijo Bondi.

Burns apartó la mirada de la ventana.

—Paul —dijo—, mira —por un instante temió no encontrar las palabras, exasperado levantó una mano y se palmeó la nuca—. Mira —dijo—, maldita sea, no puedo entenderte, ¿qué diablos te pasa? Me dabas esas conferencias sobre cómo el país se estaba yendo al garete, parecía que tenías mucho de lo que quejarte. Te revolvía el estómago. Y ahora te tienen en la cárcel, dos años, como una rata en una jaula. Y aquí estoy yo —y bajó la voz—, aquí estoy yo, con limas en las botas, listo para sacarte de aquí, y dices que no quieres venir.

Pero todavía tienes el estómago revuelto. No puedo imaginármelo, me parece que te falta un tornillo. Si no te gusta el camino por el que va el país, ¿por qué no te vienes conmigo?

Bondi se apoyó en los barrotes y suspiró cansado.

—Otra vez con eso —dijo. Fueras, en la calle las sombras se iban transformando de negro en púrpura. Miró al vaquero—: Ya te lo he explicado —dijo—. Para empezar, no creo que tu plan de huida funcione. No es bueno para mí, no es bueno para mi mujer y mi hijo, y puede que tampoco sea bueno para ti a la larga. En segundo lugar, como ya dije antes, todavía me gusta el pobre y feo mundo en el que vivo incluso aunque no apruebe la dirección que han tomado las cosas. ¿Podría considerarme un anarquista? ¿Un anarquista jeffersoniano? Bueno, eso es una metáfora, no es una descripción de mi credo político. Porque si soy un anarquista, no soy sólo un anarquista jeffersoniano, también soy un anarquista irónico. ¿Por qué? Porque veo suficientemente claro la desesperanza del ideal anarquista: todo está contra él, la masiva presión de la sobre población, la industrialización, la militarización, el peso de los sentimientos, la carga de la historia. Es una causa perdida; una causa nunca encontrada, diría mejor. Se extinguió en América casi al mismo tiempo en que nació: Thoreau, la frontera, el I.W.W... [\(3\)](#). Sea como fuere, Jack, la cosa es que mi anarquismo es sólo una sensibilidad, en términos prácticos yo soy un buen ciudadano respetuoso: participo en las asambleas, voto en las elecciones y llegará el día en que esté presente en la junta escolar.

—Por los clavos de Cristo —aulló el vaquero, volvió a frotarse la nuca, luego le sonrió a Bondi con un brillo de sarcasmo en sus ojos oscuros—. ¡Qué pendejo estás hecho! Apuesto a que casi te crees lo que dices y poder llevarlo a cabo. ¡Jesús! —le dijo desdeñosamente—. ¿A la junta escolar vas a ir mientras estés en la cárcel o esperarás a que te suelten?

Bondi trató de no sonreír.

—Estaba hablando en serio —dijo—. Siempre estoy hablando en serio. ¿Por qué demonios no te has traído la guitarra?

El corral empezó a cobrar vida: había sensación de excitación generalizada.

—A formar —gritó alguien.

—¡A formar! —repitió otro. Y los hombres buscaron la manera de salir de sus sueños, se tambalearon al tratar de ponerse en pie, arrastraron los pies en una larga fila irregular que se fue formando tras el de Laguna, ante la ranura de la pared por la que iban a despachar los alimentos. Un viejo tosió, carraspeando y escupiendo al suelo, y tosió de nuevo y se tragó su tormento. Crujío la puerta de la sala de celdas, resbalando lenta y pesadamente con un gemido, y el Oso arrastró los pies, Gutiérrez, y se detuvo en el corredor entre el corral y las celdas, mirando fijamente a los prisioneros.

—Cerdos —bramó—, cabrones, borrachos, basura, malditos bastardos, poneos en fila, cerdos tontos de un indio. Manteneos rectos, maldita sea o voy a entrar a daros de lo lindo.

Los hombres permanecieron en silencio, y firmes por la angustia. La ranura de la comida se abrió y Joe Riddle, los ojos rojos y movedizos, depositó la primera bandeja. El indio de Laguna, con manos temblorosas, la cogió y silenciosa y rápidamente se escabulló hacia una esquina, lejos del Oso: se dedicó a mirar el suelo como si él mismo se estuviera escurriendo. En el silencio moribundo de los pies que se arrastraban, los demás de la fila avanzaron, aceptando el rancho sin una protesta, y cada cual fue pasando ante el rojo resplandor de Gutiérrez hacia un asiento en las mesas.

Rápidos bocados y chirridos de cucharas, los hombres comían —un sonido rítmico y monótono, sordo y jadeante, la prolongada conmoción de los dientes mascando frijoles patatas fritas, cartílagos— acompañados por el traqueteo sordo y los *clincs* de las tazas de estaño en el metal, el chapoteo de los líquidos, y un pasacalles de gruñidos, suspiros, pedos y eructos.

—Comed, cerdos —gritó Gutiérrez—, tragad, canallas hijos de puta, patéticos mequetrefes, sabandijas.

Los últimos de la fila eran Bondi y Burns. Bondi cogió su plato de frijoles, su café y su rebanada de pan. El Oso se dirigió a él:

—Hola, universitario, ¿qué te parece esto? ¿Bonito, no? ¿Cómo en casa, eh?

La respuesta de Bondi fue una sonrisa burlesca pero aprensiva. No miró a Gutiérrez, empezó a caminar hacia una mesa:

—Eh —gruñó el vigilante—, ¿eres demasiado importante para hablar conmigo? ¿Te crees demasiado listo, quizá? Contesta, universitario.

Bondi, vacilante, se detuvo, miró sus frijoles. Tenía la cara pálida, los ojos impacientes.

—¿Qué quieras? —le dijo.

—¿Que qué quiero? —gritó Gutiérrez—, ¿qué quiero? Santa María, ¡Madre de Dios! ¡El universitario me pregunta a mí que qué quiero! —Miró a los hombres que estaban sentados más cerca de él, al otro lado de los barrotes—. ¿Habéis oído? —les dijo. Los hombres asintieron obedientemente—. El universitario me pregunta que qué quiero.

Bondi empezó a avanzar y Gutiérrez volvió a gritarle:

—¡Ven aquí, universitario! Ven aquí, pequeño cabrón marica.

—Déjalo en paz —dijo alguien, el vaquero, Burns.

—¡Ven aquí! —insistió Gutiérrez. Bondi miraba fijamente su plato de frijoles pero no encontraba en él consuelo ni solaz. Podía sentir una feroz irritación expandiéndose por sus párpados y el pegajoso peso de la perdición en su estómago.

—¡Ven aquí! —bramó el Oso, alcanzándolo a través de los barrotes—. Me escuchas, sucio y pequeño payaso comemierda.

—Déjalo en paz, colega —dijo tranquilamente Burns dirigiéndose al vigilante. Estaba de pie en una esquina del corral, a medio camino entre la ranura de comida y Bondi, llevando en una mano su bandeja y el café en la otra, y mirando a Gutiérrez a través de la reja—. ¿Qué pasa contigo? ¿Te has vuelto loco de remate? Tómatelo con calma y llegarás a viejo.

Gutiérrez clavó los ojos sobresaltados en él y se agarró a los barrotes: parecía más enjaulado y peligroso que cualquiera de los prisioneros del otro lado.

—Honestamente —dijo Burns sosegadamente y con aparente sinceridad—, cualquier médico te diría lo mismo. Cada vez que te vuelves loco pierdes un año de vida. Ese es un hecho, colega. Te sube la presión sanguínea y te debilita el corazón. O puede que te cause una úlcera en el estómago, algo así. Deberías ir con cuidado —Burns siguió adelante con su bandeja y su café—. ¿Dónde nos sentamos, Paul?

Bondi temió que se le escapara la risa tonta, fue incapaz de responder.

—No quedan asientos —dijo Burns—, así que nos sentaremos en el suelo, junto a la ventana.

Fueron hacia la esquina a la que se refería, mientras Gutiérrez no dejaba de mirar con los ojos enrojecidos y achicados la espalda del vaquero, las manos agarradas a los barrotes por encima de su cabeza. Lo llamó con una entonación más o menos normal pero cargada de una contenida violencia.

—Eh, tú, vaquero, ¿cómo te llamas?

—John W. Burns —dijo Burns dándole una patada a un tebeo hecho harapos—. ¿Aquí está bien? —le preguntó a Bondi.

—¿Cómo? —gritó Gutiérrez, su cara muy cerca de los barrotes.

—Burns. John W. Burns.

—Vale —dijo Gutiérrez, hablando ahora en un tono más bajo—, vale, John W. Burns —se volvió y atravesó la puerta de la sala de celdas murmurando algo para sí mismo. Después empujó la puerta para cerrarla, y se oyó el resorte de los pestillos ajustándose, la pesada lámina se deslizó hasta cerrarse, y nada más se supo por el momento del oficial Gutiérrez.

Se sentaron. Bondi comió lenta y cuidadosamente: sentía que los nervios aún estaban de punta, los músculos tensos, el cielo de su boca frío y seco. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no estremecerse, no dejar que escapara una risa enferma, que medio estrangulaba su garganta. Lenta y cuidadosamente comió, aunque se le había quitado el apetito.

El vaquero, masticando sistemáticamente sus frijoles, mojando con la rebanada de pan los líquidos residuos, no quiso que el silencio entre ellos se adensara.

—Deberían haber cocinado más estos frijoles —dijo—, están duros como chinches.

Bondi no respondió. Después de un segundo Burns dijo:

—Aunque por lo menos no hay piedras ni rebabas —Tomó un trago de su café—. El café es bastante malo, pero eso podía esperarse, el café es siempre malo en la cárcel —Miró a los ojos a Bondi, todavía tenso y desdichado—. Esperaba que estuviera caliente —dijo—, estaba listo para arrojárselo a los ojos a ese gorila.

Bondi masticó sus frijoles.

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo, rumiando otra vez lo que creía que no era más que incurable cobardía. Se preguntaba si había algún punto de ese asunto del que pudiera hablar con Burns.

—Yo me alegro también —dijo Burns—, me alegro bastante —Se terminó los frijoles rebañando el plato con el pan—. Ese colega me da miedo. No se lo puede ni imaginar —Bebió más café—. Creí que era sólo uno de esos del tipo matón. Siempre se encuentra a gente así trabajando en sitios como éste, estúpidos como cerdos y con mucho miedo en el cuerpo. Pero no estoy seguro que sea de ese tipo. Parece diferente. Si me tuviera que quedar mucho tiempo, tendría miedo. Estaría bastante preocupado por mi futuro.

Bondi le dio un bocado a su insípida rebanada de pan con frijoles.

—Debería haberme enfrentado a él —dijo—. No era necesario —se dijo a sí mismo—, Jack lo sabe. ¿Por qué preocuparse de eso?

—No hables como un chaval de instituto —dijo Burns—. ¿Quién va a meterse en peleas con un tipo así en la situación en la que tú estás? Tú no puedes, nadie podría. No cuando el otro colega lo tiene todo a su favor y tú tienes menos posibilidades que un perro lisiado. No hay nada que hablar. Lo que hay que hacer, si lo que quieras es llenarlo de mierda, es estarse quieto y

esperar y cuando estés fuera, entonces ir a por él. Y ni siquiera con los puños, no si él es fuerte y tú no. Y no con un cuchillo, porque Gutiérrez es de esos simios que han llevado un cuchillo toda la vida, y no tendrías ninguna posibilidad por ahí. No puedes dejar que el otro utilice un arma si la lleva y tú no. Lo que hay que hacer es utilizar algo que sepas manejar. Quizá un buen trozo de tubería o una buena palanca. O una pistola, si estás lo suficientemente loco.

—¿Qué tal una regla de cálculo? —dijo Bondi—. Le puedo palmear en los nudillos y luego irme corriendo a todo meter.

—Esto es serio —dijo Burns—. Lo sabes —Terminó su café—. Me dijiste que habías jugado al béisbol. Bueno, diablos, puedes utilizar un bate de béisbol. Y golpear primero, desde detrás. No le des una sola oportunidad de ponerse frente a ti. No quieres una pelea, lo que quieres es venganza —Sonrió tímidamente—. Cuando quieras sólo una pelea, siempre puedes volver a casa con tu mujer.

—Eso es —dijo Bondi—, castigo, no duelo, es mi objetivo —Se dio cuenta de que buscaba refugio en el absurdo—. No voy a ganar una pelea en mi vida —dijo—, no desde que golpeé a mi mejor amigo en Montclair, Nueva Jersey. No estaba enfadado con él pero era el único muchacho en todo el Instituto al que yo sabía que podía vencer. Tenía que hacerlo.

Ambos permanecieron en silencio unos minutos, extraviados en la introspección, exhumando antiguos rostros y hechos de algún rincón del cerebro.

—Recuerdo cuando era un niño —dijo Burns—. Me parece que si tuviera un cigarrillo me sería más fácil —Miró al reverendo Hoskins, lo vio contándole una historia a otro al fondo de la estancia—. Bueno, ya me lo fumaré por la mañana, de cualquier forma... —Miró a Bondi—. ¿Te conté algo alguna vez sobre Steve Brock y Charlie Snye?

—No lo sé —dijo Bondi—, no lo recuerdo.

—Resulta que cuando mi viejo murió mi madre me mandó aquí a Nuevo México, al rancho de mi abuelo. Podríamos decir que mandó que me

recogieran: mi abuelo se hizo cargo del viaje. Tenía sólo doce años, pero era como un gato montés. Al principio lo odié, la casa de mi abuelo era muy pequeña, y todo el mundo, incluido yo mismo, tenía que trabajar duro. Por primera vez en mi vida tuve que currar sin escaquearme.

—¿Por qué no te acompañó tu madre? —preguntó Bondi.

—Estaba con otro hombre, se había vuelto a Joplin.

—¿Y por qué no cuidaba de ti?

—Tuvo que desembarazarse de mí para conservar a ese hombre.

—Oh... —Bondi intentó imaginar esa situación, el angustioso dilema. Vio al chico, amargado y sin capacidad de perdón, y a un hombre extraño con ciertas opiniones inflexibles, y a la madre, sin duda alguna aturdida, probablemente un poco desesperada: otros mocosos que alimentar. Y el joven Hamlet gorroneando por allí, enfurruñado, metiéndose en líos. Que se le despache a Inglaterra de inmediato.

—Llegué a Socorro un día de septiembre. Mi abuelo me recogió en su viejo Modelo A en la estación de autobús. Nunca olvidaré aquel viaje hasta el rancho: cuarenta millas de las más duras, rocosas y escarpadas carreteras que hayas visto en tu vida. Tú sabes cómo es el camino a Oscura, no hay más que lechos de lava y arroyos secos y yucas, y chollas y mesquites. En esa zona una vaca puede andar una milla para conseguir un bocado de hierba, y diez millas si quiere algo de agua enlodazada. Pensé que era el territorio más horrible que había visto. Y la casa del rancho era todavía peor; techo plano, paredes de barro, unos cuantos álamos polvorientos. Y unas mexicanas gordas en la cocina; qué disparate. Nada que se pareciese a Joplin; ni calles asfaltadas, ni cines, ni vías de tren, ni tiendas, ni fábricas, ni contenedores de basura, nada que no fuesen colinas rocosas y todos aquellos cactus y aquellas construcciones de barro: pensé que el sitio era horrible. Pensé que nada tenía valor. Pensé que mi abuelo estaba loco por vivir en un sitio así.

»—De todas formas me conformé pensando que tendría un caballo y una silla para cabalgar. Pero nanay, lo primero que hicimos fue ponerle un techo de hojalata al granero de heno. Y después de eso tuvimos que ir río abajo

hasta un sitio en el que mi abuelo tenía unos cuantos acres y recolectar heno durante una semana entera. Tenía la espalda rota de echar heno a la vagoneta y pisotearlo para compactarlo y llevarlo al granero, porque no había empacadores en aquella época, eran los días de la Depresión. En fin, que después de juntar todo el heno y hacer algunas otras tonterías, llegaba la hora de juntar al ganado. Un asunto complicado del que ya te he hablado alguna vez. Estábamos yo y mi abuelo y Charlie Snye, un bastardo realmente amargado que mi abuelo había contratado como cocinero, y otros dos vagabundos y el joven Steve Brock, que trabajaba para mi abuelo todo el año. Era tan bruto y salvaje como aparentaba. Sólo mi abuelo era más duro que él, aunque yo no lo sabía por entonces. A mí me encantaba el tal Steve Brock, me parecía que era como tiene que ser un vaquero de verdad. Entonces nos fuimos, teníamos que cubrir diez secciones de rancho.

»—Pero yo todavía no quería ser un vaquero. Mi abuelo me empleó de ayudante de cocina y de cuidador de ganado, tenía que hacerme cargo de unas quince vaquillas, cargar leña, llevar agua para la cocina, ayudarle a lavar los platos, ayudarle a empacar y cargar el remolque; que en realidad no era un remolque sino una vieja camioneta Dodge recompuesta con neumáticos grandes para que pudiera avanzar por la arena. No me gustaba el trabajo, lo detestaba. Lo único que se me daba bien en aquello de juntar el ganado era la maleza muerta cuando el cocinero quería más leña, y me costó tiempo aprender a buscarla. Tampoco duré mucho con el cocinero. Era un viejo y delgado y patético tipo que se odiaba a sí mismo por llamarse Charlie Snye ([4](#)), a mí me parecía una razón bastante buena para odiarlo también. Y no le gustaba un pelo a Steve Brock, así que estaban los dos siempre cogiéndose del cuello, discutiendo por esto o por lo otro. Creo que Brock hubiera matado a Snye si mi abuelo no hubiera estado por allí.

»—El caso es que diez días después de que empezáramos volvimos al rancho con casi ciento cincuenta cabezas de ganado: me refiero a la carne para el mercado, porque las terneras, los toros y las vacas se sacrificaron cuando partimos. Lo más duro del trabajo estaba hecho ya, y lo que le quedaba a mi abuelo era esperar que llegara el camión que había contratado para que cargara toda aquella carne. La cosa es que el día después de que nos

volviéramos mi abuelo decidió invitarnos a todos a una gran cena, decía que era una especie de celebración, aunque no sabía decir qué se celebraba. Así que los chicos se reunieron. Nos sentamos todos alrededor de una gran mesa en la casa del rancho y ahora me parece que fue la mejor cena en la que he estado nunca: había carne de un añojo que había estado por el campamento buscando problemas, y un par de patos silvestres del río, y había salsas, y frijoles fritos, y guacamoles y sopapillas, en fin todo lo que un cuerpo podría soñar con comer. Y había cerveza casera también y un par de galones de Dago rojo. Intenté que no se me escapara nada y también intenté mantenerme despierto.

»—Estaba empezando a preguntarme cuándo venían los postres cuando llegó el viejo Charlie Snye cargado con una gran tarta en las manos, una de las tartas más maravillosas que yo haya visto en mi vida, con tres capas de glaseado blanco y trozos de chocolate y encima de todo unas cuantas velas encendidas como debe ser. Pregunté de quién era el cumpleaños, y entonces el viejo Charlie Snye empezó a cantarme el «Cumpleaños feliz», riéndose como un negro con una sandía. ¡Menuda sorpresa! En ese momento me podías haber noqueado con una pluma. Estaba tan hecho polvo que me había olvidado de mi cumpleaños, pero mi abuelo no: él y Charlie lo habían planeado todo. No me he sentido tan bien en mi vida.

»—Y entonces sucedió algo horrible. Mientras Charlie estaba en la cabecera de la mesa con el gran pastel en sus manos y esa sonrisa inmensa en la cara, el joven Steve Brock cogió un buen puñado de mantequilla casera que había en el centro de la mesa y se la lanzó a Charlie, y le dio, justo en un lado de la cabeza, la mantequilla se estampó en su cara y luego empezó a chorrearle hasta el cuello. La cosa más gilipollas que hayas visto en tu vida.

»—Yo era lo bastante joven por entonces y lo bastante idiota como para echarme a reír. Pero una vez, una sola risa. Porque el caso es que nadie dejó escapar el más mínimo sonido. El viejo Charlie depositó el pastel en la mesa y empezó a tratar de limpiarse algo de la mantequilla que tenía por toda la cara. No dijo una palabra: como mucho lanzaba algún gemido, como un sabueso enfermo. Entonces se levantó mi abuelo; Dios mío, no olvidaré en mi vida esa mirada suya, había algo en sus ojos que podía helarle las entrañas a una

pantera negra. Y parecía más grande: por un momento pensé que nunca terminaría de levantarse de aquella silla. Lo único que podía oírse era el traqueteo de sus espuelas. Y cuando terminó de levantarse la silla retrocedió con un crujido que me atravesó la piel.

»—Había un rifle colgado en la pared y un par de chaparreras y una cuerda enrollada. Creí que mi abuelo cogería el rifle, pero en vez de eso cogió la cuerda y no la desenrolló. El joven Brock seguía sentado con una sonrisa estúpida en la cara. Estaba borracho cuando lanzó la mantequilla pero ahora parecía bastante sobrio. Mi abuelo llegó a él en dos zancadas y Brock se dispuso a levantarse. «Qué mierda te crees que estás haciendo?», dijo. Aún pensaba que era muy fuerte. Mi abuelo no dijo una palabra: sencillamente se agachó, agarró de la camisa a Brock, lo volteó y le dio una patada con tanta fuerza que lo estampó contra la pared a seis pies. Con la punta de la bota, como patearías a un perro sarnoso. Eso duele. Luego fue a la puerta que daba a la veranda, la abrió y le dijo a Brock que se largase pronto. Pero a Brock aún le quedaban nociones de lo que es la dignidad, así que se levantó junto a la pared y haciendo molino con los dos puños se fue a por mi abuelo, que lo aporreó con la cuerda enrollada. Brock se quedó en el suelo un rato largo, pensando en que se había acabado, luego cruzó la puerta, se fue hacia el granero, se montó en su destortalado Chevvie y hasta luego. Nadie volvió a saber de él.

Burns guardó silencio unos minutos. Bondi esperó para hablar.

—Fue una tarde dura —dijo el vaquero—, me impresionó mucho. Me dejó algo tocado, creo. Como si hubiera sido una manera de darle la vuelta a mis gustos. Estaba el viejo Snye: calvo como un zopilote, barrigudo, desagradable, feo y miserable casi siempre, y estaba el joven Steve Brock: joven, fuerte, bien parecido, listo. Yo despreciaba al viejo Charlie y admiraba a Brock. Y en cinco minutos, quizá menos, mi abuelo le daba la vuelta al cuadro. No es que consiguiera que me gustara Snye o que odiara a Brock, es que desde entonces siempre que me he encontrado con que un Snye se enfrenta a un Brock, siento que tengo que ponerme de parte de Snye. No por él, sino por mí mismo, creo. O por algo que es más importante que cualquier Snye o cualquier Brock o que yo mismo. ¿Cómo lo llamarías?

«Justicia», pensó Bondi, «justicia natural».

—No lo sé —dijo en voz alta—, pero entiendo a lo que te refieres. Pero, qué demonios, estaba pensando, ¿acaso soy yo un Charlie Snye?

Burns sonrió:

—¿No lo sabes, pero sabes a lo que me refiero? ¿A qué me refiero?

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo Bondi. Se frotó las comisuras de los ojos, y se sorbió los mocos suavemente.

—¿Has vuelto al rancho alguna vez, quiero decir desde que lo requisó el Gobierno? —Pensó en el viejo, el abuelo de Burns, sentado allí en la veranda de la casa de su rancho esperando que la Autoridad viniera y le desahuciase; tenía que haber visto la llegada de los representantes de la ley desde muy lejos y durante mucho rato: una nube de polvo en el desierto acercándose paulatinamente, dos pequeños objetos metálicos y oscuros resplandeciendo en la pura luz del sol y acercándose a través del perfecto silencio, más cerca, más cerca, no había poder en la tierra que los detuviese—. Supongo que sería ilegal —añadió, en vista de que Burns no respondía.

—¿Illegal?

—Volver allí.

—¿Volver allí? —Burns se echó hacia atrás el sombrero y se rascó la cabeza—. ¿Te refieres al sitio donde estaba el rancho? Sí, puedes apostar tu último dólar a que es ilegal. Hay una señal que dice: «Peligro-Peligroso. NO ENTRAR. Reserva Militar. USAF». Hay una valla que protege todo el área y cada puerta de esa valla está cerrada con candados. Tendría que cortar alambres para entrar. No hay nada salvo unos cuantos lagartos. Ni huella de ciervos, coyotes o burros salvajes: hasta las liebres parecen haberse ido. Es el sitio más triste y más desolado de todo Nuevo México. Un buen sitio para probar bombas atómicas.

—¿No queda en pie ni una de las casas del viejo rancho?

—Ni una, las derribaron todas. Hasta los postes del vallado se los cargaron. Mandaron al diablo todos los ladrillos de adobe. Parecía como si una manada de elefantes hubiera aplastado todo el lugar.

Espero que no hubiera nadie allí cuando se dedicaron a echarlo todo abajo.

—¿Estuviste cerca de Trinity?

—No señor, no estuve cerca. Pero lo vi todo desde lo alto de la colina que había tras el corral. Está a unas dos millas del sitio donde estaba la casa del rancho. Un disco grande y vidrioso, redondo, brillante y verde, plantado en la arena. Como un vaso verde. Está un poco más al este de esa brecha en las colinas a la que llamábamos «el Paso de los Ruiseñores». Yo acampaba allí a menudo cuando era un niño. Teníamos un pozo allí, con un depósito grande. Yo me metía a bañarme allí, lo hice un montón de veces. No queda nada de aquello ahora.

Burns se atusó los pelos de su barbillia.

—Pero nunca me acerqué al vidrio verde. No señor, yo no. Es un lugar maldito. Está embrujado. Me mantengo lejos de sitios así.

Bondi permaneció en silencio, ponderando, maravillándose con la escena que imaginaba, el vacío, los nombres: Trinity, Oscura, las Montañas Sombrías, «el Paso del Ruiseñor», Alamogordo. «Maravilloso», pensó, «y fantástico y hermoso y maldito». Y embrujado, de acuerdo en eso con Burns. ¿Embrujado? Sí, debía ser así, debía ser así: grandes depósitos de lamentos de fantasmas permanecían allí, resplandeciendo como la radio en la noche, la música de sus lamentos como los gemidos y suspiros que el viento le arrancaba al Paso del Ruiseñor cuando el sol se ocultaba mientras más allá esperaba el desierto solitario, vacío y triste, oyendo, oyendo...

La penumbra se apoderó de la estancia, la tarde se filtraba a través de la ventana y los barrotes, y los iba anegando. Los prisioneros conversaban sosegada y apáticamente, esperando algo, esperando nada. Del exterior les llegaban los sordos graznidos del tráfico rodado, el vasto murmullo de cien mil voces humanas, el canto de los estorninos, el zumbido de los aviones nocturnos. Los hombres esperaban.

Bondi recordó algo.

—Mira —dijo—, haríamos mejor en hacerlo por la puerta.

Burns abrió los ojos, miró soñolientamente a Bondi:

—¿Por qué? —dijo.

—¿Todavía vas en serio con lo de largarse esta noche?

—Tenlo por seguro.

—Entonces debes asegurarte de que te meten en una celda esta noche. Si sigues en el corral no tendrás intimidad ninguna, aunque en el fondo no creo que haya mucha diferencia.

—¿Crees que habrá algo más que se apunte?

—¿Algo? ¿Gente quieras decir? Sí, eso creo —Bondi se levantó, se frotó los párpados—. Hay algo más que deberías saber. Supongamos que no puedes limar los barrotes en una noche. ¿Entonces qué?

—Los termino mañana por la noche —dijo Burns.

—Sí, claro —dijo Bondi—, pero no puedes estar seguro de que mañana por la noche te vayan a meter en la misma celda. A menos...

—¿A menos qué?

—A menos que estés entre los ocho primeros hombres que crucen esa puerta cada noche.

—No veo por qué tengo que preocuparme por una cosa así.

—Porque —dijo Bondi—, porque se produce una estampida. Una carrera de locos. Porque nadie quiere quedarse atrás y pasar la noche en el corral. No hay colchones aquí, no hay mantas, tienes que dormir en el suelo o sobre una mesa.

—Bueno —dijo el vaquero—, nos uniremos a la multitud en la cancela.

—Vamos un poco atrasados —dijo Bondi, asintiendo en aquella dirección. Una oscura mancha de hombres pequeños se había formado ante la puerta, murmuraban los unos a los otros, las espaldas apoyadas en los barrotes, los pies apoyados en el cemento, en cuclillas, farfullando, sin dejar de mover las manos, los veteranos.

—Tendremos que hablar con esos colegas —dijo Burns—, eso es todo. Vamos allá —Y se dirigió hacia ellos. Bondi, un poco incomodado, le siguió. «La inocente seguridad de un chiquillo», pensaba, «eso es lo que tiene este fantasma del pasado».

Burns se puso en cuclillas entre los hombres que hacían guardia ante la puerta. Mientras Bondi miraba, a unos cuantos pies por encima de ellos, el vaquero les habló serena y persuasivamente a su triste audiencia de rumiadores. Bondi era incapaz de oír lo que estaba diciendo el vaquero. Vio que Burns levantaba un pulgar dirigiéndose a él, vio las oscuras caras de los veteranos asintiendo comprensivamente, mostrando su acuerdo, y luego, aparentemente, todo quedó arreglado. Rápido y sencillo.

El vaquero se dirigió a él:

—Ven aquí —le dijo—, agáchate —Bondi se agachó y se colocó junto a su amigo—. Les he explicado a estos muchachos el asunto —dijo Burns—, y se han mostrado muy colaboradores. Dos de ellos quieren apuntarse y venirse con nosotros —asintió dirigiéndose a las amargas y talladas caras de dos indios, uno de ellos sonreía débilmente a Bondi.

—¿Se lo has contado? —preguntó Bondi—. Pero...

—Claro, no iba a ser un secreto que durase mucho —dijo Burns.

—No, desde luego que no —Estuvo de acuerdo Bondi. Pensó: «Lo más cuerdo sería apartarme un poco, conseguir que accidentalmente me metan en una celda distinta de la de esta pandilla de pirados. Pensamientos traicioneros... imposible. Este camarada mío, por muy loco amistoso que sea, es capaz de proponerse raptarme, sacarme de aquí a la fuerza si hace falta. Un hombre empeñado en hazañas de caballería puede resultar algo despiadado. Mejor será que esté en guardia».

—¿Qué pasa? —dijo Burns—. Pareces un poco inquieto. ¿Te está subiendo la fiebre o qué?

—¿Vas buscando algo?

El vaquero no pareció entender a qué se refería.

—¿Buscando algo? —dijo—. Ah, claro, voy buscando algo —se volvió hacia el silencioso grupo oscuro que estaba a su lado—. Alguno de vosotros tiene aparejos para un cigarrillo.

Uno de los indios sacó una blanda y grasienta bolsita del bolsillo de su camisa y sin decir una palabra se la alcanzó a Burns junto a un librillo de papel.

—Gracias —dijo Burns apresurándose a hacerse un cigarrillo—. ¿Sabes? —le dijo a Bondi—, estos dos colegas —refiriéndose a los indios—, estos dos colegas son navajos. Les gusta estar aquí encerrados tanto como a mí. Y se temen que tengan que cumplir noventa días. Por hablarle a una mujer estando borrachos: noventa días. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué le dijeron a la mujer? —dijo Bondi. Miró a los dos hombres. Eran distinguidos representantes del pueblo indio: altos, delgados, con caras magras y salvajes ojos mongoles. «Clientes difíciles», pensó... Concebidos bajo la luna en los pilares de Monument Valley, criados con leche de yegua salvaje.

Burns encendió su blando y pequeño cigarrillo marrón.

—Estos chicos están aquí desde hace una semana... —dijo—. Y empiezan a estar un poco cachondos, como tú, seguramente —le guiñó a Bondi.

«¿Cómo yo?», pensó Bondi.

¡Agua!, llegó la alarma. Hubo un movimiento general de hombres hacia la puerta del corral, se apagaron las conversaciones. Bondi de repente se encontró aplastado contra los barrotes, con Burns a su lado y los navajos detrás de él. Podía oler la podredumbre de los sobacos de un viejo vagabundo agazapado contra sus costillas. Una experiencia desconocida: él siempre se había quedado esperando, distante y solitario, muy por detrás de la comprimida masa de criminales.

—Mierda —murmuró Burns, apagando el cigarrillo que tenía entre el pulgar y el índice, y deslizando lo que quedaba al interior del bolsillo de su camisa—. Mierda —dijo.

—No hágais ruido cuando lleguen los guardias —dijo Bondi—. Ni una palabra, nos saltarán al cuello si abrimos la boca.

—Lo sé —dijo Burns—, ya conozco a esos colegas. Hacen un trabajo duro.

El guardia abrió la reja de la puerta de la sala de celdas y los miró. Bondi apenas podía ver una nariz, pálida y húmeda, el bigote, un par de ojos marrones y abotargados.

—No empujen ni corran —les gritó el guardia—. Si cojo a alguien corriendo o dando la lata lo agarro del cuello y lo meto una semana en el agujero.

Los miró, sorbiéndose los mocos.

—De acuerdo —dijo, y abrió los pestillos de la puerta del otro lado del corredor. Los prisioneros miraban. Luego corrió el pestillo de la puerta del corral y los hombres rápida y silenciosamente empezaron a desfilar.

—No corran —les gritó el guardia.

Burns y Bondi estaban entre los primeros que enfilaron el corredor, camino de la celda situada en la esquina exterior de la sala de celdas, la celda más alejada de la puerta de la sala. Detrás de ellos iban los indios. Había un operario al final del corredor contando cabezas: cuando habían entrado ocho hombres en la celda más lejana, él se dirigía a la puerta de la siguiente celda y volvía a contar ocho cabezas, y así hasta llenar las cinco celdas con cuarenta hombres.

Como Bondi había vaticinado había demasiados hombres para tan pocas celdas, y cinco tuvieron que volverse y quedarse a dormir en el corral.

Una vez en el interior de la celda Bondi se sentó en un banco de hierro, más bajo esta vez, y se echó hacia atrás para apoyarse en la pared. Repentinamente sintió una seguridad, un bienestar y una comodidad irracionales. «Se está mucho mejor en la celda que en el corral», pensó, «más

privacidad, más luz, más facilidades para relajarse». Mientras lo pensaba cambió de posición, tendiéndose y estirándose cuanto pudo a todo lo largo del banco gris, con la almohada bajo él, con el estante de acero más allá. Se quitó los zapatos y vio al vaquero rondando por la pequeña jaula, pateando suavemente la base de los barrotes, golpeándolos también con los nudillos.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Bondi—. ¿Una salida secreta? Siéntate un rato, tómatelo con calma.

—No hay mucha música en estos barrotes —dijo Burns—. Me temo que los muy cabrones son sólidos. Será mejor que nos pongamos a trabajar cuanto antes.

Bondi se quitó los calcetines.

—No puedes empezar todavía, estás rematadamente loco. Los guardias están todavía por aquí, y los de la limpieza van a entrar en cualquier momento a limpiar.

Burns se puso en cuclillas para examinar las intersecciones de las rejas de la celda.

—Me temo que tendremos que trabajar muy agachados —dijo—. Puede que sea más fácil pasar si podemos poner parte del cuerpo en el suelo.

—Puede ser —dijo Bondi—, pero déjalo por un rato o nos vas a meter en problemas.

—Detesto perder el tiempo —dijo Burns sin mirar a Bondi—. Estoy deseando largarme, ya puedo oler las montañas.

—¿Qué montañas?

—Las montañas. Cualquier montaña. Las montañas de la Luna.

—Bueno, no vayas tan deprisa —dijo Bondi meneando los pies en el aire polvoriento y gris—. Sé paciente unos minutos sólo —Pensó en el aterciopelado atardecer de fuera, el frío crepúsculo de la ciudad tostada al sol, el suave matiz de radiante rosa encumbrando las montañas del este de la ciudad.

—Siéntate —le dijo, mientras Burns seguía buscando e indagando en el estrecha celda.

—Por el amor de Dios, siéntate, me estás poniendo nervioso.

—Claro —dijo Burns—, dame un minuto.

De repente hubo un clamor de tuberías, la absorción y el gruñido de las aguas violentas, las toses de las cañerías. Entonces se abrió la puerta de la sala de celdas, el chillido de sus goznes, y entraron cuatro operarios con sus fregonas, sus cubos, con sus líquidos que olían a demonios, con sus rostros enfermos, chivatos, furtivos. Silenciosa y eficazmente se pusieron a su tarea mientras los vigilaba el guardia desde el vano de la puerta, remoto en su poder y autoridad, inmediato en su amenaza.

Burns se sentó al pie del jergón de Bondi. No dijo nada. Bondi lo miraba, observaba con minucioso interés el perfil predador de su amigo, el sombrero negro ocultándole los ojos, el pelo negro crecido sin doma y rizándose a la altura del cuello. «Pobre Jack», pensó, «pobre y anticuado Jack: nació demasiado tarde, fuera de sitio, fuera de época. Mírale, un atavismo intrigante, lo único que en realidad pretende es volver por un túnel a un sueño de la infancia, un mundo de espacio libre y caballos y luz de sol».

Uno de los operarios arrastraba los pies en el corredor ante su celda, pasando la escoba, seguido por un segundo operario que descuidadamente se dejaba descansar en el mango de su fregona rancia y baldía. El olor del desinfectante de las instituciones públicas plagó el aire devolviendo a Bondi a sus antiguas preocupaciones. «Esta peste antigua y legal», se gruñó a sí mismo; «la neblina de la historia, el hedor de un pasado muerto que no ha sido enterrado.»

—Horrible —murmuró Burns, como si le hubiese estado leyendo el pensamiento—. Vámonos de aquí antes de que nos mate esta miseria.

«Pero necesario», pensó Bondi, dada la situación.

—¿Qué has dicho? —preguntó a Burns.

—¿Qué? —dijo Burns.

Se rascó en su erizada barbilla.

—Para de murmurar —dijo, rascándose la barbilla y mirando al suelo.

—Tenemos que empezar cuanto antes.

—Unos minutos más —dijo Bondi—. Eres tú el que está murmurando —añadió.

—Estoy dándole vueltas.

—Eso espero. ¿Qué piensas hacer si salimos, cuando salgamos?

Burns miró a los otros seis hombres de la celda —los dos navajos, sombríos e inmóviles, un par de susurros del pueblo indio, el viejo vagabundo Konowalski arrellanado en su jergón, un mexicano del color del adobe que lavaba sus calcetines en el lavabo.

—¿Qué haré? —dijo Burns—. No estoy seguro, supongo que me dirigiré a las vías a esperar al primer mercancías que se vaya de la ciudad. ¿Qué otra cosa?

Miró a Bondi ahora con ojos severos en señal de reprobación.

Bondi entendió, recordó de repente que no estaban solos. «¿Estoy completamente loco?», pensó. «No me he tomado este asunto lo suficientemente en serio. Una alarmante falta de sabiduría innata.»

—Supongo que es lo único que puedes hacer —dijo en voz alta. Sin embargo, estaba pensando que el vaquero seguramente iría directamente a su casa —a la casa de Bondi— a recoger sus pertenencias y su caballo. Y allí, si alguien se había percibido y hubiera informado de la obvia alianza entre Bondi y el vaquero, exactamente allí es donde la Autoridad iría a buscar primero, en pos de Burns o de alguna noticia sobre él.

Oyeron de nuevo el estrépito del metal contra el metal, luego el crujido de la puerta de la sala y los pestillos echándose. «Se han ido», pensó Bondi.

—¿Ya se fueron? —preguntó Burns.

Bondi se levantó, se dirigió a la puerta de la celda y miró al fondo del corredor. La puerta estaba cerrada, no había señal o sonido alguno de los operarios y el guardia.

—Se han ido —dijo—, pero puede que sea buena idea esperar unos minutos más. El guardia puede estar todavía en la sala de al lado.

—¿Y qué? —dijo Burns—. No puede vernos a menos que entre.

—Pero puede oír el sonido de la lima.

—¿Oírla? ¿A través de todas estas paredes?

—Bueno, no sé —dijo Bondi—. He dicho lo que me parecía. ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cuánto ruido piensas hacer?

—No demasiado —Burns se puso en pie y se dirigió a los barrotes—. ¿Cómo podemos saber si el guardia se ha ido?

—No podemos —dijo Bondi—. Tendrías que pedírselo a esos muchachos del corral para que lo averigüen.

—Vale —dijo Burns—. Eso es lo que haremos —Se fue hasta el frente de la celda y miró al lado del corredor donde se encontraba el amarillo resplandor del corral, donde unas cuantas sombras de forma humana se contorsionaban patéticamente sobre el frío cemento o estaban tendidas en los tableros de acero de las mesas.

»—Eh —dijo Burns—, eh, colegas...

Ninguno hizo el más mínimo intento de responderle. Iba a hablarles de nuevo pero fue interrumpido por el sonido de la cisterna en la celda de al lado. Esperó hasta que se apagara el clamor, y luego volvió a llamarlos.

—Eh, alguno de vosotros, colegas, ¿me puede hacer un favor?

Uno de los hombres tirados allí se acercó a los barrotes al otro lado del corredor, con el ceño fruncido:

—¿Cómo se supone que vamos a dormir? —dijo—, aquí no hay colchonetas ni hay mantas.

—Mira hermano —le dijo Burns—. Te daré mi manta si me ayudas con un asunto. ¿Se ha ido el guardia?

—¿Y qué pasa con la almohada? —dijo el hombre.

—Vale. Pero ayúdame en esto. ¿Se ha ido el guardia?

—Claro que se ha ido —El colega metió la cara entre los barrotes, las manos agarraban el acero por encima de la cabeza—. ¿Qué iba a hacer aquí?

—Bueno, asegúrate —dijo Burns—, echa un vistazo.

—No me hace falta —dijo el hombre—. Sé que se ha largado.

Burns se volvió hacia Bondi:

—Este colega no es demasiado bueno.

—Quizás debería haberme quedado yo en el corral —dijo Bondi—. Podría haber estado vigilando toda la noche para ayudarte. Quizás sería mejor que esperaras hasta mañana por la noche.

Burns sonrió.

—Esa no es manera de hablar para un anarquista —dijo—. Vamos a pirarnos de aquí esta noche y necesito que me ayudes con el limado.

—¿Qué pasa con mi manta? —dijo el tipo del corral.

—No se la des —dijo Bondi—. No va a vigilar para ti. Lo único que quiere es dormir.

—Ya sé —dijo Burns—, quizá deba proponérselo a algún otro de esos cabrones.

—No te molestes, no vas a conseguir a nadie que se quede en pie toda la noche vigilando para ti sólo para que tú puedas estar limando y escaparte. No puedes confiar en esos chicos. Harías bien en olvidar todo el asunto entero —Bondi se frotaba una picazón en la pierna en un punto donde algo le había mordido la noche pasada—. Recuerda mis palabras —dijo.

—¿Me vas a dar esa manta vaquero? —El hombre en el corral apoyado en los barrotes sacaba ahora los brazos a través de ellos. La luz, que llegaba desde detrás de su cabeza, dificultaba la posibilidad de verle la cara. Nada en él era definido salvo la forma negra, el brillante cráneo calvo.

Bondi se frotaba la picadura. «Cucarachas», pensó, «piojos, arañas, garrapatas, gusanos, moscas, microbios, bacilos...».

—Menudo mal temperamento que hay en el corral —dijo Burns—. Los dejaré en paz —Sacó la manta de su propio jergón y la pasó a través de los barrotes—. Aquí está —dijo—, cógela —La enrolló y la lanzó al aire pero el hombre del corral no alcanzó a cogerla, aunque pudo agacharse y tirar de ella desde el suelo hasta hacerla llegar a su lado.

—¿Qué pasa con la almohada? —dijo, arrugando la manta bajo su brazo—. ¿Eh?

—Te puedes ir al carajo —dijo Burns. Le dio la espalda al corral y al corredor, fue hacia la esquina elegida, la más cercana a la ventana—. Manos a la obra, chicos —dijo—, y se sacó las limas de las botas. Eran instrumentos de un pálido brillo azulado, duros, limpios, perfectos, nuevos, recién salidos de la ferretería. Le ofreció una a Bondi—. Toma —le dijo, con una sonrisa sardónica en la cara—. ¿O te lo tienes que pensar primero?

«Maldito bastardo», pensó Bondi. Se levantó y cogió la lima.

—Estoy encantado de ayudar —dijo.

Burns se puso en cuclillas para acercarse a la celosía de rejas. La celda la formaba una sólida pared de acero que la separaba de la celda siguiente y tres paneles de rejas en intersección que iban del suelo al techo separando la celda del corredor y del pasillo que rodeaba la sala de celdas: la celda no era una habitación sino una jaula.

—Empezaré por aquí —dijo Burns, señalando el ángulo derecho de hierro a unas dieciocho pulgadas del suelo.

Bondi se agachó, se puso de rodillas a su lado.

—¿Y qué hago yo? ¿Hacer tiempo?

—Trabajaremos en el mismo barrote —dijo el vaquero—, tú por un lado y yo por el otro. Cortaremos desde aquí hasta la base y luego lo dobraremos, si podemos, y puede que por ahí quepamos. Puede que eso sea todo lo que tengamos que hacer.

Los indios los miraban sin decir nada. El viejo vagabundo dormía, el mexicano aireaba sus calcetines, derramando agua en el suelo: vio las relucientes limas entonces y se le ensancharon los ojos y se quedó boquiabierto.

Burns guiñó a Bondi, escupió en las palmas de sus manos, las frotó, cogió su lima y empezó a pasarla contra la barra de hierro produciendo un sonido grave, rallado y sordo. Una vez, dos veces, rascaba el barrote con la lima y se detenía a escuchar. De más allá de la pared les llegó el sonido de Greene cantando, de Hoskins orando, las toses y resoplidos y murmullos de los demás, otra explosión en el sistema de cañerías.

—No va mal —dijo Burns, y se detuvo—. Pero nos escucharán en un minuto, cada uno de ellos.

—¿Y qué podemos hacer con eso? —dijo Bondi.

—Nada —Burns volvió a su tarea, pasando el filo de su lima por el hierro del barrote—. Podríamos cantar... pero ni siquiera eso va a cubrirnos. Después de todo, esto va a llevarnos su tiempo —Ahora limaba con constancia, con golpes secos. En unos segundos una pequeña y brillante grieta apareció en su lado del barrote y sobre el hormigón del suelo empezó a acumularse el polvo plateado y caliente, ese brillo, el sudor del hierro, la promesa de la libertad.

«Una locura», pensó Bondi, «esto es una locura». Pasó su lima por el hierro glacial. Dios santo, tenía miedo de romper a reír... o a llorar. Un latigazo de vértigo le nubló la visión: se le pasó, pero los nervios se le quedaron vibrando como cuerdas de violín. Mantuvo la calma, colocó la pesada lima en la barra y empujó con todas sus fuerzas. «Allá vamos», pensó, «allá vamos... Dios sabrá adónde vamos».

—Yeií —dijo el mexicano, acercándose a ellos—, ¿qué están haciendo los muchachos?

El vaquero se echó a reír:

—Estamos escapándonos del Instituto, queremos irnos a casa —dijo—. ¿Te apuntas? —Tenía la frente brillante de sudor, un mechón de pelo negro le caía sobre un ojo—. ¿Qué me dices, cuate?

—Mala cosa —dijo el mexicano—. Montón de problemas. No es para mí, gracias, me sacan en una semana.

—Una semana es demasiado tiempo para mí —dijo Burns, limando firmemente—. No aguento esta peste de cárcel.

Mientras tanto Bondi, enrabiéto y encantado con su propia audacia, no dejaba de preguntarse qué le había pasado: «Me he aliado con un fanático», pensaba, «un maníaco libertino. ¿Supongamos que me cogen cometiendo este delito?». Seguía hundiendo la lima en el hierro. «Porque es un acto delincuente», se recordó a sí mismo, «una felonía: complicidad con fuga de la cárcel. Colaboracionismo: un asunto serio, en el fondo casi tan malo como escaparse. La ley da y la Ley quita, pero las represalias están prohibidas y la evasión de una condena es en sí misma un delito.» Él sintió sus blandos y académicos músculos lentificados ante la resistencia del acero, los pensamientos vacilantes ante la terrible majestad de la Autoridad. Pero siguió limando el barrote con su arma fina, partícula a partícula, grano de metal a grano de metal, con temerosa lentitud, la desintegración del barrote proseguía.

Burns, siguiendo el ritmo de su lima, empezó a cantar:

Por tus hermosas riberas
por tus laderas hermosas...

«Un cómico», se dijo Bondi a sí mismo, como si su amigo se le descubriera en ese mismo instante: «un maldito cómico». Apretó la lima contra el barrote y esperó a que llegara el estribillo para unirse:

Oh, tienes que tomar el camino de arriba
y yo cogeré el camino de abajo.

Se sonrieron el uno al otro a través de su sudor y del ahumado resplandor del aire, y siguieron limando y cantando y sonriéndose como niños exageradamente alegres mientras toda la sala de celdas los oía. Una punzada de plenitud, como una iluminación, golpeó los nervios de Bondi: por unos breves e irracionales momentos fue intensamente feliz. Entonces él, entonces ambos, empezaron a darse cuenta de que los envolvía el silencio: no era una total ausencia de ruido —en alguna parte un viejo estaba echando los pulmones por la boca, alguien estaba sonándose en la celda de al lado, un indio cantaba en voz baja con las manos enlazadas—, sino un repentino y sorprendente lapso en la algarabía, gritos y murmullo de conversaciones entre las celdas.

Bondi y el vaquero detuvieron su trabajo y escucharon un instante. Ninguno dijo una palabra: esperaban que se oyera el sonido de la puerta de la sala de celdas, la voz de un guardia. Pero no se oyó nada.

Luego llegaron los acordes de saxofón de Timothy Greene, que se dirigía a ellos desde la celda adyacente. Dijo:

—¿Qué estáis cocinando ahí, chicos? ¿Estáis quizá limando las uñas o qué? ¿Os estáis cepillando los dientes?

Bondi no supo qué decir. Le dejó la respuesta a Burns. El vaquero se volvió a acuclillar, la cabeza echada hacia un lado, los ojos medio cerrados, su mano derecha, donde llevaba la lima, descansaba ligeramente sobre su rodilla izquierda.

—¿Quizá, chicos, es que esperáis abandonarnos? —dijo Greene.

Burns le respondió:

—Sí, lo esperamos, y estaremos bastante ocupados un buen rato. No te preocunes por nosotros.

—Claro que no voy a preocuparme por ti, hombre.

—Si oyes alguna cosa, avísanos.

—Claro que sí, tío —dijo Greene—, eso haré.

—Muy agradecido —dijo Burns, y volvió a su tarea. *¡Zing! ¡Zing!*, hacía la lima. Bondi suspiró, se persignó y volvió a su tarea.

9. Oklahoma City, Okla.

Azul, rojo, amarillo, parpadeando y danzando: el estrépito de las máquinas y un altísimo muro de tumbas grises, monumentos, catedrales de poder... mientras los frenéticos alaridos del azul rojo amarillo pegando en sus globos oculares, salpican, resuenan en su cara, cegándolo, tentándolo con la catástrofe: una mujer, un niño, el orgullo de los hombres jóvenes, sin visión, la piel quemada, su máquina avanzaba a cámara lenta a través de la ruta de asfalto: cuarenta toneladas de hierro, acero, vidrio, goma, aceite, una carga de metal y de carne a la que llevaba y en la que era llevado...

Estaba malo, patética, repentina e inhumanamente malo; engrasadas convulsiones de nausea en su estómago y su garganta, un punzante brillo de fuego y vidrio tras sus ojos, haciéndole estallar el cráneo...

«Tengo que parar», se repetía a sí mismo, «encontrar algún lugar donde aparcar este monstruo, sacar estas aguas residuales de mi estómago...».

Avanzó a través de la luz amarilla mientras figuras humanas se escabullían tras sus vallados; parpadeaban sus ojos acuosos, se secaba el sudor y el polvo de la frente, y encaraba una estrecha callejuela entre un almacén — ALMACENAJE Y ENVÍO SLOAN —, y un depósito de coches usados para después seguir por el oscuro callejón que había más allá de unos coches aparcados, un montón de desperdicios, botes de basura, postes de teléfono, cableado, unas cercas... Dirigió su camión y su remolque a un espacio libre sobre las negras cenizas de millas de vertedero, estacionó de cualquier manera, oblicuamente, en la entrada, paró el motor, empujó la manivela que abría la puerta y se lanzó con los ojos cerrados, estuvo a punto de caerse, se puso de rodillas en el suelo y vomitó de una vez, sin preliminares...

Diez minutos de satisfactoria agonía fueron suficientes. Luego se incorporó y, triste animal vacío y afligido, consiguió subirse a la cabina de su camión y tumbarse sobre el asiento de cuero y cerrar los ojos invocando el sueño, que no vino de inmediato: tuvo tiempo de saborear la corrosión de su bilis y su hígado, los metálicos residuos de las tuberías de su hundido estómago, tuvo tiempo de especular: «¿Qué es esto?», pensó, «¿qué me está pasando? Nunca antes...», nunca antes se había sentido tan mal, tan agitado como ahora.

Oyó el grito de la ciudad planeando por encima de él, sintió el polvo amarillo de la noche cayendo sobre su caparazón de acero, el peso de sus párpados cerrándole los ojos; «nunca como ahora», pensó. «No conduciré más esta noche. Dormiré esta noche, puede que vaya a ver a un médico por la mañana. Puede que sólo sea algo que comí. Dios, tiene que ser...

»Necesito descansar un poco, dormir, un cambio de ritmo; mis riñones se van a resquebrajar por la presión y el movimiento... Cuando acabe este viaje, en cuanto acabe este viaje... iré al médico, me tomaré un respiro un tiempo, quizás vaya a casa un par de semanas.»

El sueño llegó al fin, una duermevela vaga y revuelta, y su mente se acurrucó en ella, entrando y saliendo y dividiéndose en sueños, humosos fragmentos de sueño, reconstrucciones, recolecciones:

... por un camino de piedra roja, más allá de los nogales y de las vías del tren, solo, o casi solo, a veces acompañado por una figura familiar pero sin nombre, en silencio como en todos los sueños, una falta de sonido que sin embargo era agobiante, y de repente entonces una serie de barreras fragmentadas y un barullo, una perturbadora carga de cerdos, cochinos, monstruos con ojos rojos, con cuernos, con un marchito aliento gaseoso, con una furia sin propósito, la ciega destrucción maníaca...

De esa forma, empapado con sudor y asediado su corazón y su cerebro por unos terrores íntimos, insustanciales y poderosos, durmió, luchó, sufrió, perdió siete horas.

Mientras tanto, la ciudad, nueva y terrible, cabalgó a lomos de la noche, gimió y triunfó sobre la noche y sobre la tierra rodante.

A las seis de la tarde se encendieron las luces de la sala de celdas: un delgado resplandor amarillo empotrado en el techo de cada celda. Burns miró la luz y luego a Bondi:

—¿Van a venir ahora? —dijo, siguió limando mientras hablaba. Junto a él el navajo, que había relevado a Bondi, limaba sin detenerse ni hablar. El barrote de hierro era sólido, pesado, y permanecía intacto, pero una profunda grieta había ido mellando las dos caras. En el suelo, entre el indio y el vaquero, se había apilado un montón de polvo de metal que brillaba suavemente al contacto de la luz.

—¿Viene alguien? —preguntó Burns de nuevo.

Bondi lo oyó y levantó la cara, que tenía entre las manos. Estaba sentado en su jergón, mirando el trabajo de aquellos dos sin verlo.

—No —dijo—, siempre encienden la luz a esta hora, pero eso no significa que vaya a venir nadie.

—Quizá debería cargarme esa luz —dijo Burns.

—La apagarán en unas horas. Nadie puede verte a través de las ventanas de todas formas.

—Me preocupa un poco.

—Tienes cosas peores de las que preocuparte, me parece a mí. Estaban preocupados por cómo iba la cosa, pero siguieron adelante: a las diez apagaban todas las luces excepto una en el centro del corredor de la sala de celdas.

Bondi y el vaquero se tumbaron en sus jergones, el vaquero fumaba: tras ellos los dos navajos se empleaban a fondo con las limas en el terco hierro, entonando un tenebroso canto fúnebre mientras trabajaban.

«No podemos seguir así toda la noche», pensaba Bondi. Algo desagradable estaba a punto de pasar: «Probablemente nos han descubierto ya y sólo están esperando ahí fuera más allá de la ventana con sus metralletas, haciendo chistes a nuestras expensas, listos para freírle la cabeza al primero que asome por la ventana. La cabeza de Burns, por supuesto».

—¿En qué estás pensando? —dijo Burns.

—En tu cabeza.

—¿En mi cabeza?

—Me temo que sí —dijo Bondi—. Tengo una rara sensación en la boca del estómago, la sensación de que las cosas no van bien.

—Ya lo sabemos —dijo Burns.

—Quiero decir que algo malo va a pasarle a uno de nosotros, pronto. Quizás esta noche.

—No sería una sorpresa.

—Ya sabes —dijo Bondi— que no he hecho nunca antes una cosa así, fugarme de la cárcel. Es una experiencia nueva. Interesante pero no muy cómoda. Un poco aterradora, de hecho.

—Sé cómo te sientes. Es una empresa peligrosa.

—Quizá ya nos hemos delatado —siguió Bondi—. Puede que los barrotes estén conectados de alguna manera... eléctricamente. Puedo ver una lucecita roja parpadeando en el tablero de mandos del oficial de ingresos.

—Esa es la mujer del carcelero que lo está llamando —dijo Burns—, comprobando si el viejo está en su puesto.

—¿Pero qué si ya lo supieran? —dijo Bondi—. ¿A qué están esperando? ¿Por qué razón esperarían?

—Para cogernos con las manos en la masa —dijo Burns—. Los guardias necesitan algún tipo de práctica de tiro al blanco.

—Me estaba preguntando si...

Burns se volvió hacia los navajos:

—¿Alguno de vosotros necesita relevo? —dijo.

Era cerca de la medianoche cuando acabó el limado del barrote. El metal quedó colgando rígido sobre su propia base, cercenado. Por primera vez en seis horas se hizo un silencio absoluto en la sala de celdas. Bondi y el vaquero se acuclillaron en el cemento, mirándose el uno al otro, sonriendo nerviosamente, escuchando las toses, los ronquidos y gruñidos, los sonidos de delirio de los sueños de los hombres que dormían a su alrededor. Por primera vez sintieron que era necesario hablar en susurros:

—Eso es —dijo Bondi, susurrando—, ¿y ahora?

Burns le estaba sonriendo, Bondi podía ver el blanco resplandor de su dentadura en la cara oscura, el brillo de los ojos, la luz indirecta que procedía del corredor perfilando la cabeza del vaquero y su sombrero y sus estrechos hombros.

—¿Qué hacemos ahora entonces? —susurró Bondi.

Por toda respuesta Burns agarró con una mano la punta del barrote cortado y tiró: no pasó nada. Puso ambas manos sobre el barrote, apoyando los pies en la base de la reja, y con todas sus fuerzas trató de moverlo: lenta, muy ligeramente, el metal cedió, apenas una pulgada. Burns se puso en pie, jadeó y masajeó la parte baja de su espalda.

—Necesitamos a un hombre fuerte —dijo—, a un gorila como el tal Gutiérrez.

—¿Me dejas intentarlo? —dijo Bondi.

—No te molestes.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Bondi de inmediato—. ¿Eh?

—El vaquero rió.

—Vamos, inténtalo si quieras. Ten cuidado de no echar las tripas. Utiliza tus piernas tanto como puedas y ten cuidado con la espalda.

Bondi colocó las manos en el barrote, flexionó las piernas, estiró la espalda, y tiró, empujó, jaló sin resultados perceptibles. Burns se quedó mirándolo, las manos en las caderas, sonriendo. Bondi se mordió el labio e hizo un segundo intento, cogiendo con todas sus fuerzas el trozo de hierro. Sin éxito. Por fin se rindió, diciendo:

—A la mierda, este no es trabajo para caballeros.

Burns volvió a reírse.

—No, no lo es —dijo—. Lo que necesitamos son unos tres pies de tubería de acero, eso nos ayudaría algo.

Los dos navajos estaban mirándolos: el cese de las operaciones de limado los había despertado. Uno de ellos se levantó y se acercó a ellos:

—Yo lo haré —dijo. Se agachó y empezó a tirar, el sudor no tardó en aparecer en su frente, y empezó a doblar el barrote otra pulgada o dos hacia dentro y hacia arriba. Luego Burns lo intentó por segunda vez y consiguió que el barrote se dobrara otra pulgada, y otra más, alternativamente tirando y descansando, consiguieron que el barrote fuera doblándose hasta alcanzar una posición casi perpendicular al plano de la reja de barrotes. Así consiguieron un hueco de unas doce pulgadas de ancho y casi dieciséis pulgadas de alto, comprendidos entre el trozo de barrote doblado de arriba y el trozo de barrote que quedaba en el suelo.

—No cabes por ahí —dijo Bondi.

—Sí quepo —dijo Burns—, no sé tú, con toda esa grasa que tienes en los michelines y esas caderas anchas.

—Da igual, no pienso irme de todas formas.

—Estos colegas caben —dijo Burns señalando al navajo—. Te sorprendería lo flexible que es el cuerpo humano cuando lo necesita. Recuerdo una vez en las Montañas Shoshone en que caí en una grieta de un pino muerto. Había estado todo el día comiendo chucherías y tenía la panza un poco hinchada.

Las luces se encendieron. La luz parecía intensificar la quietud repentina.

—¿Y ahora qué cojones...? —dijo Burns—. ¿Qué pasa ahora?

—No lo sé —dijo Bondi. Trataron de oír pero no escucharon nada, nada que no fuera las cacofonías de los sueños de los prisioneros.

—Bien —dijo Burns—, no nos preocupemos por eso. Ahora tenemos que inventarnos unas cuerdas, con tres o cuatro de esas mantas quizá —Se levantó a quitar la manta del jergón más cercano.

Y fue entonces cuando oyeron un chirrido en la puerta de la sala de celdas abriéndose y la voz de Gutiérrez gritando:

—¡Burns, John W. Burns!

Y entonces el chasquido del pestillo y la puerta de su celda deslizándose, abriéndose hacia el corredor, hacia el abierto espacio gris...

—No respondas —murmuró Bondi—. No puede estar seguro de que estás en esta sala. Tendrá que mirar en todas las demás.

—¿Estás loco? Él sabe muy bien dónde mierda estoy.

—¡Burns! —gritó la voz más allá del corredor—. Te buscan en la oficina. ¡Llamada telefónica!

—Un colega muy divertido —Murmuró Burns, sus ojos tiñéndose con el sordo resplandor del odio—. Ese bastardo...

—¡Burns!

—Lo mejor es que vaya —dijo el vaquero—. Si no voy vendrá él y verá todo esto. Esconded las limas —le dijo a los navajos. Y a Bondi—: Estaré de vuelta en un minuto —Sonrió breve y amargamente y salió de la celda y se internó por el corredor. Los demás oyeron el taconeo de sus botas en el hormigón del

sueño, un gruñido de Gutiérrez y el cierre de las puertas; una poderosa quejumbre de acero, el aullido de la malla de esclusas. La puerta de la sala de celdas volvió a cerrarse con llave. Bondi miró incrédulo, muerto de miedo y perplejidad. Le parecía el despertar de un mal sueño para caer en una pesadilla. Pero era incapaz de pensar más allá; incrédulo y aturdido, miró a través de la pared de barrotes hacia la luz amarilla del corredor, las sombras esparcidas.

Las luces no volvieron a apagarse.

Los dos navajos no esperarían. Uno de ellos se esforzaba ya en tratar de hacer pasar su cuerpo a través de la abertura en los barrotes. Había conseguido meter la cabeza y uno de sus hombros pero le estaba costando sacar el otro hombro. Su compañero esperaba acuclillado detrás, murmurándole palabras de aliento y coraje. El hombre en el agujero se retorcía y contorsionaba con paciencia, movimientos leves y ansiedad, pero sin prisa. Los demás hombres de la celda estaban despiertos ahora, salvo el viejo Konowalski. Estaban sentados en sus jergones mirando con silenciosa estupefacción al navajo que se retorcía entre los barrotes como un gusano empalado. El mexicano soltó una risita nerviosa, mordiéndose las uñas. Los indios Pueblo sonreían y se daban codazos unos a otros.

El navajo parecía incapaz de pasar. Después de varios minutos de vana lucha, sudando mucho y con el aliento cortado, volvió a meter el hombro y la cabeza para devolver todo su cuerpo a la celda. Se sentó en el suelo durante algunos minutos, jadeando y observando sombríamente sus puños. El otro navajo, un hombre más delgado, le susurraba algunas sugerencias al oído y hacía señales con sus manos.

Bondi volvió su jergón después de un rato, se sentó lenta y cautelosamente, y trató de evitar imaginarse lo que probablemente le estaba pasando al vaquero. La impotencia alimentaba su rabia, se enfureció y se maldijo internamente, enfermo de rabia, sorpresa y aprehensión.

Cerró los ojos, se tendió e hizo un intento por dormir esperando que ese estado de ánimo le indujera a un sueño profundo, lo cual era bobo e ineficaz:

su miedo hacia que dormir fuese imposible, a pesar de aquel cansancio abrumador, a pesar de tener el cuerpo dolorido.

«La culpa es mía», se dijo, «si me hubiera enfrentado a Gutiérrez en la cena, como habría hecho un hombre, Burns no estaría donde está ahora. No, estaría yo en su lugar».

La idea quedó retenida en sus pensamientos, mantuvo fija la vista en la parte de abajo del jergón que quedaba encima de su cabeza.

«Desde luego», siguió, «eso no disminuye mi responsabilidad moral. Pero entonces, la mujer, el hijo... Y puede que de todas maneras vengan a por mí y me lleven cuando terminen con... (esta posibilidad, de la que se dio cuenta repentinamente, despertó un caliente relámpago de terror que recorrió todo su cuerpo). Ese Gutiérrez era un villano astuto y esperaría hasta sabe Dios qué hora de la madrugada —la una, las dos— para llevar a cabo su venganza. Deberíamos haberlo esperado, esa bestia astuta, esperando hasta ahora, hasta que los carceleros se hubieran ido a casa o hubieran salido o estuvieran borrachos o dormidos».

«Y puede que vengan a por mí», pensó otra vez. «¿A por mí, qué me harán? Tortazos, patadas, eso lo puedo aguantar, cerraré mis ojos y me relajaré, intentaré evadirme; pero supongamos que me tienen preparado algo más sofisticado, mangueras de goma, cubos de agua donde hundirme la cabeza, vapor caliente... Un hombre como Gutiérrez es capaz de todo, de eso estoy seguro, de cualquier forma de tortura...»

Bondi sintió que una náusea le aflojaba las entrañas, la urgente necesidad de acudir al baño. Pero luego de unos momentos de pasarlo mal consiguió que su mente y sus nervios se serenaran, que sus especulaciones se volviesen razonables, humanas, sensatas: «Ellos habían hecho, sin lugar a dudas, lo que tenían que hacer, se lo han llevado para interrogarlo, para investigar. Quizás algún robo aún no resuelto o que esté envuelto en algún adulterio, o puede que sea sólo que el FBI ha venido a inquirir acerca de la situación de su cartilla, porque él había tenido algún tipo de problema con ella según había dicho, ¿no es verdad? Sí, era demasiado tarde para eso, pero el FBI tiene sus métodos,

según he oído, y buenas y suficientes razones y no tiene que rendirle cuentas a nadie...

»Honrados, inteligentes, hombres bien entrenados, sabían lo que estaban haciendo; y era mejor que los ciudadanos corrientes no tratasen de intervenir: sólo embrollarían las cosas innecesariamente...

»¿Teléfono? ¿Pero por qué el teléfono?»

El navajo se quitó la camisa: no llevaba puesta camiseta interior.

Puso su cabeza en la abertura hacia la libertad, después su delgado hombro marrón —su piel y sus músculos lisos como los de un gato pelado— y luego había que pasar el segundo hombro. Esa era la parte complicada: la carne quedaba comprimida y apresada entre el hueso y el hierro: ninguno de los dos cedía. Pero el hombre siguió contorneándose y jadeando, el sudor brillaba en su cuero animal, el otro navajo trataba de ayudarle empujando desde dentro de la celda el miembro aprisionado, tratando de desbloquear suavemente el hueso del hombro para hacerlo pasar, estrujando con ambas manos la carne resbaladiza. La respiración de los indios llenaba la celda con un ruido lo suficientemente fuerte como para que diera la impresión de que podía escucharse más allá de la sala de celdas. Se produjo entonces el sonido de un leve desgarro, como la extracción de un tejido, y el hombre consiguió pasar, aunque herido, un mal corte le llenó de sangre el costado. No le hizo caso al dolor, sacó sus caderas y sus piernas y se quedó tendido en el suelo durante un minuto o algo más, entre los barrotes y la ventana. El otro navajo le pasó la camisa y él se la puso.

—¿Podría pasar yo a través de esos barrotes si tuviera que hacerlo? —se preguntó Bondi.

Ambos hombres siguieron a lo suyo, el uno desde dentro apilando algunas mantas y enrollándolas, el otro —que permanecía en el estrecho pasaje que rodeaba la sala de celdas— intentando quitar la delgada pantalla de la ventana. Tiró y golpeó la pantalla arrodillado, cuidando de no interponer su cuerpo entre la ventana y la pálida luz del techo. Pero la pantalla no se desencajaba.

—Dame una de las limas —le dijo el navajo a su compañero—, y mira a ver si puedes apagar esa luz.

Bondi permaneció sentado, observándolos: quería echar una mano, tomar parte de aquello, pero un terror sordo lo mantenía inmóvil e inerte. El indio que estaba dentro de la celda le alcanzó a su amigo una lima a través de los barrotes, con la otra en sus manos se subió al jergón más alto y trató de pinchar el globo de luz incrustado en el techo, metiendo la lima a través de una rejilla de cables. El globo se agrietó y se rompió; pequeños añicos de vidrio frío cayeron al suelo. Pero los filamentos incandescentes que estaban dentro del globo seguían brillando, incólumes; el hombre volvió a hundir la lima en la reja y alcanzó su propósito, más añicos de vidrio cayeron al suelo y la celda se quedó a oscuras.

«De vuelta al útero materno», pensó Bondi, «de vuelta al útero de la noche, de la oscuridad y de... por Dios santo, ¿qué le estarán haciendo a Jack? ¿Cuánto tiempo hace que se lo llevaron? ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Media hora?».

El navajo más alto estaba ahora tratando de meterse por el agujero de los barrotes mientras el otro quitaba la pantalla protectora de la ventana y luego se afanaba en atar el extremo de una de las mantas-sogas a un barrote de la celda.

En sus camas de acero, los dos indios Pueblo discutían premiosamente, murmurando en su idioma al oído del otro, haciendo movimientos circulares con sus manos. El mexicano observaba todo lo que acontecía sin producir el más mínimo sonido, pellizcándose tristemente la nariz. El viejo vagabundo llamado Konowalski permanecía indiferente a toda actividad, vuelta la cara hacia la pared y envuelto en sus harapos y su olor peculiar, y suspirando y farfullando en sueños como un perro con garrapatas. Como un perro viejo con viejas garrapatas.

Con movimientos rápidos y eficaces, los navajos completaron sus preparativos. Uno de ellos miró por la ventana abierta, esperó unos segundos, luego se dio la vuelta sobre el alféizar y se deslizó hacia abajo agarrado a la manta convertida en cuerda. El otro navajo le dijo a Bondi:

—Recoge esas mantas cuando nos hayamos largado, ¿vale?

Bondi asintió. El navajo se acercó a los barrotes y observó fijamente a Bondi con su mirada de mongol: sonrió un poco, la piel de la cara se le agrietó como el cuero envejecido. Tenía un olor fuerte a sudor, caballos y cerveza.

—Hey —dijo—, dile adiós a tu amigo de nuestra parte. Dile... —Se escuchó una débil llamada que procedía de abajo y vaciló, luego se volvió de nuevo a Bondi—. Dile que si va alguna vez a Moenkopi, venga a vernos. Eso va para ti también, ¿vale?

—Gracias —dijo Bondi—, se lo diré.

El indio sonrió.

—Me tengo que ir.

Se dio la vuelta y después de un rápido examen de la oscuridad exterior, se metió por la ventana y desapareció. Bondi se ocupó de las mantas retorcidas y tensas cuando intuyó que la operación había culminado, tiró de ellas y las pasó a través de la ventana y a través de los barrotes, y las apiló en un montón que dejó en el suelo.

Se estiró cuan largo era en su verminosa litera sin mantas, con la almohada entre las manos, y cerró los ojos. Ninguna visión le llegaba a través de la oscuridad, pero pensó que podía aguzar el oído en el ámbito de su conciencia, fragmentos de una música como ráfagas de luz, breves destellos de sonido entre los intervalos de silencio, y luego una inmensa burbuja de voces humanas, un mar de bocas tragando saliva, labios rojos carnosos, la carne de las lenguas, la música sumergiéndose entera bajo una asfixiante ola de ruido...

La confusión cesó: combatió contra sus dudas y su culpa. Recordó a su esposa Jerry y su rostro se apareció ante él bajo un resplandor íntimo: los ojos marrones serios, su piel pecosa, su corona de cabello cobrizo. El amor y el lamento aumentaban en su mente: «Jerry», farfulló, «perdóname, mi amor, perdóname, oh, perdóname».

Y luego estaba su hijo.

Tuvo una visión del abismo que le rodeaba, el vasto y profundo éter del tiempo que trazó la soledad de sus tres vidas entrelazadas. El remordimiento, el miedo, la cólera, la vergüenza, la soledad en el dolor que él sabía —o creía que sabía— que todos sentían. «Soy demasiado débil», pensó, «demasiado débil para lo que he hecho».

La puerta de la sala de celdas se abrió —Bondi oyó un crujido, unos pasos, un cuerpo cayendo al suelo— y volvió a cerrarse. Escuchó y oyó a un hombre recorriendo el corredor, lentamente, arrastrando los pies. Se detuvo. La puerta de la celda se deslizó y el vaquero apareció, ingresó en la celda como pudo y a su espalda volvió a deslizarse la puerta de la celda hasta encajarse y cerrarse.

Burns se hundió en la litera más baja, con la cara enterrada entre las manos. Bondi se sentó junto a él, le pasó un brazo por los hombros:

—¿Qué ha pasado? —Burns no respondió.

—Por el amor de Dios, ¿qué te han hecho?

—Estoy bien —murmuró Burns. Pasó sus manos suavemente por sus ojos, su nariz y su boca—. No me siento demasiado bien, pero supongo que estoy bien.

—Te han pegado —dijo Bondi.

El vaquero sonrió temblorosa y tristemente. Tenía magullado el labio inferior, que sangraba, también le habían roto un diente de delante.

—Fue Gutiérrez, los demás sólo miraban. No me han pegado mucho, traté como pude de ponérselo fácil, no oponerle ninguna resistencia. Traté de controlarme y no volverme loco. Agaché la cabeza para que se lo tomase con calma. No ha ido tan mal, he visto cosas peores.

Bajó las manos y miró a Bondi, había restos secos de sangre en sus nudillos, uno de sus ojos se había amarillado e hinchado, la piel de una de sus mejillas estaba rasgada, negra. En la semioscuridad de la celda esas abrasiones le daban a su rostro un aspecto de máscara casi cómica. Costosamente el vaquero sonrió a través de su máscara.

—Me sorprende verte aquí todavía —dijo—. ¿A qué estás esperando? —Echó un vistazo a la celda: los dos indios Pueblo y el mexicano le observaban con silenciosa fascinación—. Ya veo que los colegas navajos se largaron. Buenos chicos.

—Pero, ¿por qué? —dijo Bondi, enfermo, casi incrédulo—. No pueden hacerle esas cosas a la gente. Ni siquiera a un prisionero...

—No te cabrees —dijo Burns—. Calma. Vas a ser el próximo. Y habla más flojo, mis oídos me chillan como banjos.

—Lo siento —dijo Bondi. Hizo una pausa tratando de comprender lo que había sucedido—. Pero él no va a salirse con la suya.

—¿Quién? ¿Salirse con qué?

—Ese hombre-mono, Gutiérrez.

—No lo sé— dijo Burns—. Probablemente sí. Los otros guardias no le chistaron. Y el jefe no está aquí, ¿quién iba a enterarse de nada? ¿A quién le va a importar? Estas cosas pasan todo el tiempo: es lo que la gente se merece por ir a la cárcel. Lo digo por mí —Miró alrededor otra vez, vio la ventana abierta más allá de los barrotes, las mantas apiladas en el suelo—. Haríamos bien en movernos —dijo—. Va a amanecer muy pronto.

—Bien, vamos —dijo Bondi, la vista clavada en el suelo.

—¿Qué estás masticando ahora? ¿Todavía tienes en mente esa estupidez de quedarte?

Bondi pasó una mano por su enfurecida frente:

—Por favor —dijo—. No lo discutamos más. Sabes que no puedo irme.

Burns se quedó en silencio unos momentos, luego dijo:

—Paul, ¿no has tenido nunca un impulso?

Bondi no respondió.

—¿Sabes a lo que me refiero cuando digo un impulso?

—Sí —dijo Bondi.

—¿Has tenido alguno?

Bondi volvió a guardar silencio. El vaquero dijo:

—¿Ves ese barrote limado limpiamente y doblado? ¿Ves la ventana abierta? ¿Ves esas mantas atadas en el suelo?

Bondi no respondió. Burns dijo:

—Mira esa ventana abierta otra vez, piensa en lo que hay fuera. Está oscuro, es de noche. La ciudad duerme. A las afueras de la ciudad está tu casa de adobe, Jerry y el niño.

Burns aguardó alguna respuesta de su amigo pero no la obtuvo.

—Más allá de la casa, tras diez millas de meseta, las montañas. Las montañas que hacia el norte llegan a Alaska y hacia el sur a Guatemala.

—No te demores —dijo Bondi.

—Quiero que vengas conmigo —dijo Burns.

—¿Vas a volver a empezar con eso otra vez? Perderás un tiempo muy valioso —Bondi se sintió irritado, confuso, aterrorizado—. Si te vas a largar es mejor que lo hagas cuanto antes.

—Eres un tipo muy peculiar —dijo Burns—. Si no te quisiera como a mis propios hermanos te aseguro que ahora te diría que eres un maldito idiota.

—¿Y qué? Es mi propia elección —Bondi miraba al suelo, consciente de que los demás lo estaban observando: Burns, el mexicano, los indios—. Yo puedo salir de aquí cuando quiera —dijo—, es bastante simple, lo único que tengo que hacer es cambiar mi manera de pensar, o podría decir, hacer como que cambio mi manera de pensar.

Sonrió irónicamente a Burns.

—El juez añadió un castigo adicional a mi pena de dos años: dijo que en cuanto me decidiera a someterme a la ley suspendería el resto de la pena que me quedara por cumplir.

—¿Suspenderla?

—Sí, me deja libre.

El vaquero lo pensó.

—Eres un maldito idiota —dijo—. ¿Y por qué no te aprovechas de ese ofrecimiento?

—No lo sé. No puedo. No sé por qué. ¿Tú lo harías?

—¿Yo? —dijo Burns—. Para empezar no me hubiera metido en líos. Me mantengo lejos de embrollos así.

—¿Lo harías si fueras yo?

—Si yo fuera tú ten por seguro que lo haría.

—Deberías irte —dijo Bondi—, no me estás haciendo feliz.

—No vine aquí a hacerte feliz —dijo Burns—. Vine para sacarte de aquí.

—Vale, me niego a ser rescatado, pero igualmente gracias.

Del otro lado de la pared de acero les llegó un quejido lastimero, a medias humano, a medias canino:

—Muchachos, podrían bajar la voz... me gustaría dormir...

—¿Qué crees que consigues para ti quedándote aquí o para alguien más? —preguntó Burns.

—No estoy seguro —dijo Bondi—. Lo único que sé es que si no lo hago, si yo me rindo, seré perseguido por mis cazadores el resto de mi vida.

Burns se puso en pie, tocándose la cara magullada y herida.

—Ya no voy a discutir más contigo. Quizás sepas lo que estás haciendo —miró de nuevo a Bondi—. No puedo ayudarte recordándote lo que dijiste esta tarde.

—¿Qué? —dijo Bondi—. ¿A qué te refieres?

—Algo que dijiste, quizá eran sólo palabras.

—Maldita sea, dime de qué estás hablando.

Burns observó con tristeza a su amigo, su propia cara cansada y deteriorada en la oscuridad, sus ojos oscuros. Se quitó el sombrero, se echó el pelo por encima de la frente, volvió a colocarse el sombrero. Bondi estaba esperando que hablase. Burns dijo:

—Dijiste algo sobre que esperabas que nunca tuvieras, cómo era, nunca tuvieras que sacrificar un amigo por un ideal.

—¿Y bien? Vete.

—¿Y qué pasa con tu mujer? —dijo Burns—. ¿Qué pasa con ella?

—Ya sé, ya sé —respondió Bondi desesperadamente—. ¿Puedes pensar por un momento que no la tengo en mente? ¿Meses?

—Lo sé —dijo Burns. Vaciló antes de decir—: Me da mucha pena decirlo, Paul. Es francamente estúpido.

—Alguien tenía que decirlo —le respondió Bondi. Miró a Burns y luego a la ventana abierta—. Dios, desearía ser libre para largarme contigo.

—¿De verdad? —dijo Bondi—. ¿Lo dices de verdad? Porque si quieres...

—No —dijo Bondi—. No digo eso. Es absurdo. Vete ya antes de que alguien eche en falta esa pantalla rota. No tienes mucho tiempo.

El vaquero colocó sus manos en los hombros de Bondi.

—Ten por seguro que me duele dejarte aquí, hermano. Me hace sentir como un traidor. Pero nos veremos muy pronto, ¿no es así?

—Por supuesto —dijo Bondi.

—Bueno, haremos esa expedición de caza de la que hablabas, en cuanto vuelvas de sea donde sea el sitio al que te manden.

—Sí —dijo Bondi.

—Bueno... —El vaquero cogió las mantas, las pasó a través de los barrotes, se quitó el sombrero y lo echó fuera de la celda también—. Creo que me borro —dijo. Se arrodilló ante el agujero en los barrotes—. Oye, por poco me olvido —Se sacó el borde de la camisa de los pantalones, se destapó la camiseta interior, y encontró lo que buscaba—. Tengo una carta en algún sitio. Espero que no se haya perdido. Es de Jerry —Encontró la carta, arrugada, manchada de sudor y suciedad, y se la dio a Bondi.

—Gracias —dijo Bondi, que sostuvo la carta en su mano sin mirarla. Casi sabía lo que había dentro.

El vaquero metió la cabeza por el agujero, luego sus brazos y empezó a retorcerse para salir de la celda. En el pasaje exterior se detuvo, se colocó bien la camisa y se puso el sombrero.

Bondi se acercó a los barrotes.

—Ten cuidado, Jack —Agarró los barrotes—. Buena suerte.

—Muy agradecido —dijo Burns, saludando con una mano.

—Buena caza.

—Gracias —dijo Burns. Se volvió y se asomó a la ventana—. Está bastante oscuro desde aquí. ¿Hay algún seto o algo así en la pared?

—Puede ser —dijo Bondi.

Burns miró un rato, detenida y cautelosamente, en todas direcciones. Luego cogió las mantas enlazadas y tiró el extremo libre afuera. Volvió a los barrotes.

—Si cambias de opinión —le dijo a Bondi—, Jerry te dirá dónde me puedes encontrar. Le diré a ella donde estoy, hay por aquí demasiadas orejas.

—Que tengas buen viaje —dijo Bondi—. Y no me olvides.

Burns sonrió de nuevo y se subió al alféizar de la ventana. Un último saludo con la mano y desapareció.

Bondi se quedó con la cara apoyada en los barrotes, mirando a través de la ventana el oscuro y complejo patrón de grietas y manchas en la pared del edificio más allá del callejón. Trató de prestar oídos a lo que pudiera escuchar: los pasos de un hombre caminando calle abajo, el sonido de un automóvil que pasaba, el alto y delgado chillido de un avión a millas de distancia, una breve ráfaga de viento y el susurro seco de unas hojas, palabras indistinguibles que procedían de cualquier punto de la sala de celdas. Esperó y escuchó, mirando fijamente a través de la ventana abierta.

Después de unos minutos de contemplación inmóvil, su mente registró lo que los ojos ya habían visto: la manta atada al barrote y colgada de la ventana. Tiró de ella y metió la manta dentro y junto a ella las demás, como ya había hecho antes, apilándolas en el suelo junto a los barrotes. Después se sentó en su litera y abrió la carta. No había luz suficiente en la celda para leerla pero la abrió de todas maneras.

Los dos indios y el mexicano no dejaban de mirarle.

—¿No te largas con tu amigo? —dijo el mexicano.

Bondi lo miró.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué si no te largas con tu amigo?

—No —dijo Bondi—. Esta noche no.

—Un tipo listo —dijo el mexicano dándole un palmetazo a algo que bajaba por su brazo desnudo—. Es mejor no meterse en problemas —dijo. Se quitó una pequeña cosa pegajosa de la parte superior de su brazo y la dejó caer al suelo.

Lentamente fue emergiendo del sueño, imágenes surrealistas del pasado en el telón de sus ojos mientras oía en el presente, y no muy lejos, el *click* de una luz encendiéndose, pasos ligeros en el suelo de la cocina, los sonidos de un objeto pesado arrastrándose. Asustada, estiró un brazo para tocar a Paul, pero Paul no estaba allí. El cansado miedo de la pérdida y la separación la enturbió; en la zona de sombras que separaba el sueño del despertar sintió todo el peso de aquel miedo y aquella pena que conseguía acallar parcialmente durante el día gracias a la rutina de sus actos y a su facilidad para el optimismo. De nuevo escuchó los extraños sonidos, abrió los ojos de manera reacia y volvió la cabeza y vio, bajo la puerta que daba a la cocina, un resplandor de luz amarilla. Primero se sintió confusa, luego atemorizada, retenida por un momento en la parálisis de lo desconocido y lo inexplicable. Quería levantarse de la cama pero temía hacer ruido, trató de contener el aliento, aguzó el oído y por fin se forzó a sí misma a hablar. Gritó:

—¿Quién anda ahí? —Poco más que un graznido raramente articulado.

No hubo respuesta, pero los sonidos de actividad en la cocina continuaron. Escuchó cómo algo duro y pesado golpeaba contra el suelo de madera.

—¿Quién es? —dijo, en voz más alta y clara.

Un instante de silencio, luego la voz de Jack Burns:

—Soy yo Jerry. Soy Jack. ¿Estás despierta?

Ella salió de la cama, con las manos se arregló el pelo apresuradamente y se dirigió a la puerta y la abrió. Allí estaba Jack, sonriendo lúgicamente, parpadeando bajo la luz, con sus alforjas cargadas en un hombro y el rifle en su mano derecha. Se quedó mirándolo y se frotó los ojos.

—¿Dónde has estado? —dijo ella—. ¿Estuviste en la cárcel?

—Estuve. Dentro y fuera. ¿Qué me dices de...?

—¿Dónde está Paul? ¿Está bien? ¿Ha sucedido algo?

—Todo está bien. Paul está donde quiere estar. ¿Qué me dices de un poco de café? Tengo que marcharme en unos minutos.

—¿Qué le ha pasado a tu cara? —dijo ella—. Tienes un aspecto horrible.

—No es nada, sólo un pequeño lío.

—Pero por Dios santo, Jack... —Ella vaciló, debatiéndose entre sus miedos e impresiones, sin estar despierta del todo—. Dime qué ha sucedido. ¿Te has escapado de la cárcel?

—Estás tiritando —dijo él—. ¿Por qué no te echas algo encima? —Ella lo miró—. Vamos, ve, mientras enciendo el fuego y te cuento todo lo que ha pasado. Date prisa, no puedo quedarme mucho tiempo.

Ella oyó sus palabras y se dio cuenta de lo frío del aire, cómo le atirantaba la piel. Volvió a su dormitorio y se puso las zapatillas y una cazadora gorda sobre el camisón. Cuando regresó a la cocina Jack ya había encontrado un papel para dar fuego a un manojo de ramas que había en la cámara de combustión de la cocina.

—Las cerillas están en el estante —dijo ella, y a continuación de aquel acto reflejo se dirigió a la alacena y echó cuatro cucharadas de café fresco en una cazuela. Burns le dio mecha al papel bajo la leña, coronada por unas ramitas de enebro, y luego quitó la tapa de la hornilla: el fuego empezó a hacer crujir las ramas. Jerry llenó la cazuela con agua suficiente para cuatro tazas y la puso en la hornilla. Cerró la compuerta y el fuego empezó a hacer un sonido constante y sordo. Toda la operación no llevó más que unos minutos, la hicieron rápidamente, sin gastar una palabra, conscientes del frío y de la cercanía del amanecer.

Cuando ya había acabado Jerry dijo:

—¿Qué vas a hacer?

Estaba de pie junto al fogón, aprovechando las primeras emanaciones de calor que calentaban el viejo hierro.

—¿Te has escapado, verdad?

—Claro —dijo él—, ¿qué otra cosa podía hacer? —Tenía un pie sobre una silla, colocándole las espuelas a las botas.

—¿Y va la policía tras de ti?

—Espero que no. Aunque supongo que lo harán muy pronto. Y un buen lugar para buscarme es éste.

Se puso en pie y estiró los brazos y se desperezó:

—Dios, qué bien se está fuera de la jaula.

Se relajó y sonrió extrañamente a Jerry: las condiciones de su cara hacían difícil que la sonrisa fuese normal.

—¿Viene ese café o va a tardar mucho?

—¿Qué? —dijo ella. Y luego—: Le quedan unos minutos.

Él cogió las alforjas del suelo.

—Las sacaré y ensillaré.

Abrió la puerta trasera y miró a la oscuridad.

—No tardarán —dijo—, ya hay una luz azul asomando por encima de las montañas.

Él podía ver, a través de millas de espacio iluminado por las estrellas, el débil brillo de la nieve en las crestas del rancho. Jerry miró también a través de la puerta por encima del hombro de Burns, y vio el blanco resplandor y volvió a tiritar.

—No querrás que vaya hasta allí sólo con mis espuelas —dijo Burns, y le volvió a sonreír, cargando con las alforjas en su hombro, se agachó ante el listón de la puerta y salió. Ella observó sus piernas delgadas y la espalda estrecha que se alejaba en dirección al corral, incrustándose en el aire violeta

de la noche. Sintió frío y desolación, cerró la puerta, y escuchó, al mismo tiempo, el relincho de la yegua, y regresó al fogón y movió un poco el cazo hasta lo que parecía ser el área más caliente del hornillo. Se quedó fija en el mango carbonizado de la cacerola, en la tapa redonda que había debajo, en el destello amarillo visible a través de la grieta que había entre la tapa y el fuego. Se despertó nuevamente, colocó otra sartén en el fogón y separó media docena de lonchas de bacon. Puso aun otra sartén después de engrasarla con tocino, y después de partirlos, echó dentro cinco huevos. Tiró las cáscaras de los huevos al cajón de la leña, alguna no cayó dentro pero no se molestó en recogerla.

Algo había sucedido, se convenció, algo terrible ha sucedido. De fuera llegaba el sonido de unos cascos golpeando el duro suelo, la suave voz apaciguadora de Burns, la respuesta de Whisky, la yegua. Otra vez oyó, como en un sueño, el tintineo de las espuelas y los pasos del vaquero cruzando el porche.

—Uy, aquí hay algo que huele francamente bien —dijo entrando, y le echó un vistazo al bacon y los huevos que se estabanriendo—. Jerry, eres mi ángel.

—Soy un ángel que está muy agobiada, maldita sea —dijo ella, poniendo en la mesa un plato, cuchillo, tenedor, dos tazas.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¿Qué no pasa?

El café empezó a hervir y a burbujejar. Ella volteó los huevos y sacó fuera de la sartén los filetes de bacon, colocándolos en una pieza de papel doblado.

—Siéntate —dijo—. En cuanto hayas comido voy a tratar de hacerte algún arreglo en esa cara masacrada que traes. ¿Qué demonios te ha pasado?

—¿Eso es todo lo que te agobia? —Burns se sentó ante la mesa, giró su plato y recordó de repente que llevaba el sombrero puesto. Se lo quitó y lo colocó en el suelo, junto a su silla—. ¿Eh?

—Los hombres me ponéis enferma —dijo ella—. Actuáis como niños. Hasta Seth o esa yegua tuya tienen más sensatez. Aquí estás con la cara partida y

huyendo de la policía y Paul en la cárcel del condado esperando que lo lleven a una prisión federal y lo encierren un año o dos. ¿Qué es lo que os pasa? —Ella le sirvió los huevos y el bacon y volvió al fogón a retirar el café, que estaba a punto de desbordarse—. Me parece que estáis los dos locos, eso es todo.

—Y debes estar en lo cierto —asintió Burns—, la cuestión es ¿qué puedes hacer tú a ese respecto?

—No me mosquees —dijo Jerry llenándole la taza de café; luego llenó la suya—. Hay un montón de cosas que podría hacer —añadió.

Burns se quedó mirando sombríamente en su café negro:

—Quizás sí —dijo—, quizás sí.

El vapor ascendente del café le nublaba la cara, dándole una efímera intangibilidad. Jerry se sentó:

—¿En qué tipo de problema extra se ha metido Paul ahora? —preguntó.

—Ninguno que yo sepa —Burns empezó a comer—. Me ayudó a escapar pero nadie se dio cuenta.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Burns habló entre bocado y bocado de bacon y huevos.

—... Subir a las montañas. Esconderme —Sorbió un poco del humeante café—. Esconderme unos cuantos días. Conseguir algo de carne, hacer cecina.

—Puedo darte unas cuantas cosas.

—No puedo llevar comida enlatada, es demasiado pesada, abultan demasiado.

—Yo horneé ayer. Te daré un poco de pan.

—Eso sería estupendo, Jerry.

—¿Has dicho que te vas a esconder unos cuantos días, sea lo que sea lo que eso quiera decir? Pero, ¿y luego? ¿Adónde irás?

Burns comió apresuradamente, un poco de huevo le salpicó, adornando la barba.

—Puedo ir al norte, al oeste o al sur. El invierno ya está aquí así que supongo que iré al sur: a Chihuahua o quizás a Sonora, depende de cómo pinten las cosas.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Ni idea. Vivir, supongo —Rebañó el plato con un pedazo de pan—. Me gusta México, es un país bastante limpio y bueno. Tengo amigos allí.

—Pero Jack —vaciló Jerry—. ¿Volverás, verdad?

—Y tanto. En cuanto deje de ser una cara que se busca en el cartel de anuncios de correos, estaré de vuelta. Me verás acercarme a través de la meseta una tarde cualquiera, cuando las cosas se calmen un poco.

—No me hables así. Sabes perfectamente que no puedes hacerlo así, estás en el siglo veinte, por Dios santo.

—No rijo mi vida por los números de un calendario.

—Eso es ridículo, Jack. Eres un animal social, tanto si te gusta como si no. Tienes que hacer algunas concesiones, o te van a cazar como a un... como... ¿Qué es lo que la gente caza ahora?

—Coyotes —dijo Burns—. Con disparos de cianuro —Terminó su café y se limpió la boca—. Mejor será que me ponga en marcha.

Jerry agarró su taza cuidadosamente, aunque se quemó los dedos.

—Jack... —dijo.

La miró por encima de su mano. Su rostro muy perjudicado, golpeado y descolorido, áspero, asimétrico, familiar como el de un sabueso, le llegó al corazón. Tuvo deseos de coger aquel rostro, reír y llorar para él. En vez de eso, se esforzó en sonreír, diciendo:

—¿Te apetece algo más de comer?

Él la observó durante un largo instante antes de responderle:

—Gracias, Jerry... Ya he tenido suficiente.

—Voy a coger unas cosas para que te las lleves.

—Eso es muy amable de tu parte, Jerry —Echó hacia atrás la silla, se puso su sombrero y se levantó—. Pero tengo que marcharme ya mismo.

—No tardaré ni un minuto —Se puso en pie y empezó a cumplir su palabra. Burns iba a interrumpirla pero cambió de opinión, se puso a completar sus propios preparativos: colgarse la guitarra en la espalda, coger el saco de dormir y el rifle, y salir fuera. Jerry terminó de llenar una bolsa de papel con media hogaza de pan de centeno envuelto en papel de aluminio, queso y salami y naranjas. Se apresuró tras él:

—No corras —le dijo.

Burns ya había metido el rifle en su estuche junto a la silla y estaba atando el saco de dormir en la parte trasera cuando ella lo alcanzó.

—Aquí tienes —le dijo—, es pan.

—Muchas gracias —dijo cogiendo la bolsa y metiéndola en la alforja. Hizo el último nudo para cerrarla y luego fue a llenar su cantimplora. Ella le siguió. El aire era lo bastante frío como para vaporizar sus aientos prestando a sus palabras una vaga, humeante visibilidad.

—Quiero devolverte el dinero —dijo ella.

Burns desenroscó el tapón de la cantimplora, la colocó debajo de la boca de agua y empezó a bombear sin resultados. Jerry cogió un cubo medio lleno de agua y lo echó cuidadosamente en el depósito del surtidor.

—Tienes primero que desatascar esta maldita cosa —Manchas de hielo brillaron a la luz de las estrellas.

—Me olvidé —Movió la manivela arriba y abajo y después de muchos crujidos y gruñidos el surtidor empezó a dar agua, derramándose por la mano del vaquero y sobre la cantimplora.

—No necesito el dinero, lo sabes. De verdad que no...

Ella regresó a la casa:

—Lo traeré.

—Me puedo valer con la munición —dijo al fin—. Y me quedaré sólo con la mitad del dinero —Jerry ya iba por el porche—. No más que eso —dijo él detrás de ella.

Ella entró; Burns giró hacia sus cosas y colocó la cantimplora en un bolsillo de la alforja. Esperó: la yegua empinó las orejas y resopló, pateando la tierra, ansiosa por el amanecer y la cabalgada. Burns miró al este: las montañas parecían más oscuras ahora, la nieve casi azul. Por encima de la cima el cielo se derramaba en olas de verde y amarillo, un rayo de sol ardía más allá del horizonte. Pero hacia el oeste la noche insistía aún, profunda y tachonada con los puntos de hielo azulado de la luz de las estrellas.

Jerry se apresuró en salir y acercarse a él, con la bandolera en las manos.

—De acuerdo, me quedo con la mitad del dinero. Ahora toma.

Él cogió la bandolera sin una palabra y se la metió por la cabeza y alrededor de sus hombros, colgada junto a la guitarra.

—Casi lo olvido —dijo ella—. Quiero arreglarte un poco esa cara.

—Mi cara no tiene arreglo —dijo él tratando de sonreír—. ¿Qué le voy a hacer?

—Ese diente roto te va a traer problemas.

—¿Diente roto?

—Por lo menos podrías dejarme que te limpiara la sangre de la mejilla.

—No es sangre, es la piel. Ya me limpié todo lo que había que limpiar antes de venir aquí.

—¿Dónde?

Él sonrió temerosamente.

—En una acequia.

—Eso me parecía a mí —dijo ella—. Ven dentro, hay agua caliente en el fogón.

Él le dio unas palmaditas a la yegua en la espalda y el caballo se volvió nervioso y le echó el brumoso aliento en la cara.

—Jerry, voy apurado. Whisky y yo tenemos un largo camino que recorrer —Miró a la yegua tontamente—. ¿No es verdad, querida? —dijo palmeando y frotando su espalda brillante.

—No le hagas cariñitos a esa maldita yegua delante de mí —dijo Jerry—. ¿Hay algo más que necesites?

Burns puso una mano en la silla, un pie en el estribo, listo para montar.

—No —dijo, y se paró a pensarlo—. Bueno, no tengo tabaco. Ellos...

—Espera —dijo ella—, sólo un minuto más.

Y corrió tanto como pudo de vuelta a la cocina.

—... me lo quitaron —Concluyó su frase Burns, dirigiéndose a la puerta de la cocina. Volvió a vigilar el horizonte oriental, luego sus estrechos y ansiosos ojos hacia la casa y más allá hacia la carretera que se dirigía a la ciudad.

Jerry salió de la cocina.

—Aquí tienes —dijo con el aliento entrecortado—, aquí, viejo tabaco de pipa de Paul —Le entregó un paquetito de London Dock envuelto en celofán que conservaba la fragancia.

—No tengo una pipa, Jerry —dijo dulcemente—. ¿Podrías conseguirme papel de liar?

—Ya sé, ya sé —dijo ella—. No, no tengo papel, pero hay una pipa que Paul nunca usó —Y le entregó una hermosa pipa de brezo con el tallo delgado—. Sé que no querría perderla —añadió, mientras el vaquero vacilaba—, se la regalé yo por su cumpleaños. Quédatela, Jack, por favor.

—Bueno... vale —dijo—. Te lo agradezco en el alma. Os lo agradezco a ambos. Sólo espero que un tabaco tan elegante no me estropee —Se metió la pipa y el tabaco debajo de la camisa—. Tengo los bolsillos llenos de basura —explicó tímidamente.

—Jack...

—¿Si? —De nuevo se había preparado para montar, el pie en el estribo, dándole la espalda a ella.

—Jack... —Ella se colocó tras él, le pasó la mano por los hombros y él se volvió hacia ella, esperando—. Bésame —dijo ella.

—Quisiera hacerlo —dijo. Pero no se movió—. Quisiera.

—¿Qué temes?

—No lo sé. Nada, supongo —Él la abrazó entonces y la besó, un beso cariñoso y rápido en los labios—. Supongo que —dijo lentamente— me tengo miedo a mí. Eso es todo.

—Entonces los dos le tenemos miedo a lo mismo —dijo Jerry.

—Puede que le pase a todo el mundo.

Jerry le sonrió mientras entrecerraba los ojos. Se las arregló para decir:

—Harías bien en irte ya.

—¿Qué es tan divertido? —dijo él devolviéndole la sonrisa con una mueca incierta, rígida.

—Harías bien en irte ya.

—Sí —dijo—. Lo sé —La soltó, se dio la vuelta y, con algo de cansancio, montó en la silla. Se ajustó la guitarra y la bandolera en la espalda, tiró del ala de su sombrero.

—Adiós Jack.

—Adiós niña —dijo él—. Dile adiós de mi parte a Seth —Le dio la orden a Whisky con las riendas y la yegua se puso cara a las montañas—. Cuida de tu

hombre —dijo él—. Cuando vuelva quiero veros a los dos lejos de aquí —La yegua relinchó y sacudió la cabeza, impaciente y ansiosa por empezar a volar.

—Sí—dijo Jerry—. Eso espero. Dios, eso espero.

—Te veré en un año o así. Puede que antes.

—Sí —dijo ella, tiritaba en el aire afilado, parpadeando los ojos cubiertos de niebla—. Ten cuidado, Jack.

—Adiós —dijo él, y azotó con el cuero a la yegua y el animal empezó a trotar primero y enseguida a galopar alejándose de la casa y del corral, camino de las montañas. Burns aminoró un poco, hasta alcanzar un trote ligero. Jerry se dio la vuelta en la silla y levantó la mano para decir adiós. Débilmente ella sacó una mano de los bolsillos de su cazadora y la sostuvo en alto para que él la viera, pero él ya se había dado la vuelta, se había enderezado en la silla, rumbo al este.

Ella se quedó bajo la aterida luz gris, arrebuyada y fría en su cazadora y su camisón, y miró cómo desaparecía Jack: lo vio en el terraplén que daba a la gran acequia y lo vio desaparecer durante unos minutos en los que siguieron escuchándose los cascos de hierro de Whisky sonando en el puente de madera; luego vio al caballo y al jinete reaparecer en la tierra más alta, más allá de la acequia; las figuras fueron empequeñeciéndose en la distancia, las vio cómo lentamente iban trepando al borde de la meseta y allí, donde ella sabía que había una valla, aunque no podía verla —la luz era tenebrosa y oblicua— vio que el vaquero desmontaba y hacía algo delante de su caballo, y luego volvía a montarse y a cabalgar; los vio, el hombre y su caballo, desvanecerse, fundirse, con las sutiles gradaciones de la luz y la distancia, en un vasto espacio de piedra y arena que se extendía, milla tras milla, hasta las oscuras montañas.

Las condiciones de la luz y el espacio la desconcertaron, embaucándola: sintió que la figura compuesta por hombre y caballo, una sola, podría alejarse de ella reduciendo su magnitud casi completamente pero no desaparecería gracias a su poder para evitarlo. Y con esa momentánea alucinación sintió que

era extremadamente importante detenerlos, como si los límites de su visión fueran una barrera abstracta e imposible que separaba la realidad de la nada.

La alucinación se apagó. Ella miró el resplandor del amanecer y no vio más que sombras. El vaquero ya no estaba. De un álamo cercano a la acequia llegó el canto de un gallo, el graznido de unos cuervos que se acercaban. Jerry se estremeció, urgida por el frío que le castigaba las piernas, así que se puso en marcha y regresó a la cocina. Tenía que traer agua, recordó, para hacerle el desayuno a Seth, envolverle el almuerzo, tenía que fregar platos, un trabajo en la ciudad a las nueve; las cosas por hacer no tenían fin.

12. Oklahoma City, Okla.

Hinton paró a repostar en una estación de diesel a las afueras de la ciudad, en la parte oeste. Entregó su tarjeta de crédito a un operario y luego se dirigió a la vecina puerta del comedor —un establecimiento de chapas de aluminio, pinos en maceta y luces de neón especializado en los ardores de estómago de los camioneros— para tratar de desayunar algo.

Seis y media de la mañana: cerró los ojos ante los remolinos de polvo que llegaban de la autovía, azotándole la cara con partículas de arena. Se sintió mal de todas formas: tenía el estómago vacío, estragado, perforado, los músculos rígidos y doloridos de la lucha mantenida durante toda la noche contra la náusea; la garganta le quemaba y escocía, la boca —hubiera preferido no pensar en eso— estaba seca, la lengua arrugada, cubierta de desconocidos jugos químicos. Trató de no pensar en ellos, entró y se sentó en un reservado entre ventanales.

La arena impulsada por el viento arañaba el cristal que Hinton miraba melancólicamente, viendo los camiones pasar por la carretera: un tren de camiones hacia el oeste rugiendo en la luz amarilla y polvorienta de la primera hora de la mañana, una caravana que parecía no tener fin. Especuló por hacer tiempo en el inmenso gasto de labor humana que representaba aquella cantidad de metales, plástico, cartones y hombres y gimió para sus adentros y el abatimiento se apoderó de él: estaba harto de los negocios, estaba harto de la hartura. Abrió la carta del menú y trató de imaginar un buen desayuno lo suficientemente casero como para sanarle su azotado y cansado estómago.

—Sí, señor —dijo la camarera, uniforme blanco y limpio, inclinada ligeramente hacia él, una tierna y perdonavidas sonrisa (eso le pareció) en la

cara, una expresión meditabunda en sus jóvenes ojos: toda una enfermera ante su primer paciente.

—Hola —dijo él. Por primera vez desde que salió de St. Louis, hacía dos días, sintió que se despertaba lo esencial de su humanidad, un interés —en el caso de esa muchacha no se trataba de algo meramente sexual— por otro ser humano. Se sorprendió a sí mismo mirando aquella cara que no lo deprimía instantáneamente, que no le hacía volverse hacia el hosco, amargo reflejo del rugido de sus entrañas.

—¿Qué le apetece tomar? —dijo la chica. Su pelo era largo y brillante, del color del licor de manzana, y en sus ojos había una danza y un brillo de luz que él no había visto desde ¿hacía cuánto?, ¿seis años?—. ¿Le apetece algún zumo de frutas? —dijo ella, sus dientes eran tan delgados que eran casi transparentes—. Tenemos zumo natural de naranja, señor, lo he hecho yo misma hace unos minutos.

—Conocí a una chica que se te parecía mucho —dijo Hinton—, en Virginia.

—Mis parientes proceden de Indiana, señor.

—No tienes que llamarme señor.

—No, no parece un «señor» —dijo ella, sonriendo.

—No lo soy —Él hizo una pausa y miró el tablero de la mesa: allí estaban sus dos manos, anchas, de dedos cortos, de palmas un poco suaves, las uñas decentemente limpias—. Me tomaré un zumo de naranja —dijo.

—Sí señor —Apuntó el pedido en su pequeña libreta verde; «una novata», pensó él. Nueva: no siempre sería tan inmadura y hermosa como ahora, no lo sería mucho tiempo—. ¿Algo más señor?

Él lanzó un suspiró y miró desdeñosamente el menú. «Una chica como esa», pensó, «tan dulce como una baya silvestre, tenía que haberse criado a la intemperie, no podía haber pasado mucho tiempo dentro de un invernáculo». Repasó el menú:

—Tomaré salchichas y huevos —dijo. Pero de inmediato su estómago reaccionó ante la provocativa imagen de un huevo frito—. No, cambia eso —la chica garabateó, tachó, borró—. Salchichas y tortitas de trigo. ¿Tenéis sirope de arce auténtico? —dijo.

—Sí señor —dijo ella, aunque vaciló—. Creo que sí tenemos.

—Ya sabes, de ese que viene directamente de los arces.

—Creo que sí, señor —Ella miró, verdaderamente preocupada, hacia la cocina, mordiéndose un labio—. Me aseguraré —dijo ella, poniéndose en marcha.

—Espera un momento —dijo él. Ella se detuvo—. No te preocupes por eso, sólo tráeme el que tengas. Confío en ti.

—Sí señor —Y de nuevo sonrió, sonrojándose ligeramente. Él admiró, desde su remoto aislamiento, la utilidad y la delicadeza estructural de sus orejas: receptáculos para las mentiras—. ¿Se encuentra bien, señor? —dijo ella mirándolo fijamente.

—¿Cómo? —El párpado izquierdo estaba temblándole de nuevo, se lo frotó, y aprovechó para frotarse el otro ojo—. Estoy bien —dijo—, me siento estupendamente.

—Sí señor —Se quedó parada un instante, contemplándolo: él la miraba a ella y pensaba que sabía lo que ella estaba pensando: «Qué hombre más gastado, triste, viejo y feo. Pero sólo tengo treinta y cuatro», quiso decir él. Y quiso decir: «He pasado mala noche y algo no anda bien en mis adentros pero provengo de una buena familia de montaña». Por supuesto no dijo nada, y después de ese instante de cuestionamiento la chica se dio la vuelta y se marchó a pedir su desayuno.

Luego de un rato, mientras ella lo miraba desde detrás del mostrador, él trataba de comer. Se bebió sin dificultad el zumo de naranja y se comió la mayor parte de las salchichas —no eran gran cosa pero eran lo suficientemente buenas, a pesar de la prisa y la falta de orgullo con la que fueron cocinadas—, e incluso había empezado con las tortitas. Quería de veras

comerse todo lo que le habían servido, a sabiendas de que la chica no estaba lejos y le observaba como si fuera asunto suyo. Ella no había intervenido en la cocina, no era más que una camarera, él lo sabía perfectamente pero aun así sintió una tan apremiante como oscura obligación de comerse todo lo que ella le había traído, como si se tratase de una responsabilidad moral.

Ella le sirvió café y se lo bebió fácilmente, vertiendo el brebaje casi hirviendo en su arrugado y endurecido gaznate, sin rechistar. Mordisqueó unas tortitas más y se forzó a acabar con la última de las salchichas, y luego se rindió y se dispuso a partir. Consultó la cuenta que ella había dejado en la mesa: el desayuno le costaría un dólar diez, incluyendo impuestos. Le debía a la chica, de acuerdo a sus cálculos y sus costumbres, una propina del once por ciento. Puso una moneda de diez centavos sobre la mesa, lo consideró durante un momento y luego se sacó la cartera del bolsillo y la abrió. Dentro había un grueso fajo de billetes, verdes y grises y crujientes, con ese aroma peculiar y definitivo. Hojeó aquel material, viendo unos cuantos de uno, otros de cinco y muchos de diez. Apartó uno de un dólar y lo deslizó bajo su plato, luego se lo volvió a pensar mirando el dinero. Devolvió el billete de un dólar a su cartera y cogió uno de cinco y lo colocó debajo del plato, cuidadosamente, y por fin, rápidamente, se dirigió a la caja del mostrador. El cocinero estaba esperando; Hinton miró de nuevo a la chica y la vio en un reservado, los pies separados y firmes en el suelo, la parte superior de su cuerpo ligeramente inclinada hacia la cara calva y costrosa de otro cliente. Hinton pagó, cogió su cambio y salió sin volver la vista atrás.

Tercera parte

EL SHERIFF

El sheriff era un hombre honrado...

La habitación grande tenía los siguientes objetos: [1] En la pared, un retrato fotográfico de Harry S. Truman, enmarcado en plástico y protegido del polvo asesino con una lámina de vidrio; tenía buen aspecto, sanamente coloreado: los ojos azul Missouri miraban con seriedad y esperanza plena al futuro, los cachetes rosados mantenidos en forma por tres comidas diarias, el cuello rosa engrosado suavemente desde el inmaculado cuello de la camisa; [2] Archivadores, sillas, teléfonos, un ventilador eléctrico, perchas y bastidores para sombreros; [3] Un estante de armas con candado que contenía dos escopetas recortadas, cuatro rifles automáticos Browning, cuatro ametralladoras Thompson y dos pistolas de gases lacrimógenos; [4] Un aparato receptor-transmisor de radio de onda corta junto con su operador; [5] Un escritorio inmenso y feo lleno de papeles, cajas, calendarios, dos teléfonos, un burro de marfil, secantes, tinta, plumas, piedras, manchas de café, huellas dactilares y araños de botas; [6] Detrás del escritorio, el cuerpo grande de doscientas libras del pasivo y sedentario y relajado Morlin Johnson, sheriff electo del Condado de Bernal, Nuevo México. El sheriff Johnson sostenía un paquete de chicles en su mano derecha. El hombre encargado de la radio dio media vuelta en su silla, se quitó los cascos de las orejas —las luces rojas y ámbar parpadeaban irritantes en el panel— y le dijo al sheriff Johnson:

—Dice Gutiérrez que debieron fugarse en algún momento entre las tres y las cinco y media de la mañana.

Johnson le quitó el envoltorio a uno de los chicles:

—¿Cuándo?

—Entre las tres y las cinco y media.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —El operador de radio se encogió de hombros—. ¿Cómo diablos iba yo...? —Luego de decirlo se sonrió para sí mismo—. Vaya cojones, Morey —dijo.

Johnson se metió la lámina de chicle entre los dientes y empezó a mascarla mecánicamente como el tablero de cotizaciones marcando la cinta en blanco.

Rumió durante mucho rato de manera sobria, cómoda, hasta que por fin dijo:

—Debía hacer bastante frío a esa hora de la mañana —Sacó una segunda lámina de chicle del paquete, le quitó el envoltorio y la introdujo en su máquina mascadora—. Te has ocupado de los trámites de rutina, claro.

—Sí, Gutiérrez lo hizo en cuanto descubrió que los prisioneros se habían escapado.

—Gutiérrez —dijo Johnson—, Gutiérrez... —Su boca se apretó después de pronunciar ese nombre—. Ese amasijo de músculos cortito de luces... —murmuró. Sin mirarle se dirigió al operador de nuevo—: ¿Avisó a la policía municipal?

—Sí.

—Y a la policía estatal y la policía militar y a los policías en reserva y a todos los demás?

—Por descontado.

—Muy bien... —dijo Johnson masticando su bola de chicle. Deslizó una mano abajo, a la parte frontal de sus anchos pantalones y se rascó el vello púbico—. ¿Dos navajos y un blanco, eh?

—Así es.

—¿Y van los tres juntos?

—No saben si sí o si no.

—¿Ha interrogado Gutiérrez a los demás hombres de la celda?

—Claro. No sabían nada.

—Gutiérrez los habrá asado, ¿no?

—Seguro.

Johnson gruñó y frunció el ceño mirando la figurita de marfil del burro que había en su escritorio. El burro estaba flanqueado por un par de teléfonos de un lado y por el otro un calendario de chicas de la revista *Esquire*. Hizo rodar el chicle en su boca y se rascó un sobaco:

—¿No ha ido nadie por café todavía?

—Han ido Glynn y Herrera.

—¿Los dos? Supongo que un hombre para traer el café y otro hombre para vigilar.

El operador de radio sonrió débilmente.

—Sí, no lo sé, supongo que sí, no lo sé.

—¿Cómo voy a mantener este trabajo con esos chicos tuyos comportándose así, siempre en los billares o en el café?

—Bueno, mierda, Morey —dijo el operador—, ¿acaso no votamos todos por ti? ¿No votó por ti mi abuela incluso cuando llevaba ya dos años enterrada?

—Vale, sí —dijo Johnson—, déjame pensar. Estoy tratando de concentrarme

—Desenvolvió una tercera lámina de chicle y se la echó a la roja boca y luego se rascó la nuca, el cuero cabelludo; miró la mierdecilla bajo sus uñas.

—¿Qué me puedes decir de los prisioneros fugados?

—Bien —dijo el operador, barajó un poco los papeles que había en su mesa—. Aquí están: dos navajos, primos, de nombres Reed y Hoe Watahomagie, con domicilio en Tuba City, Arizona, de ocupación ganaderos, acusados de estar borrachos y de desorden público con acoso a una mujer

blanca en el autobús, Mrs. Florabel Minnebaugh, cincuenta y dos años. Condenados.

—¿Menopausia?

—Minnebaugh. Acusados a noventa días, cumplieron seis días antes de escaparse. Descripción física: Reed W., treinta años, cinco pies diez de altura, ciento cuarenta y cinco libras de peso, pelo negro, ojos marrones...

—Ya, ya sé —dijo Johnson—. Navajos. Vamos con el colega blanco.

—De acuerdo. John W. Burns, sin dirección, de ocupación guardador de rebaños, acusado de estar borracho y de desorden público y resistencia a la autoridad, además se ha procedido a investigársele por sospechas de haber cometido deserción, cumplió un día antes de escapar. Descripción física: veintinueve años, seis pies con dos de estatura, ciento setenta libras de peso, pelo negro, ojos grises, complexión oscura, nariz ligeramente desviada probablemente como consecuencia de una herida antigua.

—Ya, ese tipo de chico —dijo el sheriff. Reajustó su cuerpo en la crujiente silla giratoria, abrió un cajón bajo del escritorio y colocó una de sus botas encima. Mascaba su bola de chicle—. ¿Deserción...? —Estuvo mascándolo un momento—. Dale un toque a la oficina del FBI, mira a ver si tienen un dossier sobre ese personaje —El operador se giró hacia su aparato de radio. Johnson dijo:

—¿Tiene alguno de esos chicos antecedentes?

El operador buscó en su informe:

—No en este estado —dijo.

—Muy bien —Johnson se balanceó en la silla y se puso en pie—. Haz esa llamada —dijo—, volveré enseguida.

Abrió una puerta en la que había un letrero de «PRIVADO», se metió dentro, cerró y echó el pestillo. Eructó a gusto, se sorbió los mocos, se desabrochó el cinturón, se desabotonó el pantalón y se lo bajó para sentarse en el váter.

Esperó, mascando su chicle, tomando aire a través de su boca relajada. Levantó los ojos hacia el calendario que colgaba en la pared.

Cuando regresó a la oficina encontró al operador mojando una rosquilla de nueces en una taza de café; junto a él estaba el oficial Floyd Glynn con su uniforme caqui, pistola y placa identificativa. Había café negro y una rosquilla en su escritorio, esperándole, y el auricular de su teléfono privado estaba fuera de la horquilla.

—Barker quiere hablar contigo —dijo el operador.

Johnson se sentó, escupió su bola de chile en la papelera, tomó un sorbo de café y cogió el teléfono:

—Johnson al aparato —dijo.

La máquina bufó en su oreja:

—Mira Morey —dijo—, ya estamos en ello. He estado en la Oficina Federal esta mañana: la FHA [\(5\)](#) va a avalar el préstamo. Así que podemos tirar adelante: tengo tres subdivisiones formadas en la parte norte del Boulevard Minolas —La máquina hizo una pausa y hubo un silencio sólo estropeado por una interferencia débil y metálica—. ¿Morey? —dijo.

—¿Sí?

—¿Todavía estás interesado, no?

—Claro, supongo que sí. Sólo que no entiendo lo de la FHA.

—Escucha, sueco tonto, la FHA garantiza el préstamo. Es así de simple: cogemos el dinero del banco, buscamos al contratista y construimos, le pagamos al contratista y nos quedamos con la diferencia entre el coste y el monto total del préstamo y nos hacemos un viajito a la Riviera.

—Tendremos que devolverlo todo, ¿no es así?

—Seguro que sí, tenemos veinte años para devolverlo.

—Bueno... ¿de dónde viene?

—Del alquiler, granjero idiota. Los inquilinos lo pagan. La FHA fija el precio del alquiler, dependiendo del tipo de apartamento, y permite un extra cada año para los plazos del préstamo más un siete por ciento neto.

Johnson no respondió, la máquina dijo:

—Mira, Morey, quedemos para comer y te lo explicaré todo. Con fotos.

—Hoy estoy muy liado...

—Eso está bien, pero es que esto es importante y de todas maneras tendrás que comer, ¿o no?

Johnson vaciló.

—De acuerdo, de acuerdo. Nos vemos entonces.

—¿Mismo sitio, misma hora? —dijo la máquina.

—Sí... Hasta luego, Bob —Johnson colgó. Bebió un poco de café y le dio un buen pellizco a su rosquilla de nueces; el operador de radio y el oficial Flynn lo observaban.

—¿Qué habéis descubierto? —dijo Johnson, mirando el papel secante del escritorio, los carrillos hinchados, un hilo de café bajándole por la barbilla. Soltó la rosquilla y se rascó el interior de su muslo izquierdo.

—Al FBI le interesa ese tal Burns —dijo el operador, cogió una hojilla y leyó—: John W. Burns, Socorro, Nuevo México.

—¿Socorro?

—Eso es lo que pone aquí.

—Creía que no tenía dirección.

—Dijeron Socorro.

—Vale, sigue.

El operador leyó:

—John W. Burns, Socorro, Nuevo México. Nacido en 1920, Joplin, Missouri. Se trasladó en 1932 a la residencia de Henry Vogelin, ganadero, R.D. #3, Socorro, Nuevo México. Reclutado en Socorro, 15 de marzo de 1942. Pasó 5 meses en el Centro de Entrenamiento Disciplinario del Ejército de los Estados Unidos en Pisa, Italia, por golpear a un oficial superior, 22 de abril de 1944.

—¿Qué sucedió entre marzo de 1942 y abril de 1944?

—No lo dicen —el operador siguió—. Herido en combate, 4 de noviembre de 1944, licenciado el 10 de febrero de 1945 en Fort Dix, Nueva Jersey.

—¿Y qué busca el FBI? —dijo Johnson. Colocó el pie otra vez encima del cajón de la mesa.

—¿Cómo puedo yo saberlo? —dijo el operador—. No lo dicen.

—De acuerdo —Johnson le quitó el envoltorio a otra lámina de chicle—. ¿Qué más? ¿Eso es todo?

—Hay más —el operador leyó—: Admitido en la Universidad Pública de Duke City, Nuevo México el 15 de septiembre de 1945. Se sabe que acudió a reuniones secretas de un así intitulado grupo anarquista.

—¿Un no-sé-qué qué qué?

—Un así llamado grupo anarquista —el operador hizo una pausa.

—¿Qué es eso? —dijo el oficial Glynn.

El operador miró al sheriff Johnson. Johnson no dijo nada. El operador dijo:

—No lo sé. Están contra el gobierno, eso es todo lo que sé.

—¿Son peores que los comunistas?

—Supongo.

—Tienen los ojos rojos y tiran bombas —dijo el sheriff Johnson. Se desperezó y se rascó las costillas—. Lee —dijo.

El operador leyó:

—En marzo de 1946 fue uno de los cinco firmantes de documentos enviados a la revista de la Universidad llamando a la así llamada Desobediencia Civil al Servicio Discrecional Obligatorio y otras actividades federales. Dejó la Universidad sin terminar en el otoño de 1946. Subsecuentes actividades y paraderos desconocidos. No se registró para el Servicio Obligatorio como se le exigía en septiembre de 1948. El FBI busca a este hombre para interrogarlo — El operador se detuvo, bebió el último sorbo de café que quedaba en su taza. Eso es todo —dijo—. No les alegró demasiado enterarse de que se escapó esta noche pasada.

—Me figuro que no —dijo Johnson en voz baja. Mascó su chicle, los ojos medio cerrados, mirando a ninguna parte—. ¿Quién más firmó el así llamado documento? —dijo.

—No lo sé. No lo pregunté y no me lo dijeron.

—Habrá que descubrirlo —Johnson se echó hacia atrás en su silla, se rascó el ombligo, mientras el operador se bajaba los cascós y se ocupó en el tablero. El teléfono interno de su escritorio sonó; lentamente lo descolgó:

—Sí.

Su secretaria le dijo:

—Es Mrs. Johnson, señor.

Él resopló.

—De acuerdo, pásemela.

Hubo un pequeño crujido en el receptor, luego una aguda voz femenina de periquito disparándole:

—¿Morlin? ¿Estás ahí, Morlin?

—Aquí estoy —Comprimió los labios y tiró el chicle violentamente a la papelera; la bola golpeó contra el borde de metal y cayó dentro entre cartas inútiles, colillas de cigarrillos, cenizas, viejas bolitas de chicle, vasos de papel arrugados—. ¿Quéquieres?

—No suenas bien —dijo su esposa—. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que recojas a Elinor del colegio. Se queda hasta tarde.

—¿Por qué?

—Ella actúa en una obra y tienen ensayo después de las clases. Recógela a las cinco y media.

—¿Por qué no puede volver en autobús?

—¿Por qué tendría que hacerlo? No tienes que desviarte apenas para recogerla. Y con todos esos anarquistas y esos indios maníacos sexuales que andan sueltos por ahí.

—¿Maníacos sexuales?

—Sí. Y otra cosa: Necesito un alargador.

—¿Un qué?

—Un alargador. Ya sabes. Compra uno de camino a casa.

—De acuerdo.

—Morlin, ¿no te olvidarás, verdad? Recuerda: Elinor, cinco y media, colegio, alargador. Repítelo.

—Sí, Elinor, cinco y media, colegio, alargador, adiós —Johnson colgó, murmurando gravemente. El teléfono sonó otra vez—. ¡Jesús! —Descolgó—. ¿Sí?

—Mrs. Johnson está todavía en línea, señor. Ella...

—No estoy aquí —Colgó el auricular maldiciendo. Después de esa interrupción, desenvolvió otra lámina de chicle, lanzó el envoltorio a la papelera y falló, transcurrieron varios minutos antes de que pudiera recobrar su placidez habitual. Murmuraba y gruñía, calmándose por fin hasta alcanzar un estado de letargo sombrío, rascándose apáticamente el vientre.

—¿Morey? —El operador de radio se estaba dirigiendo a él—. Eh, Morey...

Levantó la cabeza y miró al operador. El operador le observaba:

—Aquí está el documento de esa mierda de asunto —dijo con el cuaderno en su mano. Johnson no dijo nada:

—¿Quieres oírlo?

Johnson asintió y volvió la cabeza hacia el escritorio, las mandíbulas triturando poderosamente la goma de mascar.

Mientras el oficial Glynn hojeaba un viejo tebeo y el sheriff, hundido y relajado en su silla giratoria, no ofrecía signo alguno de atención, el operador leyó su informe:

—El documento en cuestión lleva cinco firmas, a saber: Paul M. Bondi, Jack Burns, H. D. Thoreau, P. B. Shelley, Emiliano Zapata. Las últimas tres firmas son aparentemente ficticias, pues no hay estudiantes con esos nombres que se matriculasen en la Universidad.

Johnson sonrió débilmente, se echo hacia delante e hizo un ligero ajuste en la posición del burro de marfil.

—Por lo tanto todo el asunto recae en el tal Paul M. Bondi —siguió el operador—. Paul M. Bondi, parcela 424, R.D. 4, Duke City, Nuevo México. Nacido en 1924 en Montclair, Nueva Jersey, hijo de Lewis P.

—Cojámoslo —dijo Johnson.

—¿Cojámoslo? —dijo el operador—. ¿A quién?

—Al tal Paul M. Bondi.

El operador sonrió:

—Bueno, joder, Morey, el caso es que ya lo cogimos. Está en la cárcel del condado en estos momentos. Era uno de los tipos a los que Gutiérrez se trabajó esta mañana. Estaba en la misma celda que Burns y los dos navajos cuando se najaron.

—¿Gutiérrez qué?

El operador vaciló:

—Quiero decir que es uno de los tipos a los que Gutiérrez interrogó esta mañana.

—¿Qué estaba haciendo Gutiérrez allí esta mañana? Se suponía que su horario es de cuatro de la tarde a doce de la noche. ¿Dónde estaba Kirk? —Johnson se rascó el lateral del cuello, tan flojo en esta ocasión.

—No lo sé, Morey.

—Voy a tener que hablar con ese colega —dijo Johnson. Estuvo tonteando un rato con el burro de marfil—. ¿Qué ha averiguado?

—Ya te lo dije: nada —El operador esperó en su silla—. ¿Quieres que les diga que me traigan a Bondi? —preguntó.

Johnson se echó hacia atrás más aún en su silla chirriante, colocó sus pulgares sobre su cinturón, dejó caer la cabeza descuidadamente y cerró los ojos. Durante dos o tres minutos de silencio permaneció en esta artificial pero satisfactoria posición. Por fin dijo:

—¿Y esa dirección suya es válida?

—¿Qué dirección?

—La de ese colega, Paul M. como-se-llame.

—Lo comprobaré —El operador fue al armario de ficheros, abrió un cajón y fue a buscar al índice de carpetas. Johnson esperó, rascándose pacientemente una oreja—. Sí —dijo el operador—. Paul M. Bondi, parcela 424, R.D. 4, Duke City. Esa es la dirección que dio cuando fue arrestado.

Johnson se echó atrás en la silla, con un gruñido, se impulsó y se levantó de la silla. Jugueteó con el burro de marfil, y luego se dirigió lentamente a la ventana y echó un vistazo fuera. Un periódico arrugado se levantaba en el aire, caía, se estrellaba contra el suelo como un moribundo, deslizándose en la calle

empujado por un remolino de viento, tierra y polvo. Las montañas se podían ver aún más allá de la ciudad, pero de una forma vaga y remota, separadas de la tierra, flotando sobre una franja de niebla amarilla.

«Otro sucio día», pensó Johnson. Miró a un perro —pequeño, tiznado, callejero—, que subía trotando la escalinata del juzgado, subió una pierna y orinó sobre un matorral municipal. Johnson lo vio husmear afanosamente en el rocío de su propia orina sobre las hojas, luego se volvió y realizó un segundo pase.

«Buen chico», se dijo Johnson, «buen chico». El perro empezó a trotar por la calle bajo la ventana del sheriff con un aire honesto y decidido, su pelo raído encrespándose contra el viento. «Me importa un rábano», pensó Johnson, «no me importa una mierda». Le vio desaparecer en la esquina, dirigiéndose al sur hacia México.

Se volvió al oficial Glynn y le dijo:

—Deja ese tebeo, Floyd, y ponte en marcha. Quiero que vayas al 424, R.D. 4 y mires a ver qué puedes encontrar.

Glynn se quejó:

—Dentro de nada será hora de almorzar, Morey.

—Así es. Te has estado escaqueando toda la mañana, así que ve allí y cuando llegues me avisas por radio. ¿Sabes cómo llegar?

—Claro, Morey, lo sé. ¿Quién me va a acompañar?

—El amor de Dios te acompañará. Ahora corre.

Glynn se fue. El teléfono privado sonó y Johnson contestó:

—Johnson al habla.

—Hola, Morey, soy Ed.

—¿Ed?

—Ed Kimball.

—Oh, ¿cómo estás Ed?

—Bien, Morey. Oye, nos estábamos preguntando si el próximo sábado por la tarde te podrías pasar por Lead Hill. El Club Democrático organiza un picnic y un baile benéfico para la Asociación para la Asistencia Social de los Mineros. Nos gustaría que hubiese allí alguien en representación del Comité del Condado. ¿Irías y darías un breve discurso?

—No quiero dar más discursos.

—Tenemos que mandar a alguien Morey, y tú eres el único del Comité que libra ese día.

—¿Por qué no vas tú?

—Porque tengo que ir a Santa Fe y no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo.

—¿No puedes contar con nadie más?

—Mira, Morey, ya te lo he dicho...

—Vale, vale, iré. ¿Qué quieras que diga en el discurso?

—Me da igual. Cualquier cosa menos Truman —Hubo una larga pausa, luego la voz en el teléfono dijo, suavemente—: ¿Morey? -¿Sí...?

—Tenemos una pequeña timba de poker el viernes por la noche.

—¿Va a ir Cox?

—No.

—Allí estaré —Johnson colgó. De nuevo un momento de meditación: desenvolvió más chicles y los arrojó a su boca para mantener sus mandíbulas significativamente ocupadas, se frotó las rodillas, en el escritorio pasó hacia delante la página de octubre de su calendario ilustrado y echó un vistazo a noviembre —pechos exagerados sin que se viera nada que los sujetara, sonrisa afectada y comercial, y unas piernas muy largas que se perdían en ninguna parte—... Dejó caer la página. Había otro calendario en el escritorio, del tipo

memorando: pasó las hojas hasta llegar al sábado, sacó del bolsillo de su chaqueta su lápiz automático —semiautomático— y anotó: Lead Hill.

Fuera, en la calle, un coche petardeó, hubo otro espasmo de viento azotando el aire con metralla de polvo como lluvia contra el cristal de una ventana.

—Va a ser otro día polvoriento —dijo el operador de radio.

—Hay alguien tratando de comunicarse contigo —dijo Johnson. Una lucecita roja parpadeaba en el panel de control del aparato de radio. El operador se puso uno de los cascos sobre la oreja y le dio a un interruptor del panel, colocó la boca sobre el pesado micrófono de su mesa y dijo:

—CS-1, aquí CS-1. Adelante CS-4.

—El altavoz —dijo Johnson.

El operador le dio a un segundo interruptor y la pantalla negra del receptor empezó a carraspear y hacer ruidos.

—Aquí Glynn —dijo el aparato—. ¿Dónde demonios está R.D. 4? Repito, ¿dónde demonios está R.D. 4? Cambio.

—Déjame hablar con él —dijo Johnson, mientras el operador vacilaba. Se levantó de la silla, se dirigió al aparato de radio y cogió el micrófono por la base como si estuviese estrangulando a un pollo—. Este Glynn... —murmuró—, es tan idiota que no sabe si Cristo murió crucificado o lo pateó una mula —Le gritó entonces al micrófono—: Aquí Johnson. ¿Dónde te encuentras ahora, Floyd? ¿Me oyes? ¿Dónde te encuentras? Cambio.

—Estoy en la Carretera Norte de Guadalupe —dijo el altavoz—, Norte Guadalupe. Cambio.

—Oye, Floyd: ve al norte hasta Coral Street, luego al este hasta la Highland Road. Coge la Highland Road al norte. ¿Entiendes? Cuando pases los límites de la ciudad empieza a mirar los números de los buzones hasta que des con el 424. ¿Me captas? Repite lo que te he dicho. Cambio.

La voz del aparato dijo:

—Vale, Morey, te capto. Norte hasta Coral Street, este hasta Highland Road, norte por la Highland hasta el 424. ¿Es eso? Cambio.

—Eso es, así de simple. Ahora ve allá. Cambio y cierro.

Johnson regresó a su escritorio y volvió a sentarse, rascándose el sobaco.

—¿Notificaste a Socorro? —le dijo al operador.

—¿Socorro?

—Envíales la información sobre ese tal Burns, diles que puede que se acerque por allí —Johnson se lo pensó un momento—. Diles que busquen al señor Henry Vogelin esta tarde. Explícales por qué.

—Vale, Morey —El operador se lo apuntó en su cuaderno.

Johnson puso el pie sobre el cajón del escritorio y se concedió unos cinco minutos de completa relajación. Luego, desdeñosamente, sin el más mínimo interés, revisó el correo de la mañana. Había una carta de la Asociación Nacional de Sheriffs que contenía una invitación a una convención nacional de sheriffs de condado en Orlando, Florida. Además, un nostálgico recordatorio al sheriff Johnson por llevar cuatro años cumpliendo con sus obligaciones; Johnson arrojó la carta a la papelera. Una carta de la Compañía de Equipamiento de Prisiones de Providence anunciando un nuevo dispositivo revolucionario para la inmediata detección de cualquier intento de fuga: se trataba de un sismógrafo electrónico que, cuando se instalaba apropiadamente, registraba, medía y delataba, con las alarmas precisas y efectos lumínicos, cualquier intento de forzar cualquiera de las partes metálicas de la estructura de una celda normal o cualquier intento de forzar el propio aparato sismógrafo; todo a un precio que cualquier comunidad progresista podía permitirse: 795 dólares más costes de envío. Johnson tiró la carta a la papelera. También había cartas de ciudadanos, la mayoría sin firmar, con acusaciones particulares y sospechas contra vecinos —una esposa golpeada, niños que se morían de hambre, disturbios que rompían la paz vecinal—. Entre otras cartas anónimas había una compuesta con letras de periódico pegadas en papel de estraza en un tembloroso pero inequívoco inglés: «YO SOY QUIEN IR A MATAR A TI SHERIFF JOHNSON». Johnson examinó

el sobre de esa comunicación, vio que el remite había sido compuesto con la misma técnica que el mensaje, buscó el sello, pero no había sello.

Esa carta y las quejas que habían sido firmadas las metió en una caja con papeles y cartas destinada al escritorio del oficial del sheriff, Richard Hernández. Su correspondencia oficial —peticiones, informes y exámenes de los funcionarios del estado y el condado, todo eso— la metió en un cajón que contenía un montón de cartas varias, una cantimplora del Servicio Forestal de los Estados Unidos, una caja de doce cartuchos de escopeta, un par de zapatillas de tenis sucias en cuyo interior estaban los sucios calcetines, una Smith & Wesson del calibre 38 con cinturón y cartuchera, unos envoltorios de chicle, corazones de manzana, fotografías recortadas de revistas, migajas, peniques y tierra. Johnson se echó hacia atrás, cerrando los ojos y enlazando los dedos de sus manos tras su cabeza.

El teléfono del despacho sonó. Lo dejó sonar una segunda vez y luego se incorporó y lo cogió.

—¿Sí? —dijo.

La voz de su secretaria en la oficina de al lado:

—Mr. Hassler quisiera verle, señor.

Johnson tosió y lentamente fue resbalando en su silla, volviendo la cara hacia la pared:

—Estoy ocupado —dijo—, no le deje entrar.

La puerta se abrió y un joven se coló en la oficina sin apenas hacer ruido:

—¿Qué pasa, Morey? —dijo—. ¿Guardas algún secreto? —Llevaba un traje discreto, gafas de concha y tenía una tez del color del hígado frito.

—Sólo te molestaré un momento. También yo tengo vida, ya sabes.

Entró y se sentó en una esquina del escritorio del sheriff apartando la caja de asuntos pendientes. Johnson no varió su posición desdenosa, los ojos medio cerrados apuntando a la pared.

—Sobre esos tres bromistas que salieron a pasear de tu cárcel esta mañana —empezó Hassler—, ¿puedes confirmarme que uno de ellos es anarquista?

Johnson soltó un gruñido.

—No salieron a pasear, se curraron la fuga —dijo.

—Es verdad —dijo Hassler—, ¿esos dos indios son violadores, no?

—No. ¿Qué alma caritativa te ha dicho una cosa así?

—Atacaron a una mujer en el autobús.

—No atacaron a nadie. Estaban borrachos y le hicieron a la anciana señora una proposición.

—¿Una proposición indecente?

—Sí, dada su edad, sí.

Hassler garabateó abreviaturas en su cuaderno.

—En cuanto al tal Burns —dijo—, ¿qué tipo de anarquista es?

—¿Cuántos tipos de anarquistas hay? —dijo Johnson.

—¿Es cierto que pertenecía a una sociedad secreta anarquista de la Universidad Pública?

—No tengo idea de si es cierto o no.

—El FBI dice que sí.

—Sería mejor que lo contrastes con ellos antes de publicarlo.

—¿Y qué me dices de ese manifiesto defendiendo la desobediencia civil?
¿Lo firmó Burns?

—¿Quién te ha dicho eso?

Hassler sonrió.

—Lo he supuesto —dijo—. Burns lo firmó, ¿verdad?

—Eso parece —dijo Johnson, todavía mirando a la pared. Procedió a quitarle el envoltorio a otra lámina de chicle mientras Hassler añadía unas líneas a sus anotaciones.

—¿Cree que son peligrosos esos tres hombres, sheriff?

—No.

—¿Cree que tendrá dificultades para capturarlos?

—No.

—¿Dónde cree que pueden esconderse?

—En Nuevo México —Johnson se metió el chicle en la boca y empezó a mascar.

Hassler sonrió de nuevo. Luego dijo:

—¿Es verdad que ese tal Burns es todo un personaje?

—No me lo han presentado nunca.

—Quiero decir, que es más bien del tipo... ¿excéntrico? ¿Raro? ¿Insólito?

—No sé nada sobre él.

—Por ejemplo —dijo Hassler—, hemos sabido que allá donde vaya siempre va a caballo, que no tiene coche, que va a caballo siempre a todas partes.

Johnson dejó de mascar un momento, y después de una pausa dijo:

—¿Quién te ha dicho eso?

Hassler se echó a reír:

—Te lo he dicho, Morey: telepatía. Tengo poderes. ¿O no es verdad lo que he dicho?

Johnson se quedó en silencio. Después de un rato dijo:

—No puedo entender por qué tenéis tanta curiosidad por ese tal Burns, hasta donde yo sé no es más que otro vaquero atontado de las veces que se ha golpeado la cabeza.

—¿Por qué? —dijo Hassler, cerró su cuaderno y se puso en pie. Sonrió—: Es interés humano —dijo. Y luego se fue.

Johnson se quedó mirando la pared unos minutos, sombrío y laborioso en sus reflexiones. Por fin se dio la vuelta y se dirigió al operador de radio, que estaba leyendo el tebeo de Glynn. Johnson se pellizcó pensativamente la nariz y se le escapó un leve eructo. El operador lo miró:

—¿Hay caballerizas en esta ciudad? —preguntó Johnson.

—¿Caballerizas? —dijo el operador; llevó lentamente su mirada de la figura de Johnson a la ventana—. Caballerizas...

—Si quisieras llevar a un caballo a que pasara la noche, ¿qué harías con él?

—Si quisiera dejar un caballo en alguna parte, sencillamente lo dejaría —dijo el operador—. No soporto a las bestias —Vio a Johnson que empezó a fruncir el ceño y agregó—: No lo sé, Morey... Supongo que lo llevaría a algún establo.

—De acuerdo —dijo Johnson—. Llama a todos los establos de la ciudad y las cercanías, y averigua si alguien dejó un caballo allí y si pueden dar cualquier detalle de cómo era.

—De acuerdo, Morey —El operador se puso manos a la obra descolgando el teléfono.

Johnson se quedó hechizado mascando su chicle, rascándose el vientre, luego se levantó y se metió en su cuarto de baño privado y orinó. Empezaba a sentir hambre, después de que se abotonaba y de que tratara de subirse los pantalones hasta lo que una vez fue la línea de su cintura —se le bajaron enseguida—, consultó su viejo reloj de bolsillo: las tres y veinte. Gruñó y se lo acercó al oído y comprobó que se había quedado parado. Cerró el reloj y lo devolvió al bolsillo de su chaleco. Después se lavó las manos con agua fría y se pasó los dedos por el pelo gris tratando de peinarlos, ineffectivamente. No

encontró el peine de bolsillo que su hija le había regalado dos días antes o uno que su mujer le había dado unos cuantos días atrás. Se rascó brevemente entre las nalgas y salió.

—He llamado a cuatro sitios —dijo el operador—. A todos los sitios que he encontrado en la guía de teléfono. Cuatro sitios contando el recinto ferial. Nadie se ha hecho cargo de ningún caballo de alguien que no fuera cliente habitual esta semana. En uno de esos sitios me han dicho que mire en Buddy Mack, más allá del Cañón, así que he llamado a Mack y me han dicho que un hombre dejó dos caballos en sus establos hace tres días y los recogió esta mañana.

Johnson estaba parado ante la ventana viendo cómo el viento levantaba arena y trozos de papel, hacía girar remolinos, levantaba faldas.

—¿Dos caballos? —dijo.

—Sí, caballos Tennessee de paseo, me ha dicho Mack.

—¿Cómo era el hombre?

—Mack me ha dicho que parecía que lo habían aserrado por los extremos y se expandía todo por el centro, como si fuera una pony embarazada. Tenía un bigote pelirrojo.

Johnson no dijo nada, siguió mirando fuera por la ventana. El operador, confiando en que la información sirviera para algo, continuó:

—Llevaba camisa tipo polo, pantalones cortos, calcetines subidos hasta las rodillas y una boina con una borla roja arriba. Cargó a sus caballos en un tráiler de aluminio enganchado a un Cadillac verde con matrícula de California. Mack me ha dicho que puso rumbo al río Mississippi.

—¿Y no te ha dicho Mack nada acerca de lo que bebió anoche?

—No, de eso no dijo nada —El operador sonrió—. Pero sí dijo que ahora recordaba que ese colega tenía un aire siniestro y que no quisiera por nada del mundo que se asociara a esos dos caballos con los caballos de Mack. Y ha fumigado sus establos antes de meter a sus caballos dentro. Y que tiene a su

propio negro con él para cepillar a sus caballos y limpiarles la mierda. Mack me ha dicho que el negro habla con acento de Oxford y calza zapatos de cuatro números menos.

Johnson permaneció atento a las escenas que el viento producía en la calle, y allí estuvo un rato largo, en silencio, rascándose de vez en cuando. El reloj en la ventana de la tienda de Koeber señalaba las doce menos cuarto.

—¿Sabemos algo de Glynn? —dijo Johnson mirando por la ventana.

El operador bajó el tebeo.

—Ni una palabra —dijo—. Debe haberse parado en algún bar a preguntar.

Johnson subió la hoja de la ventana, escupió su bola de chicle al seto de abajo, cerró la ventana, avanzó hasta el perchero y cogió su sombrero Stetson del color del polvo.

—Volveré en una hora —dijo—. Si Glynn llama mientras estoy fuera dile que se quede allá donde esté hasta que yo vuelva. A menos que haya dado con nuestro hombre.

—Vale, Morey —dijo el operador lanzándose sobre el paquete que contenía su almuerzo.

—Dile que no moleste a nadie hasta que yo le diga que puede hacerlo.

—Claro, Morey —dijo el operador empezando a quitarle el papel encerado que envolvía su sándwich con jamón y queso suizo. Cuando la puerta se cerró tras el sheriff Johnson, el operador extendió el tebeo en sus rodillas y empezó a comer. El título del tebeo era *RELATOS DE CRÍMENES REALES*.

Johnson no volvió en una hora —tardó casi dos horas en regresar—. Llegó lentamente a la oficina, dejó su sombrero en la percha sin mirar y, tan pesadamente como una barcaza abandonada, se abrió camino a través de la habitación hasta su fondeadero, detrás del escritorio.

Allí se quedó, hundido en sus pensamientos, obscurecido por la solemne atmósfera que rodea a un hombre comprometido en una introspección prolongada, difícil y crucial. El operador de radio, cuyos gestos revelaban signos de una moderada agitación interna, y que obviamente tenía noticias, prefirió no interrumpir al sheriff. Pero después de que pasaran unos minutos, Johnson levantó su pesada cabeza y repentinamente disparó una pregunta al operador:

—¿Y bien?

El operador casi se estremeció.

—Se trata de Floyd —dijo—. Cree que está en la pista de algo.

—Ponme con él —Johnson se levantó lentamente de su silla y atravesó hasta el lugar de la radio. El operador, con los cascos en su sitio, le dio a un interruptor y habló al micrófono—: CS-1 Llamando CS-4. CS-1 Llamando CS-4. Adelante CS-4. Cambio.

Accionó el interruptor del altavoz.

La pantalla negra vibró y del interior de los altavoces emergió la voz, extrañamente trasmutada, del oficial Glynn:

—Aquí CS-4, aquí CS-4. ¿Cuándo cojones voy a poder irme a almorzar? Estoy harto de brevas. ¿Dónde está Johnson? Cambio.

Johnson cogió el micrófono.

—Floyd —dijo—, aquí Johnson. ¿Dónde estás y qué has descubierto? Cambio.

La voz en el altavoz:

—¿Eres tú, Morey? Qué hay. Estoy en lo de Paul M. Bondi. Aparcado en su patio. No hay nadie por aquí pero la casa no está ni cerrada. La he registrado. Parece como que viven aquí una mujer y un niño, que digo yo que serán la mujer y el niño de Bondi. Ni rastro del vaquero en la casa, excepto tres platos sucios en el fregadero y tres tenedores y dos tazas y un vaso. Pero fuera he encontrado algo: huellas de botas. Alguien ha estado caminando por aquí con

botas de vaquero. Un hombre adulto, me refiero. ¿No era que ese tal Burns supuestamente llevaba botas? ¿Cuánto más voy a tener que quedarme aquí? ¿Morey? Cambio.

—Mira Floyd —dijo Johnson al micrófono—, ¿hay un caballo por ahí? ¿O señales de un caballo? ¿O un granero o un apacentadero? Cambio.

—No veo ningún caballo pero estoy seguro de haber visto huellas de uno no hace ni diez minutos. ¿Crees que ese tipo va a caballo?

—¿Hay algún granero ahí?

—No, sólo un cobertizo lleno de heno y un corral con dos cabras. No hay ningún sitio suficientemente grande para un caballo salvo el corral o la casa. ¿Por qué crees que ese tipo va a caballo? Cambio.

—Quizás. ¿Hay vecinos por ahí?

—No muchos, pero alguno hay. ¿Crees que puede esconderse en casa de algún vecino?

—No. Escucha, Floyd, ve a ver a esos vecinos y pregúntales si han visto algo raro últimamente. Pregúntales si han visto un hombre a caballo en los últimos dos o tres días. Pregúntale a cualquiera que esté a media milla de ese sitio hasta que consigas información. ¿Me captas? Cambio.

—Vale, Morey. ¿Algo más? Cambio.

—Eso es todo, cambio y corto.

El operador de radio le dio al interruptor que apagaba el altavoz y se quitó los cascos. Johnson devolvió el micrófono a la mesa, se sorbió un poco los mocos, miró la pared blanca más allá de la cabeza del operador, y luego se volvió a su silla y se sentó a esperar. A esperar, a rascarse, a reflexionar y preocuparse.

La pequeña joya roja en el receptor empezó a parpadear. El operador se puso los cascos, accionó la palanquita de un interruptor y escuchó, después de unos momentos alcanzó un lápiz y empezó a tomar notas.

—¿Es Glynn? —dijo Johnson. El operador movió la cabeza. Johnson volvió a meter la cabeza entre las manos y a preocuparse. Oyó el sonido de un avión allá lejos y sintió un conato de envidia. Debería haber... Trataba de pensar en cualquier otra cosa. ¿Qué era lo que quería su mujer?

El operador de radio se volvió hacia él.

—¿Morey?

Johnson no lo miró. El operador dijo:

—Han capturado a uno de los navajos.

Johnson suspiró y se frotó una oreja.

—La Policía del Estado lo encontró —dijo el operador—. Lo han cazado al oeste de Grants. Detuvieron a dos indias y se echaron a correr como locas. Dispararon a uno en la pierna y el otro escapó. Los dos navajos iban vestidos de indias.

—Muy bien —dijo Johnson.

—Pensé que te gustaría saberlo —dijo el operador. Esperó y abrió de nuevo la boca—. Uno menos, faltan dos —Johnson no dijo nada. Luego de un instante el operador volvió a su tebeo.

Esperaron veinticinco minutos. Por fin llegó el mensaje de Glynn:

—Aquí CS-1, aquí CS-1 —estaba diciendo el operador—, adelante, CS-4. Cambio —Le dio al interruptor que activaba el altavoz mientras laboriosamente Johnson se levantaba y se lanzaba sobre el micrófono. A través de una bruma de ruidos llegó la voz de Glynn, debilitada y aguda:

—Hola CS-1, aquí CS-4. He encontrado algo. ¿Está a la escucha Johnson? He encontrado algo muy interesante. Cambio.

—Aquí Johnson —dijo el sheriff—. Adelante, Floyd, cambio.

—Nadie de las inmediaciones de la casa de Bondi me ha dicho nada —dijo la voz de la radio—, pero en una callejuela al final de la calle hay una pequeña tienda de alimentación que lleva un tal Hedges. Me ha dicho que antes de

ayer, sobre el mediodía, vio a un hombre montado en una yegua por la esquina oeste, camino abajo por la carretera y luego dobló en el desvío para la casa de Bondi. Me ha dicho que tres o cuatro horas más tarde vio al mismo hombre caminando hacia la ciudad. Y que la yegua se quedó en el corral de las cabras todo el día de ayer. Me ha dicho que no ha visto ni oído ningún caballo esta mañana: no sabe qué ha podido pasar con el caballo. ¿Qué hago ahora? Cambio.

—¿Cómo era el hombre, Floyd? Cambio.

—Hedges dice que el hombre era alto y escuálido, feo de cara y que parecía peligroso y vicioso. Llevaba un sombrero negro. Cambio.

—Ya veo —Johnson suspiró y no dijo nada durante más o menos un minuto. Y entonces:

—Floyd, ¿debes estar en el quinto pino, eh? ¿No hay casas al norte o al este de la de Bondi? ¿Qué me dices?

—No hay nada al este de esto. No hay carretera, ni casas. Hay unas cuantas casas más rumbo al norte. Muy dispersas. Cambio.

—Vale, Floyd, husmea en estas casas al norte en que no hayas mirado y mira a ver si alguien vio o escuchó algo sobre un hombre a caballo esta mañana. Puede que fuera antes del amanecer. Y si no consigues ninguna información por ahí lo que quiero que hagas es esto: quiero que vuelvas a la casa de Bondi, salgas de tu coche, vayas al corral y veas si puedes encontrar huellas que vayan al este, a las montañas. ¿Hay mucho polvo por allí? Cambio.

—Ventea bastante pero no hay todavía mucho polvo en el aire.

—Estupendo. Busca esas huellas. Ya sabes cómo son las huellas de un caballo, Floyd. Si no encuentras señales, tienes que caminar haciendo medios círculos cada vez más grandes hasta que las encuentres. ¿Crees que puedes hacerlo? Cambio.

—Claro, Morey. Si se montó en ese caballo y se fue al este de la ciudad encontraré esas huellas, no te preocupes. ¿Vale?

—Eso es todo, Floyd. Corto y cambio —Johnson puso el micrófono en la mesa y se fue a la ventana otra vez y miró, las manos cruzadas en la espalda. No había nada que ver allá fuera, por supuesto, nada nuevo: la tienda de electrodomésticos, el Banco Nacional en cuya fachada alguien había pintarrajeado «Jesús Sálvanos», el edificio de oficinas, coches que pasaban, cuerpos humanos, las farolas de la calle, la calle misma. Cualquiera de esas cosas hacía mucho tiempo que habían perdido a sus ojos cualquier tipo de interés. Las miró sin verlas, miraba a la calle como si estuviese mirando un espejo.

El teléfono. El mecánico aullido del teléfono se coló en su conciencia: gruñendo volvió a su escritorio y descolgó el auricular: —¿Sí?

Su secretaria dijo:

—La oficina de la Policía Judicial de los Estados Unidos, señor.

—Muy bien, póngame.

—¿Eres tú, Morey? Soy Daugherty. Dime, tienes en tu establecimiento un prisionero federal llamado Bondi, ¿verdad? Espero que todavía lo tengas.

Johnson frunció el ceño, luego respondió lentamente:

—Todavía está aquí. ¿Loquieres ahora?

—Eso es. Tengo orden de llevarlo a Leavenworth. Voy a mandar a un hombre por la mañana para que se haga cargo de él. ¿Está listo para el viaje?

—Está en condiciones.

—Estupendo. Allí estará mi hombre por la mañana, sobre las nueve. Tienes listos los papeles y todo lo demás de Bondi, ¿no es así?

—Sí.

—Gracias Morey. Ya nos veremos. Hasta pronto.

—Hasta pronto —dijo Johnson y colgó.

El operador de radio levantó la vista de su tebeo.

—¿Eran los Marshall?

Johnson gruñó. Permaneció un rato en su escritorio, los ojos mirando a ninguna parte, rascándose las costillas, los faldones de la camisa estaban a punto de salírsele. Luego le dijo al operador:

—Vete arriba —dijo—, dile a ese tal Bondi que si quiere hacer alguna llamada telefónica puede hacerlo esta tarde. Dile que se lo llevan mañana por la mañana. Y dile que si lo desea puede recibir visitas esta tarde. Entre las tres y las cuatro, ni antes ni después. Yo estaré pendiente de la radio.

El operador apartó el tebeo y lentamente, con reticencia, se levantó de su silla.

—No es día de visitas —murmuró.

—No te preocupes por eso —dijo Johnson.

—Claro, Morey. Vale, Morey —El operador de radio se fue.

Johnson se sentó, esperó y se rascó. El teléfono volvió a sonar. Dejó que sonara varias veces antes de descolgar.

—¿Sí?

—La señora Johnson le llama, señor.

Cerró los ojos y se hundió un poco más en su silla.

—Vale —dijo.

La acuciante, galvanizada voz de su mujer:

—¿Morlin? ¿Eres tú, Morlin?

—Sí, ¿qué quieres?

—No suenas nada bien, Morlin, ¿estás enfermo?

—¿Qué quieres?

—Sólo llamaba para recordarte que tienes que recoger a Elinor y comprarme un alargador antes de volver a casa. ¿Lo olvidaste, a que sí? Recuerda: Elinor, cinco y media...

—... Escuela, alargador.

—Eso es, Morlin. Adiós querido.

Él colgó, suspiró profundamente y se deslizó aún más en la silla, pellizcándose la nariz. Cruzó los pies y los colocó encima del escritorio y empujó su silla giratoria con fuerza hasta llegar a la pared bajo el retrato del presidente Harry S. Truman. Se quedó sentado sin moverse durante un rato, sin hacer ruido, absorto como un monje que estuviera orando.

El operador de radio regresó.

—Se lo he dicho —dijo—. Le van a dejar hacer una llamada ahora —Se dirigió a su asiento en el equipo de radio.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Qué aspecto tiene?

—Eso es, ¿se le ve bien?

—Oh —El operador se lo pensó—. Seguro, se le ve bien, no tiene marcas. Incluso camina bastante bien. Sólo hay una cosa que no está bien en él, y es que no parece muy feliz.

—¿No ha dicho nada sobre Gutiérrez? ¿Ninguna queja?

—Difícilmente dice una palabra, Morey. Resulta hasta educado.

Johnson no hizo más preguntas. Cruzó sus manos sobre su estómago y se miró las puntas de las botas. Su secretaria entró y colocó cartas y documentos en la caja del escritorio.

—¿Dónde está Hernández? —le dijo Johnson—. No le he visto en todo el día.

—Hernández se fue temprano esta mañana —dijo la chica—. Está investigando un incidente en el que ha habido una puñalada la madrugada pasada.

—¿Dónde fue eso? No he oído nada sobre ese asunto.

—Lead Hill.

La chica volvió a su oficina. Johnson volvió a mirarse las botas y pensativamente se frotó la nariz.

—¿Has oído algo sobre Old Heavy? —dijo el operador—. Alguien lo llamó.

—¿Quién es Old Heavy?

—Wallis, el juez de instrucción, también fue a Lead Hill —El operador se tomó un respiro tratando de intuir en Johnson algún signo de interés. Pero no había ninguno, así que siguió—: Llamaron un día a Old Heavy para que se ocupara de ese asunto de la puñalada. Fue hasta el lugar y se encontró a un mexicano muerto bocabajo en medio de la calle con un cuchillo en la espalda, y Old Heavy sin bajarse del coche sentenció: «Suicidio», y se volvió por donde vino y se fue para su casa —El operador sonrió entusiasmado a Johnson pero este no dijo nada—. Sin bajarse del coche —repitió el operador, perdidamente admirado.

Johnson no respondió, volvió a sumirse en un profundo estado de abstracción en el que quedó envuelto la mayor parte de la tarde. El teléfono lo interrumpió repetidas veces con llamadas de ciudadanos indignados que querían saber qué estaba haciendo para detener al rojo anarquista y los dos indios maníacos sexuales, pero después de cada una de esas interrupciones él volvía a sumirse más y más profundamente en sus morosas cavilaciones. Seguía rascándose aquí y allá, pero de forma menos frecuente.

Parpadeó el ojo rojo del panel de la radio. El operador cerró su tebeo —otro tebeo— y se puso en marcha. En pocos segundos la voz espectral del oficial Glynn sonaba en el altavoz, mientras Johnson escuchaba preocupado, su gran mano roja izquierda agarrando la base del micrófono. Glynn estaba diciendo, con sus maneras vacilantes pero serias...

—Nadie vio o escuchó un caballo para nada. No hay señal de un caballo para nada en toda la carretera. En ninguna dirección. Como me pediste me fui hacia lo de Bondi a echar un ojo al corral de las cabras y buscar por ahí, y aquello estaba lleno de huellas de cascós, y he mirado como me dijiste, Morey, y bastante pronto encontré un rastro, que iba derecho hasta el porche de la casa hacia la gran acequia principal, así que he seguido el rastro por la acequia y por el puente de madera y por el descampado. La tierra está tan dura y seca que ahí no se quedan las huellas de nada, pero descubrí que alguien hizo un roto en la alambrada de pinchos en el borde de la meseta. Un corte limpio, nada de alambres que se destensaron. Y supongo que ese debe ser nuestro hombre, Morey, si es que estás seguro de que va a caballo. Y ahora ¿qué es lo que quieras que haga? Cambio.

—¿En qué dirección van las huellas, Floyd? ¿Hacia el este?

—Eso es, hacia el este.

—¿Hacia las montañas?

—Sí, directo a las montañas. Dime, ¿crees que es allí donde se esconde, Morey? ¿Quieres que vaya hasta allí?

Johnson se rascó la barbilla, su barbilla y su mentón empezaban a ponerse grises con la aparición de las raíces de la barba.

—¿Qué hora es? —le dijo al operador. El operador consultó su reloj de pulsera.

—Casi las cuatro y media —dijo.

Johnson habló al micrófono.

—Vente para casa Floyd, organizaremos una partida de búsqueda por la mañana. Es un área demasiado grande para un solo hombre, incluso aunque ese hombre seas tú. Vuélvete y come algo. ¿Me has oído? Cambio.

—Vale Morey, te he oido. Estaré ahí en veinte minutos. Cambio.

—Cambio y corto.

Johnson volvió a su escritorio y se sentó. Se rascó el cuello mientras el operador esperaba para hablarle. El operador aguardó durante unos minutos y luego, impaciente, le dijo:

—¿No piensas mandar a nadie para que eche un vistazo, Morey? Podría escaparse.

Johnson no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Si Burns se ha largado a las montañas es porque quiere esconderse unos cuantos días, lo que significa que estará por allí mañana. Si no se ha largado a las montañas, no valdrá de nada ponerse a buscarlo allí.

El operador se quedó en silencio. Johnson añadió:

—Deberías hacer unas cuantas llamadas más. Llama a los guardabosques de la estación El Sangre y diles que busquen rastros de cualquier hoguera que se haya hecho fuera de un campamento autorizado. Después conéctate con la estación de repetición de radio que hay en el borde de la montaña y pregunta si han visto una hoguera abajo, en el interior de alguno de los cañones. Eso es todo, supongo.

El operador lo anotaba todo, mientras Johnson seguía hablando:

—También tendrías que pedirle a la Policía del Estado que envíe una avioneta por esa zona esta noche, si es que ellos pueden conseguirlo. Y diles que necesitaríamos una avioneta y puede que más ayuda por la mañana. ¿Lo has pillado todo?

—Claro, Morey —El operador se acercó el teléfono.

Johnson se levantó por fin y estiró los brazos hacia el techo. Bajó los brazos y trató de meterse dentro de los pantalones los faldones de la camisa pero luego pasó de hacerlo, en su lugar se dirigió a curiosear a la ventana.

Había dejado de soplar el viento, se había marchado soplando hacia el sur, a México. El cielo se había aclarado, era vivido como el vino y profundo como premonición de la noche. Más allá de la ciudad, a unas veinte millas al norte y al sur de la ciudad, se elevaba la pared sin quiebra de granito de cinco mil pies

de alta, las Montañas Sangre, llena de colinas y peñascos y cañones, roca desnuda luminiscente y dorada con la inclinada luz que le venía del cielo. Johnson se quedó observando las montañas. «Allí es donde estaba ese tipo», pensó, «allí es donde nos espera». Desde allí, entre las rocas y los pinos amarillos, vigilaba la ciudad. Sólo podría salirse de allí después de la cena.

Sabía que había llegado la hora de llamar a Barker. Por fin su mente tomó la decisión. Se dirigió lentamente a su escritorio, colocó la mano sobre su teléfono privado: la cara de benigna sabiduría seria de Harry Truman lo mirada desde la pared. Johnson levantó el auricular y lo colocó en su oído y marcó un número: dos uno dos uno cuatro... Esperó...

—Compañía de Desarrollo Río Bravo.

—Quisiera hablar con Bob Barker.

—Un momento, señor —La voz femenina se desvaneció, la suplió la voz cordial, simpática, animada de Barker:

—¿Qué tal? Aquí Bob Barker. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy Johnson, Bob. Sólo quería decirte que me borro —Johnson esperó alguna respuesta, pero no la hubo. Dijo—: No quiero participar en eso, Bob. Tendrás que encontrar a otro.

Seguía sin haber respuesta. Luego, del otro lado de la línea, llegó el sonido de una pequeña explosión epiglotal:

—Por Dios santo, Morey, por la todos los cielos, ¡no puedes! ¡No puedes echarte atrás con medio millón de dólares! ¿Te has vuelto loco?

—Lo he recapacitado detenidamente —dijo Johnson—. Bueno...

—Eh, espera un momento.

—Adiós Bob —Y Johnson colgó. Se rascó los sobacos, sobriamente frunció el ceño para ocultar su satisfacción interior. Fue al perchero y se puso su Stetson. Le dijo al operador de radio, que ya había terminado de hacer las llamadas y ya estaba listo para marcharse:

—¿Qué te han dicho de la avioneta?

—La avioneta está en tierra esta noche pero podemos contar con ella mañana —dijo el operador, metiendo un brazo en su cazadora de cuero.

—¿Te vas a casa con Glynn?

—Sí, supongo, si es que él se pasa por aquí.

—Dile que esté aquí mañana por la mañana a las seis. Eso va por ti también. Tenemos una pequeña caza del hombre mañana.

—Vale, Morey.

Antes de que abandonara la oficina Johnson se detuvo de nuevo ante la ventana para darle un último vistazo a las montañas: escudriñó las atalayas de rocas resplandeciendo en rosas y dorados al sol de la tarde, el helado borde brillando como una diadema contra el oscuro cielo violeta. Más allá de la ciudad, más allá de la llanura, muchas millas más allá. Miró las montañas pensando: «Así que ahí es donde estás, Jack Burns. Ahí fuera». Una sombra melancólica atravesó su mente, una tristeza suave y frágil. «Solo, simple y pobre bastardo... Te encontraremos.»

Se dirigió hacia la puerta abotonándose la chaqueta.

—Hasta luego —le dijo al operador de radio.

—Hasta luego, Morey —El operador se quedó sentado al borde de su mesa esperando que llegara el oficial Glynn.

...Los grandes acantilados recortados contra el cielo flotante, arrojándose hacia la tierra a través del espacio, volviéndose ámbar como whisky en los inmensos lagos de luz que les pintaba el último sol. Pero la luz no tenía poder suficiente para suavizar los bordes dentados y ásperos de granito, en el aire claro cada ángulo y cada caída arrojaba una sombra tan profunda, nítida y limpia como la propia roca, provocando la impresión de que se mantenían incólumes como hacía diez millones de años, los acantilados imponían la ilusión de una violencia terrible detenida de repente, paralizada en el tiempo, de un poder latente.

Al pie de los acantilados estaban las pequeñas colinas pedregosas, formadas por escombros incidentales que se habían desprendido fundiéndose con la tierra abierta hasta ir creando capas cuyos bordes iban empujándose los unos a los otros. Alrededor de las colinas había camadas y camadas de cantos rodados, los restos de un antiguo paisaje pulverizado, y un complicado pero sistemático patrón de acequias, zanjas y barrancos que conducían cualquier agua que cayese hacia el valle y el río que estaban abajo.

Cerca de una de esas colinas, junto a un descampado arenoso, a la sombra de los acantilados, un hombre había construido una casa con materiales que la destrucción y la catástrofe habían esparcido: piedras, fango, madera. La casa seguía allí, aunque el hombre se fue: ahora las ventanas estaban vacías como las cavidades de un cráneo, hacía tiempo que no tenían cristal, si es que llegaron a tenerlo alguna vez, y en el hueco de la puerta, inclinado de manera curiosa al este —pues la casa se había movido sin que se desplazaran sus cimientos— no había puerta alguna. La lluvia había socavado las paredes inclinadas, y la mitad del techo plano, con las vigas medio carcomidas, se había venido al suelo. La casa sólo era ya hogar de pinzones y arañas y ciempiés y un

cactus que había echado raíces allí y un pino podrido que había crecido frente al marco de la puerta.

A la espalda de estas ruinas se encontraba el arroyo, arenoso y lleno de polvo seco, salvo por un hilo de agua que manaba desde una diminuta fuente apostada bajo la roca saliente. Tres álamos, grandes plantas altas para esta zona árida de cactus y hediondilla, se agrupaban como viejas chismosas alrededor de la fuente en miniatura, las bocas enterradas chupando la humedad de la arena y la piedra caliza acuífera de abajo. El modesto flujo de la fuente goteaba sobre el labio de la roca y se extendía por la base del saliente, mojando, más que fluyendo, sobre la arena; en una extensión de unas diez yardas había agua suficiente para mantener a unos hierbajos, a unos berros, a unos sauces achaparrados. Tras ese parche verde había un delta de arena húmeda, picada por las pezuñas de ciervos y ganado, donde la última de las aguas desaparecía después de su largo viaje desde cerca de la cima de la montaña a cinco mil pies de altura, donde empezaba un asomo de nieve sobre los pinos, caída a través de barrancos y quebradas al cañón, de un clima y un mundo a otro muy diferente y que terminaba allí en silenciosa evaporación y en vaga dispersión subterránea.

Las hojas de los álamos, secas y frágiles y de amarillo limón, se agitaban suavemente, vibraban al unísono, y varias caían al suelo. Un pájaro de plumaje azul voló de las ramas de un árbol a otro, se posó en una de las ramas y picó en algunas hojas muertas.

Debajo de los árboles, cerca de los rojos sauces achaparrados, un caballo estaba buscando afanosamente algo que comer en la franja de hierba, moviendo de vez en cuando la cola para espantar unas pocas e indiferentes moscas.

El vaquero no estaba lejos de allí. Se había tumbado al sol sobre una roca en el lado más lejano del arroyo, más allá de la casa abandonada, la cabeza apoyada en su silla de montar, y el sombrero negro deslizado para cubrirle la mayor parte de la cara, dejando a la intemperie sólo la barbilla barbada y la boca, relajada esta última, parcialmente abierta, emitiendo a intervalos regulares prolongados y profundos ronquidos. Tenía a mano todas sus

propiedades: las alforjas, el rifle en su estuche, el saco de dormir, todo ello atado a la silla misma, mientras que la guitarra y lasbridas colgaban de un enebro cercano.

Un cuervo trazaba círculos encima del arroyo y la fuente, descendía y aterrizaba con un incómodo revoloteo de alas en el álamo más alto, haciendo caer algunas hojas y produciendo una ola de temblor que se contagiaba a las demás. Extendió sus alas negras tambaleándose un poco y movió el pico sobre su propia cabeza en pos de piojos. La urraca en el árbol contiguo graznó, charlaron un rato, y luego se fue. Después, y a excepción hecha del rutinario rumor de insectos cerca de la fuente, el arroyo reanudó su fundamental silencio original. Burns dormía, las manos enlazadas en su vientre, sus piernas separadas y completamente extendidas sobre el suelo.

Diez millas más allá y unos miles de pies por debajo, el reluciente río atravesaba el valle y se internaba en las harapientas y oscuras entrañas de la ciudad para, más allá de esta, internarse en la niebla del sur. La ciudad, ahumada y viva y oscura, levantaba su vapor brillante mientras unas avionetas hacían círculos sobre ella como moscas sobre un vertedero tóxico. Al oeste del río los volcanes, negros como obsidiana a contraluz, dibujaban largas sombras sobre la piel desnuda de la llanura, y hacia el sudoeste, a más de sesenta millas, los dentados picos de la Montaña de los Ladrones alzaban hacia el cielo del sur un extraño vapor de púrpura incendiada, como si estuviesen iluminados desde dentro con hornos de radiante energía.

El cuervo se arrojó embarazosamente, como un espantapájaros vivificado, desde el álamo hacia un estático bostezo vacío del cañón situado más allá del arroyo y la casa en ruinas.

El silencio fluyó de nuevo en la vigilia de los ecos murmurantes.

Un lagarto corrió por la cara visible de la roca cerca de Burns, se detuvo un momento para mirar, extendiendo sus patas traseras y las delanteras como un atleta haciendo ejercicios de calentamiento, y luego se apresuró bruscamente para desaparecer bajo el borde de la roca.

Las largas sombras de la tarde cercaban al hombre que dormía, empezaban a oscurecerle las botas, las rodillas, los muslos.

Algo lo despertó: por una parte el cambio de temperatura, por otra la sensación de tiempo perdido, por otra el miedo, había oído algo que no era un elemento normal en el coro del auditorio del arroyo: cantos de pájaros, hojas, insectos, los movimientos del caballo, el sonido de su propia respiración. Abrió los ojos y cautelosamente echó mano a su rifle al mismo tiempo; de todas maneras no sacó el rifle de inmediato —cuando sus dedos ya habían tocado el metal y la nuez lisa de la culata se dio por satisfecho y dejó la mano posada allí—. Rodó hacia un lado pero no se levantó, concentró sus energías en un intento de inspeccionar el mundo visible y audible que le rodeaba.

Tres ciervos se detuvieron a la orilla del arroyo. Al principio no los vio: sin saber muy bien de dónde procedía el sonido, miró al oeste, más allá del arroyo y del camino polvoriento que llevaba al norte y al sur, paralelo a las montañas; luego aguzó la vista para extender su campo de visión en medio círculo, hacia el sudoeste, a través del arroyo y hacia la ciudad, al sur, pasada la vieja ruina y hacia la base de las colinas, y al sudeste, donde las grandes paredes vecinas del cañón le tapaban la visión, y por fin se volvió hacia el este, hacia el arroyo mismo y a los álamos, y a la fuente y los surcos en la roca erosionada, hacia la pequeña montura que separaba el arroyo del cañón principal. Y allí, entre los enebros y los cactus y los peñascos, descubrió a tres ciervos inmóviles.

A menos de cincuenta yardas de distancia, los tres parecían tan ingrávidos y efímeros como sombras, sugiriendo incluso en su quietud alerta la gracia y el silencio del vuelo: Burns se quedó mirándolos y de repente se dio cuenta de que ni siquiera lo habían visto, estaban mirando al caballo situado tras la fuente. El vaquero apretó la culata del rifle y con suma paciencia y cuidado lo fue sacando de su cartuchera y pasándolo a través de su pecho hasta el hombro de su brazo izquierdo. Ahora tenía que quitar el seguro del gatillo, operación que no podía realizarse sin que se produjera un chasquido metálico. Por supuesto que los ciervos oyeron el ruido: sus orejas se pusieron de punta y sus cabezas giraron ligeramente, en perfecta sincronía, hacia el hombre. Pero Burns ya estaba en posición, apuntando al primero de los tres, a cierto punto vital en la cerviz, justo en el punto donde la columna vertebral sustentaba el

cuello. Un tiro difícil, incluso a esa distancia: si le daba demasiado abajo podría destrozar un buen alimento sin conseguir más que lisiar al animal; si disparaba una pulgada por encima, fallaría. Por eso era mejor no apresurarse y esperar un alineamiento perfecto que le permitiera la visión de los nervios tensos de la presa. Cuando creyó que el momento se aproximaba, acompañó su respiración, y muy lentamente empezó a acariciar el gatillo.

Pero el disparo no se produjo: antes de que él pudiera disparar oyó un relincho y unos manotazos de la yegua, y los ciervos se fueron, desaparecieron al instante, se borraron como fantasmas en el revoltijo dorado de unas hojas y el dorado verde oliva del chaparral.

Burns dejó el dedo en el percutor y miró al arroyo a su yegua, reprochándole el ruido.

—Whisky, niñata, ¿dónde está tu caballerosidad? Esta vez sí que me has decepcionado.

La yegua lo miró, resopló y sacudió la melena otra vez.

—No trates de burlarte de mí, ya te he oído.

Miró desganado al arroyo hacia el punto por el que los ciervos habían desaparecido. Decidió que debería ir hasta allí y echar un vistazo: los ciervos no parecían muy asustados, y aparentemente ellos estaban buscando agua, lo que significaba que no podían ir muy lejos. Y él necesitaba carne: si no la conseguía hoy tendría que conseguirla mañana.

Se levantó, se cepilló la arena y se quitó las hormigas de la camisa, y volvió a mirar. No vio nada que pudiera haber espantado a los ciervos y concluyó que debían haberse asustado por la repentina sacudida de Whisky. Cargó con la silla y el equipo y los colgó del saliente de la roca y luego fue a comprobar la estaca y la cuerda sacudidas por la yegua. Clavó un poco más la estaca con el tacón de la bota, echó un buche directamente de la fuente y se dirigió al arroyo con la carabina acunada en su brazo izquierdo. Trató de escalar por las repisas y estantes de piedra que hacían al arroyo algo así como una escalera para gigantes, pero le molestaba el choque contra la piedra de las espuelas. Se

las quitó y las dejó en una roca desnuda, en un lugar que estaba seguro podría encontrar de nuevo sin dificultad, y otra vez se impulsó hacia arriba.

Después de escalar hasta un estrato de esquisto comprimido cerca de la cabecera y a un lado del arroyo, se encontró entre los arbustos donde había visto a los ciervos. Ahora actuó de manera más cuidadosa y lenta conforme se acercaba a la cresta y fue deslizándose sobre las manos y las rodillas y arrastrándose hasta la cima en los últimos pies. Allí se detuvo. Abajo estaba la boca del cañón, a su derecha el cañón mismo ascendiendo, repisa a repisa, hacia la masa principal de la montaña, y frente a él, en la pendiente opuesta, moviéndose lentamente entre las rocas y los arbustos, estaban los tres ciervos. Como había supuesto no se habían alejado mucho. Pero estaban fuera de su alcance, y seguían avanzando. Decidió seguirlos y acecharlos.

Vigiló el viento desde su posición y comprobó que no iba ni a favor suya ni de sus presas, sino que soplabía hacia la deriva del cañón que había entre ellos. Avanzó un poco escondiéndose entre las hojas de los enebros y los robles, pendiente abajo, donde la hojarasca era más densa, cerca de la nieve que cubría el lado norte de la cresta. No es que adelantara mucho pendiente abajo, pero lo hacía con movimientos rápidos y suaves entre los mugrientos arbollados, en sentido paralelo al avance de los ciervos.

Un mundo sumido en el silencio: no escuchaba nada que no fuera su propia respiración, el tenue sonido de sus botas arrastrándose en la piedra y la grava, las murmurantes ramas del enebro, el ruido de la encina, el vago e insistente y lejano soplo de una paloma silvestre, como una flauta desafinada. Y sobre todo ello, piedras, plantas y animales, sobre la pared del cañón, sobre la cara de la montaña, arriba, el sol irradiando su pátina de calidez, dorada como el centeno, la luz del atardecer.

Burns se sintió ansioso, hambriento, intensamente consciente de cualquier sombra, sonido, olor y movimiento en su entorno; una afilada convergencia de sus poderes e intenciones le inclinaba a considerar cada uno de sus pasos como vital, haciendo que cada acción de sus miembros fuesen consensuados con los propósitos de su mente. Por primera vez en los casi dos últimos días y

noches se sintió completamente una criatura viva, un hombre de nuevo y no un desecho abandonado en un mundo mecánico que no podía entender.

Algo entró en acción allá arriba, a su derecha: miró y vio la grupa gris borrosa de un conejo saltando sobre un tronco y desapareciendo de un salto entre la maleza.

Avanzó, produciendo algún crujido cuando lo hacía de árbol a árbol, trazando un área circular que se abriera hasta que la cobertura fuera escasa, a buen ritmo en los tramos de terreno casi llano, donde los árboles piñoneros habían desplazado a los enebros y los matorrales de roble. Le había ganado bastante espacio a los ciervos, aunque todavía se encontraban fuera de su alcance, quizás a trescientas yardas. Si seguían moviéndose a ese ritmo no podía esperar conseguir acercarse mucho más sin atraer su atención, sólo si se paraban podría tener tiempo para acercarse a ellos lenta y sigilosamente.

El suelo temblaba más abruptamente bajo sus pies cuando la pendiente empezaba a fundirse con la cercana pared perpendicular del cañón. Tenía que inclinarse hacia abajo ahora, hacia el lecho de rocas y el suelo de arena del cañón. Mientras lo hacía, despacio, cuidadosamente, no perdía de vista a los ciervos: tenían una opción similar a la suya: trepar arriba y abajo por la cresta del risco o descender a las profundidades del cañón. Decidieron bajar, y Burns sonrió agradecido.

Pero él tenía otra preocupación: la luz y el tiempo. Sabía por la textura ambarina de la luz que el sol estaba trazando su arco descendente. Miró abajo en dirección oeste y vio el sol cayendo en el cráter de un volcán, separado del horizonte negro sólo por una franja de cielo amarillo. El río y la ciudad —lo que podía ver de ellos mirando al norte— ya habían sido capturados por las sombras que ahora iban desplegándose a través de la meseta hacia él y la montaña que aún brillaba. Mientras, él contemplaba cómo el sol se ocultaba, repentinamente, como la contracción de la aguja que marca las horas en un reloj gigante, y la silueta del volcán cortándole un trozo a ese cegador disco dorado.

Siguió su descenso en diagonal, dirigiéndose más allá de la cara de la pendiente, tanto como el terreno le permitía. Vio que los ciervos todavía

estaban bajando, al parecer siguiendo un camino entre matorrales de sauce y hierbas de oso que oscurecían el suelo del cañón. «Era probable que hubiera allí otro manantial o fuente de agua», pensó, «y también buenos rincones para que los ciervos se ocultaran». Pero también podía resultar una trampa y las losas de verde terminaran en la base de una cascada de veinte pies con una blanda pared de piedra pulida.

Ralentizó su marcha más que nunca, aunque la luz ya apenas le alumbraba y las sombras del horizonte le rodeaban. Vio que los tres ciervos brincaban sobre la arena del suelo del cañón y se fusionaban, aunque sin desaparecer del todo, con los matorrales de sauces y las hierbas altas. Avanzó otro centenar de yardas caminando, aprovechando todos los puntos que podían ocultarle y después, a trescientas yardas de su presa, se agachó, apoyándose en el suelo con manos y rodillas y arrastrándose, poniendo el más minucioso de los cuidados en evitar ser visto u oído, deteniéndose a menudo para escuchar y estudiar la disposición de rocas y cactus y árboles. Estaba ahora bastante abajo en la pendiente del cañón, no lejos del suelo, y ansiosamente atento a los ciervos. En cualquier momento ellos percibirían su olor, dejarían de pastar y beber y se marcharían por la pendiente contraria y hacia la cresta sin parar de correr hasta que el olor a hombre no hubiese quedado muchas millas detrás. Y entonces Burns no tendría nada que hacer porque se necesitaban horas para subir esa pendiente, habría que irse hasta detrás de la pared del cañón y bajar de nuevo desde arriba y más allá del cañón. Ya la penumbra se había extendido por la zona, a miles de pies por encima, el borde reflejaba los rayos finales del sol. Tenía que acercarse a los ciervos tan rápidamente como le fuera posible y cuando estuviera lo bastante cerca, hacer un disparo seguro, porque difícilmente iba a tener una segunda oportunidad.

Se deslizó por la pendiente pedregosa, hacia los restos muertos de un piñonero, bajo las ramas bajas de los enebros y cerca de la cholla y la yuca que ya crecían junto al suelo del cañón. Se tumbó del todo sobre su vientre y avanzó así, manteniendo la cabeza y las nalgas abajo, con el rifle colocado a un lado del cuerpo hasta que se encontrase a una yarda de distancia de los ciervos.

Sólo entonces estimó que estaba lo suficientemente cerca como para disparar con garantías —teniendo en cuenta la poca nitidez de la luz—. Se asomó por la esquina derecha de una roca y miró al grupo de sauces hasta que vio claramente la silueta de dos ciervos —el tercero permanecía oculto, probablemente tendido en la hierba—. Con mucho cuidado amartilló el rifle, presionando la culata contra su pecho para atenuar todo lo posible el *click* del muelle. Fue entonces cuando uno de ellos pareció escucharlo, levantó la cabeza rápidamente y lo miró. No estaba aún preparado para apuntar y disparar, buena parte de la carabina estaba aún bajo su cuerpo, así que no podía hacer otra cosa que esperar que el animal olvidase lo que había oído y volviera a bajar la cabeza hacia el pasto. Tuvo que esperar cinco minutos hasta que eso sucediera; entonces ya fue capaz de deslizar el rifle un poco más, colocar la culata en su hombro y bajo el mentón la montura. Apuntó.

Los dos ciervos levantaron las cabezas, alertas, husmeando, dieron unos pasos cortos hacia la pendiente. El tercer ciervo se levantó de la hierba y entonces los tres juntos empezaron a moverse, aún no demasiado rápido pero con la tensa gracia eléctrica de las criaturas que están a punto de romper en aceleración repentina. Silenciosamente desesperado Burns maldijo, incapaz con aquella falta de luz de seguir a sus objetivos sólo por intuición; se puso de rodillas, jurando en voz baja, y cuando los ciervos estaban a punto de acelerar, rompió el silencio del cañón con un agudo silbido. Instantáneamente se detuvieron los tres ciervos, y lo miraron con una especie de leve sorpresa. Apuntó al más cercano, que en ese momento estaba de espaldas, y disparó. El sonido de la descarga vibró en el aire, llenándolo de violencia; en ese mismo instante el animal saltó hacia delante con espasmódica energía, buscando cobijo detrás de una roca mientras los otros dos subían la pendiente y desaparecían en unos segundos. Los ecos del disparo se esparcieron en todas direcciones mientras Burns corría, con el rifle en las manos, sacando el cartucho vacío y volviendo a cargar el rifle mientras corría. Atravesó el suelo del cañón cerca del matorral, patinando un poco, el taconeо de las botas hacían crujir la arena humedecida, y trepó entre las rocas y los cactus del otro lado.

Detrás de la roca grande, acostado de lado y bastante quieto, encontró al ciervo —un pequeño montículo descolorido de piel, carne y huesos que había caído al suelo de cualquier forma—. Desmontó el arma y la bajó, sacó el cuchillo de su bolsillo, lo abrió y se acercó al ciervo. Aunque estaba seguro de que lo había matado, se acercó a él desde arriba, alejándose de sus pezuñas. Se arrodilló y levantó la cabeza del ciervo con sus grandes ojos brillantes y perplejos y hundió el cuchillo en un punto cálido y suave de su garganta. Sostuvo el cuchillo hundido unos segundos sin deslizado a través de la piel.

—Felices sueños, pequeña hermana —dijo dulcemente, con la cabeza del ciervo apoyada en su regazo—. No te enfades conmigo, voy a hacer un buen uso de ti. Sí señor... —Forzó la hoja a través de la piel y cortó en línea recta a través de la garganta. La cálida sangre brillante brotó con presteza, como si no mereciese la pena caer en terreno tan baldío. Burns metió la mano bajo la piel y cogió con la palma un buche de sangre que bebió. Luego bajó la cabeza para levantarle los cuartos traseros y acelerar así el proceso de drenaje.

Cuando el flujo de sangre empezó a remitir, Burns puso al ciervo de espaldas y lo evisceró realizando una incisión recta desde las costillas al hueso pélvico, poniendo mucho cuidado en no tocar ningún órgano interno. Bajó más con el cuchillo, amplió el corte apartando, cuidadosa y lentamente la panza, dejando a un lado el hígado, y maniobró en aquella masa resbaladiza como una bolsa de papel llena de agua. Sacó unas vísceras y se apartó unos metros del cadáver para cubrirlas con briznas de hierba. Volvió al cadáver, se puso en cuclillas, se limpió las manos, sucias de sangre y de barro, en la piel del animal, y se comió parte del humeante y caliente hígado. Cuando se sintió satisfecho, arrastró el cadáver colina arriba buscando un árbol donde colgarlo. No había por allí nada que no fueran cactus y rocas. Se dio cuenta de que tendría que cargar con el ciervo a través del suelo del cañón hasta alguno de los piñoneros que se encontraban en la otra pendiente.

Dio unos pasos y orinó rascándose con la mano libre la nuca y escuchando a los grillos en los sauces. El crepúsculo se había vuelto noche, una solución de densa luz violeta, como una lluvia intangible, llenando los cañones de pared a pared.

Burns volvió junto al ciervo, se lo echó a las espaldas, recogió el rifle y se deslizó por la pendiente, cruzó la arena y subió la otra pendiente hasta el más alto de los piñoneros cercanos. Abrió de nuevo su cuchillo y cortó un palo de unos dos pies de longitud, afilando cada extremo, separó las patas del ciervo y las perforó con las puntas del palo. Podría haber usado un trozo de cuerda, pero dado que no lo hizo, utilizó una rama flexible para atarle los talones y colgarlo. La rama se inclinó levemente, inclinándose un poco, la alfombra negra de agujas tocaban el suelo.

El vaquero hizo una hoguera allí cerca, la mente puesta en la cena. Sólo había comido un poco de hígado que no había conseguido más que avivarle el apetito. Barrió un poco el terreno entre las rocas para allanarlo, colocó un montoncito de hierba que cubrió con agujas de pino y un manojo de ramitas rotas, y luego encendió una cerilla. Cuando la yesca hizo fuego, crepitando brillantemente y elevando una delgada hilera de humo gris al aire, el vaquero se levantó en busca de más material que echar a la candela: enebros secos, los esqueléticos tallos de unos cactus. Cortó estos últimos en trozos pequeños, echó unos cuantos al fuego y en pocos segundos estuvo ante una pequeña pero flameante hoguera.

Estaba sediento: por primera vez en la última hora se encontró a sí mismo sin nada inmediato y urgente de lo que ocuparse, así que se fue hacia el conjunto de sauces y hacia la pared de piedra. Encontró algo de agua cayendo por las fisuras de la roca que llenaba una base de piedra natural en el primer saliente. Puso una mano en la roca, que conservaba el calor del día, y se inclinó y bebió, muy poco, y volvió a su fuego y su ciervo, limpiándose unas cuantas gotas de agua que se le habían quedado en los bigotes. Mientras regresaba, algo negro y torpe, como una fregona harapienta, se echó al vuelo desde el piñonero y aleteó lentamente hacia el cañón, cada laborioso golpe de ala acompañado de un silbido de aire. Burns se maldijo a sí mismo —titubeando— y corrió a examinar el cadáver. No encontró señales de ningún carroñero en la carne, había vuelto a tiempo para salvar al ciervo, por poco, del pillaje, y por supuesto, de lo que consideraba como la peor y más odiosa forma de corrupción.

El fuego había convertido todo el pasto de la base en un caliente e incandescente montón de carbón: Burns metió ambas manos en la cavidad abdominal del ciervo y cortó un tierno pedazo del lomo y lo colocó sobre las brasas ardientes. Mientras la carne crujía y se freía, llenando el aire con su aroma, sacó los pulmones y el diafragma y los tiró lejos y el corazón lo puso en el borde del fuego, tratando de que se tostara. Cortó un solomillo a medias quemado y a medias crudo y se lo comió mientras pensaba qué hacer ahora.

El anochecer ya estaba allí, una neblina de penumbra. Pensó que no tenía ni mucho tiempo ni mucha luz para levantar el campamento —o sea, para cargar sus cosas en la yegua y llevarla cañón arriba—. Se habría hecho ya muy oscuro cuando ascendiera a la fuente y los álamos donde la había dejado, regresar con sólo unas cuantas estrellas alumbrándole el camino iba a ser un trabajo duro y exhausto. Por otra parte, llevar consigo el ciervo estaba fuera de dudas: no tenía intención alguna de cargar con toda aquella carne en un lugar donde cualquier señal de humo podía ser vista desde millas de distancia y desde cualquier dirección.

Se comió parte del solomillo, aunque dejó una buena parte sobre el carbón, giró sus talones y bajó al suelo del cañón. Moviéndose rápido cortó y amontonó un sólido montón de hediondilla, y regresó otra vez por la pendiente escarpada al piñonero y metió todo lo que había amontonado en el vientre vacío del ciervo, empujando hasta conseguir una masa firme y espinosa en la que sólo una mosca podría haberse colado. Una vez hecho, volvió al fuego, se agachó y se comió el resto de la carne masticando con fuerza, pero sin prisa: se tomó su tiempo.

El fuego ya estaba bajo, un parpadeo brillante de ascuas rojas, azules, violetas; empujó el pesado corazón al centro del fuego y con un palito lo cubrió con pedacitos de carbón. Añadió unos nudos de enebro y se tumbó en el suelo, medio encantado, inmensamente satisfecho y soñoliento. Sólo había una cosa más que pudiera desear: buscó en sus bolsillos tabaco, encontró la pipa y el tabaco que Jerry le había dado, y llenó la pipa. Se sentó de nuevo, inclinándose hacia las ascuas, cogió un pedazo de carbón encendido y lo puso en la boca de la pipa. Chupó lentamente, probando con precaución el poco

familiar y muy aromático tabaco. Decidió que le gustaba, se volvió a tumbar y fumó a gusto.

Observando la franja de cielo que se colaba entre las paredes del cañón, vio una formación de estrellas de leve parpadeo que reconoció como las Siete Hermanas —las Pléyades—, lo que le recordó que la noche se echaba encima. Eructó, tendido sobre su espalda, y consideró la posibilidad de no regresar en pos de su equipo y su yegua. Echaría un poco de menos su saco de dormir, si no volviese, pero no sería la primera vez que tenía que dormir sobre el suelo sin cubrirse con otra cosa que su propia camisa. Pero había dos claras desventajas si dejaba las cosas donde estaban: primero, la posibilidad de que su yegua o sus cosas fueran descubiertas por algún guarda o un oficial de policía que estuviesen merodeando por allí, y segundo, la certeza de que si esperaba hasta el amanecer para recoger sus cosas, se encontraría los restos del ciervo, a la vuelta, cubierto de moscardones.

Burns aspiró de nuevo su pipa, mirando cómo se elevaba el humo gris a las estrellas, quitándose algún trozo de carne de entre sus dientes, y luego sentándose, gruñendo. Se colocó bien el sombrero en la cabeza, cogió su Winchester y tomó impulso pesadamente para ponerse en pie: miró abajo, rebuscando en la incierta luz, eructó de nuevo y se limpió la boca con la manga de la camisa.

Una langosta, seca y brillante como el vidrio, dio una sacudida y le golpeó en el pecho; él palmoteo un poco de pura sorpresa, la mató y se la quitó de encima, y luego arrastró los pies en la firme arena, siguiendo el estrecho suelo ventoso del cañón. Llegó al primer saliente de la roca grande y lo subió, se deslizó y saltó a ojo aterrizando sobre hediondilla y arena nuevamente. Avanzó sobre una zona herbosa plateada y agradable, hasta llegar a una curva repentina tras la que, inesperadamente, la vista se volvió amplia y pudo ver toda la zona oeste yacente bajo él: el cañón descendía peldaño a peldaño en una imperial escalera para dioses, el pie de las colinas de un púrpura demacrado, la meseta extendiéndose millas y millas, el leve resplandor del río, la vasta ondulación de la ciudad a diez millas de distancia, transformada, por arte del polvo nocturno, en algo fantástico y enorme y precioso, una rica constelación de joyas que resplandecían como las ascuas de una hoguera. Y

más allá de la ciudad y la meseta occidental y los cinco volcanes, otro espectáculo: una inmensa y llamativa pantalla de nubes y polvo, y color y luz, contra un cielo morado y sin fondo. Burns se detuvo a contemplarlo todo admirado, eructó levemente, y siguió el descenso.

Media hora después ya estaba en la oscuridad bajo los álamos. Se sintió mejor: ahora la ciudad estaba oculta por los bancos del arroyo, la gran flama del oeste se había apagado, la cena ya había sido casi digerida por completo, —o por lo menos la había sacudido bastante— y podía oler y escuchar a su yegua. Whisky lo recibió con un relincho quejumbroso. Llegó hasta ella y le acarició el cuello mientras ella frotaba su hocico contra su pecho:

—¿Estás contenta de verme, eh niñita? —dijo—. Creías que te había olvidado, no mi amor, ahora ya puedes estar tranquila.

La yegua resopló y trató de lamerle la cara.

—Tranquila, niña, tranquila, voy a darte de comer en un momento.

Subió el banco del cauce hacia la roca donde había dejado su silla y otras pertenencias. Metió el rifle en su estuche, se colgó la guitarra en la espalda, se cargó la silla en el hombro y volvió donde la yegua. Llenó su sombrero con una mezcla de salvado y cebada que cogió de una de las alforjas, y dejó el sombrero en el suelo delante de la yegua. Mientras el animal comía él colocó la silla y las alforjas sobre su lomo, y la cincha y el látigo. Comprobó que no faltaba nada de su equipo: el saco de dormir, las alforjas, la cantimplora, el rifle, la soga; sólo se había perdido la brida. Pensó en las veinticinco libras de carne de venado que habría de añadir como carga en los próximos tres días, y se dijo que jamás llegaría a Sonora si no conseguía un caballo de carga. Mañana por la noche, quizás, podría ponerse a buscar alguno, pero esta noche lo que tenía que hacer era dormir. Volvió a la roca del arroyo a buscar la brida, que no conseguía encontrar ni recordaba dónde había podido dejar hasta que echó un segundo vistazo en el achaparrado enebro cerca de la roca.

Estaba deslizándose por el banco del arroyo cuando un ruido le obligó a detenerse en seco: el sonido de la puerta de un coche. Permaneció congelado, a la escucha, los músculos tensos tratando de dominar el instinto de huida. No

pudo oír nada más, salvo el canto de las cigarras y desde algún sitio en el descampado, los aleteos y gemidos de los murciélagos. Rápidamente, pero poniendo sumo cuidado en cada paso, atravesó la franja de arena que le separaba de la yegua, puso una mano sobre su hocico para prevenir un relincho y con la otra colocó descuidadamente la brida, para a renglón seguido sacar de su estuche desgastado el rifle. Pasó el cañón a través del arzón, y se quedó esperando.

Durante lo que le pareció una eternidad y no fueron más que cinco minutos, no oyó nada reseñable. Podía ver muy poco, dado que tenía el alto banco del arroyo justo enfrente, y la noche lo cubría todo. A pesar de que estaba bien cubierto por la oscuridad bajo los árboles y entre las paredes del cauce, también era consciente, temerosamente consciente, de que si le descubrían esa misma protección se volvería contra él, dejándole como única vía de escape el descampado que llevaba a la meseta. Y no había tenido oportunidad de ponerle la brida a la yegua. Balanceando el rifle con su antebrazo, se puso a desatar la cuerda que ataba el cuello de la yegua a la estaca clavada en el suelo.

Entonces vio y casi pudo sentir un fulgor de luz que bajó vertiginosamente a través del aire sobre su cabeza, jugueteó entre las hojas de los álamos y desapareció. Segundos más tarde pudo escuchar el crujido de la gravilla bajo unos pies lentos y pesados. No se oían voces, sin embargo era tranquilizador pensar que probablemente se trataba de un solo hombre. Los pasos se acercaron al banco del arroyo —mientras Burns contenía la respiración, el pulgar ya colocado sobre el seguro del rifle— y luego se detuvieron sin llegar al borde. Burns aguzó el oído: miraba la cima del banco sin ver otra cosa que el cielo oscuro y la alta silueta negra de una yuca. Del arroyo llegaban de nuevo los estruendos de los murciélagos.

Después de un minuto más o menos, oyó cómo los pasos se encaminaban, aparentemente, a la vieja casa. El sonido de los pasos fue alejándose paulatinamente, se oyó el breve crujido de una roca cayendo, el traqueteo de una tabla suelta. Levantó el arma y la depositó sobre la silla, apoyándola en el saco de dormir, y entonces se agachó y a tientas buscó en la arena la brida. La encontró sin problemas. Desenredó las riendas de la cabezada, llevándolas

hasta el hocico de la yegua colocando la parte superior junto a las orejas y el bocado en su sitio. Estaba ya listo. Cogió la carabina otra vez y esperó y oyó respirando lenta, sosegadamente.

No oyó nada, nada que fuera humano en los siguientes cinco minutos. Luego se produjo el segundo portazo de un automóvil y entonces respiró con más libertad. Cuando escuchó al fin un motor que arrancaba, dejó a la yegua y corrió a subirse al banco del arroyo, y vio el coche al fin, un brillo opaco y esmaltado de cromo que se ponía en marcha en el viejo camino del tren bajo la casa ruinosa. Vio cómo el coche se alejaba rebotando en el suelo por el serpenteante camino, pulverizando piedras, los faros antiniebla parpadeando y barriendo un paisaje abandonado de piedras y cactus y enebros.

Cuando el coche había puesto ya rumbo hacia la ciudad, Burns regresó junto a la yegua, devolvió el rifle a su estuche, recogió la cuerda y la colgó a un costado del caballo, guardó la estaca en el saco de dormir, dio un último sorbo en la fuente, y por fin se subió a la silla, que le resultó francamente cómoda teniendo en cuenta lo que podía haberle pasado en las últimas dos o tres horas; se abstuvo de pensar en el cañón que tenía delante, donde tendría que ir a pie y tirar de su yegua al menos la mitad de la distancia.

—Vamos, muchacha —dijo, y le dio un toque con sus talones a la yegua. Con brío y ganas ella empezó a avanzar libremente a través del terreno de hierbas y restos de madera, hasta que él tuvo que hacer uso de las riendas para reconducirla y ponerla en camino. Cabalgó hasta el saliente que se encontraba tras la fuente, recuperó sus espuelas, cabalgó hasta la cabeza del arroyo y allí subió el bancal rumbo a la colina, hacia las entrañas del cañón. Sobre él se inclinaban las paredes del cañón, y sobre ellas la montaña con sus acantilados de granito. Más allá de la montaña empezaban a brillar las estrellas, apareciendo una a una, las azules estrellas fulgurantes del otoño.

Burns se sentía cansado, muy cansado, y tenía frío.

15. Amarillo, Tex.

Hinton se bebió el café hirviendo, jadeó, y dejó la taza. No había sido una mala noche, había conseguido dormir algo, más de lo que suele dormirse en la cabina de un camión. Se bebió lo que quedaba de café, luego puso los mentones bajo las palmas de sus manos y miró más allá de la ventana a la vasta llanura descolada y poco inspiradora de Texas. El viento, más brioso que el día antes en Oklahoma, aullaba libremente aquí, envolviendo la hierba y las plantas en encarnizadas nubes de polvo.

Nueve treinta. Tendría que haberse puesto en camino hacía tres horas, con la salida del sol y la llegada de los empleados de la gasolinera. Lo sabía, no lo olvidaba, pero no se movió. Sí, se había retrasado —no tres horas, sino casi veinticuatro, casi un día entero por detrás del horario previsto—. A cuatrocientas cincuenta millas de Duke City. Y no le importaba. Nada podía importarle menos.

¿El último viaje? Sólo se lo creía a medias, sonreía un poco si lo pensaba. El mismo propósito se lo había hecho una docena de veces en los últimos tres años, ya se había acostumbrado. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía decirlo? Estaba el asunto del dinero para pensárselo, no sólo las colinas más allá de Shenandoah, o la importante cuestión del estado de sus —la palabra le parecía la más apropiada en todos los sentidos— entrañas.

Hablando de entrañas, pensó, no había pensado en desayunar esa mañana: no porque se sintiera mal, sencillamente no le apetecía, no tenía hambre. Después de todo, durante años había estado viviendo de cafés, cigarrillos y gases de diesel.

Encendió un cigarrillo.

«Puedo hacerlo», se dijo a sí mismo. «Puedo durar diez años más si quiero.» Pensó en la chica del restaurante de aluminio en las afueras de Oklahoma City, y sonrió involuntariamente. «Veinte años», dijo en un susurro, pero ¿por qué lo haría?

De hecho estaba plagado de nociónes sentimentales en estos momentos, perdonándose a sí mismo como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Durante toda la noche pasada había sido acosado por la imagen recordada del rostro y el cabello de esa muchacha y por una brumosa aureola de ambiciones, sueños adolescentes, recuerdos y sensaciones que esa imagen traía consigo. Sintió que lo sacudía —o quizá lo elevaba— una incómoda sensación de descongelación de la sensibilidad. Resultaba una experiencia rara: le parecía extraña la conjunción de la novedad de esa experiencia y de la vieja familiaridad que le despertaba.

Hinton se percató de la intensa irradiación de calor que quemaba sus labios: apartó la colilla del cigarro y lo apagó en el cenicero. «Puede ser, puede ser que también me ponga a ello. Por esta noche se acabó la redada; tendré tiempo de pensar en esas cosas por fin. Y en otros asuntos que yo he dejado de lado durante demasiado tiempo.»

Ya puesto en pie sintió un extraño y bastante peculiar encrespamiento en algún punto de su abdomen: un dolor anudado fuertemente, firme y definitivo aunque no especialmente terrible —de hecho era casi placentero—. «Es sólo un pequeño bebé», pensó, «un viejo amigo». Pagó el café —cuatro tazas— y se dirigió fuera.

El viento le azotó la cara, le arañaba, le devolvía su respiración. Se tambaleó hacia atrás, riéndose sorprendido, se caló más hondo la gorra. Entre este punto y el Polo Norte, recordó, no había otra cosa que alambres de púas. El viento empujaba desde el norte, frío y poderoso, levantando olas de polvo... «Baaaah», murmuró, escupiendo y contrayendo el gesto. Se agarró la gorra con fuerza y se introdujo en el masivo torrente de aire, tambaleándose un poco, camino de su camión. Entrecerró los ojos, mirando el plateado y rojo...

OTRO CARGAMENTO DE ACCESORIOS DE BAÑO ACME!

¡AMÉRICA CONSTRUYE...

...lo vio, justo allí donde lo había dejado. «América construye», dijo. El viento lo empujaba, un viento bronquista y arenoso y enfadado. Inclinado hacia delante, con la chaqueta ondulante volando tras él y el cuello fustigándole la boca. «Maldita sea», dijo, abriendose camino. El poder del viento, pensó, le hacía sentir ligeramente ridículo, luchando por abrirse paso y perdiendo el camino en aquel semi-invisible torrente. Más polvo entre los dientes: el agudo sabor placentero y alcalino del sur de Dakota, el seco gusto a estiércol de caballo de Kansas.

El viento lo abrazaba, golpeándole la boca, azotándole la piel con amargo ardor. Reía, reía excitado cuando por fin fue capaz de meterse en su camión.

Por el callejón del juzgado, un jeep con equipo de radio y dos Chevrolets de color canela los esperaban.

—Morey.

Seis hombres armados: pistolas, recortadas, metralletas.

—¡Eh, Morey!

Johnson se sentó sobre una rueda del jeep. El operador de radio estaba dentro, llevaba una pistola.

—Tus colegas no vienen con nosotros —dijo Johnson. Se aflojó el cinturón un agujero, tratando de sentirse más cómodo en el reducido espacio que había entre el entrepuente de rueda y el transmisor. Glynn y los otros tres lo miraron.

—¡Morey!

Johnson dijo:

—Glynn, lo que quiero es que tú y esos colegas subáis a la cima. Ahí es donde vais a pasar todo el tiempo. ¿Tienes prismáticos? Glynn asintió:

—Sí.

—¿Y sabes cómo llegar?

—Vamos, Morey, ¡por Dios santo!

—¡Eh, Morey!

Johnson desenvolvió una lámina de chicle.

—Pues despeguen. Subid allí en cuanto podáis y cuando estéis arriba, me lo radiáis. Y no quiero que ninguno se siente en el coche a leer tebeos: os toca cubrir diez millas. ¿Habéis traído almuerzo? Glynn movió la cabeza.

—Muy bien, pues ya estáis en camino fuera de la ciudad. Llenad las cantimploras y las bolsas de agua y ni se os ocurra añadir una cerveza, no es un picnic. No dejéis las llaves puestas en el coche.

Johnson se levantó el cuello de su cazadora de cuero.

—Entonces, ¿sabes lo que tienes que hacer cuando estés arriba?

Glynn asintió.

—Muy bien, despegad. Y los ojos abiertos de par en par. Cuanto antes atrapemos a este vaquero antes nos iremos a casa.

—Vale, Morey... —dijo Glynn dirigiéndose a uno de los coches. Otro oficial, que llevaba una recortada, lo siguió.

—¡Eh, Morey! —Uno de los carceleros se encontraba en la boca del callejón, aún llamándole. Johnson volvió la cabeza, frunció el ceño.

—¡Morey! —dijo el guardia tentativamente.

—No —dijo Johnson.

—Gutiérrez ha llamado, dice que quiere ir.

—No —dijo Johnson, y miró a los otros dos hombres que se habían quedado parados mirándole—. Ahora, chicos, me gustaría que fueseis a Pueblo y busquéis a uno que se llama Pete Sandia. Es un rastreador. Os está esperando en Correos. Después de eso os reunís conmigo en la montaña. Yo estaré en la vieja granja Brown. ¿Sabéis dónde cae eso?

—¿Me preguntas a mí? —dijo uno de los hombres—. Hay dos o tres sitios así por allí. No sé a cuál te refieres.

—El que yo digo está bastante cerca de la boca del cañón Agua Dulce, hay allí una fuente con tres álamos grandes. La casa en sí es una ruina a la que le crece una cholla en el techo.

El hombre asintió entonces.

—¿Sabes ya el sitio que digo?

—Sí, ya sé —Y asintió otra vez—. Allí estaré.

—Bien —dijo Johnson. Y arrancó el motor del jeep—. Os esperaremos allí en una hora más o menos. Y no lleguéis sin el indio. Probablemente estará borracho, pero lo traéis de todas formas —Dejó que el motor se calentara sin pisar el acelerador—. Si resulta que no quiere venir lo arrestáis por desorden público y lo traéis de todas formas.

Los dos oficiales se echaron a reír.

—¿Está claro? —dijo Johnson, los oficiales asintieron y se fueron en el otro coche. Johnson estiró el cuello y sacó el jeep del aparcamiento para meterlo en el callejón. Se detuvo en la puerta trasera y le dijo al guarda que allí había:

—¿Ha llegado Hernández ya?

—No.

—Cuando llegue pídele que comunique otra vez con la Policía del Estado por lo de la avioneta. Él ya sabe a lo que me refiero. Y dile también que los marshall vendrán hoy a llevarse a un prisionero de nombre Bondi.

El guarda movió la cabeza arriba y abajo.

—Hecho, Morey.

Johnson siguió adelante, dejó atrás el callejón y puso rumbo al norte por la Calle Segunda. Ni él ni el operador de radio gastaron una palabra. El jeep no estaba del todo cubierto con el techo de lona, y el frío del aire de la mañana les golpeaba a cuarenta millas por hora. Johnson se lamentó de no haberse traído guantes.

Avanzaron dos millas rumbo norte a través de la ciudad sombría y gris, las calles prácticamente desiertas, los carriles vacíos. No se cruzaban con nadie que fuera en dirección opuesta excepto los conductores de unos pocos camiones de carga. Giraron al este en Mountain Road, atravesaron uno de las

más prominentes zonas de la ciudad: filas y filas de cajas de ladrillo y vidrio bajo una densa espesura de antenas de televisión donde residían ingenieros y dentistas y Buicks; no muy lejos de allí, más allá del campo de golf, había una catedral episcopaliana que imitaba a las góticas, rodeada de árboles y pelotas perdidas: la casa de Dios se extendía con amplios jardines que no se distinguían fácilmente del propio campo de golf, un cementerio tan nuevo que aún no tenía muchos inquilinos, y la mayoría de los que había no querían estar allí. En parajes tan lujosos, si todo iba bien, los vecinos dentistas e ingenieros serían enterrados algún día para disfrutar con pastoral elegancia de una ociosa recreación que no habían conocido en vida.

Pasados los límites de la ciudad, Johnson y el operador de radio empezaron a rebotar en su baqueteado jeep y mirando el inerte paisaje de desperdigados bares y gasolineras y granjas pequeñas que se dispersaban a derecha e izquierda. Los buzones salían a la carretera a señalar el número de la propiedad, y cuando apareció el 424 el sheriff redujo la marcha para mejor mirar la casa de adobe que había entre tarays y albaricoques, junto a una parcela de maíz crecido, una jungla de girasoles y los exteriores de la casa, el corral, el patio, la pila de leña.

—¿Qué estamos buscando? —dijo el operador de radio rompiendo el silencio. Johnson no respondió—. ¿Qué hay aquí? —dijo el operador, mirando fuera.

Johnson pisó el acelerador de nuevo.

—Ahí es donde vive el tal Bondi —dijo—. Vivía —quiso decir. Masticó su chicle lentamente, especulando.

—Oh... —dijo el operador de radio—. Y entonces ahí es donde... —Volvió la cabeza para mirar atrás—. Sí... —dijo en voz baja, y puso una mano sobre la culata de su revólver.

Siguieron adelante a través de franjas rurales de suburbio: pequeñas granjas, acequias, álamos amarillos y largas parcelas marrones de maíz, vallados con alambres de púas, más casas de barro, viejos Chevys destripados en medio de una camada de herramientas y piezas sueltas, chili rojo y maíz

secándose en las paredes, pequeños perros iracundos ladrando bajo las ruedas, mexicanos hundidos bajo puertas sin marco, camionetas aparcadas en cobertizos, olor a estiércol de caballo, cedro quemado, hediondilla, arena, roca, el amanecer frío y azul y brumoso e inmenso...

Johnson pisó el freno, giró el volante y el jeep torció en una esquina vallada, traqueteando sobre un puente de madera y luego dirigiéndose al este y hacia arriba a través del desierto, rumbo a las sombrías e intangibles montañas.

—¿Está muy lejos? —preguntó el operador de radio. Llevaba las dos manos apoyadas en el salpicadero del coche porque el jeep daba tumbos en la poco cuidada carretera. Una piedra suelta voló y se estrelló contra un amortiguador:

-¿Eh?

—A unas diez millas de aquí —dijo Johnson.

—¿Y crees que ese mengano Burns estará donde crees?

—Eso creo.

El jeep encaró repentinamente el descampado, rebotando sobre rocas y baches, temblando por entero. El operador tuvo que apoyarse en el entarimado, mientras su estómago se levantaba, se estrellaba y bajaba de nuevo.

—Ah... ¿Tú estuviste?

El jeep seguía siendo sacudido por las estribaciones del terreno de piedra por el que transcurría la carretera.

—¿Fuiste allí anoche, Morey?

—Sí.

—¿Y qué te hace pensar que estará todavía allí?

—Nada —Johnson apartó una mano del volante y se rascó la cara interna de un muslo.

La carretera subía hasta el borde de la meseta y luego se enderezaba en la larga llanura ensanchada que iba elevándose gradualmente hacia la base de las montañas. Ahora la superficie de la carretera había adquirido el perfil de una tabla de lavar, una ininterrumpida sucesión de corrugaciones laterales que hacían que el jeep saltara y vibrara con tal vigor que a veces parecía que se iba a descomponer en pedazos antes de que pudiera cubrir una milla más. Sin embargo Johnson pisó el acelerador más fuerte y dado que la velocidad de la máquina aumentó, consiguió una especie de sincronización aerodinámica entre la velocidad y la tracción, reduciendo las vibraciones que les molían los huesos a un traqueteo rítmico, estable, soportable.

El operador de radio decidió aprovechar las ventajas de la estabilidad, en comparación con la que había padecido, y encendió un cigarrillo, aunque no sin malgastar varias cerillas que el viento le apagaba. Llevaba las mejillas distendidas, los ojos medio cerrados. Echó fuera el humo que pasó por sus oídos como alma en fuga. Alegremente dijo:

—No he estado por aquí desde la última veda de ciervos.

Miró a través de las cortinas de viento la larga y oscura pared horizontal de las montaña, que parecía retroceder conforme ellos se acercaban a ella. Las Montañas del Sangre de Cristo.

—Hace mucho tiempo desde la última vez que vi cómo salía el sol.

Contempló el fenómeno en el cielo amarillo sobre las montañas. Se produjo en un instante, como si sus palabras hubieran sido una orden celestial: el sol empezó a aparecer sobre el borde de la montaña, rojizo, pálido, casi se diría que anticuado.

—Debe haber mucho polvo en el aire —comentó el operador. Pero aun así, la luz era lo suficientemente potente como para obligarle a entrecerrar los ojos.

El jeep avanzaba persiguiendo el borde de la gran sombra que iba retirándose. Tras ellos quedaba colgado en el aire de la carretera un manto de polvo como un cono de viento largo y sucio.

—A pesar de todo puede que sea un bonito día —dijo el operador—. Tú... — La carretera descendía abruptamente ante ellos, el jeep se precipitó en un descampado profundo, crujiendo en una congregación de matojos, y se fue acercando al bancal de enfrente dejando atrás nubes de humo, polvo y gravilla, mientras la carretera volvía a elevarse, a trepar y serpentear entre peñascos, cactus y enebros diseminados. Johnson metió la segunda. El operador pudo completar su frase—: Cómo puedes nunca estar tan seguro de cómo van a ir las cosas sólo por la picada que te da por la mañana.

El sol se elevó veloz a través de la niebla oriental: empezó a brillar y a quemar, un resplandeciente disco ígneo. El operador entrecerró los ojos y contrajo la cara en una mueca. Johnson se echó el ala de su Stetson más hacia abajo.

La carretera seguía un vallado: aquí y allá quedaban en pie algunas estacas, diagramando las calles y parcelas de un suburbio imaginario, un gran cartel, solo y conspicuo en el terreno salvaje de arena y piedra, se dirigía a ellos en términos zalameros: «SÉ DUEÑO DE TU PROPIO RANCHO DE MONTAÑA. BARRER REALTY, INC.». Johnson bufó. El jeep pasó junto a un viejo cercado de madera para guardar ganado, junto a una señal del Parque Nacional y se encaminó al pie de las colinas, a la oscura pared de las montañas que se erguían ante ellos, y que apagaban de nuevo la presencia del sol.

Llegaron a una intersección de caminos. Uno de ellos iba rumbo al noroeste hacia la base de la pared principal, el otro al sur atravesaba la meseta y rodeaba la colina. El poste que señalaba a la izquierda, al noroeste, decía: «Campamento Público, 2 millas; Estación de Guardias, 4 millas». La otra señal decía: «US 66, 12 millas, Duke City, 22 millas». Johnson torció a la derecha.

Era una carretera más ancha, mejor, que corría paralela a las montañas. Johnson se mantuvo en ella unas tres millas, hasta que giró rumbo al este en la parte baja de un arenoso descampado y pasó por entre unos enebros y las rocas y la arena hacia el cañón conocido con el nombre de Agua Dulce. Las ruedas resbalaban y se hundían en la arena profunda hasta el punto de que Johnson tuvo que hacer uso de la tracción delantera y meter la marcha más baja para que el jeep saliera a flote, gimiendo y temblando, y Johnson pudiese

meter segunda. Donde se encontraba ahora no podía llamarse carretera: era sólo un par de tenues surcos, el antiguo camino del ferrocarril, con un lecho de arena que absorbía las ruedas, esquisto y pizarra que arañaban los neumáticos, con baches y salientes y colmillos listos para romperle un eje al coche o romperle el cárter. Las ramas de enebro batían el parabrisas, los cactus se agarraban a las llantas, los matorrales explotaban bajo el guardabarros, pero Johnson, con una especie de resignado desdén que esquivaba el desastre gracias a una indiferencia fatalista, pudo conducir el jeep —propiedad del Condado de Bernal— venciendo a todos los obstáculos que le salían al paso.

El descampado se estrechaba y se hacía más profundo hasta convertirse en un cauce con bancos verticales y pendientes colgantes. Johnson siguió conduciendo hacia arriba, hacia una curva tras la que aparecieron los álamos, tres gigantes de hojas marchitas con troncos elefancíacos y entre ellos un poco de hierba y unos juncos y el saliente de piedra caliza que defendía a la fuente. El sheriff detuvo el jeep, apagó el motor y subió hasta allí; el operador de radio se arrastró hacia fuera por el otro lado, tambaleando tanto que estuvo a punto de caerse de brúces.

—Por Dios, Morey...

Oyeron el silbido de vapor comprimido, el burbujeo del agua, ruidos espontáneos que procedían de debajo del capó del jeep.

—Por Dios, Morey... —murmuró el operador otra vez. Con la manga de su chaqueta se secó la frente.

Johnson, inspeccionando el suelo bajo los árboles, no respondió. Descubrió excrementos de caballo en la hierba, huellas de cascos en la arena húmeda, señales de deslizamiento en ambas riberas del arroyo. Miró más allá del arroyo, más allá de la colina, más allá del cañón que estaba detrás, en la remota y torturada faz de la montaña que escalaba más allá por encima del cañón. La sensación de temor no formaba parte del repertorio de sensaciones del sheriff Johnson, pero algo en aquellas alturas de desnudos riscos y acantilados le obligó a detenerse y suspender, al menos de momento, su

cadena de suposiciones, hechos e interferencias. Miró hacia arriba, sin pestañear, admirando aquella implacable pared.

—Hey Morey... —El operador había gateado por el bancal y ahora estaba en el borde de la ribera—. Hay una casa allí, ¿es la granja del viejo Brown?

No recibió ninguna respuesta. Escrutaba todo lo que le rodeaba, miraba abajo, se detuvo, se arrodilló para examinar algo descubierto en el suelo.

—¡Morey —dijo enérgicamente—, alguien ha estado caminando por aquí! Por Dios bendito que son las huellas más grandes que hayas visto en tu vida. No parecen humanas...

Johnson no respondió, apenas lo oía. La expresión de su cara había cambiado, había perdido el aire de recelo para volverse más tensa, concentrada, atenta. Lejos, en la cima del cañón, cimbreándose lentamente en el aire, creyó percibir una hilera de humo. Era demasiado frágil, demasiado distante: cerró los ojos unos segundos y los volvió a abrir para mirar de nuevo. No, no estaba equivocado, era humo. Una bocanada azul de humo, pálido y movedizo, flotando en los límites de la invisibilidad, muy lejos de donde estaban.

—¿Qué me dices de estas huellas, Morey? Deberías venir a echar un vistazo. Dios bendito, son gigantescas...

Johnson se relajó, se rascó una ingle, escupió la bola de chicle de la boca. Se volvió y se sentó en el parachoques del jeep. El operador de radio todavía estaba chisporroteando y burbujeando, aunque menos agitado que antes.

—¿Morey...?

Johnson miró al operador.

—No le des más vueltas —le dijo—, no hay de qué preocuparse. Esas huellas son mías, de anoche. Ven aquí y mira a ver si puedes contactar con alguno de los chicos.

—Vale... —El operador miró hacia el oeste, y luego al norte en dirección a la ciudad.

—Hay un coche que está atravesando la meseta ahora. Son nuestros chicos probablemente.

Johnson miró en la dirección que le señalaba el operador y vio una batida de polvo elevándose hacia las montañas, siguiendo la larga cinta sobre la llanura que marcaba la carretera. Unas diez millas, casi media hora, estimó.

—Baja —le dijo al operador.

El operador se deslizó por el bancal, emergió entre una nube de polvo y se sentó en el jeep. Toqueteó interruptores y se puso los cascos y esperó que el transmisor se calentara.

—¿A quién quieres que llame? ¿A Glynn? —dijo.

—Llama a Glynn —dijo Johnson, echando atrás la cabeza y mirando de nuevo arriba, al borde de la montaña, a cinco mil pies por encima. Una franja de nieve se extendía allí, azul y helada; una columna de nube flotaba al este consiguiendo que pareciera que la montaña se movía, como un gran barco avanzando a través del cielo. Cayendo... El sol no iluminaría esa pared en una hora.

El operador encendía interruptores, movía la ruedecilla, el altavoz empezó a emitir ruidos dispersos, estáticos, eléctricos, extraños, con cierta simetría matemática, como si estuviese pronunciando un mensaje cifrado procedente de otro mundo. El operador dijo en el micrófono:

—CS-3 llamando a CS-4, aquí CS-3 llamando a CS-4. ¿Me escuchas? ¿Puedes oírme CS-4? Cambio.

Esperó. El altavoz volvió a emitir su patrón de ruidos sin que hubiera respuesta inteligible. El operador repitió la llamada, apagó y encendió interruptores, esperó de nuevo. Johnson esperaba, sentado en el parachoques del coche, escuchando. No había respuesta.

—No nos captan —dijo el operador—, deben estar en el otro lado de la montaña, cuando suban a la cima nos oirán.

Johnson asintió.

—Llama a los otros colegas —dijo—. Mira a ver si están en camino y asegúrate de que traen al indio.

—Vale, Morey —El operador cumplió con su tarea y esta vez sí obtuvo respuesta: los otros estaban ahora por la meseta y el indio venía con ellos, tardarían media hora en llegar, cambio y cierro. El operador se quitó los cascos y se rascó la nariz con su dedo meñique.

Mientras, Johnson contemplaba sobria e intensamente la cima del cañón. La traza de humo era tan vaga y tenue que todavía no había podido convencerse de que realmente la había visto. Murmuró algo para sí, un hombre con un problema, y distraídamente se puso a rascarse los sobacos. Por fin dejó su asiento del parachoques del jeep y se levantó.

—Voy al cañón —le dijo al operador de radio—. Tú te quedas con la radio. Cuando los otros vengan diles que uno de ellos y el indio vayan al cañón, el otro que se quede contigo. Y cuando conectes con Glynn por radio dile que mire detenidamente todo lo que haya por allá arriba.

—¿Crees que ese tal Burns andará por allí?

—Puede ser —dijo Johnson. Se dispuso a marcharse pero se detuvo y se volvió un momento—. Oye, llama a los chicos otra vez, diles que no se les ocurra meter el coche por el descampado. Demasiado duro, no lo conseguirían. Diles que sigan rumbo al sur otra milla y luego sigan el camino del viejo vallado. Eso los traerá bastante cerca de aquí.

—Vale, Morey —El operador miró la espalda de Morey alejándose—. Olvidas tu escopeta —le gritó. Johnson se cruzó las manos en la espalda sin volverse. El operador se encogió de hombros y se dispuso a hacer su llamada de radio.

Un largo paseo: el sol ya asomaba por el borde de la montaña, un blanco calor furioso avivado por el viento azul. Abajo, Johnson se paró y se apoyó en la roca, se quitó el sombrero y se secó la frente. Estaba sudando pero sus pies, todavía en la sombra, estaban fríos. Mientras descansaba escuchó el canto de un sinsonte, un descendente glissando de dulces y cadenciosos semitonos, ligeramente burlón. Johnson se quitó la cazadora de cuero y se la echó sobre el

antebrazo. Miró abajo: bastante lejos ya podía ver aún el jeep, un objeto gris de dimensiones inciertas, y la colina achaparrada, la carretera, la nube de polvo de un coche que se acercaba. Miró arriba y sólo vio piedra, nada más que piedra, paredes de piedra y salientes y grutas de piedra. No podía ver ahora traza alguna de humo desde donde estaba, y sólo podía oír el silbo del viento, el periódico gorgoteo de agua invisible, la llamada, a largos intervalos, del sinsonte.

Volvió a entregarse a la subida, escalando toboganes de piedra, luchando con las pendientes que escalaban el cañón para evitar las zonas más complicadas, avanzando por los tramos de arena que separaban unos niveles de otros. Aquí y allá podía distinguir pisadas de caballo, aunque abundaban más las delicadas huellas de los ciervos.

La subida y la altitud le aguzaron una inesperada sed y empezó a reprocharse no haberse acompañado de una cantimplora.

El cañón se estrechaba y giraba, dirigiendo la vista al oeste en pos de las crestas altas, los pinos, la pared final de granito. Johnson subió otro tramo de roca ablandada por el agua, y cruzó en diagonal sobre un dique de delgado feldespato para pararse en el borde y mirar arriba. Vio los sauces al pie de la pendiente del agua, hediondilla y chuchupate, y a la derecha, unas cuantas yardas más arriba de la pendiente y a unas cien yardas de donde se encontraba, un voluminoso y brillante objeto colgado de una de las ramas de un árbol. Muy cerca, desde un pequeño montículo de arena y carbón, un hilo de humo se elevaba al cielo.

Aguzó el oído, examinó cada palmo visible del terreno. Vio paredes de piedra, empinadas pendientes de arena y gravilla, árboles, cactus, matojos, un par de cuervos encorvados sobre una roca cercana, pero ni rastro de un hombre, ni de un caballo. No podía oír otra cosa que las delgadas vibraciones de las moscas en algún sitio allá arriba.

Aguardó un minuto con sensaciones encontradas, luego se sosegó un poco y tiró hacia arriba, oyendo el sonido de sus botas haciendo crujir la arena del piso. Incluso su respiración sonaba más fuerte de lo habitual, como si el hecho de profanar la tranquilidad del lugar y los altos muros amplificara cualquier

ruido. Era consciente de que los tenues ecos repetirían cada uno de los sonidos que hiciera siguiéndole a todas partes: se sintió tan consciente y fuera de sitio como un turista rompiendo el silencio de una catedral. Pero después de los primeros momentos de incomodidad transformó la sensación de ser un intruso para devolver su atención a lo que allí lo había llevado.

Al aproximarse al objeto colgante que había visto se dio cuenta que era el cadáver de un animal despellejado y parcialmente despedazado. Se acercó más y vio los restos cubiertos de arena de lo que había sido una hoguera, y allí al lado había quedado impreso en el suelo allanado el lugar donde evidentemente un hombre había pasado la noche. Cerca del ciervo había, hecha de ramas de sauces, una especie de rejilla levantada unos tres pies del suelo por unos postes cruzados que descansaban sobre pequeñas estacas. Debajo de esa red estaban los restos de pequeños tallos de enebro quemados que sobresalían entre la arena.

Johnson encontró un trozo de papel, marrón y gastado, que revoloteaba agarrado al ciervo. Lo cogió. Cuando se acercó a la rama de la que estaba colgado el animal, ésta se levantó ligeramente, temblorosa: un gran cuervo negro alzó el vuelo al aire y sobrevoló el cielo del cañón. Johnson lo siguió con la mirada, sobresaltado, su mano a la culata de su pistola, luego dio el paso que le separaba del ciervo. Las moscas pululaban en torno al cadáver y atacaban en batallones la carne brillante. El trozo de papel estaba clavado en una ramita que formaba parte de una bola de matojos que ocupaba el lugar de las entrañas del ciervo. Con una mueca de asco, Johnson metió una mano en la mancha de moscas hasta coger el papel y sacarlo de allí. Alguien había escrito:

ESPERO QUE TENGÁIS EL SENTIDO SUFICIENTE, MUCHACHOS,
COMO PARA HACER USO DE ESTE VENADO
ANTES DE QUE LAS MOSCAS SE LO COMAN TODO.
IBA A HACERME UNA PAJA, PERO ME HABÉIS METIDO PRISA.

Johnson sonrió cansinamente y tiró el papel al suelo. Examinó las cenizas del fuego bajo la rejilla y comprobó que todavía estaban calientes. Hurgó por allí un poco más, y vio que había huellas de botas y de cascos por todas partes, el agua que se filtraba detrás de los sauces, el lugar donde el ciervo había muerto, los dispersos restos de sus entrañas rodeado de huellas de ratones, buitres, cuervos y lo que podía ser —de eso no estaba seguro— las huellas de un puma. Pero no lograba determinar lo que quería determinar: el lugar por el que Burns se había marchado de allí. El suelo era demasiado seco, demasiado pedregoso y en todas partes, menos en el suelo del cañón, demasiado empinado. Subió al acantilado tras la fuente y miró en la arenosa cañada de arriba en busca de alguna señal del hombre o el caballo, sin éxito. Trazó un pequeño arco en la pendiente norte del cañón —por la parte soleada, del lado de los cactus— y no encontró nada. Hizo lo mismo en la pendiente sur entre los piñones y enebros. Allí descubrió lo que podían ser huellas del paso de un caballo: unas ramas frescas rotas, unas piedras volcadas, cierta tenue depresión en un banco de grava. Pero sólo eran signos, posibilidades, tan indefinidas y dispersas que prácticamente resultaban inútiles. Si fueron a algún sitio, dedujo entonces, tuvo que ser pendiente arriba, y la pendiente acababa cincuenta yardas más allá, en un muro perpendicular de piedra. Johnson se detuvo y miró alrededor al vacío del cañón, a los casi míticos y remotos acantilados de arriba, y otra vez fue intensamente consciente de la quietud desorbitada y terrorífica que reinaba allí. Se le ocurrió una idea entonces, un absurdo: impulsivamente le gritó, proyectando el grito haciendo bóveda con las palmas de sus manos, dirigiéndose a las vertiginosas alturas y a los golbos de espacio vacío que le rodeaban:

—¡Burns!

El eco le devolvió la llamada, amplificada primero, luego apagándose rápidamente mientras rebotaba por la pared de piedra hacia la cima de la montaña.

—¡BURNS!... ¡Burns!... ¡Burns!

—¡Baja!

Y el eco:

—¡BAJA!... ¡Baja!..., ¡baja!

—No puedes escapar...

—... ESCAPAR... Escapar... escapar.

—¡Baja!

—¡BAJA!... ¡Baja!..., ¡baja!

Los ecos se desvanecían al escalar los altos acantilados, más allá, más allá, como lamentos de fantasmas que desaparecían...

Johnson se quedó oyendo en tanto el último eco de un eco le venía devuelto. Luego se sentó en una piedra y desenvolvió una lamina de chicle. Y esperó.

El sosiego del lugar lo enfatizaba, sin romperlo, las claras y escuetas notas del canto de un sinsonte.

Llegaron al fin dos hombres iluminados por el sol a través del cuarzo, el granito y la arena, caras oscuras bajo sombreros de ala ancha, cuerpos pálidos en el resplandor abrasivo. Uno de ellos vio a Johnson y levantó una mano y dijo: «Hey». Se acercaron. El oficial llevaba un radioteléfono portátil y una ametralladora, el indio un viejo bastón de nogal.

—Hey —dijo el oficial, sonriéndole a Johnson—, ¿dónde está el forajido?

Johnson masticó su chicle, mirando a través del cañón.

—Subid —dijo.

—Hemos oído a alguien aullando hace un rato —dijo el oficial—. ¿Eras tú?

—Ya has oído más que yo.

Subieron la pendiente, sudando un poco, y se sentaron cerca del sheriff. El oficial jadeaba como un perro al sol. El rastreador respiraba con normalidad, como si se acabase de levantar de una hamaca. El indio era bajo y rechoncho, tenía la tez del color del tabaco y arrugada como una manzana seca.

El oficial ofreció cigarrillos pero Johnson no quiso.

—Te juro que he oído a alguien aullando —dijo el oficial—. Sonaba lejos pero era un hombre. ¿No lo has oido, Morey?

—No. ¿Qué sabes de Glynn y el otro colega? ¿Hay algo sobre ellos?

—Todavía no. Es un largo camino, Morey, tienen que cruzar el cañón y subir a la cima. Eso son casi cuarenta millas.

Johnson asintió.

—¿Y qué sabemos de la Policía Estatal? ¿Vienen con la avioneta o todavía están parados?

—No tengo idea. Estaban llamándolos cuando nos vinimos.

Johnson suspiró dócilmente rascándose el vientre.

—Bueno, muchachos, harán bien en ponerse a la tarea cuanto antes. No sé si van a tener suerte, yo no he podido encontrar mucho pero seguro que ustedes lo hacen mejor.

«Es mejor que sea el hombre que estamos buscando», pensó. Se levantó

—Les muestro lo que he encontrado.

Los llevó hasta los puntos que había señalado en la pendiente sur. El indio pareció más interesado en los restos del ciervo que en cualquier otra cosa. Espantó a las moscas con un cuchillo grande, cortó de un flanco un par de filetes y los envolvió en el sucio pañuelo que se sacó de un bolsillo y se guardó el paquete debajo de la parte frontal de su camisa.

—Buena carne —dijo—. Almuerzo.

Johnson esperó. El indio se acercó hacia la rama rota y la piedra volcada.

—Vale —dijo—, un caballo pasó por aquí.

—¿Cuánto hace de eso?

—Puede que una hora, puede que una semana.

Johnson asintió, frunciendo el ceño. Podía oler el whisky en el aliento del indio.

—Todo vuestro. Yo tengo que volver. Hacedlo lo mejor que sepáis.

Se dio cuenta de la debilidad del oficial que no podía con el peso de su carga.

—No cargues ese walkie-talkie, y dame la ametralladora: no vas a tener que enfrentarte a unos japos.

—Ese tipo es un anarquista, Morey. Y seguro que lleva rifle.

—Entonces seguro que te dispara, y eso te pondrá en su pista. Llevas un 38, es más que suficiente.

El oficial se puso a hacer pucheros como un niño irritado, con la ametralladora en el brazo, un revólver en la cadera, el aparato de radio colgado en la espalda.

—Puede que necesite todo esto, Morey.

El indio ya se había alejado de ellos y se había metido entre los árboles, tocándolo todo con la punta de su bastón.

—Meado de caballo —les gritó, y siguió con sus investigaciones.

Johnson miró arriba.

—Muy bien —Luego se volvió al oficial—. Bueno, quédate lo si te resulta tan querido. Pero no lo uses a menos que tengas un buen objetivo —Se volvió hacia la oscura figura del indio en la pendiente, cojeando hacia la base del acantilado, camino de la cresta—. Y no le quites los ojos de encima a ese colega.

—Descuida, Morey.

—Vale —Johnson se puso la cazadora y empezó a descender. Estaba pensando: «Niños, mis niños». El sol le pegaba en una zona de piel desprotegida, detrás del cuello. «Una pandilla de malditos niños...» Fue hacia abajo deslizándose por la cara lisa de la primera cornisa, aferrándose con los

dedos de las manos y los pies. En los últimos palmos se dejó ir y cayó en la arena de abajo. Siguió caminando. «Malditos críos», pensaba, y luego se acordó de los ecos. Sonrió. Esos maravillosos, mágicos, desvanecidos ecos...

Media hora tardó en alcanzar el arroyo. Otro oficial y el operador de radio estaban sentados sobre la capucha del jeep y bebiendo Coca-Cola. El coche patrulla estaba aparcado en el viejo camino debajo de la ruina.

El operador vio que Johnson llegaba:

—¡Le han visto! —gritó, y luego le dio un buche a la botella.

—Y el general quiere hablar contigo —dijo el oficial riéndose.

Johnson se quitó el sombrero y se secó unas gotas de sudor sobre la frente.

—¿El general? —preguntó sorprendido—. ¿Y quién le ha visto? ¿Y a quién? ¿A Burns?

—Sí —dijo el operador—. Yo he estado hablando con Glynn. Él le vio —Arrojó la botella vacía detrás de su espalda, pegó en el bancal y se deslizó rodando hacia el fondo—. Allí arriba, en algún sitio —El operador señalaba a la montaña, indicando varias millas de naturaleza peñascosa—. Glynn vio a un hombre que llevaba un caballo en un agujero entre las rocas, sobre ese risco, y abajo en el cañón por la otra parte. Después le perdió la pista entre los grandes peñascos.

—¿Y no pudo cogerlo? —preguntó Johnson.

—No, no había modo de bajar desde donde estaba. Y estaba demasiado lejos para disparar. Glynn me ha dicho que tardaría horas en bajar esa pared.

—¿Qué están haciendo ahora?

—Glynn se ha quedado cerca del coche mientras que el otro chaval está siguiendo la línea de la cresta por ver si puede dar con ese tipo desde arriba.

Johnson meditó un instante, mirando la arena y amasándose las mejillas.

—¿Y qué me dices de ese general? —preguntó.

—Eso es —dijo el operador—. De la Base Aérea. Desalius es su nombre. Quiere hablar contigo.

—Sobre qué.

—Algo sobre un helicóptero.

—¿Un helicóptero? —Johnson se rascó las costillas—. Mira a ver si puedes ponerme con él.

—Hecho —El operador de radio bajó del techo del jeep y fue al transmisor. Johnson se dio cuenta entonces de que el otro oficial uniformado estaba tendido al sol indolente y desocupado.

—Parece que nuestro hombre se dirige al sur —dijo Johnson—. ¿Por qué no vas a echar un vistazo hasta el Cañón del Oso?

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

—¿Hay carretera hasta allí?

—La había. Si ya no la hay puedes caminar. Llega hasta donde puedas con el coche y empieza a trepar hacia la cresta sur y te sientas a disfrutarlo. Si llegas lo bastante rápido puede que ese vaquero amigo nuestro llegue a caballo hasta dónde estás. Si resulta que en, digamos, unas tres horas no has visto nada te vuelves. Si no estamos aquí, te avisamos por radio —Se pellizcó la nariz—. No te pierdas —añadió.

—Vale, Morey.

El oficial bajó del jeep y ascendió el bancal del arroyo.

—¿Disparo en cuanto lo vea? —preguntó a los que quedaron abajo.

—¿Cómo? —Johnson ya se había olvidado de él, estaba escuchando al operador de radio tratando de comunicarse entre cortinas de ruido estático, preguntas, el murmullo del teniente segundo de la Fuerza Aérea—. ¿Disparar en cuanto lo veas? —dijo Johnson, la pregunta consiguió penetrar en su

indiferencia. Miró arriba al oficial, molesto—. ¿A qué demonios te refieres? No vamos detrás de un asesino.

—Se supone que ese tipo es peligroso, Morey. Los periódicos dicen que es un Rojo.

—Me importa cuatro cojones lo que digan los periódicos. Deberías decidir mejor por ti mismo. Lo que tienes que hacer es detenerlo, esto no es la caza del mapache. Y ahora sal de mi vista antes de que me enfade de verdad.

El oficial se echó a reír, tenía una cara agradable y joven con pequeños ojos de azul pálido, como botones turquesas.

—Listo, Morey —dijo, y desapareció. De arriba les llegó el ruido de una puerta de coche cerrándose, el sonido de un motor poniéndose en marcha, piedras golpeando el metal...

«Estos chicos sedientos de sangre», pensó Johnson, «¿de dónde coño han salido?». Con el ceño fruncido volvió a la radio. El operador estaba diciendo:

—Sí señor, un segundo señor —Se giró hacia Johnson—. Le paso al sheriff Johnson, señor —Johnson cogió el micrófono—. El general Desalius —le dijo al oído. Johnson asintió.

—Aquí Johnson al habla. ¿Qué puedo hacer por usted, general? Estamos bastante ocupados en estos momentos. Cambio.

El altavoz crepitó unos instantes. Luego una voz profunda, majestuosa y poderosa, empezó a sonar:

—Sheriff Johnson, ¿cómo está? Le habla el general Desalius, de la Base Aérea de Kira Field. Tengo entendido que está inmerso en una caza. Una caza, ¿me equivoco? Tras un criminal fugado, una especie de anarquista, según tengo entendido. ¿Estoy en lo cierto? —Sin dejar espacio para la respuesta la voz magnífica continuó—: Sheriff, me preguntaba si tal vez me permitiría hacer una pequeña contribución a su tarea. Uno de mis helicópteros, por ejemplo, y quizá algunos hombres de mi Policía Aérea. ¿Rifles automáticos? —La voz parecía salir de un rostro astuto y sonriente—. Mis hombres necesitan un poco de acción, y mi helicóptero, según imagino, puede serle de mucha utilidad en

ese terreno montañoso. Le daría instrucciones al piloto del helicóptero para que opere bajo su sola dirección, por supuesto. ¿Qué me dice, sheriff? Cambio.

Johnson contestó de una vez:

—Gracias, general. No necesitamos ayuda de la Policía Aérea pero el helicóptero ciertamente nos serviría de mucha ayuda. Nos encontramos en este momento al pie de la pared occidental, en la boca del Cañón de Agua Dulce, lo que significa a unas dos millas al norte del Cañón del Oso y a unas diez millas al norte de la autopista. Dígale a la tripulación de su helicóptero que busque un grupo de tres álamos junto a una casa de adobe en ruinas y un jeep. Le daré al piloto instrucciones por radio cuando nos localicen. Cambio.

Una voz diferente, leve y clerical, contestó.

—Teniente Colé al habla. El helicóptero estará allí en veinte minutos, señor. El general Desalius le desea una feliz caza. Cambio y corto.

Johnson bajó el micrófono, sonriendo débilmente. Se rascó las costillas. El operador le sonreía feliz.

—Menudo personaje ese general, ¿eh, Morey?

Los ojos del operador brillaban.

—Sonaba como si fuera Dios Todopoderoso, ¿verdad? ¿Eh? Le hace a un hombre preguntarse si no debería haber ido a misa esta mañana —El operador se quedó mirando absorto el bancal del arroyo, sonriendo. Luego se volvió de nuevo hacia Johnson:

—¿Y está tan pirado como suena?

Johnson guardó silencio.

—¿Crees que lo está, Morey?

—¿Quién?

—Ese general.

—No podría decirlo —respondió Johnson después de un momento de vacilación—. No conozco a ese hombre —Se observó las uñas y empezó a limpiárselas con la hoja pequeña de su navaja de bolsillo.

—No he oído a nadie así en mi vida —dijo el operador—. Como el mismísimo Dios Todopoderoso...

Johnson escupió a la arena y empezó a cortarse las uñas. Apresado en una repentina abstracción, empezó a darle vuelta a unos cuantos conceptos: prestigio, soledad, dinero, estatus, lucha, aburrimiento...

—¿Qué hacemos ahora, Morey?

El sol brillaba por encima de ellos; un objeto no identificado a las diez de la mañana. Cerca del sol tres reactores, bellos y perversos, agujereaban el cielo violeta con largas trazas de vapor plateado: habían desaparecido de su vista antes de que pudieran oírlos. Pasaron, y como resultado de su paso, como molestos por la remota explosión de sus motores, las hojas de los álamos templaron en sus delicadamente esparcidas ramas, y derramaron unos cuantos mechones que cayeron en pálido coma. Arriba del cañón de nuevo se oyó la llamada del sinsonte, luego una paloma silvestre, sola y distante, entonando unas cuantas notas solemnes, y el silencio mientras no muy lejos, de entre los enebros que había encima de la fuente, una manifestación de langostas añadía unos acordes sostenidos para abismar la tranquilidad con su repentinias, monótonas, interminables vibraciones.

—¿Eh, Morey...?

—¿Qué?

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos.

La montaña se levantaba a sus espaldas, abandonada, desnuda y pura, con una masa incalculable y una forma de significado indeterminado, un gran dios petrificado irguiéndose sobre ambos hombres en su maquinaria simple, y sobre los tres álamos y el ojo de la fuente y los sauces y sobre las resistentes

ruinas de piedra, arcilla y pino que una vez fueron el hogar de un hombre llamado Brown.

Esperaron durante veintidós minutos y entonces apareció, abruptamente, sorprendentemente cerca, el helicóptero, tan arrimado al suelo que los hombres, involuntariamente, tuvieron que bajar la cabeza. Una máquina fantástica, alegre y vivaz, un dragón volador mecánico con alas que zumbaban y el rotor girante, que danzaba ligeramente en el aire sobre sus cabezas, a una distancia que parecía permitirles cazarlo con un lazo.

—Comunica por radio —dijo Johnson. Podía ver las sonrientes caras que le miraban pegadas a los cristales, eran tres hombres, uno de ellos llevaba el cañón de su rifle apoyado en su barbilla. Uno de ellos, el piloto, hizo una señal con la mano a modo de saludos. La máquina estaba tan cerca que podía leer fácilmente su leyenda: «RESCATE FUERZAS AÉREAS USA, Modelo H-19B, Fuerzas Aéreas Serie 53-7434».

—¿Los tienes ya? —le gritó al operador de radio.

—Sí, pero están tan cerca que casi no les oigo.

—Dame el micro —Johnson lo agarró con una mano y dijo—: Tierra a Helicóptero. Al habla el sheriff Johnson. ¿Me oyen? Cambio.

Vio cómo el piloto le sonreía, asintiendo, mientras se levantaban cortinas de polvo en el aire y el estruendo del motor ocultaba todos los demás sonidos.

—Te escuchan, Morey —le gritó el operador de radio, con los cascos en su sitio—. Te escuchan.

—De acuerdo —chilló. Y siguió—: Johnson a helicóptero. Muchachos si queréis echar una mano esto es lo que necesitamos que hagáis: tenéis que cruzar y bajar el Cañón del Oso, el cañón que está al sur ahora; y buscar a un hombre solo que va a pie llevando un caballo o cabalgándolo. Si en el Cañón del Oso no encontráis nada, os lo saltáis y vais al siguiente cañón al sur. Estamos bastante seguros de que el hombre que buscamos está en uno de esos dos cañones. Parece bastante claro que se dirige al sur aunque también podría subir hasta la cima. En cuanto veáis algo me lo comunicáis. Cambio.

El altavoz crepitó por toda respuesta mientras Johnson acercaba a él una oreja, tapándose el otro oído con un dedo.

—...a sheriff Johnson. Piloto a sheriff Johnson. Copiado el mensaje, señor. Si encontramos al hombre, ¿desea que bajemos a por él y nos lo subamos? Cambio.

Johnson se pellizcó la nariz.

—Johnson a helicóptero, podéis intentarlo si queréis —dijo al micrófono—. Aunque no sé si encontraréis un sitio lo suficientemente grande para aterrizar esa máquina. Si encontráis a ese colega y no podéis bajar a tierra basta con que me informéis y lo controléis hasta que lleguemos. ¿De acuerdo? Cambio.

—Piloto a sheriff Johnson. Lo cogeremos. Podemos aterrizar en la copa de un árbol si queremos. Allá vamos. Corto y cierro.

El helicóptero partió brillando en la luz del sol y deslizando su sombra sobre las rocas y el pie de las colinas, Johnson contempló cómo iba disminuyendo hasta desaparecer en la boca del Cañón del Oso, el sonido del motor también se desvaneció al mismo tiempo, oculto por las crestas.

Johnson volvió a sentarse en el parachoques del jeep. Buscó un chicle en sus bolsillos pero no lo encontró. Distraídamente se rascó la entrepierna, sin verdadero interés, y miró a las montañas.

—Tendríamos que oír algo de esos muchachos —murmuró.

—¿Eh, Morey? —dijo el operador quitándose uno de los cascos—. ¿Qué has dicho? —Esperó un minuto sin obtener respuesta—. Ya verás cómo estamos de vuelta pronto —se aventuró a decir—. ¿No crees, Morey? —No hubo respuesta—. Con la que hay montada, el helicóptero y el indio, ¿cómo se llama?, y los dos chicos allí arriba en la cima, ¿no crees, Morey? No veo que tenga manera de escaparse —El operador de radio retiró un moco de su nariz, lo miró con habitual afecto y luego lo tiró a cualquier parte—. ¿Qué haría yo si fuese ese tal Burns? —dijo—. Me entregaría inmediatamente en cuanto escuchara a ese helicóptero, me entregaría para evitarme un montón de problemas. Y entonces podremos irnos —El operador miraba las hojas bañadas

de sol de los álamos temblando en la luz dorada, miraba a los enebros y los largos tallos de la yuca en las pendientes, miraba la roca azul que había más allá de la fuente, y a las montañas y al cielo inmaculado que se extendía por encima—. Este es un apestoso sitio de espanto, ¿eh, Morey? Podríamos irnos a casa.

Johnson se levantó del parachoques del jeep, metiéndose la punta de los meñiques en los oídos como si le dolieran, y empezó a caminar lentamente hacia los árboles y la fuente.

—¿Dónde vas, Morey?

—Vuelvo enseguida —dijo—. Sólo quiero...

Dejó que la frase muriese en su boca y con ella el pensamiento. Atravesó la fresca sombra de los árboles para llegar a la hierba y la alfombra de crujientes hojas secas que llevaban a la fuente. Las cigarras callaban. Miró abajo, a la pequeña piscina de agua, del tamaño de una bañera para pájaros, con su corona de mosquitos revoloteando. Se arrodilló y puso la cara cerca del agua. Un vago reflejo de su cara ondulante y oscura con las vacías órbitas de los ojos de una estatua le devolvió la mirada. Miró a través de su propia imagen y vio la ligera agitación en el fondo de la fuente señalando el lugar por el que se filtraba el agua desde abajo. Mientras miraba una miniatura de cangrejo de río, cubierto de limo, pálido, se deslizaba por la arena bajo el agua y se fundía con guijarros y algas que estaban al otro lado. Con el dedo índice Johnson agitó un poco las aguas, dispersando partículas de polvo e insectos que flotaban en la superficie. Metió la boca y bebió. El agua estaba fresca, no fría, y era dulce, con un suave aroma a pino.

Levantó la cabeza y se secó la barbillla goteante. Esperaba una llamada del operador de radio, pero no se producía. Por encima de él los árboles se combaban un poco por un soplo de viento, el sonido de sus hojas como el tintineo del papel de aluminio, una langosta hizo un intento de reanudar su lamento estridente. Johnson permaneció de rodillas unos minutos ante la fuente y con el altar de azul veteado de las rocas tras él, escuchando, pensando apenas, rindiéndose a aquellas sensaciones arcaicas y extrañas.

Recordaba su infancia, cuarenta años atrás, y una pena ligera y dulce atravesó como una nube su mente.

Las cañas temblaban ante sus ojos. Se pellizcó la nariz, miró tímida y furtivamente sobre su hombro, luego se esforzó en ponerse en pie. Nadie le había visto; regresó a través de las hojas caídas al jeep.

—¿Algo nuevo? —le dijo al operador que estaba escuchando la radio, los cascos en su sitio. Iba a activar el interruptor del altavoz pero vio que ya estaba activado: un murmullo sordo e ininteligible llegaba a través del altavoz.

—¿Los rastreadores? —dijo.

El operador asintió, ajustando una perilla del receptor. Sus labios se movían, formando palabras en silenciosa repetición de lo que estaba escuchando. Accionó un interruptor y miró hacia Johnson.

—Son ellos— dijo—. Me dice que están siguiendo una huella pero que es muy poca cosa y que van muy lentos. Quiere saber si pueden volverse.

—¿Ya han atravesado la cresta en el Cañón del Oso?

—Sí. Han visto el helicóptero hace un minuto.

—Diles que aguanten.

El operador transmitió la orden por el micrófono y después apagó el transmisor.

—¿Nada sobre Glynn? —dijo Johnson—. ¿Nada sobre el helicóptero?

—¿Aún no? ¿No te parece que estamos persiguiendo a un fantasma?

Johnson gruñó.

—Un vaquero invisible con un caballo invisible.

Johnson se rascó el cuello, entrecerrando un ojo, una mueca que levantó una esquina de su labio superior en lo que pareció un gruñido silencioso.

—¿Y qué hay del otro colega? Supongo que no hay nada nuevo tampoco.

—No he oído nada de él, Morey.

Murmuró para sí unos instantes.

—Estoy a un pelo de dejarlo. ¿Sabes algo de la Policía Estatal? ¿Nos van a ayudar o qué?

—Mandan dos coches patrulla al Cañón de las Tijeras y van a prestarnos la avioneta en cuanto puedan. Eso es lo que me dijeron hace una hora.

Johnson carraspeó y se rascó y pensó. Después de un rato dijo:

—Vamos a sacar este jeep de este maldito arroyo. Tengo la sensación de que nos estamos quedando atrás —Se subió al asiento y puso en marcha el motor, el operador aseguró todo su equipo y se sentó junto a él. Johnson metió la marcha, bajó la ladera norte del arroyo, aceleró el motor y subió la ladera sur cuya arena escalaba en un ángulo de unos 50 grados. La parte delantera golpeó la ladera y se sacudió hacia arriba, las cuatro ruedas del jeep batiendo arena; el jeep subió hasta la mitad y luego se quedó colgado, con las ruedas resbalando, el motor chillando, todo el chasis temblando. Johnson dejó caer el coche hasta el lecho de nuevo e hizo un segundo intento, tratando esta vez de subir en diagonal en vez de todo recto, pero el jeep tampoco pudo.

—Bájate y empuja —le dijo al radio operador, que lo miró alarmado. Johnson sonrió para convencerle de que estaba bromeando. Volvió a dejar que el jeep descendiera la pendiente y condujo por el lecho del arroyo hasta encontrar un punto donde la erosión hubiese desmoronado lo suficiente la ladera como para hacer posible el ascenso. Una vez salidos del arroyo puso rumbo al sudeste, siguiendo la vieja línea del ferrocarril que llevaba al Cañón del Oso.

Después de unos quince o veinte minutos de moler rocas, entrando y saliendo de barrancos, y esquivando pequeñas colinas rocosas, llegaron a un espacio abierto sólo tachonado de hediondilla y cactus, que conducía directamente al corazón de las colinas. Una valla con alambre de púas les bloqueaba el camino; Johnson se detuvo, ralentizó el motor mientras el operador se apeaba, levantaba las asas de alambre de la última estaca y arrastraba la puerta a un lado. Johnson pasó por aquel punto señalado con una

pequeña placa de metal, agujereada con viejos balazos. La placa decía: «CAMPO DE OCIO DEL DEPARTAMENTO DE INTERIOR. ESTADOS UNIDOS». El operador cerró la puerta y volvió a meterse en el jeep y siguieron adelante, siguiendo las tenues huellas en la arena y la piedra a través de acres de hediondilla, enormes arbustos florecientes de un verde plateado, con tallos fuertes borlados de semillas. El camino ascendía sostenidamente, dejando la hediondilla detrás y entrando en una zona de cactus, cholla, yuca, nopal, y más allá en la región de los enebros y los peñascos gigantescos, donde los lados del camino estaban a punto de convertirse en un cañón. Por fin vieron el luminoso coche patrulla arriba, las ruedas traseras hundidas en la arena, amontonada alrededor, y vieron otro coche patrulla, también del Departamento del Sheriff, y otros dos coches cerca. En total había media docena de hombres armados sentados y conversando. Las latas de cerveza, iluminadas por el sol. Latas de cerveza y cañones de fusil.

Johnson fue aproximándose, el motor en la marcha más baja, hasta que se detuvo y salió, mientras la nube de polvo que había levantado lo cubría a él y al jeep y a los hombres que estaban esperando allí. No conocía a ninguno de ellos: algunos rostros le resultaban vagamente familiares pero no sabía sus nombres. Le miraron, bajando sus latas de cerveza.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Johnson—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Qué hay, Morey —dijo uno de ellos, un hombre pequeño con una mueca sonriente rápida y un arma del ejército, calibre cuarenta y cinco, colgada en la cadera.

—Nos hemos acercado a echarte una mano. Somos oficiales.

Hernández nos ha oficializado. Vamos a ayudarte a cazar a ese Rojo fugitivo.

—Ah sí? —dijo Johnson. Se rascó las costillas—. ¿Dónde está Hernández? —Llevó la mirada al otro coche del Condado—. ¿Está allí?

—Él y Gutiérrez están allá arriba en alguna parte —dijo el hombre pequeño, sonriendo y señalando con el pulgar por encima de su hombro a la montaña.

Johnson frunció el ceño. Miró arriba al cañón, vio los rojos acantilados, pequeñas agrupaciones de pinos, el borde afilado de la cima norte, un halcón haciendo círculos, pero ni rastro de ningún hombre vivo. Luego oyó el tronar de rotores y vio que algo plateado y esbelto resplandecía a la luz del sol, más arriba de la montaña, flotando en el espacio. Se volvió hacia los hombres apoyados en los coches, todos ellos le miraban.

—Lo mejor que podéis hacer, muchachos, es volver a casa —les dijo—, no le estáis haciendo ningún bien a nadie aquí. No sé qué coño le pasa a Hernández.

—Estamos preparados para empezar, Morey —dijo el hombre pequeño—. Juntos, me refiero. Sólo nos estábamos tomando una cerveza antes, es un día caluroso.

—Eso es —dijo otro hombre—. Dinos dónde tenemos que ir, Morey, y de allí te traeremos a ese fugitivo.

—¿Te apetece una cerveza, Morey?

—Lo que quiero es que os vayáis a casa —dijo Johnson—. Hay ya demasiados hombres armados por aquí. Esto es peor que el primer día de la estación de caza de ciervos. Muchachos, lo mejor que podéis hacer es marcharos a casa —Todos los hombres le miraron sin moverse—. Quiero decir: que os larguéis.

—Eh, Morey —le llamó el operador de radio—, ¡ven!

El hombre pequeño sonrió:

—No puedes ordenarnos una cosa así, Morey. Tenemos tanto derecho a estar aquí como tú.

—Eh, Morey.

—Os doy cinco minutos para que os metáis en vuestros coches y os larguéis fuera de mi vista —dijo Johnson—. Si estáis todavía aquí para entonces os arresto a todos por interferir en la acción de la Justicia y no respetar la orden de un superior en el curso del cumplimiento de su deber —Se sacó el reloj de bolsillo, lo miró, se había parado hacía horas, y lo devolvió a su bolsillo. Le dio

la espalda a los hombres y caminó hasta el jeep. El operador de radio estaba ajetreado con un mensaje. Vio que Johnson llegaba y le dio al interruptor del altavoz.

—Le tenemos, le tenemos —decía la excitada voz del piloto del helicóptero, ligeramente áspera a través del mecanismo de radio—. Está justo ahí abajo. Un hombre con sombrero negro que lleva un caballo. ¿No es eso? No sabe qué hacer. Lleva una guitarra en la espalda. Trata de esconderse entre las rocas —El piloto sonaba extraordinariamente emocionado, como un sabueso persiguiendo a un conejo—. No puede escapar, pobre bastardo.

Hubo una larga pausa, Johnson miró cañón arriba y vio el helicóptero, una pequeña partícula plateada, cerniéndose en algún punto de la faz de la montaña, entre los altos pinos y los graníticos acantilados. La voz del piloto de nuevo:

—No podemos aterrizar aquí, no hay sitio para arrimar las aspas, pero lanzaremos una escalera de cuerda. Lo tendremos en un minuto. Uno de nuestros chicos bajará y lo cazará.

Otra pausa, no demasiado prolongada.

—¡Oye...!

El piloto sonaba ahora un poco perplejo, Johnson no pudo oír nada en unos segundos.

—¡Alguien nos está disparando! —dijo el piloto—. Creo que..., sí, ese tío nos está disparando, sheriff. Está tirándole a las aspas. ¿Qué hacemos? Sheriff Johnson... Hey.

Johnson cogió el micrófono y dijo rápidamente:

—Dispárenle. Mantenedlo cubierto. Por Dios santo no le dejéis escapar ahora. Cambio.

La voz del piloto, asombrada, angustiada.

—No se va a quedar ahí... está corriendo hacia...

La voz se perdió unos segundos, y luego volvió a oírse:

—No le podemos ver ahora, sheriff se ha metido en una jungla de rocas. Podemos ver el caballo, ¿podemos disparar al caballo? ¿Sheriff? Cambio.

Johnson maldijo.

—No hagáis estupideces. Sólo mantenedlo en ese agujero hasta que podamos llegar. No toméis ninguna decisión. No pensé que él podría... mirad, ¿no podéis manteneros fuera de su línea de fuego, que baje uno de vosotros, y luego volváis sobre él? Cambio.

El piloto respondió enseguida.

—Eso es lo que estamos haciendo, sheriff—Otro silencio—. Un momento.

Johnson y el operador miraron cañón arriba y vieron al helicóptero descendiendo lentamente a través de la faz de la montaña, reluciendo como un pez en el resplandor de la luz. Oyeron de nuevo al piloto.

—Algo va mal, el rotor de cola. Qué cojones...

Sonaba extremadamente contrariado. El helicóptero siguió hundiéndose a través del aire, cayendo lentamente, abajo, más abajo, más abajo, temblando como una hoja muerta.

—Creo que estamos fuera de control, el rotor de cola ha sido alcanzado, maldita sea...

Pudieron oír al piloto murmurando y maldiciendo.

—Nos la pegamos, sheriff Espere un momento, por favor...

Johnson y el operador de radio y los hombres de los coches miraban todos cañón arriba, veían cómo iba cayendo el helicóptero, inclinándose hacia la pared norte del cañón. Lo vieron golpear a un pino —polvo, ramas dispersándose en todas direcciones— y luego quedarse colgado un momento, el hocico boca abajo, el gran rotor principal todavía girando, parpadeando ligeramente. Mientras lo observaban la brillante máquina cayó, se deslizó

vientre arriba sobre las rocas. Unos segundos más tarde oyeron el estruendo, un crujido de maderas, de rocas rodantes, un estrépito de metales chocando.

—Dios santo —dijo el operador, los ojos abultados.

Johnson llamó a los seis hombres de los coches.

—¡Subid allí, rápido!

Él se metió en el jeep y sacó el botiquín de primera ayuda y llevó la pesada caja de metal al pequeño hombre con la 45.

—Llevad esto.

El hombre la cogió y partieron hacia el cañón trotando lentamente, cargados con sus rifles.

—Os alcancé en un minuto —gritó Johnson tras ellos. Se volvió al operador—. Trata de contactar con ellos.

El operador ya lo estaba intentando.

—Tierra a helicóptero. Hola helicóptero. ¿Alguien me capta? ¿Puede oírme? Adelante helicóptero. Cambio.

Le dio al interruptor del altavoz y sólo se escuchaba un zumbido. Esperaron. Lo intentó de nuevo.

—Aquí de parte del sheriff llamando al helicóptero. Hola helicóptero, ¿puede oírme? Adelante, helicóptero. Cambio.

Otra vez esperaron, pero no hubo respuesta.

—La radio se les ha fundido —dijo el operador.

—Bien —dijo Johnson, se rascó un labio brevemente—. Llama a la Base Aérea, diles que manden una ambulancia inmediatamente o a otro helicóptero si pueden, eso sería lo mejor. Con un médico. Después llama a nuestros chicos y dales la posición exacta del disparo, si es que ellos no lo han visto todo ya. Si la Policía Estatal no nos ha enviado ya la avioneta dales también el aviso, desde luego.

Inesperadamente Johnson eructó.

—¿Dónde están los prismáticos?

Los encontró en la parte trasera del jeep, los sacó de su estuche y miró hacia el helicóptero. Ajustó el enfoque y fue capaz de ver dos hombres de pie fuera del helicóptero, aparentemente admirando el naufragio. Había un tercer hombre que luchaba con manos y piernas por abrir una escotilla en un lado del fuselaje, conseguía salir, se ponía en pie y se apartaba unos pasos antes de echarse al suelo abruptamente. «Hay un herido», pensó Johnson, que siguió mirando y vio cómo el hombre volvía a entrar en el fuselaje y salía con un rifle en las manos y empezaba a mirar arriba, al interior de la montaña. Los otros, después de unos minutos de charla, empezaron un lento descenso hacia el suelo del cañón. El que había salido indemne ayudaba al otro. Johnson bajó los prismáticos.

—No parece que haya ningún daño serio del que haya que lamentarse —dijo, la mayor parte de la frase en un susurro dirigido a sí mismo; el operador, ocupado, ni le oyó.

Johnson vaciló, sin saber ahora si subir al cañón a reunirse con los otros hombres o quedarse donde estaba. Había empezado a lamentarse de haber dispersado a aquellos seis vigilantes por las colinas; cuando se enteraran de que la tripulación del helicóptero no necesitaba de ayuda, sin lugar a dudas se pondrían a perseguir al fugitivo: seis dedos más, con picazón y nervios, en un gatillo. Las cosas se pondrían fuera de control. Incluso el viento parecía empezar a sacudir y silbar y levantar montones de polvo: todo apuntaba que iba a ser un día largo, muy atareado.

De alguna parte, al sur, bajo el cielo amarillo, llegó el rumor, tenso y persistente, de una pequeña avioneta. Johnson la vio después de unos segundos de oírla, en Taylor Cub. La Policía Estatal. Miró hacia el operador de radio y le vio trabajando industriosamente con su nariz roja y sus pequeños ojos azules.

Esperaré aquí, decidió, al menos durante un rato. Si el viento se pone bravo de todas formas tendremos que volvernos a casa.

El operador se estaba comunicando con la avioneta de la Estatal, dirigiendo la atención de la tripulación hacia el helicóptero estrellado en lo alto de la montaña. La avioneta viró a la derecha y trepó por el aire, inclinándose un poco ante un repentino bache de viento, rumbo al helicóptero, los acantilados de granito, los pinos y los álamos temblones y el vasto caos que protegía al fugitivo y a su caballo, que en algún punto de aquellas profundidades se escondían de una docena —o más— de hombres armados que iban tras él.

El operador se subió los cascos y encendió un cigarrillo, protegiendo el fuego de la cerilla con la bóveda de su mano y dándole la espalda al viento.

—Esto es una locura —dijo—, ¿eh, Morey?

—Lo es —dijo Johnson. Algo en sus ojos. Una partícula de polvo. Tiró de su párpado superior y trató de limpiar su ojo. La irritación, provocada por lo que fuera, se asentó firmemente en una esquina de la cuenca de su ojo.

—¿Contactaste con la base aérea?

—Han mandado una ambulancia —El operador miró a Johnson—. ¿Qué me dices de algo de almuerzo? Me muero de hambre.

Johnson se rascó y pellizcó el ojo hasta que consiguió intensificar y extender la irritación.

—Se me ha metido algo en el ojo, mira a ver si lo encuentras —dijo. Se sentó junto al operador de radio en el jeep. El hombre levantó el pulgar y el índice mugrientos hacia el ojo del sheriff.

—Creo que está en la esquina —dijo Johnson—, bajo el párpado inferior —La cara del operador se agrandó ante él, parecía serio y preocupado y simple y extremadamente amable. Estiró los párpados de Johnson con sus dedos encallecidos; a través de una película de lágrimas automáticas Johnson vio el ojo del operador examinando la superficie del suyo propio.

—Mira hacia arriba —dijo el operador. Johnson lo hizo—. Mira hacia abajo —Johnson lo hizo—. No veo nada... Mira a la derecha —dijo el operador. Johnson miró a la derecha—. Mira a la izquierda —Miró a la izquierda—. No

veo que haya ninguna cosa, Morey —dijo el operador—, no veo que tengas nada.

—Muy bien —dijo el sheriff—. Gracias por el intento. Quizás ya me lo he sacado.

—Eso es seguramente lo que ha pasado. Algunas veces cuando te sacas algo, sientes todavía durante un rato que todavía está allí.

—¿Me trajiste almuerzo?

—Por supuesto que lo traje. Recuerdo haberlo empaquetado.

Buscaron en la parte trasera del jeep en pos de la bolsa de los almuerzos, la encontraron y los termos de un cuarto llenos de café. Comieron sándwiches de queso y mortadela y bebieron café caliente mientras el viento soplaban desde el norte y desmelenaba la arena en el arroyo llenando el aire con suspensiones de polvo fino. Los secos, casi etéreos, matojos de mala hierba flotaban sobre la arena y las rocas, llegando hasta ellos.

—No lo encontrarán ahora —dijo el operador. Johnson bebió su café caliente, mirando arriba, a la neblina sobre la montaña. Arriba del pie de las colinas el aire parecía todavía limpio, el cielo más allá de la cresta de la montaña era de un afilado azul eléctrico. Intentó imaginar las sensaciones, lo que hacía el hombre solitario en pos del cual él, Johnson, y los otros estaban ahora aguardando en medio del polvo, tropezando a menudo en el absurdo laberinto de peñas y cañones y espinosos chaparrales. «Tan asustado como un conejo», pensó: así es como él se sentía. «Así es como yo me sentiría», pensó, «tambaleando en aquella jungla de piedra».

Miró arriba a las montañas, olvidándose de Burns de nuevo, consciente de una vaga molestia, compartiendo por unos momentos el común e indiferenciado resentimiento social hacia esa montaña, cierta impaciencia ante su masa y complejidad, su absurdo, su exasperante falta de propósito o utilidad. Al este se extendían las llanuras, lisas y razonables, manejables para el hombre; del otro lado había áreas similares, preparadas para acoger aeropuertos, proyectos urbanísticos, cementerios y picnics fraternales. En contraste, la montaña aparecía como una gran erupción horrible de granito, no

sólo carente de significado sino hasta maligna, y peor que maligna: un pedazo de insolencia vertical.

Pensando en ello, Johnson empezó a sonreír. Se rascó el cuello y se echó a reír en voz alta. El operador de radio lo miró fijamente.

Los matojos rodadores habían cruzado el descampado. Se movían ante el viento, siguiendo su corriente, llegando directos al jeep. Golpeaban una roca y luego se subían al capó del jeep, arañándolo áridamente, mientras Johnson y el operador de radio se cubrían las caras. Los matojos volvían a caer a la tierra otra vez y eran arrastrados hacia la abertura del cañón y hacia el valle. Un mecanismo muerto que esparcía semillas, con una ridícula apariencia de falta de propósitos, de movimientos inquietos.

Johnson le sacó brillo a una manzana con la manga de su cazadora.

—Voy a subir al cañón —dijo. Se salió del jeep—. Me voy a encontrar con esos dos aviadores. En media hora estoy de vuelta, espero.

—Vale, Morey.

El operador había derramado un poco de café en su camisa caqui. Trató de limpiar la mancha con un pañuelo.

—¿Algún mensaje?

—¿Mensaje? ¿Mensaje para quién?

—¿Supón que el general quiere saber qué ha pasado con el helicóptero?

—Pues se lo dices.

El sheriff partió siguiendo las huellas en la arena. Este cañón era muy parecido al otro, estrecho y paulatinamente ascendente, y lleno de recovecos, con una pendiente de cactus en el norte y una de piñoneros y enebros al sur. De nuevo tendría que subir barricadas de peñascos y erosionados y suaves afloramientos de granito, entre esas barreras, las ya habituales zonas de arena con parcelas de hierbajos, matorrales de roble marchitos, cañas de cactus y pinos.

Johnson avanzó con la mirada gacha, respirando profundamente, sudando —se quitó la cazadora y se la echó al antebrazo— y vio la procesión de huellas en la arena y la grava que tenía ante él. Entre las pisadas, superpuestas, como si una multitud hubiera recorrido ese camino, distinguió la estampación de una bota del 13: el oficial Gutiérrez. «El sabueso», pensó, «el sabueso asesino». Se preguntó en qué punto en aquella colgante naturaleza salvaje de miles de pies de estatura, estaría ahora el gigante y dónde estaría el otro —el criminal— y cómo de cerca estarían uno del otro y si ellos lo sabrían. Especialmente si lo sabía el vaquero. ¡El vaquero! Johnson escupió: su instintiva empatía hacia el hombre cazado fue oscurecida por una desdeñosa pena más cercana al disgusto que a la compasión. La emoción declinaba conforme ascendía: todas las emociones y pensamientos se echaban atrás ante la insistente presión de la fatiga y la falta de aliento y el calor y los problemas que le acarreaban enfrentarse a las sucesivas presas y cascadas de piedra.

Estaba ahora al abrigo del viento y el aire estaba limpio. Cuando se detuvo a descansar y miró hacia abajo, pudo ver el jeep y los cuatro automóviles en la boca del cañón, abajo, y el patrón de las erosiones que se extendían sobre la meseta hacia la ciudad. La ciudad, en cambio, había desaparecido: donde debería haber estado o donde había estado no había más que un hirviente sudario de polvo amarillo. El polvo diagramaba las corrientes y remolinos de los vientos, asfixiando y borrando el andrajoso crucifijo de la ciudad, agitado sobre el río y el valle y la ciudad de norte a sur hasta donde podía alcanzar la vista de Johnson. Resultaba un espectáculo estremecedor. Johnson, hombre de limitadas capacidades proféticas, estaba vagamente impresionado por las premoniciones oscuras, antiguas, desconocidas de sofoco y desastre.

Se encogió de hombros, contento ahora de encontrarse por encima del escenario, al que le dio la espalda para seguir subiendo. La pistola en su cintura golpeaba incómodamente contra su muslo, así que decidió subirse el cinturón hasta la cadera, apretándose la correa llevando la hebilla al agujero siguiente.

Una voz le aclamó. Miró arriba y vio a dos de los hombres del helicóptero, el uno ayudando al otro, bajando lentamente hacia el suelo del cañón. Los

hombres estaban sucios, sus monos verdes llenos de polvo y desgarrones, y ambos parecían rabiosos, molestos, infelices.

—¡Eh! —gritó de nuevo uno de ellos—. ¿Cómo se sale de esta jungla?

El sheriff no le respondió, pero se sentó sobre una roca a esperar que ellos se acercaran. Se secó la frente con el pañuelo y puso atrás su cazadora. Los dos hombres se acercaron: parecían jóvenes, menos de veinte, el que no había sufrido heridas llevaba la insignia de sargento. El sargento no vio necesidad de presentarse ni de estrechar su mano, empezó a quejarse inmediatamente:

—¿Hasta dónde tenemos que ir? —preguntó. Una mancha de grasa se extendía por su nariz y sus mejillas, gotas de sudor brillaban bajo sus ojos, sobre su labio superior—. Eh, amigo, ¿qué tenemos que hacer para salir de este maldito sitio?

—Vais bien —dijo Johnson, sin mirarles. Se dirigió al otro hombre, cuya cara era pálida y tensa—. ¿Qué ha pasado, hijo? ¿Esguince de tobillo? —El joven asintió, sosteniéndose sobre un solo pie, un brazo alrededor del hombro del sargento—. Siéntense y descansen un rato —dijo Johnson. El joven se quedó mirando hacia la roca en la que Johnson se había sentado—. Aquí —dijo Johnson, dando un paso hacia él—, déjenme ayudarles.

—Tenemos prisa —dijo el sargento.

—De acuerdo —dijo Johnson—. Pueden esperar unos minutos, este amigo parece necesitar algo de tregua —Ayudó al hombre herido a sentarse, mientras el sargento permanecía frunciendo el ceño y mirando alrededor nerviosamente—. Déjame echarle un vistazo a ese tobillo —dijo Johnson en cuanto el joven se echó hacia atrás, cerrando los ojos.

—Está bien —dijo el sargento —, le he puesto un vendaje elástico.

—Bien hecho —dijo Johnson. Levantó la pernera del pantalón del mono y empezó a deshacer el vendaje mientras el sargento permanecía cerca y quejoso: amargado. Se suponía que todo el asunto iba a ser un juego, una verdadera caza de hombre, un deporte sano. Nadie había sugerido siquiera la posibilidad de que le dispararan, ¡y en aquella jungla! No había más que

piedras y cactus. El sargento estaba disgustado. Y lo peor de todo era que el maldito piloto había ido en pos del tío aquel con un rifle, dejándole a él cargando con un hombre con una pierna lesionada en medio de millas de acantilados y pendientes de roca, por Dios santo. Johnson le preguntó después por los hombres que había enviado al lugar del accidente.

—No los hemos visto —dijo el sargento—. No los hemos visto.

Johnson hizo un apunte mental, desenvolviendo la última tira del vendaje. Miró la herida. El tobillo estaba azul e hinchado, muy caliente al tacto.

—Tendría que haberlo entablillado —dijo Johnson—, puede que esté roto. El hombre herido abrió los ojos y sonrió débilmente al sargento:

—¿No te lo dije? —le dijo—, maldita sea, ¿te lo dije o no?

—Mierda —gruñó el sargento—, reconozco una pierna rota cuando la veo
—Pateó la arena de alrededor mirando cañón abajo—.

Dios santo, qué sitio... —murmuró.

Johnson llevaba un cuaderno. Lo sacó y le arrancó las pastas de cartón y las dobló.

—Tendremos que utilizar esto —le dijo al joven. Improvisó unas tablillas y las fijó en los lados del tobillo hinchado y luego empezó a vendarlo.

—¿Y por qué no han podido enviar un helicóptero a recogernos? —dijo el sargento—. ¿Cómo pueden esperar que unos seres humanos trepen hasta esta mierda? —Levantó una mano señalando la montaña que ahora los rodeaba y acogía—. ¿Por qué no podían enviar un helicóptero?

—No lo sé —dijo el sheriff—. Pedimos uno —Luego pensó: «He aquí un maníático, un tipo lamentable: debería haberme enterado mejor de qué clase de hombres admiten ahora en las Fuerzas de Aviación».

—Tú eres Johnson, ¿no? —dijo el sargento. Miró al sheriff estrechando los ojos, cínicos, lamiéndose una línea de sudor de su labio superior.

—Para ti soy el sheriff Johnson —Johnson le dio la vuelta final al vendaje y lo sostuvo con dos pequeñas pinzas de metal—. ¿Así está mejor, chico? —El joven asintió.

—Tienes un verdadero cacao montado aquí hoy —dijo el sargento, y después de una breve pausa—: ¿No es cierto, sheriff Johnson?

Johnson se reajustó el sombrero.

—Cuida tus formas —le dijo, poniéndose en pie—. Y métete en tus asuntos —Colocó una mano bajo el sobaco del hombre herido que sonreía astutamente—. Vamos —dijo Johnson—, saquemos a este colega de aquí.

—Bien, bien —dijo el sargento—, claro que sí, bien. Sí señor, míster Sheriff

Por encima de ellos, por las paredes del cañón, el viento rugía a través del feroz azul etéreo del cielo.

Cuando alcanzaron el pie del cañón, tres cuartos de hora más tarde, se encontraron, esperándoles —y considerablemente maltrechos por una tormenta de polvo y arena y de molinos de matojos— una ambulancia de la Fuerza Aérea con dos jóvenes sanitarios acurrucados a sotavento, fumando cigarrillos, además del operador de radio, que los observaba nervioso, con ansiedad.

—El general quiere hablar contigo —le dijo a Johnson a través de la corriente amarilla de viento.

Johnson entregó al aviador herido a los sanitarios y luego luchó contra el polvo para llegar al jeep.

—¿Qué general? —gruñó.

La arena barnizaba las superficies de metal de la máquina, golpeaba la radio, su chaqueta de cuero.

—Te refieres al colega de la Fuerza Aérea, ¿cómo se llamaba?

—Sí, él —dijo el operador. Le entregó el micrófono—. Está todo listo, están esperando nuestras llamadas.

—De acuerdo— Johnson cogió el micrófono—. Al habla el sheriff Johnson, llamando a Kira Field. Adelante Kira Field. Cambio —El operador le dio a los interruptores del altavoz, que emitió unos ruidos sincopados y protegió el volumen de los gemidos del viento. Repentinamente la gran voz del general Desalius retumbó ante ellos, tronando sobre el viento y el techo azotado del jeep:

—Sheriff, aquí el general Desalius. Sheriff, ¿qué le ha hecho a mi helicóptero? —Sin esperar ninguna respuesta la voz rugió haciendo que la pantalla del altavoz temblase como una hoja suelta de estaño —. ¿No es verdaderamente absurdo que ese fugitivo, esa escoria, ese vagabundo, derribase mi helicóptero? ¿Eh, sheriff? —Hubo una pausa, una voz diferente, sorprendentemente suave y mansa, dijo—: Cambio.

Johnson respondió:

—Así ha sido, general. El helicóptero fue alcanzado por fuego de un arma pequeña y forzado a aterrizar. Accidente al tomar tierra. Nadie ha resultado herido de gravedad. Cambio.

El sargento y uno de los sanitarios se acercaron para escuchar.

El poderoso e imponente bramido del general Desalius atronó en el altavoz de nuevo, mientras el operador de radio, haciendo muecas de terror, se quitó los cascos y los dejó sobre su regazo:

—¡Sheriff no se quede conmigo! ¡Eso es ridículo! ¡Imposible! A ese bandido... voy a borrarlo de la faz de la tierra. ¿Dónde está ese granuja? Porque lo voy a gasear con NAPALM, lo voy a cocer en fósforo. ¿Dónde está esa sabandija? Él no puede... ¿dónde está? Por Dios, voy a arrojar una bomba atómica sobre ese bastardo!

Los dos hombres de la Fuerza Aérea se reían abiertamente, guiñándose el uno al otro. Johnson bajó el volumen. El general explotó:

—¿Sabe usted cuánto cuestan mis helicópteros? ¿Tiene la menor idea de cuánto? —Hubo otra pausa, y de nuevo la anónima y reflexiva voz que decía: «Cambio».

Johnson trató de dominar su rabia y su enfado.

—No, no lo sé, general —dijo—. Cambio.

—Ciento veinte mil dólares —aulló el general—. Cada uno. ¿Lo ha oído, sheriff? Ciento veinte mil dólares, ese es el coste de un helicóptero. Ciento veinte...

Johnson apagó el altavoz, frunciendo el ceño amargamente. En el comparativo silencio que siguió pudieron oír raspaduras y crepitaciones a través de los cascos que el operador tenía en el regazo, que vibraban con el trueno de la cólera del general. Pero era un trueno mecánicamente reducido, una extraña y artificial disminución con respecto a la abrumadora fuerza de un momento antes. Era un efecto curioso y contradictorio: un estruendo en miniatura, como el bramido de un insecto irritado.

Johnson sintió una vergüenza particular, no por sí mismo, sino por sus formas. El viento y el polvo lo asaltaban, el sol palidecía más allá del cielo amarillo, pero él permanecía quieto, la mano sobre la radio, los ojos fijos en el suelo. Se dio cuenta, después de unos minutos, de que los dos hombres de la Fuerza Aérea estaban observándole. Los miró y les dedicó una sonrisa furtiva, casi maliciosa. El sargento dijo:

—El general se ha desmelenado de verdad, ¿eh, amigo? Se le ha volteado el cráneo, ¿eh?

Johnson no respondió.

—¿Qué hay del piloto? —dijo el sargento.

—¿Qué pasa con él?

—¿Van a traerlo de vuelta a la base?

—Si consigue bajar de esas piedras —dijo Johnson.

—Bueno, no esperaremos —El sargento y el sanitario se fueron y se metieron en la ambulancia, el motor se puso en marcha, avanzó ruidosamente en la arena y desaparecieron camino de la carretera. Un par de matojos harapientos rodó y flotó tras ellos.

—¿Y bien? —dijo el operador de radio, los cascos habían dejado de vibrar en su regazo.

—¿Y bien qué? —dijo Johnson.

—¿Lo dejamos ya y volvemos a casa?

Johnson se giró y miró cañón arriba hacia la montaña. Fragmentos de nube flotaban a través de la faz de los acantilados, imprimiendo sombras azules sobre la roca desnuda. Parches de nieve brillaban como vidrio a lo largo de la cresta. En algún lugar allí arriba, entre aquellos pinos y aquellos peñascos, bajo los riscos inclinados...

—¿Crees aún que le encontrarán? —dijo el operador.

—Esperaremos —dijo Johnson—. Al menos hasta que se ponga el sol, esperaremos —Se subió el cuello de la cazadora contra el silbido del viento. Miró alrededor—. Vamos a ver si somos capaces de llevar este jeep más arriba en el descampado, cerca de la pared. Me gustaría ponernos a salvo de este viento antes de que la arena nos mate a porrazos —El operador lo observó. Johnson dijo—: ¿De acuerdo? ¿Qué pasa contigo? ¡Vamos!

Burns subía la pendiente, cargado con su carabina y dirigiendo a su yegua. Se había echado hacia atrás el golpeado sombrero negro, ahora lleno de agujas de pino y unas cuantas bayas de enebro seco, poniendo al aire su greñuda melena y una frente sucia de polvo y sudor. Respiraba pesadamente, jadeando —en la fría sombra de los acantilados su respiración emitía un vapor nebuloso— pero subía con un ritmo firme, sin prisa, ojos y oídos alerta, examinando la cresta que tenía por encima, la pendiente que quedaba abajo, el borde alto de la montaña.

La yegua resbalaba y tropezaba tras él, la cabeza y el cuello gachos, los costados brillando de sudor. Ella cargaba con la guitarra ahora, tendida sobre la montura, y con una pieza del venado, que Burns había metido en un pliegue del saco de dormir.

Siguieron adelante hasta que estuvieron a unas pocas yardas de alcanzar la cima. Allí, entre ocultos pinos amarillos y piñoneros ató el caballo y siguió solo, agachándose un poco, hasta la cresta de la cima. Se detuvo y echó un detenido vistazo en todas direcciones. Vio la avioneta al norte, merodeando arriba y abajo el cañón que él había dejado hacía una hora. Sobre él, al este, estaban los rojos acantilados y los estratos de roca sedimentaria que componían el borde y la cresta de la montaña: sabía que allí arriba había alguien buscándolo, había visto un destello de metal y un espejo reflectante comunicándose en Morse con los perseguidores de abajo. Ahora, sin embargo, no podía ver a nadie, no había señal alguna de hombre, excepción hecha de las dos gigantescas torretas, rojas y blancas, de televisión erigidas en el borde de la montaña unas cuantas millas al noreste.

Miró abajo, en el valle, al sur, y durante un largo rato no vio a ningún hombre, a ningún enemigo. Allí donde la montaña se curvaba, como el interior de un codo, se formaba un bosque que se agrandaba y florecía hacia el valle, o una cuenca de tal vez dos millas de anchura en su punto más ancho, oscura y alfombrada por el verde grisáceo y opaco de pinos y cedros. Un hombre y un caballo pueden rastrearse, pero no era fácil hacerlo si conseguían llegar allí. Los ojos de Burns volaron, su mente y sus nervios hambrientos de aquellos árboles y aquella zona de seguridad. Se quitó el sombrero y trató de poner orden en sus húmedos cabellos. Se percató de las rojas bayas de enebro que habían quedado en la corona de su sombrero y se las comió, llenándose la boca con aquel sabor fresco y familiar —un poco amargo, con la acritud de la trementina.

Cuando masticó las bayas volvió sobre sus pasos, agachado, mirando arriba y abajo, al norte, al noroeste y al oeste. Vio que dos hombres subían lentamente la pendiente norte, a menos de un milla, vio a un grupo de hombres, cinco o seis, caminando hasta el suelo del cañón, las cabezas vueltas a la tierra, los cañones de los rifles brillantes, vio, en la venteada boca del cañón, el sordo resplandor de unos automóviles, las diminutas figuras de unos hombres moviéndose. Veía el valle del río al oeste, aunque el río y la ciudad y los cinco volcanes resultaban invisibles bajo el sudario de polvo y humo. Miró otra vez el brillo plateado del helicóptero siniestrado allá abajo, en la ladera de la colina de enfrente —todo ese metal arruinado, esa cara máquina destrozada— y se preguntó ahora adonde había ido el tercer hombre, el que llevaba el rifle: había visto que los otros dos se volvían y sabía que no tenía nada que temer de ellos, salvo que lo maldijeran a distancia.

Por fin se levantó, volvió con Whisky y desató las riendas de la rama de un piñonero. Pellizcándole el hocico, acariciándole los húmedos flancos, le dijo:

—Vale, mi niña, mejor nos vamos, todavía nos quedan unas cuantas millas que recorrer.

Miró hacia arriba a través de las negras ramas del árbol a las torres de granito que colgaban sobre ellos, el remoto y silencioso monumento de un mundo anterior.

—Quizás tengamos que escalar toda esa pared, pequeña.

La contempló mientras la yegua metía el hocico resoplando bajo su brazo y buscaba protección en su pecho. Una pequeña y frágil mariposa azul aleteó junto al árbol, cruzando por las franjas de luz solar, elevándose entre las limpias ramas hacia la roca desnuda que había más allá, y de repente se perdió, se borró en ese golfo de espacio y luz y trueno sordo.

—Vamos, chica —dijo Burns, tirando suavemente de las riendas. Whisky se puso en marcha, él iba delante, camino de la cresta.

Cruzaron bajo la sombra de los pinos. Abajo, la tierra caía abruptamente, sin apenas cobertura —unos peñascos, yucas y cholla— hacia el valle y el bosque. Burns iba a empezar el recorrido cuando algo caliente e invisible le golpeó la mejilla con furiosa velocidad: escuchó un metálico tañido rompiendo la madera, y conforme caía a tierra tuvo claro que había sido un disparo de rifle desde algún punto allá abajo. Abrazó la tierra como un amante, los dedos excavándola, la barbilla y la boca enterradas en el seco y fragrante bordado de agujas y arena. Lo primero que pensó, mientras buscaba con la mirada en la maleza y las rocas de abajo, fue: «Mi guitarra, malditos bastardos, le han dado a mi guitarra».

Por el momento no pudo ver nada que tuviera forma humana. Vigiló a su yegua y vio que permanecía alerta, insegura, los ojos ensanchados, el hocico husmeando, moviéndose en el aire. De la silla colgaba la guitarra herida, roto el mástil y la caja, una ruina astillada. Burns maldijo y volvió a mirar al pie de la colina, esperando encontrar entre el chaparral y los peñascos algún signo de movimiento, una forma, una sombra. Nada: examinó sus propias manos en la tierra ante él, marrones, marcadas por las espinas y cortezas de la cholla, un par de herramientas complicadas, impersonales, de cuero, alejadas de él (bajo una de las manos llevaba el rifle). Ladeó el rifle con el pulgar y esperó a que algo apareciese abajo. Espero diez segundos, treinta, un minuto entero, mientras la brisa del viento despeinaba los árboles a su alrededor. La tranquilidad era casi perfecta: podía oír la agitación de las ramas de los pinos, el seco *click* frágil de una langosta moribunda, su propia y pesada respiración, pero nada más. Esperó, incómodamente consciente de su incertidumbre

esperó que aquellos hombres —¿eran siete?, ¿ocho?— se acercaran, mientras la ansiosa yegua se iba echando atrás ahora, dispuesta a huir: le alcanzó un pensamiento inevitable: debería dejar allí el caballo para llegar más fácilmente a la cresta de la montaña, solo, y perderse en los bosques del este. Consideró el plan y lo rechazó.

Los sentidos le funcionaban con independencia del cerebro, todavía aguardando y esperando por cualquier señal que pudiera obtener del enemigo. Pero nada se movía que no fueran las sombras negras de los peñascos, el sol recorriendo el cielo hacia el amarillo horizonte lleno de polvo. Burns tomó la decisión de retirarse de allí.

Gateó con el vientre en el suelo, buscó a tientas las riendas y no las encontró: la yegua retrocedía, lentamente, un paso cada vez. Burns, sin levantarse, llegó al tronco de un pino que le ofrecía un refugio parcial, se puso de rodillas, se volvió y agarró las riendas mientras Whisky seguía dando pasos atrás. Le hormigueaban los nervios, esperando otro disparo, el caliente latigazo de una bala en su cuello o sus hombros o sus costillas, mientras se ponía a salvo cubriéndose con la yegua, y luego la dirigía de nuevo a la pendiente norte de la cresta. Se apoyó contra ella un momento, descansando sus sacudidos miembros, respirando de una manera segura e intensa el cálido hedor familiar de la yegua sudada.

Tomó un sorbo de agua de su cantimplora —tenía la boca terriblemente seca—. Sabía bastante bien que se estaba tomando demasiado tiempo, que sus perseguidores se le acercarían mucho con cada una de sus pausas y retrasos, que el hombre que le había disparado —¿Quién estaría al otro lado?— estaría ahora reduciendo la ventaja yendo de una roca a otra hasta la cresta. Tomó un segundo sorbo de agua, enroscó el tapón de la cantimplora y la colgó de la montura.

Y quedaba la guitarra. La levantó de la silla, la miró y puso su cabeza tristemente sobre la caja. Pulsó las cuerdas destensadas que chirriaron de tal manera que la yegua alzó la cabeza y la apartó del ruido. Burns terminó de romper el instrumento con un rodillazo y echó los restos colina abajo. Levantó

el rifle y echó a andar, llevando a la yegua rumbo a la cresta bajo la delgada pantalla de los pinos y hacia la gran pared fisurada de la montaña.

No tenía esperanza alguna de encontrar un camino por el que vencer aquella alta barrera, con o sin la yegua: incluso en el caso de que pudiera subir hasta el borde, era muy probable que allí le estuviesen esperando hombres que lo cazarián sin dificultad. Así que no había ni asomo de racionalidad, ni de esperanza, en elegir esa dirección —hacia arriba a través de los estrechas crestas de los graníticos acantilados— pero se daba cuenta ahora de que tampoco había tenido otra opción, ningún otro camino por el que ir: había decidido el instinto del animal perseguido, tanto como la desesperación, que lo había llevado hasta aquel punto, hacia el final de la pared de piedra.

Bastante lejos aún en términos de tiempo y esfuerzo: media milla por encima de un revoltijo de peñascos, a través de pinos y cactus al pie de la pared misma y los desecados pináculos y los acantilados y grutas que oscurecían el carácter exacto de aquel obstáculo.

Burns marchaba lento, conduciendo cuidadosamente a la yegua entre los árboles y las piedras, sobre las losas polvorrientas de arenisca marcadas delicadamente por las huellas de los lagartos, entre las cáscaras rígidas y penetrantes de la yuca. No había rastros inteligibles, sólo un laberinto de sendas para ciervos en todas direcciones y más allá, a través y bajo obstrucciones que ningún caballo podría esquivar. En una ocasión tuvieron que pasar por una plataforma rocosa distinta a las demás, aunque no por su forma obvia, sino porque debajo de la piedra colgada, enroscada al sol, gruesa, caliente, tiznada de polvo, había una serpiente de cascabel, atenta e irritada, sin quitarles de encima sus opacos y brillantes ojos. La yegua no la vio hasta que escuchó el vibrante silbido de su cola, y trató de esquivarla de un empellón violento que estuvo a punto de tirar al suelo al vaquero. Primero la maldijo y luego la sosegó, y la dirigió a través de los árboles lejos de la serpiente. Cuando ya se pusieron a salvo, el vaquero dejó a la yegua un momento y volvió y le lanzó unas cuantas pedradas al reptil, no tanto para matarla sino para enfadarla por si sus perseguidores pasaban por aquel punto.

Siguieron adelante, hombre y caballo, parando rara y brevemente para descansar. Burns estaba teniendo problemas con sus pies: las botas que llevaba estaban viejas y gastadas, no estaban diseñadas para caminar, menos aún para escalar montañas, un tacón estaba suelto y tendía a dar de sí inesperadamente bajo su peso. Y ambos pies los llevaba hinchados y fríos. También padecía un raro e inhabitual dolor en la parte baja de la espalda, cerca de los riñones, donde Gutiérrez le había pateado y golpeado la noche antes. Ese dolor le molestaba y preocupaba incesantemente, agravándose con la subida y la dificultad para respirar, lo cual le obligaba a detenerse más a menudo de lo que hubiera querido para atenuar el agudo dolor.

Cada vez que se detenía estudiaba el paisaje que dejaba atrás, las crestas, las pendientes, el cañón al norte, los valles boscosos del sur. Buscaba a sus perseguidores, entre ellos a un par en la pendiente sur que debían ser los mismos que estuvieron a punto de tenderle una emboscada antes. No le cabía duda de que lo habían estado observando y le seguían constantemente, no solamente por sus huellas, también con la mirada. Había poco que pudiera hacer salvo volverse y entregarse.

La cresta acababa en un laberinto de peñascos, grutas y rugosos acantilados. Burns y la yegua se metieron en una rocosa cañada rodeada por tres de sus lados por un muro perpendicular que efectivamente lo escondía de la vista de sus perseguidores, y decidió que pararan allí a descansar. Desde algún lugar, profundo en las rocas, llegó el sonido de un lento y secreto goteo de agua: arbustos de hediondilla en el suelo de la cañada, aferrándose a las paredes y esparciendo sus semillas amarillas, de manera al parecer espontánea, pues allí no los alcanzaba el viento. Burns se sentó y con una mano cansada se quitó el sudor de la frente; se quitó el sombrero, revisó la banda interior empapada de sudor, y colocó el sombrero boca arriba en la tierra para que se secase. Miró arriba: el cielo era de un azul dorado, un poco de espacio más allá de las paredes de la montaña. Escuchó el sonido del agua goteando, el intermitente canto incierto de un pinzón mexicano. Lo escuchó todavía mirando al cielo: la intensidad del azul allí parecía palpitante ante sus ojos, para avanzar y retirarse en olas con un ritmo sincopado. Y extrañamente el azul de ese cielo, a pesar de su fría intensidad, parecía menos puro, o estaba más allá de la pureza: el azul

quedaba sofocado por granos de oscuridad, una cualidad que se ahondaba cuando la visión trataba de entrar más de lleno en las profundidades de la atmósfera, como si sus ojos humanos estuviesen, momentáneamente, dotados con la capacidad de ver dentro del cielo y a través de él la oscuridad absoluta que residía más allá —y aun escuchando, oyendo cómo detenía el pájaro su dulce lamento, y luego nada, no se oía nada salvo el mudo punteo de las gotas de agua—. Un silencio innecesario, pensó: se pellizcó las orejas y se secó más sudor de la cara, aunque ya estaba sintiendo el chillido de las alturas incrustándose en su sangre y sus huesos.

Sintió que alguien lo observaba.

No eran ojos humanos. No sintió por intuición un peligro inmediato, pero sin necesidad de mirar por encima de sus hombros sintió y supo que él y la yegua no estaban solos allí. Por un momento se turbó, no por miedo, sino por una sensación que iba más allá de la desolación y el rechazo, como si fuera un extraño no sólo en las ciudades de los hombres sino también entre las rocas y los árboles y los espíritus de la naturaleza. La sensación se borró pero se quedó con la extraordinaria conciencia de que allí había otra presencia. Le picaba la piel, aguardó un momento hasta que al fin se levantó muy despacio y volvió la cabeza. Vio a un gran pájaro oscuro colgado en la rama de un pino amarillo, mirándole, dos penachos de plumas como cuernos se elevaban rígidos sobre la cabeza de la criatura, los enormes ojos, con tapas que subían y bajaban como cortinas, parpadearon una vez.

Con cansancio, Burns sonrió y lo observó, y fue entonces cuando cobró conciencia de una segunda silueta oscuramente recortada contra el cielo, otro búho cornudo que lo miraba desde su nido en la cima de un peñasco cerca de la entrada a la cañada. Y casi inmediatamente descubrió al tercero —este estaba agachado en un saliente alto del acantilado a su izquierda, examinándolo fijamente, casi de una manera idiota—. El vaquero frunció el ceño incomodado y se levantó, poniéndose de nuevo el sombrero. Miró en busca de otros búhos pero sólo estaban esos tres, sin dejar de mirarle, los ojos parpadeando en sus grandes cabezas cornudas.

Burns oyó el grito de un hombre, un grito distante, procedente de abajo, lejos: oyó cómo la voz humana hacía un arco y moría, y después una sucesión de ecos rebotando de acantilado en acantilado por toda la montaña.

Cogió las riendas de Whisky y la condujo al fondo de la cañada, pasando bajo el primer búho silencioso. No esperaba encontrar ninguna salida, pero vio que había una gran hendidura en la roca, un túnel natural formado por la quebrada y el deslizamiento de un bloque de granito del tamaño de un granero. Llevó a la yegua a través de esa abertura, contento de dejar esa cañada embrujada detrás, y llegó a un talud abrupto cuya pendiente estaba formada por grava y esquisto fragmentado. Por encima de la pendiente se levantaba la pared vertical de la montaña. Pero tampoco era perfecta, también estaba incompleta: una abertura diagonal de cincuenta yardas de ancho corría desde el talo a través de una grieta en la pared principal hacia una serie de estratificaciones horizontales que formaban el borde de la montaña. Burns dedujo a ojo que estaba a unos mil pies de la cresta, quizá a dos o tres tramos de viaje a pie. La ruta que tendría que tomar se inclinaba hacia arriba unos cincuenta grados sobre roca suelta, a través de matorrales de roble y álamo, y más arriba a través de matojos, hasta las repisas y el borde y el cielo y lo que quisiera que le estuviese esperando allí arriba.

Era bastante mejor de lo que hubiera podido esperar. Miró aquella avenida por la que la huida era posible, nervioso y esperanzado, renovando su vigor mental, capaz de sacudirse la impresión de la fría cañada y los tres búhos cornudos que le habían estado observando como espectros silenciosos. El primer problema con el que se encontraba era cruzar el área abierta del talud hacia la zona cubierta de álamos, sin dar ocasión a que le disparasen. Al abrigo de las rocas ladeadas Burns inspeccionó el borde y vio que no había allí ningún brillo de metal ni de vidrio, y después el largo cañón que se abismaba bajo él. Pudo ver que sus perseguidores seguían avanzando, parecía que arrastrándose por el abrupto complejo ascendente que llevaba a la columna vertebral de la cresta: vio que dos hombres se alejaban del resto, uno de ellos se apoyaba en un bastón, el otro se paraba y aletargaba bajo la carga de algo que llevaba a la espalda; mientras los demás se sentaban a la luz del sol mirando al oeste, los otros seguían adelante, con el ligero resplandor de un objeto que enviaba

señales a través del aire y hacia las profundidades del cañón. Había otros tres que tenía registrados pero no pudo verlos —esos eran ahora a los únicos que temía.

Pero había poca ventaja en esperar: cincuenta yardas de espacio por cruzar como objetivo y luego alcanzaría los álamos que, comparativamente, le ofrecían protección. Se echó a andar espoleando a la yegua. Ella lo siguió voluntariamente, temblando un poco, ansiosa por dejar la fría sombra e internarse en la zona de sol. La llevó a trote lento por las traicioneras rocas deslizantes, dos veces la yegua resbaló y cayó de rodillas, resoplando y jadeando tras él. Él le hablaba sosegadamente, le metía prisa, le daba ánimos, mientras el viento venía tras ellos, haciendo girar el polvo que levantaban hacia sus ojos y sus cabezas, llamando la atención. Estaban ya a medio camino, él y su yegua, cuando alguien los vio.

Burns oyó un grito salvaje, ansioso, casi histérico. Parecía proceder de su izquierda, hacia el norte. No miró. Tiró de las riendas, siguiendo adelante silenciosa y amargamente —«Oh, maldita golfa penosa, boba simplona y puta yegua, Whisky, vas a conseguir que nos maten»— y trató de correr para alcanzar aquellos árboles protectores. Una bala silbó hacia él desde aquel golfo de espacio iluminado de sol, pegando y esparciendo un trozo de piedra arenisca a pocos pies por encima de su cabeza y rebotando contra el granito y gimiendo hacia el sur, una caliente carga de plomo cuyas vibraciones aleteantes Burns pudo sentir a través de la piel de las manos hasta bastante después de que el sonido se hubiera apagado. Siguió adelante: los árboles estaban a cincuenta pies.

Escuchó un grito de nuevo.

—¡Alto! —le gritaba alguien—. ¡Alto! ¡Alto!

Burns siguió adelante. Esta vez sintió que la bala le alcanzaría, le daría en el pecho o en el vientre. Estaba agachado hacia delante, corriendo y tambaleándose, la yegua arrastrándose tras él, tenía mucho más miedo de que la bala le diese pero pasó vertiginosamente a unas pulgadas de su cabeza, una raya, transparente e inocente, perdida en el espacio de más allá. Un segundo

más tarde escuchó el sonido del disparo, tan fútil e inofensivo como el grito. No pudo evitar reírse un poco.

Ya estaba en los árboles, y la yegua estaba con él, y ambos estaban vivos y emocionados y ansiosos, intoxicados por el peligro. Se arrastró a través de los álamos pequeños y perfectos, sin hacer caso de la película de sudor que le nublaba la vista, jadeante, sin aliento, medio tirando de la yegua, y luego casi atropellado por ésta, que dio un salto y se detuvo, se abalanzaba, se detenía, se apresuraba, se caía, y luego otra vez con él, junto a él, tras él, delante de él, sus exhalaciones calientes en su cuello, la nariz empujándole los omóplatos, las patas delanteras pisándole los talones. El viento esparcía a latigazos el polvo a su alrededor —podía oler la sal y la piedra de la roca, el humo de la descomposición de los helechos, la resina de los pinos de abajo— y golpeaba a los pequeños árboles y los rodeaba a ellos, caballo y hombre, de pequeñas hojas secas y doradas.

La pendiente era demasiado empinada para subirla sin ayuda. Burns la subía de árbol a árbol, como si estuviese subiendo una escalera y los árboles fuesen peldaños. La yegua trepaba tras él, muy agitada, se ponía junto a él, resoplando y volviendo los labios, los ojos casi fuera de las órbitas, mirando a un lado y otro violentamente, loca de pánico y furia y con la felicidad salvaje del violento esfuerzo. Saltaba por encima del vaquero que quedaba aguardando atrás mientras ella pugnaba por encontrar un lugar desde el que dar un nuevo salto. Él se cuidaba de que ella no perdiera pie y resbalase y cayese al abismo que había bajo ellos. De alguna manera lo hacía, aunque supiese que era ridículo e imposible, un atropello de la razón y el sentido común, de la justicia e incluso del derecho natural. Todo era un sinsentido, una locura, pero nada podría detenerlos. Ambos, él y la yegua, habían sido poseídos por la fiebre del ascenso.

A quinientos pies de la cima: siguieron adelante.

Estaban entre —y sobre— los grandes acantilados rosas. Por el rabillo del ojo, a través de la pantalla de hojas, Burns vio a un halcón volando sobre un lago de espacio de cien brazas de profundidad. El halcón quedaba bajo él —él miraba hacia abajo, contemplando la firme inmovilidad de las alas desde

arriba—. Tuvo un momentáneo mareo antes de volver la espalda al halcón flotante y las azules profundidades del cañón: la garganta seca le quemaba, su propio sudor le atormentaba los ojos, tenía los pulmones y el corazón a punto de quebrarse, expandiéndose, colapsando, como si un tornillo de hierro se acercara a ellos a través de sus costillas, cortándole el aliento, pero siguió subiendo, arrastrando a la yegua, persuadiéndola ante todos los obstáculos, ella saltaba para avanzar, hasta que en una de esas pisoteó sus tacones rotos. No pensaba en lo que estaba haciendo ni por qué: sólo sabía que tenía que seguir subiendo. No podía pensar: su cerebro parecía haberse quedado sin poder, abrumado por el frenesí y la pasión de todo su cuerpo, sus nervios enfurecidos, los músculos tensos, la sangre vertiginosa.

Y por fin llegaron, de repente, a un lugar a partir del cual ya no había más subida.

Se detuvieron en la zona más baja de la escarpa horizontal, en la base de una cornisa escarpada de cuarenta pies de altura. Allí la piedra era blanda, blanca y carcomida, y colgante, imposible de ser escalada. Durante un rato Burns no lo creyó. Observó lleno de ira la roca, tratando de ver con sus ojos desenfocados, trastornados. La yegua estaba junto a él, con temblores y sacudidas, como si le estuviese dando un ataque, la boca llena de espuma lanzando vapor al aire frío, el viento agitando su melena negra y barriendo el andrajoso desorden de su cola. Burns miró la roca de polvo blanco, le arrancó un trozo y lo arrojó al suelo.

Por fin se rindió y se volvió al sur, siguiendo el contorno de la escarpa, que ascendía ligeramente conforme iba al sur sin revelar ninguna abertura, barranco o construcción cualquiera que no fuera vertical por la que él pudiese llevar, arrastrar o dirigir a un caballo. Gradualmente fue recobrando la capacidad de respirar hondo, la presión sobre su pecho se debilitó hasta desaparecer, la locura de la escalada se evaporó, y sus sentidos recuperaron su capacidad de atención, su cerebro funcionaba de nuevo. «Ellos deben estar al tanto», pensó, «deben estar al tanto de dónde estoy exactamente». El que está arriba del todo debe saberlo. Todos ellos. Me están esperando, cuando suba el último saliente allí habrá un rifle apuntándome.

Oyó una avioneta: no estaba cerca pero venía rápida, directa hacia él. Se detuvo donde estaba, hundido en una selva de matojos de roble secos que casi lo cubrían por completo a él y a la yegua, y esperó a que pasara la máquina.

Hubo una ráfaga de aire, olor a gasolina y metal caliente —Burns vio pasar al avión, las hojas de los robles temblaron, se torcieron, se separaron libremente de sus tallos—. En ese momento la yegua relinchó, sacudiendo las riendas, lanzándose hacia atrás y deslizándose unos pies por la pendiente, arrastrando al vaquero con ella. Las piedras volcadas brillaban con escarcha.

—Maldita seas —gritó Burns, dándole un latigazo con las riendas en la cara a la yegua—. Quédate quieta o por Dios que... —La yegua lo miró con sus ojos marrones salpicados de sangre, atemorizada, sorprendida. Burns se levantó lentamente, frotándose una rodilla, mirando las alas amarillas de la avioneta que giraba entre los riscos rumbo al sur—. Tranquila, chica —dijo—, por los clavos de Cristo, tranquila.

La avioneta volvía. Burns arrancó unas ramas e improvisó un matorral que colocó sobre su saco de dormir para camuflar la silla. Hizo lo mismo para esconder el saco de dormir y las alforjas. No había más tiempo: la avioneta se le echaba encima. Ató las riendas alrededor de un tronco, se agachó y esperó.

De nuevo la máquina pasó justo por encima de él, echándole sus gases de cola y el aire turbulento. Burns cogió una hoja seca que cayó al suelo y se la colocó en el ala de su sombrero. Maldijo silenciosamente, se sentía indignado, humillado, terriblemente expuesto e inseguro. Amartilló el rifle y esperó que volviese la avioneta.

Pero no lo hizo. Vio cómo ponía rumbo al norte, ganando altura rápidamente, luego se precipitaba al oeste, subía y descendía de nuevo —el resplandor amarillo de un fantasma en medio de todo aquel espacio azul— hacia el valle, el río, la oscuridad teñida de niebla polvorienta de la ciudad. Burns se puso en pie, escupió, desató las riendas y se dirigió con la yegua a través del chaparral hacia el sur.

El cielo estaba lleno de objetos volantes. Vio cómo algo llegaba al borde de la montaña en el más desconcertante silencio, un brillo de metal plateado

moviéndose tan rápido que la luz y la distancia traicionaban el ojo: la cosa parecía moverse en series de impulsos y empujes, como una estrella que cae. Un reactor: Burns siguió su huella de inmaculada geometría y vuelo seguro rumbo al oeste. Se había casi borrado antes de que él escuchase el sonido de su paso sobre su cabeza —un delgado aullido metálico, demoníaco y torturado, como el lamento de un ánima del purgatorio.

Empezó a tiritar. Parpadeó para quitarse el polvo y la sorpresa de sus ojos, se secó la nariz, y siguió delante de nuevo sobre el sordo y pesado deslizamiento de la montaña, forzando su rumbo en pos de grupos de robles, rodeados de yucas, bayonetas españolas y nopaleras que habían crecido en las rocas. Estaba sediento otra vez, y hambriento, y enfriado por el evaporamiento de su propio sudor.

Una grieta en el saliente: la erosión había formado un pasaje, una serie de caídas graduales que llevaban a través del primer saliente, a los pinos y álamos que se amontonaban en el segundo. Burns dirigió a Whisky por esa abertura, una distancia de unas cincuenta yardas, y luego continuaron de través por la siguiente repisa de piedra que corría paralela y a no mucho más de cien pies por debajo del borde de la montaña. Siguió la base del acantilado, rumbo al sur: la pared de roca se levantaba a su izquierda, la pendiente caía abruptamente a su derecha, terminando en la orilla del saliente de abajo. Se paraba a escuchar de tanto en tanto, a mirar hacia abajo y dentro de los cañones y hacia arriba, el perfil de la montaña que tenía por encima. No vio nada, no escuchó nada salvo el graznido de una urraca en algún punto de los pinos de abajo, el trueno de remotos aviones, el persistente lamento estridente de las cigarras.

Le dolían los pies. El tacón de una bota se le había perdido, y los clavos doblados le roían la piel de los talones. De vez en cuando algo le golpeaba en la parte baja de la espalda, un dolor caliente, feroz pero breve. Aprendió a anticiparse a él y cada vez que el dolor iba a golpearle, él ya estaba listo para recibirla.

Se detuvo bajo la penumbra acogedora de un pino amarillo, dejó caer las riendas, y bebió unos cuantos sorbos de agua de la cantimplora. El agua

agudizaba su hambre. Aflojó la cuerda alrededor del saco de dormir, buscó dentro con su cuchillo hasta dar con la carne y sacó un pedazo y se la comió tal cual estaba, cruda, sangrienta y fría. Se limpió las manos en la grupa de Whisky después de comer, volvió a asegurar con la cuerda el saco de dormir, otro trago de agua y listos para partir. Fue entonces cuando oyó la voz de un hombre que venía de encima, como llegada del cielo:

—¡Floyd... ven aquí!

Burns se agachó de nuevo bajo la pared colgante. La yegua lo miró sorprendida, las riendas tocando el suelo delante de ella. Muy lenta y cuidadosamente, amortiguando la operación con su cuerpo como mejor supo hacerlo, Burns volvió a amartillar el rifle. En el saliente que tenía sobre la cabeza oyó cómo un cuerpo pesado se arrastraba y luchaba con los matojos, y luego una segunda voz:

—¿Qué es lo que has visto?

No hubo respuesta inmediata. Burns podía imaginar al primer hombre colocando un dedo sobre sus labios y luego apuntando abajo. Silencio absoluto, y luego el débil silbido de un susurro. Burns agudizó el oído pero no pudo escuchar nada sino la repetición de la palabra «caballo». Era más que suficiente. Comprimió su cuerpo cuanto pudo contra la seca, granulada roca, esperando, el índice derecho colocado en el gatillo.

Silencio todavía, los hombres de encima esperaban, pensaban, planeaban. Finalmente, después de unos cuantos minutos muertos —el sol se estaba hundiendo ya en la parte oeste-sudoeste del cielo—, Burns oyó la segunda voz, más alta pero débil e insegura:

—Muy bien, Burns. Sabemos que estás ahí abajo. No puedes escapar. Pon las manos arriba y colócate junto al caballo.

Burns sonrió. Mirando arriba bajo el ala gacha de su sombrero podía ver la roca gris inclinada sobre él, el cielo, la copa del pino. La yegua estaba aún observándole, y al hacerlo lo estaba señalando. Hizo una tentativa de dar un paso hacia él y él le frunció el ceño salvajemente. Ella se detuvo. Se dio cuenta

entonces de que la yegua sangraba por la parte interna de la pata derecha — una oscura mancha de sangre y polvo que se extendía lentamente.

La voz de arriba:

—¡Vamos, sal! Sabemos que estás ahí. Sal o tendremos que bajar a por ti.

Eso hizo que Burns sonriera de nuevo. Esperó.

Los hombres de arriba parecieron volver a hacer planes murmurando. De repente uno de ellos pareció encaminarse al sur —Burns pudo oír cómo se quebraban bajo sus pasos unas ramitas—. Los sonidos fueron desvaneciéndose gradualmente mientras esperaba. Otro minuto de silencio. Empezaron a preocuparle los hombres de abajo, los perseguidores: no podían estar muy lejos ya, a menos que se hubieran rendido. Dudaba que así hubiera sido, y sin embargo no se atrevió a moverse. Tenía que esperar, ver qué era lo que pensaban hacer esos colegas de arriba.

Aunque no era difícil de suponer: uno estaba esperando arriba, vigilando la yegua, mientras el segundo había ido a recorrer la cresta buscándole, o buscando un punto desde el que él tuviera mejor panorama de lo que había bajo la roca colgante. Eso no representaba un peligro inmediato, porque el saliente curvaba hacia el este, alejándose del vaquero. O quizá el segundo hombre estaba buscando algún punto desde el que descender, para aproximarse a Burns desde el propio nivel en que suponía que éste estaba. Todo esto le dio a Burns mucho que pensar mientras esperaba, apretado bajo la roca y escuchando, mirando abajo hacia el borde del primer saliente al complejo de pináculos y crestas de los cañones de más abajo.

Más allá de las bocas del cañón la larga pendiente ensanchada de tierra se hundía hacia el río, una niebla amarilla oscurecía aún la ciudad, y el sol, bajando hacia el polvo y el humo, había asumido ahora la compleción de la carne cruda.

Una piedra cayó, golpeó la roca, se rompió en pedazos y voló sobre las ramas del pino. Whisky relinchó, dando un paso atrás, los ojos vueltos, el aliento lanzando nubes de vapor al aire frío. Burns miró hacia arriba y vio las piernas y el tronco de un hombre vestido de caqui sobre el borde del

acantilado, una cuerda colgaba bajo él. Burns se deslizó unos cuantos pies, se puso ligeramente de lado sosteniendo su rifle. El hombre empezó el descenso, dejando que la cuerda descendiera lentamente entre sus piernas, a través de su pecho y sobre uno de sus hombros. Sólo bajó la mitad de la distancia antes de que un disparo rozara su espalda y supiese que Burns lo tenía en su punto de mira.

El hombre vaciló, se mordió los labios, balanceándose ligeramente sobre la cuerda tensa. Estaba a veinte pies de tierra, a cincuenta pies de Burns. Se mordió los labios de nuevo sonrió tímidamente.

—Baja —dijo Burns tranquilamente—. Y no dejes escapar un gemido o te disparo.

El hombre vaciló aún.

—Baja —dijo Burns.

El hombre bajó, lenta, muy lentamente. Parecía tener dificultades en manejar la cuerda; en numerosas ocasiones se enganchaba a las rocas o en las yucas y la hediondilla que crecían en las grietas de la pared. Por fin hizo pie en la pendiente de grava en la base del acantilado. Estaba mirando a Burns.

—Pon las manos detrás de la cabeza y vuélvete —dijo Burns. El hombre se volvió, todavía con una sonrisa idiota en la cara. Burns reconsideró la orden un momento—: Tira ese portafusil —El hombre obedeció, levantó el portafusil sobre su cabeza y dejó que el arma cayera al suelo. Llevaba puesto un chaleco de piel de topo, y seguro que bajo él un cinturón lleno de cartuchos y un revólver enfundado—. Mantén las manos en tu nuca —dijo Burns. Se pasó la carabina a la mano izquierda, sosteniéndola como si fuera una pistola, se agachó ligeramente y cogió una estaca de pino seco, corta. Involuntariamente el hombre giró la cabeza y vio que Burns se aproximaba con el rifle en una mano y el palo en la otra.

—Eh —dijo—, eh, ¿qué piensas...? —Burns le golpeó en la cabeza y el hombre cayó torpemente, tratando de cubrirse la cara con el antebrazo—.... un momento, espera, por favor... —dijo. El palo rompió la guardia del hombre caído y golpeó sólidamente en un lado del cráneo, por encima de la oreja. El

hombre gimió y fue cayendo lentamente, cubriendose la cabeza y luego alcanzando la inconsciencia.

Burns se agachó sobre él, le abrió el chaleco, le desabrochó el cinturón del revólver.

—Maldita sea —dijo—, lo siento colega —Se sentía un poco enfermo, nervioso, inseguro. Su víctima gemía de nuevo, se agitaba débilmente, mientras Burns maniobraba con el cinturón que le había quitado tratando de ponérselo en su propia cintura. Buscó también las esposas y las encontró en un bolsillo del chaleco, y llevó al hombre hasta un árbol, colocándole los brazos tras la espalda, pasando cada uno de ellos tras el tronco, y esposándole las muñecas. El hombre se inclinó hacia atrás para apoyarse en el tronco del árbol, gimiendo suavemente, unas cuantas burbujas de saliva se alineaban en sus labios. Burns lo miró.

—Lo siento colega —le dijo—. No tenía más opción —El oficial había perdido su sombrero y Burns lo recogió y se lo encasquetó firmemente en la cabeza, una cabeza ancha, llena de pelo negro.

—Aquí... nos vemos —Levantó su rifle y se dirigió a la cuerda que había quedado colgando del acantilado.

La yegua, Whisky, estaba merodeando entre las hojas de roble y las agujas de pino. Burns cogió la cuerda y tiró de ella, probándola: parecía lo suficientemente resistente. La yegua levantó la cabeza y lo miró. Burns le devolvió la mirada.

—Vaya puta —murmuró—, no me has traído más que problemas desde que te tengo —La yegua levantó las orejas temerosa, sin dejar de mirarle—. Esa es la verdad, nada más que problemas. No haces nada bueno y lo sabes —Burns examinaba la cuerda que subía por la roca gris y la maleza hacia el cielo, hacia la libertad. Arriba estaba el borde de la montaña y del otro lado miles de millas de bosque y naturaleza salvaje que llevaban hacia el norte a Cañada y hacia el sur a México. Dio otro tirón de la cuerda sintiendo los ojos de la yegua fijos en él. Maldijo de nuevo y pensó en su silla, su saco de dormir, su carne de venado, su munición, el resto de sus pertenencias, y en el caballo—. Qué

cojones —Dejó caer la cuerda, volvió junto a la yegua, cogió las riendas y la sacó de allí.

Miraba al sur, parado, cambió de opinión y bajó hacia el lado norte por el mismo camino por el que había venido. Esto resultaba doloroso, desandar lo andado, era un extravagante gasto de energías. Y sin embargo le parecía la táctica adecuada.

Se abrió paso entre los pegajosos matojos, sin el menor intento de guardar sigilo, y en menos tiempo de lo que esperaba —quizá unos quince minutos—, alcanzó el punto donde había ascendido desde el saliente de abajo. Aquí volvió a poner alerta la precaución, anticipándose a un repentino encuentro con sus perseguidores, pero nadie apareció.

No descendió, dejó la vieja ruta y se encaminó al norte, tratando de encontrar una nueva abertura que le permitiese pasar a él, a su yegua y su equipaje a través de la pared, para encaramarse al borde.

Había un cierto temblor, desconcertante, en la luz. Burns miró al oeste y vio una película de nubes, desordenadas, hinchadas de viento, color ceniza, atravesando el ojo rojo del sol. La ciudad, el río y el valle permanecían ocultos bajo un palio de polvo, el horizonte había desaparecido en las tinieblas amarillas que lo anegaban todo. Pero sobre su cabeza y hacia el sur y el este el cielo todavía estaba limpio y puro, una gran cúpula de azul primario, helado y remoto, con la delirante intensidad del fuego.

Burns se detuvo un momento para frotarse las manos heladas; dio otro buche de agua —algo en el perforante aire de la montaña intensificaba su sed— y consideró la necesidad de racionar sus suministros. Siguió, pensando en el agua, y en un lugar bien sombreado bajo el pinar Ponderosa donde él encontró una parcela de vidriosa nieve. Se arrodilló y rascó un poco la superficie para limpiarla, escarbó un poco y encontró un poco de hielo que se llevó a la boca, sin darle importancia a los puntos negros de corteza de pino repartidos por el trozo de hielo.

Avanzaron, hombre y caballo, sobre escombros de roca deslizante, a través de espesuras de matorrales de roble, bajo álamos y pinos dispersos, hasta que

alcanzaron la serie de peldaños en la pared a través de la cual era posible el ascenso al borde. Burns llevó a la yegua a un punto que quedaba justo debajo de la cresta, la ató a un matorral y fue a echar un vistazo de reconocimiento.

Se encontró con otro mundo: en vez de cañones, colinas, peñascos, cactus o radicales golpes de espacio abierto, vio una región extensa de praderas y bosques descendiendo apaciblemente hacia el este como la cubierta de un barco inclinado que se extendía veinte millas hacia abajo desde el pie de las colinas hasta las planicies del este. Ahí estaba la vieja superficie original de la tierra, el país apalache. El enigmático poder que lo había empujado todo una milla hacia el cielo le había otorgado al lugar una flora nueva y un clima diferente sin tocar su entidad topográfica.

Burns se arrastró sobre su vientre entre contrafuertes de piedra y concentró su atención en el panorama que tenía a su alcance buscando alguna señal del Hombre. Justo delante de él estaba un prado de hierba grama con sólo unos pocos peñascos grises, tapizados de musgo y líquenes, hundidos cómoda y profundamente en la tierra, cada uno de ellos rodeado por constelaciones de flores alpinas en miniatura. La nieve tachonaba la escena aquí y allá, preservándose a la sombra azul de las rocas. La pradera concluía en una línea de madera, unas cincuenta yardas más abajo, compuesta por álamos esbeltos de corteza blanca, que bordeaban un oscuro bosque de pinos y abetos. Un delgado camino se abría entre los árboles hacia el norte, cruzando el prado cerca de su centro para volver a ingresar en el bosque rumbo al sur, a un cuarto de milla de distancia. Burns recorrió ese camino con la mirada: mirando al norte podía ver un pequeño cubículo de piedra, una especie de refugio o puesto de vigilancia, colocado en la arista del borde, a un cuarto de milla de distancia. Tenía una ventana, negra y vacía, como una escotilla, en la pared sur, de cara adónde él estaba. La estuvo estudiando unos minutos. Mucho más allá, hacia el norte, a unas cinco millas o más, vio las dos torres de televisión —esqueletos gigantes rojos y blancos hechos de acero, como un par de monstruos marcianos varados en el borde del mundo—. Allí, o cerca de allí, lo sabía, estaba el final de la carretera que subía la montaña desde el este.

Miró ahora al sur: el borde de la montaña se curvaba al este y luego al oeste, hundiéndose paulatinamente en la oscura sombra que era el Cañón de

las Tijeras, a diez millas. Más allá estaban los humosos y azules picos piramidales de los Manzanos y la sucesión de montañas desnudas que rodaban trescientas millas hacia México. Burns miró al sur, al sur, hasta que la vista empezó a difuminársele con el anhelo y el dolor que crepitaba desde su corazón atenazándole la garganta.

Todavía tenía que tener mucho cuidado. Un hombre estaba avanzando a través del borde hacia él, a menos de una milla de distancia, se acercaba despacio, desapareciendo de vez en cuando entre los álamos. Había algo que le resultaba familiar en aquel andar vacilante, el pórtico de aquellas espaldas extensas bajo el negligente peso de una cabeza pequeña, oscura, rapada. Burns parpadeó, estrechó y agudizó la mirada: por fin reconoció al hombre. Era Gutiérrez. De manera natural, reflexiva, los dedos de su mano derecha se aferraron al peso y la forma de su rifle, que tenía al lado.

Burns arrancó unas briznas de grama y las masticó durante un rato, los ojos serios y pensativos. Esperó y miró y de repente vio que Gutiérrez se paraba en la arista del borde. Oyó —o creyó oír— un intercambio de gritos: voces humanas. Esperó a ver qué hacía Gutiérrez: debía haber encontrado al hombre que había capturado y dejado esposado en el árbol. En algún momento, indudablemente, había tenido que descender por la cuerda para liberarlo.

Cogió más hierba y la mascó. No estaba especialmente cómodo allí tendido sobre la dura nieve, que se estaba empezando a derretir bajo el calor de su cuerpo: podía sentir la fría humedad en sus rodillas, en sus muslos y en sus codos. Y del oeste venía, afilado y amargo, un viento quejumbroso que penetraba en su ropa y le congelaba las orejas y los dedos. Podía oír sus ráfagas en el bosque de abajo, la excitación de las hojas de los álamos que producían un sonido de cascada de agua o un lejano aplauso multitudinario. Burns escuchó, los ojos puestos en Gutiérrez, el pulgar derecho en el martillo de la carabina.

Gutiérrez permaneció varios minutos mirando abajo desde el borde del acantilado. Finalmente se puso en movimiento de nuevo, la cabeza gacha como si estuviese buscando algo en el suelo, inclinado pesadamente hacia donde estaba Burns, la escopeta apoyada en el brazo izquierdo: el cazador.

Burns se agitó sobre su costra de nieve, sorprendido y alarmado. Abajo estaba el bosque, oscuro, cálido, profundo, lleno de lugares secretos; lo miró con un asomo de anhelo, pero luego se instó a devolver la atención a su izquierda: algo había cambiado en el aspecto del refugio de piedra al norte. Tras el negro hueco en la pared una sombra había aparecido, distorsionada por la superficie de la piedra hasta cobrar forma de serpiente. Burns podía ver la sombra pero no el ojo abierto de un rifle. A quinientas yardas.

Gutiérrez se acercó desde el sur, ahora estaba a unas mil yardas, todavía demasiado lejos de su alcance.

El vaquero miró abajo a sus secas manos: en el dorso de cada una de ellas había una delgada capa de sal incrustada. Por un momento temió la estúpida tentación de la parálisis: no hacer nada, nada de nada, dejar que el fin llegara sin oponer resistencia. Escupió la yerba masticada y se arrastró sobre sus rodillas y codos, manteniendo el culo a ras de suelo hasta encontrarse bajo la cumbre de la elevación. Desde allí se dirigió al chaparral y las rocas, doblemente agazapado. Sólo cuando por fin se encontró bajo el contorno, se permitió erguirse de nuevo.

La yegua estaba esperándole, unas cuantas hojas de roble colgaban de su boca. Se inclinó para desatar las riendas de la base del matorral, dejando su rifle entre las crujientes hojas muertas del suelo. Sus dedos todavía quemaban de frío y tensión. Se los frotó inútilmente contra el nudo de la cuerda, luego trató de calentarlos con su aliento. En ese momento vio que el indio se acercaba por la esquina del saliente de abajo, a no más de cien yardas de distancia. El indio hacía un firme y constante ruido seco al caminar sobre las hojas. Burns lo miró, el indio se detuvo, miró hacia arriba y lo vio, congelado en la pendiente, sólo a medias oculto por el matorral. Se miraron uno al otro a través de la luz amarilla y a través del repentino silencio que se hizo después de que el indio se quedara parado.

Burns alcanzó su rifle y vio que el indio sólo iba armado con su bastón. Volvió a ponerse a desanudar el nudo tratando de mantener firmes las manos. La yegua lo había apretado dando tirones, y por un momento le pareció a Burns, desesperado pero sin nervios, que no podría hacer nada. Pero el nudo

se desató y al mismo tiempo que lo hacía oyó cómo el indio avisaba a alguien con un grito, alguien que venía desde abajo, aún fuera del alcance de la vista de Burns. Burns cogió el rifle y las riendas y empezó a trepar una pequeña pendiente que llevaba a la cima. Whisky se resistió y Burns maldijo y gruñó:

—Hija de puta, maldita golfa, vas a conseguir que nos maten, vamos, dale... —Y la yegua lo miró con sus lustrosos ojos estúpidos, y levantó la pata derecha y empezó a seguirle. Oyó que el indio gritaba de nuevo pero no miró atrás, luchaba con las piedras y las hojas resbaladizas y la yegua hacía lo mismo tras él, dejando una ruina de hojas machacadas a su paso, hojas de yuca despedazadas, una pequeña avalancha polvorienta de piedras.

Llegaron a la cima de la elevación, Burns volvió la vista atrás y vio que un segundo hombre había aparecido tras el indio y que torpemente sacaba del portafusil una ametralladora. Burns siguió, tirando de la yegua, y cuando llegaron al punto más elevado del borde y se dirigieron hacia el prado, fragmentos de roca estallada los siguieron, y el aleteo de ráfagas de plomo quemando el aire encima de su cabeza. Oyó el bramido tartamudo de la ametralladora disparando su fuego automático, recargando, volviendo a disparar.

El bosque los esperaba, cincuenta yardas más abajo a través de un prado de hierba tranquila y violetas de montañas y parches de nieve y lupinos. Burns vaciló un segundo: vio a Gutiérrez corriendo hacia él desde el sur, lo vio tambalearse, casi caer, recomponerse, seguir. Miró al norte y vio a un hombre alto con uniforme militar verde en el refugio de piedra, apuntándole con un rifle. No hubo más gritos. El único sonido, antes de que el hombre de uniforme empezase a disparar, fue el del viento entre los árboles —el excitado murmullo y frufrú de las hojas de álamo— y el salvaje pataleo de la yegua en el aire, y la propia y pesada respiración de Burns.

El hombre de uniforme disparó bruscamente, sin pararse a pensar en la distancia. La bala cortó la hierba y estalló a veinte yardas de su objetivo —Burns apenas se dio cuenta—. Pero aunque se hubiese dado cuenta no podía acallar el clamor de sus nervios, sus sentidos y su sangre: ¡Corre! Como estaba haciendo Gutiérrez, como el militar de uniforme había empezado a hacer. Sin

embargo Burns permaneció quieto tras la yegua, comprobando la cincha, deslizando el rifle en su estuche junto a la silla, poniendo el pie en el estribo y por fin subiéndose a la silla.

El hombre de uniforme se paró en seco, se arrodilló y volvió a disparar. La distancia era aún demasiado grande. La bala dio contra una roca que estaba a una docena de pasos de hombre y caballo. El hombre del rifle levantó la mirilla de su arma.

Burns volvió a la yegua trémula hacia el bosque.

—Hup —dijo, hundiendo sus talones en sus flancos. Whisky empezó a moverse poniéndose al trote enseguida, de manera algo inconstante. Al principio parecía que no estaba bien sujetada, pero se recuperó enseguida, se sintió segura y empezó a galopar. Burns la mantuvo a ese ritmo a pesar de los tambaleos de ella. Levantó una mano y se lo llevó al sombrero que se encasquetó firmemente en la cabeza. Un asunto de orgullo. El bosque no estaba lejos.

El hombre del uniforme militar disparó de nuevo de rodillas tomándose tiempo, asegurando el tiro.

Burns, sin mirar otra cosa que los árboles de allá abajo, sintió cómo llegaba la bala, contrajo, encogió su cuerpo entero. Al mismo tiempo vio cómo un trozo de cuero golpeaba la empuñadura de su silla bajo sus manos, y oyó y sintió el abrasador siseo de metal en el aire. Estremecidas, las orejas de la yegua se pusieron de punta. Oyeron el sonido del disparo medio segundo más tarde. La yegua dio un brinco hacia delante pero Burns la volvió a desacelerar con un tirón de las riendas.

En el sur Gutiérrez había dejado de correr, demasiado lejos para un buen disparo. Tras Burns, en la cresta, el rastreador indio apareció, su silueta contra el cielo. Llamó de nuevo al hombre de la ametralladora, se inclinó, se agachó, cogió una piedra y se la lanzó al jinete. Buen intento: la piedra dio en la grupa de la yegua y cayó al suelo. Whisky, asustada, resopló, saltó de nuevo, galopando sobre el murmullo de las hierbas hacia los árboles. Burns la dejó ir, dejándose ir él también riendo como un loco. En pocos segundos los delgados

y temblorosos álamos, flexionando ante el viento, sus hojas amarillas conversando alegremente, disparatadamente, con la histérica risa de las viejas locas.

El hombre de uniforme militar volvió a disparar y a fallar. Permaneció apoyado en una rodilla, rascándose el mentón pensativamente, y vio cómo su objetivo se ensombrecía en la masa de árboles. Gutiérrez decidió hacer un tiró al azar, a quinientas yardas de distancia, rumbo al norte-noreste. Oyó cómo su bala agujereaba una roca y se iba silbando al azul del cielo, dirección Kansas. Mientras tanto en el borde por encima del prado seguía el indio, señalando al bosque. El joven jadeante y sudando y maldiciendo junto a él no podía ver nada, nada sino luz y unas sombras insustanciales. A pesar de todo disparó y mantuvo el dedo en el gatillo de su ametralladora Browning, tambaleándose un poco por la fuerza del retroceso, luchando contra la fuerza de la gravedad en aquel punto del cañón, barriendo abundantemente la hierba y las rocas y los árboles con el chillido de las balas: consiguió herir a unos cuantos álamos.

Entonces nos vamos a casa, Morey? —El operador de radio le miraba desdichado, quejumbroso como un sabueso perdido. La nariz y los dedos se le estaban volviendo morados con el frío. Sorbió a través de su nariz amoratada.

Johnson deslizó un dedo por el interior del cuello de su camisa.

—¿Dices que encontraron a Glynn?

Se quitó una ramita de matojo y la tiró al suelo mientras el operador le respondía. Parecía que el viento había decidido remitir ahora que el sol estaba bajo, pero todavía quedaba mucho polvo en el aire como para sentirse cómodo.

—¿Qué has dicho? —dijo Johnson.

—¿Qué? —El operador se mordisqueaba la agrietada piel de su labio—. Dije que sí, lo encontraron. Estaba esposado en un árbol. Gutiérrez lo vio y lo soltó. Tenía un mal golpe en la cabeza.

—¿Gutiérrez?

—Floyd... Glynn.

—Ya —Johnson elevó la mirada hacia la montaña: las rojas venas de hierro en el granito componían aquellas torres y contrafuertes y colinas que ahora se volvían rosas con el último flujo de luz que llegaba del sol, ya guardado más allá del horizonte de Johnson. Veía la radiación rosada que profundizaba la lavanda, retirándose más arriba ante el avance de las sombras azules, violetas y púrpuras. «La noche», pensó, «la noche llega: esa sombra que rueda por la faz de la montaña, la negra noche que viene del este». Ya estaría oscuro en

Tucumcari, en Santa Rosa, en Moriarty. Encima del borde de la montaña el cielo cambiaba del azul a un pálido verde frío —la insinuación del invierno.

Se volvió al oeste. El sol se había hundido sin gloria alguna tras una niebla de humo y polvo, dejando apenas una sorda mancha amarilla que se extendía por el cielo, pero hacia el sudoeste, sobre la Montaña de los Ladrones, una gruesa estrella empezaba a brillar, titilando. «Venus», se dijo Johnson a sí mismo, «Venus, la estrella del atardecer, el planeta del amor...».

Johnson se interrumpió, avergonzado por su tren de pensamientos. Miró por encima de su hombro al operador de radio. El operador de radio lo estaba mirando.

—Entonces, ¿están todos allí arriba ahora? —dijo Johnson.

—Así es... todos ellos.

—¿Qué sabes del piloto del helicóptero?

—También está —El operador lo miró esperanzado, sorbiéndose los mocos—. ¿Todavía crees que encontraremos a ese tipo esta noche, Morey? —dijo.

—Aparecerá en algún sitio —replicó Johnson— alguna vez.

El operador esperó. Johnson se rascó el sobaco mirando en la arena y los hierbajos que estaban bajo el jeep. «Tengo hambre», pensó. Fue como un descubrimiento: como si se librara de la imagen de la montaña, de la de la estrella. «Tengo hambre», se dijo. Oyó que el operador de radio se sonaba la nariz con desamparada desesperación.

—Muy bien —dijo Johnson—, nos vamos a casa.

En un recodo del camino y cerca del comienzo de la bajada al cañón, entre un grupo de pinos amarillos gigantes, detuvo lentamente a la yegua, y bajó de la silla. Estaba cansado, casi mareado de tanta fatiga, pero aún se sentía bien, satisfecho: había estado mascando una tira de venado crudo durante diez millas y tres horas. Se apoyó en el tronco de un pino, se desabotonó el pantalón y orinó, mirando al mismo tiempo al interior de la montaña, a la penumbra púrpura del paso. La penumbra estaba lejos de ser completa: los cuatro carriles de la autopista que transcurría a través del fondo del paso estaban vivos, enfermos con el ruido de los motores: una interminable procesión de pequeños puntos de luces que eran como cuentas en un hilo que colgaba de la oscuridad, pasando y volviendo a pasar, desvaneciéndose, reapareciendo, incrustándose en la noche desde fuentes aparentemente inagotables.

Burns apartó los ojos del monótono espectáculo y miró a través del cañón y durante millas de espacio hacia las vagas formas vecinas de las Montañas Manzano. Allí descansarían esta noche, entre aquellas desconocidas colinas de terciopelo, ajenos al mundo hasta...

Dejó que el pensamiento muriese sin formularse del todo, y volvió junto a la yegua. Antes de volver a subirse a la silla examinó la herida de la pata. La sangría había parado hacía horas, pudo sentir la incrustación de sangre seca en el pelo enmarañado y una ligera inflamación, pero nada más. La yegua lo acarició con su cálido hocico cuando él se arrodilló junto a ella. Él se levantó. No parecía que la herida fuera grave. Al menos no había afectado al modo de andar de la yegua.

Iba a volverse a montar cuando oyó un ruido arriba —el afilado crujido de la maleza, una piedra deslizándose—. Luego silencio. Esperó, con una mano sobre el pomo de la silla, y la otra en la culata del rifle. La yegua permaneció congelada, sólo se le movían las orejas, el hocico vuelto hacia el viento. «Un gato salvaje», se dijo Burns, «puede que un puma, siguiéndonos para entrenarse». Aguardó durante un minuto largo sin que se oyese nada inusual, hasta que se impulsó hacia la silla. «Hup», dijo tranquilamente, y Whisky echó a andar, hacia abajo, a través de la oscuridad, bajo los pinos, rumbo a las móviles luces y a las montañas que quedaban más allá, hacia México.

Cabalgó en silencio durante un rato. Y el diapasón de los pasos de la yegua empezó a limarle los nervios y simplificarle los pensamientos. Respiró profundamente, disfrutando de la fragancia de los pinares, de los cedros, de las crujientes agujas de los pinos, del viento sobre el valle, y suave, dulcemente, para sí mismo y para su yegua, y para los árboles que pasaban lentos junto a él, empezó a cantar:

Oh, me vuelvo... al viejo México...
donde hay vacas de largos cuernos... y donde crece el cactus...
Oh, me vuelvo... donde las balas vuelan...
y cabalgaré los caminos... hasta el día... en que me muera...

Tras él se erguía la oscura montaña. Más allá, remota en términos de espacio y tiempo, las titilantes estrellas rodaban al ritmo de un cósmico tambor.

Cuarta parte

EL FORASTERO

«*Y al cuarto día llegó la venganza...»*

20. Cañón de las Tijeras, N. Mex.

Hinton había tomado tres tazas de poderoso café negro en un lugar llamado Combs cerca de la cumbre del paso: una gruta rica y hermosamente iluminada en la noche con neones, cromo, plástico, cuero rojo, camareras rubias de lugares como Lubbock y Little Rock detrás de la barra, un nuevo local con café y camioneros y un perchero con postales cómicas; alguien había puesto en la máquina de música «Échale valor y ámame una vez más», pero a pesar del café y la luz y la música animada había llegado a adormecerse, se sentía abrumado, le dolía el estómago, estaba cansado, terriblemente cansado, roto por dentro: se sentía como un saco de trastos viejos. Y le pesaban los párpados, se le caían, como si alguien hubiese colgado monedas de ellos. Estaba pensando en ello, pensando en dormir...

Los coches venían hacia él, pares y pares de luces deslumbrantes y descarnadas, sin fin. Estaba pensando...

De repente apareció un débil resplandor rojo de alguna parte, justo delante de su lado izquierdo. Su corazón dio un vuelco de terror, se arrojó sobre el volante y trató de maniobrar hacia la izquierda. Un racimo de objetos flotaban a su derecha —una pila de troncos, una camioneta, una cara blanca asustada mirando tras el parabrisas de su cabina— pero pasó: no tenía nada delante sino un puñado de rojas luces traseras y una sucesión de luces de faros que se acercaban por la izquierda, silbando como proyectiles.

Respiró hondo y se pasó una mano temblorosa por los ojos. Demasiado calor quizás. Bajó la ventanilla de su lado y dejó que el aire glacial de la noche soplara dentro empujándolo hacia la conciencia. Un frío amargo pero efectivo. Cerró la ventanilla, parpadeó y meneó la cabeza. Sabía que tendría que parar y

dormir, pero sólo faltaban veinte millas para llegar, y le esperaba una buena cama caliente... Lo conseguiría.

Adelantó a otra camioneta, y a un coche, antes de que se diese cuenta ya iba de nuevo demasiado rápido, cuarenta toneladas de hierro y acero bajando una pendiente que era más empinada de lo que parecía. Echó un vistazo al velocímetro: setenta y cinco. Aflojó el pie del acelerador y pisó un poco el freno. El camión con su tráiler bajaron gradualmente a setenta, a sesenta y cinco, a sesenta. Parpadeó de nuevo y comprobó la presión de sus frenos: cincuenta y cinco libras, más que suficiente.

Trataba de no pensar en ella. Una pasión inútil. Ya estaba lo suficientemente enfermo, ¿para qué añadir miserias? No tenía sentido, era estúpido. Ella no era ni siquiera especialmente hermosa. Una chica bonita sí, pero sin encanto. Tenía otras cosas de las que preocuparse, cosas más importantes. «Perdiste a la chica», trataba de convencerse, «la perdiste, no volverás a verla, se ha ido, olvídalas...». Tulsa, Oklahoma City, Amarillo... «Lo mejor es olvidarse de ella, mi infeliz amigo...»

Una corriente de hielo le atravesó los nervios: estaba soñando. Parpadeó, se dio un manotazo en la cabeza mientras su corazón alcanzaba el clímax, vacilante, y luego volvía a bajar. La carretera estaba allí, desenrollada ante él, y él estaba adelantando coches de nuevo, tres de una vez. Se maldijo a sí mismo, el velocímetro señalaba ochenta y cinco. ¡Ochenta y cinco! Aminoró la marcha del camión pisando el freno hasta ponerse en sesenta.

La autopista, los cuatro carriles, emprendía una curva alrededor de los contornos de la montaña. Hinton era apenas consciente de las vastas formas oscuras que tenía sobre su cabeza, por ambos lados: ese otro mundo, oscuridad, frío, el salvaje viento aullando en las rocas y los cactus y a través de las columnatas del bosque. Se estremeció, a pesar de que el calefactor del salpicadero estaba humeando, arrojando una constante corriente de calor desde el motor.

Los coches seguían flotando hacia él con sus luces resplandecientes, cortando el aire, al pasar junto a él, con el sonido del acero silbante y el silbido de los neumáticos calientes.

Otra amplia curva en la autopista: vio la ciudad. Allí, tendida, a unas millas de la negra muesca del cañón, un suave lecho de brillantes luces rodeado de oscuridad. Eso lo relajó de nuevo, y se puso a pensar en una cama caliente y limpia, en dormir: esta vez dormiría durante días si eso es lo que le apetecía. Durante días, por Dios, ¿quién iba a molestarle? Sus párpados empezaron a caer. «Dormir», pensó Hinton, «dormir, dormir, soñar con la chica...».

Las luces rojas de los frenos parpadeaban ante él, parpadeaban, pulsaciones en la oscuridad. Levantó la cabeza, los ojos aparentemente abiertos, y tiró del volante y dio un grito por los destellos rojos de la izquierda, en el carril interior. Le habían deslumbrado los faros de los coches que se acercaban. Deslumbrado; y entonces pensó que estaba soñando: vio un caballo en la carretera justo delante de él, girando y girando, y a un hombre o a un diablo a lomos de esa criatura, azotándolo con su sombrero, El pie de Hinton pisó el freno, al mismo tiempo dio un volantazo tratando de llevar el camión más a la izquierda, hacia el carril del tráfico que se incorporaba. Oyó un grito, violento e inhumano, y lo que le pareció un golpe suave en la parte derecha del parachoques —no podía ver más que el resplandor de las luces floreciendo en la oscuridad—. Llevó el volante y el camión a la derecha, de vuelta a su propio carril, y vio a un gran automóvil deslizándose por su derecha, levantando polvo y grava en el costado de la carretera. Iba demasiado rápido, demasiado rápido. Pisó a fondo el pedal del freno, oyó cómo chillaban los neumáticos temblorosos en el asfalto. Cuarenta toneladas, setenta millas la hora: luchó contra aquella máquina gigante que tardó mil pies en dejarse someter y parar completamente.

Puso el freno de mano y saltó fuera, dejando el motor y todas las luces encendidas. Empezó a correr, recordó de repente algo, volvió a la cabina, cogió el botiquín de primeros auxilios que llevaba bajo el asiento. Lo encontró, se lo puso bajo el brazo como si fuera un balón de rugby y volvió a salir y a correr por la autopista, jadeando, los costados empezaron a dolerle a la vez. La mente inerte, paralizada, en estado de shock.

Corrió, los zapatos golpeaban ruidosamente el asfalto. Oyó de nuevo el grito, largo y violento y terrible. Delante de él pudo ver luces que brillaban a través del polvo, coches que se acercaban, coches que se salían de la autopista. No podía pensar, ni siquiera lo intentó. Pero un ruido se colaba en su cabeza repetidamente, al ritmo de sus zancadas: «Dios, oh Dios, oh Dios mío, oh Dios». Siguió corriendo.

Con el brillo de las luces, extrañamente contraído sobre un negro resplandor de sangre, vio la figura de un hombre. Hinton fue el primero en llegar hasta él: el hombre estaba todavía vivo, respiraba convulsivamente, jadeaba y trataba de hablar a través de un borboteo de sangre. Hinton colocó sus manos bajo los sobacos del hombre y los movió tan suavemente como pudo, sin tratar de levantarlos ni de flexionar el cuerpo, lo sacó del pavimento hasta el costado de grava de la carretera.

Silbó un coche a su lado, blancas caras asomadas en las ventanillas. Otro coche. Otro.

Caras, cuerpos que salieron de dos coches aparcados cerca. Dos hombres y una mujer llegaron hasta ellos, hasta Hinton y el cuerpo roto que sostenía en sus brazos. De la oscuridad del arroyo bajo la autopista llegó el grito de nuevo, salvaje y estrujado por el terror.

—Mantas —dijo Hinton. Miró a los hombres, a la mujer—. Por favor, traigan mantas. Rápido.

La mujer se volvió y corrió hacia su coche.

—Voy a ir a llamar a una ambulancia —dijo uno de los hombres.

—Vaya —dijo Hinton—. Y por el amor de Dios, rápido.

Los coches aullaban en la autopista, uno detrás de otro, interminablemente. En cada uno un rostro, o dos o tres, mirándolos con ojos vacíos.

La mujer regresó con un par de alfombras de lana, cada una de ellas había sido tejida con el geométrico estilo de los navajos. Hinton las cogió y las echó sobre y bajo el cuerpo del hombre, cuya cabeza y hombros descansaban en su regazo. Mirando abajo, vio la cara de un hombre joven, blanco como la cera,

con barba de una semana, una delgada nariz torcida y dos ojos aturdidos, vagos, que lo miraban.

—Te vas a poner bien, amigo —dijo Hinton—, sólo estate tranquilo.

Metió la mano bajo la alfombra y aflojó las ropas del hombre: descubrió el cinturón con cartuchera y el revólver. Los dejó donde estaban, tapados por la alfombra.

El joven trató de hablar. Sus labios se movían, tragó saliva y empezó a ahogarse.

—Tranquilo, amigo —dijo Hinton, levantándole la cabeza. Sacó un pañuelo y secó algo de la sangre y el sudor y el polvo que le llenaban la cara al hombre.

Desde abajo volvían a llegar los gritos del caballo.

—¿Por qué no lo ponemos en mi coche? —dijo la mujer. Llevaba vaqueros y un suéter viejo. Tenía una cara ruda, tostada, del sudoeste y esa clase de voz que a menudo le corresponde a esas caras: suave, lenta, amable.

—Lo mejor es no tratar de moverlo —dijo Hinton—. Creo que tiene la espalda rota.

Un coche de la Policía del Estado paró tras ellos, la luz roja de la sirena en el techo daba vueltas, iluminada. Un hombre salió, el otro se quedó dentro, hablando por un micrófono en el transmisor de onda corta.

El primer policía se agachó junto a Hinton y miró la cara blanca y sudada de la víctima.

—Hemos llamado a una ambulancia —dijo—. ¿Está vivo?

—Claro —dijo Hinton—. Por supuesto que está vivo.

El joven abrió de nuevo la boca, tratando de hablar.

—Paul —dijo con voz ronca—. Vamos...

—¿Está muy herido? —preguntó el policía.

—No estoy seguro. Creo que se ha roto la espalda y puede que peor todavía. Tiene alguna herida interna.

—Además está en shock —dijo el policía—. Mira qué blanca la cara. Quizás deberías bajarle la cabeza.

—Pero está sangrando mucho —dijo Hinton—. Estaba atragantándose con su propia sangre cuando lo encontré.

—Bien... —El policía se encogió de hombros—. De acuerdo. Debes tener razón —Miró el rastro de la sangre en el asfalto, miró al coche cercano, a la mujer que estaba junto a ellos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Hinton.

Hinton asintió con la cabeza sin decir nada, incapaz de hablar por un momento. Se mojó los labios y empezó a decir:

—Tengo mi carro allí abajo.

El policía miró carretera abajo hacia las luces de colores alegres que marcaban el contorno del tráiler.

—¿Lo atropellaste?

Hinton asintió.

De la oscuridad de abajo subió el sonido de un cuerpo pesado arrastrándose agónicamente entre rocas y maleza. Escucharon el grito aterrorizado y crudo.

—Por Dios santo, ¿qué es eso? —preguntó el policía.

La mujer miró a Hinton. Este dijo:

—Es el caballo, supongo. Él iba en un caballo.

—¿Un caballo? —El policía se quedó callado un momento—. Un caballo —dijo de nuevo, en voz baja, mirando al hombre que Hinton sostenía en sus brazos—. Bueno... ahora ya sabemos...

—¿Ya sabemos qué?

—Estábamos buscando a este crío. Por toda la creación.

La corriente de automóviles y camiones transitaba por la autovía furiosa y continuamente, gimiendo a través de la noche.

—¿Cuándo va a llegar esa ambulancia? —preguntó Hinton.

—Tardará unos diez minutos.

—Paul —dijo el joven. La sangre se deslizaba por la comisura de su boca y desde su nariz—. Paul —dijo, le costaba respirar—, ¿dónde diablos estás?

—Tranquilo, colega —dijo Hinton—. Todo va a salir bien —miró al policía del Estado—. Quizá sería mejor que lo lleváramos al hospital nosotros mismos —dijo—. ¿Tienen una camilla en su coche?

—No, no tenemos —El policía se pellizcó la nariz, luego miró sus dedos—. No sé —dijo—. Se supone que no debe moverse a un hombre que ha reventado por dentro.

—No creo que él lo esté —dijo Hinton.

—Mejor esperamos. Estarán aquí en unos minutos —El policía reajustó su posición allí agachado, dejando caer todo el peso de una pierna a la otra—. Tendremos que hacer un completo informe de esto —le dijo a Hinton.

—Claro —dijo Hinton—. Lo sé. Les seguiré a la comisaría tan pronto llegue la ambulancia.

De nuevo el caballo gritó.

La mujer arrastró los pies inquieta.

—Alguien debería bajar a pegarle un tiro a ese caballo —dijo.

—¿Dónde está? —preguntó el policía.

—Abajo, en el arroyo.

El policía se levantó, cogió la linterna de su cinturón y caminó hacia el borde de la autopista, desenfundando el revólver.

—No lo veo —dijo, paseando la luz de la linterna por la oscuridad de abajo— . Ah, sí, ahí —dijo y empezó a bajar, deslizándose por la gravilla suelta.

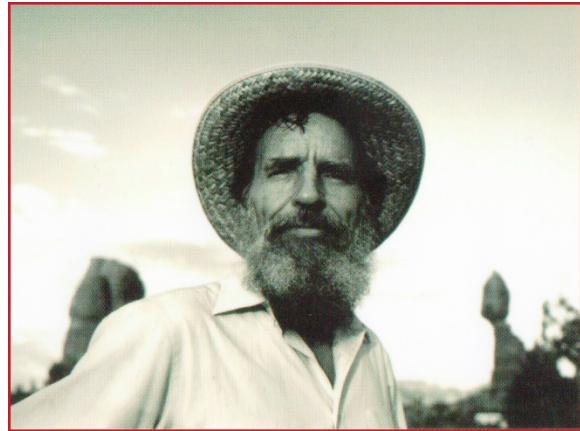
El joven en los brazos de Hinton se movió incomodado, intentando levantar la cabeza.

—Paul —dijo, mirando sin sentido a Hinton—, tienes que volver a casa conmigo —Respiraba en cortas bocanadas, como si se asfixiara—. Tienes que volver a casa —dijo—. Paul —dijo—, Paul...

Y sus palabras fueron cortadas por un ataque de asfixia cuando abundante sangre brotó de su boca y su nariz. La mujer se arrodilló junto a él, alcanzando su cuerpo.

—No te preocupes —murmuraba Hinton, tocándole el pelo al joven—, vas a estar bien. Todo va a salir bien.

Del negro arroyo llegó el grito del caballo, luego el sonido de un primer disparo y otro grito; mientras tanto los cuatro carriles de la gran autopista seguían tronando y silbando con el tráfico de hierro, goma, y carne, leves caras tras los cristales, corazones latiendo, manos frías: la fiebre de hombres y mujeres emparedados en máquinas.



EDWARD ABBEY, nacido en 1927 en Home, Pensilvania, fue un escritor y ambientalista estadounidense que con su novela, *The Monkey Wrench Gang* (La Banda de la Tenaza, Berenice, 2012), se convirtió en un ícono de la contracultura y el pensamiento libertario norteamericano. Sirvió en Italia en la guerra mundial, hizo estudios universitarios de Filosofía en Nuevo México y se diplomó con una tesis sobre «La Anarquía y la moral de la violencia». Trabajó como guardabosques y vigilante de incendios para el National Park Service. Bajo la máscara de «perro guardián» del árido desierto del Oeste y su actitud de «salvaje fanfarrón», Abbey desarrolló una fértil obra literaria dedicada a la vida salvaje y la intrusión de la cultura industrial y de consumo en el entorno natural estadounidense, tocado por un gran sentido del humor y un carácter provocador capaz de remover conciencias sin hacer discursos políticamente correctos o prefabricados. Él mismo estaba encantado cuando desde el FBI y desde sectores del ecologismo le llamaban el «anarquista del desierto». Obsesionado con el lema de Walt Whitman, «Resist much. Obey little», construyó una filosofía de la desobediencia civil que le hizo acreedor del título del «Thoreau del Oeste». No estaba conforme cuando le tildaban de gran escritor de la naturaleza y prefería que le vieran como un moralista norteamericano a la antigua. El ensayo *Desert Solitaire*, de 1968, es uno de sus trabajos más conocidos. La Banda de la Tenaza, su más famoso libro, aparecido en 1975, inspiró el movimiento «Earth First!», basado en la «eco-defensa» y

las técnicas del «monkey wrenching». Abbey es hoy un personaje emblemático de la cultura contestataria y un pionero de la resistencia activa en Estados Unidos y en muchos países de Europa. Murió el 14 de marzo de 1989, en Oracle, Arizona, debido a las complicaciones de una operación quirúrgica, y a su muerte pidió que lo enterraran en un lugar indeterminado del desierto. A día de hoy ya nadie sabe dónde está su tumba.

Notas:

1. La Selective Service Act de 1948 estableció una agencia del gobierno federal para mantener la caja de reclutamiento potencial en caso de movilización militar. Obligaba a inscribirse y portar la cartilla militar a todos los ciudadanos varones, y a todos los inmigrantes no ciudadanos entre 18 y 25 años, desde los 30 días posteriores al décimoctavo cumpleaños. Desde su establecimiento provocó actos de desobediencia civil y, más tarde, con la guerra de Vietnam provocó un movimiento amplio de insumisión y la posterior regularización de la objeción de conciencia. (N. del T.)
2. Así se llama popularmente a los establecimientos de grandes almacenes de la cadena Montgomery Ward. (N. del T.)
3. Siglas de International Workers of the World, sindicato fundado en 1905 en Chicago cuya finalidad primera era la solidaridad obrera en la lucha revolucionaria contra los patronos. Su lema era: «Una ofensa a un obrero es una ofensa contra toda la clase obrera». (N. del T.)
4. Snye significa agua estancada, además de dársena. (N. del T.)
5. Administración Federal de Viviendas. (N. del T.)